

LA VOZ DE DRACULA

FRED SABERHAGEN

El texto que aquí se reproduce es la transcripción de una cinta que apareció en la grabadora hallada en el asiento trasero del automóvil propiedad del señor Arthur Harker, de Exeter, dos días después de la fuerte nevada que, en enero de ese año, se desencadenó inesperadamente sobre Devon. El señor Harker y su esposa, Janet, ingresaron en el hospital de Todos los Santos, en Plymouth, a la mañana siguiente de que la tormenta alcanzara su mayor intensidad. Los dos afirmaron haber abandonado su vehículo en una carretera intransitable a eso de la medianoche, pero en ningún momento facilitaron una explicación convincente acerca de lo que los impulsó a abandonar la relativa seguridad de su coche en una hora en que la tormenta estaba en su peor momento, ni cómo llegaron a Plymouth. El hospital de Todos los Santos se encuentra a unos treinta kilómetros de donde posteriormente se halló su coche, en un desvío de la carretera de Upham, delante mismo del cementerio de St. Peter, a las afueras de Dartmoor. Cuando los Harker llegaron al hospital, su estado físico y el de sus ropas hacían pensar que habían estado caminando a campo traviesa. En cuanto al coche, al encontrarlo no daba la sensación de que estuviese averiado, y, si bien las puertas y ventanillas estaban con el seguro puesto, la llave se hallaba en el contacto, que también permanecía cerrado, y el depósito de combustible estaba aproximadamente a un tercio de su capacidad.

La voz de la cinta pertenece a un hombre, es bastante profunda y habla el inglés con un ligero acento indefinible. Después de consultar a tres lingüistas expertos, éstos proporcionaron tres opiniones diferentes respecto a la lengua nativa de quien habla.

En general, la calidad de la cinta y los ruidos de fondo que se detectan son, según los técnicos, compatibles con la opinión de que la cinta se registró efectivamente en el interior de un automóvil, con el motor en marcha y el vehículo parado, la calefacción y los limpiaparabrisas en funcionamiento, y fuertes ráfagas de viento en el exterior.

Los Harker han rechazado la cinta como una «especie de broma», no han mostrado interés alguno en ella, y han rehusado hacer cualquier otro comentario. Los primeros en oírla fueron los agentes de servicio en carretera que hallaron el coche porque pensaron que la grabadora podía contener algún mensaje de emergencia abandonado por sus ocupantes. Los agentes entregaron luego la cinta a las más altas autoridades, debido a la relación de violentos crímenes en ella contenidos. No se han encontrado pruebas que relacionen la cinta con los supuestos actos de vandalismo y los robos cometidos en el cementerio de St. Peter, actualmente bajo investigación.

... esta clavija, y entonces mis palabras quedarán registradas electrónicamente para todo el mundo. Eso es fantástico. Bueno, pues... Si por fin vamos a decir la verdad, ¿de qué crímenes se me puede acusar? ¿De qué pecados infamantes y nefandos?

Supongo que me acusan de la muerte de Lucy Westenra. ¡Ah!, les juro que soy inocente. Aunque... ¿por quién podría yo jurar, que ustedes me creyeran? Más tarde, quizá, cuando empiecen a comprender algo de todo esto, pronuncie mi juramento. Es cierto que abracé a la encantadora Lucy, pero nunca en contra de su voluntad. Nunca

la obligué, ni a ella, ni a ninguna de las otras.

En este punto de la cinta, otra voz, que no se ha podido identificar, susurra un par de palabras indescifrables.

¿Su bisabuela Mina Harker? Señor, permítame que me ría como un loco por unos instantes, y eso que hace siglos que no me río. Y permítame también que le diga que no soy un loco.

Seguramente ustedes no han creído ni una sola palabra de cuanto les he contado hasta ahora. Sin embargo, tengo intención de seguir hablándole a este aparato, y ustedes también pueden escuchar. La mañana aún queda lejos y, por el momento, ninguno de nosotros puede ir a ninguna parte. Además, ustedes dos se hallan bien armados —o al menos así lo creen— contra cualquier cosa que yo intente hacerles. Tiene usted una pesada llave inglesa en su mano derecha, mi querido señor Harker, y de la garganta de su encantadora esposa cuelga algo mucho más efectivo que cualquier cachiporra, si son ciertos todos los informes. Lo malo es que los informes sobre mí nunca han sido ciertos. Apostaría a que soy el último desconocido al que van a recoger en su coche mientras dure esta gran nevada, pero no tengo la más mínima intención de hacerles ningún daño. Ya lo verán. Sólo dejen que hable.

Yo no maté a Lucy. No fui yo quien clavó la estaca en su corazón. No fueron mis manos las que cercenaron su encantadora cabeza, ni embadurnaron con ajo su boca, aquella boca..., como si fuera un lechón dispuesto para un bárbaro festín. Y sólo a mi pesar la transformé en un vampiro, aparte de que nunca se habría convertido en un vampiro de no haber sido por el imbécil de Van Helsing y sus manipulaciones. Imbécil es uno de los calificativos más benévolos que encuentro para él...

Por lo que se refiere a Mina Murray, más tarde señora de Jonathan Harker, me quedo corto si digo que nunca tuve intención de hacerle ningún daño. Con estas mismas manos quebré la espalda a su verdadero enemigo, el loco Renfield, que pretendía violarla y asesinarla. Yo estaba enterado de cuáles eran sus intenciones; en cambio los médicos, el joven Seward y aquel imbécil, no parecían darse cuenta. Así que cuando Renfield me dijo descaradamente lo que pretendía hacerle a mi amada... ¡Ah, Mina!

Pero eso ocurrió hace mucho tiempo. Mina era ya muy vieja cuando bajó a la tumba, en 1967.

En cuanto a la tripulación del *Demeter*, si ustedes han leído la versión que mis enemigos dieron de lo acontecido, imagino que también me van a culpar de la muerte de aquellos marinos. Pero, díganme, en nombre de Dios, ¿por qué iba yo a asesinarlos...? ¿Qué sucede?

En este momento, la voz de un hombre,, probablemente identificable con la de Arthur Harker, pronuncia una sola palabra: «Nada».

¡Ah, claro! No creían que yo fuera capaz de pronunciar el nombre de Dios. Son ustedes víctimas de la superstición, de la pura superstición, que es una creencia despreciable, y sin duda muy poderosa. Dios y yo somos viejos conocidos. Como mínimo, soy consciente de su existencia desde mucho antes de que lo fueran ustedes,

amigos míos.

Ahora imagino que empieza a preguntarse si el crucifijo que cuelga del cuello de la señora, y que hasta ahora les proporcionaba algo de seguridad, es realmente eficaz en mi caso. No se preocupen. Créanme, es tan efectivo contra mí como lo sería la pesada llave inglesa que el caballero empuña en su mano derecha.

Ahora permanezcan sentados, por favor. Hace una hora que nos hemos visto interceptados por esta tormenta de nieve, y ha transcurrido sólo media hora antes de que dejaran de intentar verme por el espejo retrovisor, antes de que empezaran a creer que mi nombre es el que les he dicho, y se convencieran de que no estaba bromeando, de que no les estaba tomando el pelo, como suelen decir ustedes. Al principio se los veía bastante despreocupados y confiados. De haber querido arrebatarnos la vida o beber su sangre, a estas alturas ya habría consumado el sanguinario suceso.

No, mi intención al entrar en su coche es del todo inocente. Me gustaría únicamente que permanecieran sentados y prestaran atención durante un rato, al menos mientras intento justificarme, una vez más, ante la humanidad. Incluso a la remota fortaleza donde moro la mayor parte del tiempo ha llegado el nuevo espíritu de tolerancia que, al parecer, ha inundado la superficie terrestre en estas últimas décadas del siglo veinte. Así que, una vez más, voy a intentar... He elegido su vehículo porque casualmente pasaban por aquí esta noche... Pero no, permítanme que sea del todo sincero: se han introducido algunos cambios con la intención de que ustedes pasaran por esta carretera... Primero, porque es usted descendiente directo de un antiguo amigo mío, señor; y luego, porque me enteré de que siempre llevan consigo esta grabadora en su coche. Sí, incluso la tormenta de nieve ha sido alterada un poco. Necesitaba esta ocasión para hacer público esa especie de testamento, tanto para mí como para otros como yo.

Aunque la verdad es que no existe nadie como yo... Señor, por como se encuentran los ceniceros, me doy cuenta de que es usted fumador, y apostaría a que le apetece un poco de humo. Adelante, deje la llave inglesa al alcance de la mano y fume usted. Puede que a la señora también le apetezca un cigarrillo, con un tiempo tan desapacible como éste. ¡Oh, no! Gracias, pero yo no puedo permitírmelo.

Vamos a tener que permanecer aquí durante algún tiempo... En lo alto de los Cárpatos he visto tormentas incluso más fuertes que ésta. Sin duda las carreteras permanecerán intransitables hasta primeras horas de la mañana. A falta de raquetas para los pies, habría que ser un lobo para andar por una capa de nieve como ésta, o algo capaz de volar...

Imagino que les interesará saber, o al menos a otros podría interesarles, por qué me preocupo con esta *apología pro vita sua*; por qué, a estas alturas, intento defender mi nombre. Bueno, lo cierto es que, a medida que envejezco, he ido cambiando... Sí, así es. Y algunas cosas que en el pasado fueron muy importantes para mí, como por ejemplo cierta clase de orgullo, no son ahora más que polvo y cenizas en mi tumba. Como el fragmento de hostia desacralizada que perteneció a Van Helsing, y que allí

dentro se convirtió en polvo.

Si he permanecido allí, en mi tumba, no es para quedarme. Todavía no ha llegado el momento de quedarme bajo la enorme piedra sobre la cual aparece grabada una sola palabra: *Drácula*.

1

Permítanme que no empiece por el comienzo de mi existencia. Incluso encerrados aquí dentro, escuchando de un tirón las palabras que brotan de mis labios, encontrarían demasiado fuerte la historia de los días en que yo respiraba y comía, y no se la creerían. Más tarde, quizás, hablaremos de aquella época. ¿Han notado ya que no respiro, excepto para coger aire y poder hablar? Mírenme fijamente cuando hablo y lo verán.

Podemos empezar en aquel momento de un buen día de primeros de noviembre de 1891, en el desfiladero del Borgo, allá en Rumania. Van Helsing y los demás creyeron que me habían atrapado y dieron fin a su crónica. También entonces estaba nevando y mis gitanos intentaron defenderme, pero sólo con cuchillos no podían hacer gran cosa contra los rifles de los cazadores montados a caballo que me encontraron a la puesta del sol, me sacaron de mi ataúd y con sus largos cuchillos fueron a por mi corazón y mi garganta...

No. Tengo la impresión de que si empezara por aquí, me adelantaría excesivamente. ¿Qué tal si lo hiciera por donde los otros iniciaron su crónica, con la cual sin duda estarán familiarizados? Empieza a primeros del mes de mayo anterior, con la llegada de Jonathan Harker a mis dominios en Transilvania, un joven agente de la propiedad al que enviaban desde Inglaterra para que me asesorase en la compra de cierta finca próxima a Londres.

Como sabrán, yo emergía de un gran letargo, un período de sosiego y reflexión sin duda bastante prolongado. En el mundo se oían nuevas voces, nuevas formas de pensamiento. Incluso en la remota cima de mi montaña, poco menos que inalcanzable y cubierta con la alfombra verde que forman los bosques centenarios, con mis sentidos internos podía oír los murmullos que atravesaban Europa a través del telégrafo, o los incipientes balbuceos de las máquinas a vapor o de los motores de combustión interna. Podía oler el humo del carbón y percibir la fiebre de un mundo que estaba cambiando.

Esta fiebre se apoderó de mí y fue creciendo en mi interior. Había estado ya demasiado tiempo recluso con mis antiguos camaradas, si es que se les puede llamar así... Ya había tenido suficientes aullidos de lobos, silbos de mochuelos, aleteos de murciélagos, susurros estúpidos de campesinos de sarmentosos dedos, o de cruces enarboladas como una maza, como si yo fuese un ejército turco. Quería reunirme de nuevo con la raza humana, salir de mi tierra natal y sumergirme en la luminosidad del progreso del mundo moderno. Ni Budapest, incluso ni París parecían lo bastante importantes, o al menos lo suficientemente grandes, para albergar lo que iba a ser mi nueva existencia.

Durante algún tiempo incluso consideré la posibilidad de trasladarme a los

Estados Unidos. Pero una ciudad mayor que cualquiera de las del Nuevo Mundo estaba más a mi alcance, y resultaba mucho más susceptible a un estudio preliminar. Ese estudio me ocupó varios años, pero finalmente lo concluí. Cuando Harker llegó a mi castillo, en mayo de 1891, registró taquigráficamente en su diario «la gran cantidad de libros, revistas y periódicos ingleses» que yo tenía a mano.

Harker. Siento mayor respeto por él que por cualquier otro de la cuadrilla que, más tarde, siguió a Van Helsing en mi persecución. El valor siempre ha merecido mi respeto, y él fue un hombre valeroso, aunque un poco torpe. Además, al ser el primer y auténtico invitado en el castillo de Drácula desde hacía siglos, fue el centro de mis primeros experimentos para intentar encajar aceptablemente en la corriente del género humano.

En realidad tuve que disfrazarme de cochero para facilitarle el último tramo de su largo viaje desde Inglaterra. La ayuda de mi servidumbre era poco fiable —como a menudo le gusta decir a la gente de alcurnia—, no es que no existiera, como más tarde Harker llegaría a sospechar. Gitanos desclasados, leales a mí por superstición, me habían adoptado como a su amo, pero eran impresentables como sirvientes habituales. Así que comprendí que tendría que cuidar personalmente de mi invitado.

El ferrocarril había llevado a Harker a un lugar tan lejano como la ciudad de Bistrita, desde donde una diligencia, o carruaje público, viajaba diariamente hasta Bukovina, al noroeste de Moldavia. Tal como le había informado por carta a mi visitante, mi carruaje le aguardaba en el desfiladero del Borgo, a unas ocho o nueve horas de viaje de Bistrita, a fin de trasladarle a mi castillo. Con una hora de adelanto, la diligencia llegó al desfiladero a la hora brujal de la medianoche, cuando, para no correr riesgos, con mi calesa tirada por cuatro caballos negros me aproximaba por detrás al carruaje público, que se había detenido en pleno paisaje nocturno, medio yermo y parcialmente cubierto de pinos. Llegué en el momento preciso para oír al conductor que decía:

—Aquí no hay ningún carruaje. Probablemente no esperaban la llegada del señor. Será mejor que venga con nosotros a Bukovina y vuelva mañana o pasado... Mejor pasado mañana.

En aquel instante, algunos de los campesinos que viajaban en la diligencia se percataron de mi llegada y empezaron una tímida mezcla de rezos, juramentos y conjuros. Me acerqué un poco más, y por un momento mi imagen se vio resaltada por el resplandor de los fanales de la diligencia: vestido con uniforme de cochero, sombrero negro de ala ancha y barba postiza para completar el disfraz, elementos prestados por un gitano que en el pasado había hecho de actor ambulante.

—Amigo, ha llegado usted muy pronto esta noche —le dije al conductor de la diligencia.

—El caballero inglés tenía prisa —balbuceó el hombre, volviéndose hacia atrás y evitando mirarme a la cara.

—Sospecho que se debe más bien a que quería usted que siguiese hasta Bukovina. No puede usted engañarme, amigo; yo soy muy listo y mis caballos muy

ligeros.

Sonreí a los rostros pálidos y asustados que asomaban por las ventanillas de la diligencia, y alguien en el interior murmuró una frase de *Lenore*: «*Denn die Todten reiten schnell*» (porque los muertos viajan veloces).

—Páseme el equipaje del señor —ordené, y rápidamente me lo entregaron.

Apareció entonces mi invitado, el único de entre todos los pasajeros que se atrevió a mirarme directamente a los ojos: era un joven de estatura media y notable apariencia, perfectamente afeitado, con el cabello y los ojos castaños.

Tan pronto como se instaló en el asiento contiguo al mío, hice restallar el látigo y partimos. Mientras sostenía las riendas con una mano, deslicé una capa en torno a los hombros de Harker y una manta sobre sus rodillas.

—La noche es fría, *mein Herr* —le dije en alemán—, y mi amo el conde Drácula me ha ordenado que cuide de usted. Por si lo necesita, debajo del asiento hay una botella de *slivovitz*, un brandy de ciruelas.

Harker asintió y murmuró algo, y aunque no probó el brandy, percibí que se relajaba ligeramente. Pensé que sin duda sus compañeros de viaje en la diligencia le habrían contado algunas historias disparatadas y, lo que es peor, probablemente habrían dejado caer algunos datos sobre el terrible lugar al que se dirigía. Sin embargo, yo tenía grandes esperanzas en poder disipar cualquier idea desagradable que mi huésped se hubiese formado.

Al principio conduje deliberadamente por un camino equivocado, para matar un poco el tiempo, y porque daba la casualidad de que esa noche era la víspera de San Jorge cuando todos los tesoros enterrados en aquellas montañas son fáciles de detectar a medianoche, debido a la emanación de unas aparentes llamas azuladas. Lo avanzado de mis preparativos para la expedición al extranjero había agotado en cierta medida mis reservas de oro, y quería aprovechar la ocasión para reponerlas.

Veo que dudan otra vez. ¿Creen, acaso, que mi antiguo país se parece a cualquier otro? En absoluto. Allí nací y allí no llegué a morir. Y, tal como dijo Van Helsing en una ocasión, en mi tierra «hay profundas cavernas y fisuras que llegan hasta donde nadie ha podido averiguar. Allí hubo volcanes..., aguas con propiedades extrañas, gases capaces de matar o de dar la vida». Hay que señalar que el inglés no era el idioma original de Van Helsing.

Pero eso ahora carece de importancia. Lo esencial es que aproveché esa noche para marcar unos cuantos tesoros enterrados, donde era más que probable que hubiese más de uno, como se verá. Mi pasajero experimentó una lógica curiosidad ante las sucesivas paradas del carruaje, ante el fantasmagórico resplandor de las débiles y oscilantes llamas azules que aparecían aquí y allá por el campo, y ante las diversas ocasiones en que yo me bajé para apilar unas cuantas piedras y formar un pequeño mojón. Mediante aquellas pilas, con las cuales intentaba guiarme en noches futuras, cuando me encontrase a solas, podría recuperar cómodamente los valiosos hallazgos.

Yo esperaba que la curiosidad natural de Harker ante aquellos acontecimientos

se exteriorizara enseguida con una serie de preguntas, a las que yo respondería — protegido por mi disfraz de cochero— y podría demostrarle sin discusión que algunas maravillas totalmente desconocidas en Inglaterra se encontraban presentes en Transilvania. Eso le llevaría gradualmente a un estado anímico receptivo para conocer la auténtica realidad sobre mí y sobre los vampiros como raza.

Lo que yo no tuve en cuenta, en aquella ocasión, fue la condenada tendencia de los ingleses a ocuparse sólo de sus propios asuntos, que, en mi opinión, Harker llevaba a extremos absurdos, incluso para un discreto y prudente agente de la propiedad inmobiliaria. Se limitó a permanecer sentado, en el asiento delantero de la calesa, contemplando mis extrañas manipulaciones con las piedras y sin decir nada. Al final sólo llamó cuando los lobos, mis hijos adoptivos de la noche, salieron de entre las oscuras sombras del bosque y rodearon el carruaje a la luz de la luna, observándole en silencio, a él y a los nerviosos caballos. Cuando volví de señalar mi último hallazgo de la noche, y con un gesto aparté a los lobos para romper el cerco, Harker siguió sin preguntar nada. Sin embargo, al subir al asiento del conductor pude percibir su rigidez, y comprendí que estaba bastante asustado. La tensión de Harker no cedió durante lo que quedaba de trayecto, disipándose tan sólo cuando yo entré en «el patio de un bello castillo en ruinas, de cuyos altos y negros ventanales no brotaba luz alguna, y cuyos muros almenados formaban una línea dentada que se recortaba contra el cielo iluminado por la luna», así describiría él mi hogar poco después.

Dejé a Harker y su equipaje frente al gran portón principal, que se hallaba cerrado, y me llevé los caballos a los establos de la parte posterior, donde tuve que despertar de un puntapié a uno de los criados que allí roncaban —al que más crédito me merecía— para que cuidara de las caballerías. Mientras me despojaba de la barba postiza, del sombrero y de la librea, apresuré el paso por los fríos y húmedos pasillos subterráneos del castillo para recuperar mi propia identidad y dar la bienvenida a mi huésped.

Al detenerme en el pasillo donde se encontraban las habitaciones que había preparado para él, en el aire oscuro surgió un brillo trémulo que habría pasado inadvertido a unos ojos no tan habituados a la oscuridad como los míos; se oyeron unas voces tan armoniosas como la música de un ordenador y en absoluto humanas; en el ambiente se materializaron tres rostros y tres cuerpos, todos de apariencia femenina en cada uno de sus espléndidos detalles, salvo en que lucían sin reparo unos vestidos pasados de moda hacía más de un siglo. Ni Macbeth vio nunca tres figuras portadoras de tanto infortunio para los hombres.

—¿Ha llegado ya? —preguntó Melisse, la más alta de las dos morenas que formaban el trío.

—¿Cuándo podremos catarlo? —inquirió Wanda, la más bajita, de generosos pechos, mientras con la comisura de sus sonrientes labios de rubí mordisqueaba un rizo de su cabello negro y lustroso.

—¿Cuándo nos lo entregarás, Vlad? Nos lo prometiste.

Quien dijo eso fue Anna, radiantemente hermosa, la más antigua en cuanto al tiempo que llevaban a mi servicio. De todos modos, «servicio» no es la palabra exacta; sería mejor referirnos a su participación en un juego de ingenio y perseverancia, que las tres desarrollaban incesantemente contra mí, y al que, por aburrimiento, yo había dejado de jugar hacía muchas décadas.

Entré en las habitaciones que había preparado para Harker, aticé el fuego de la chimenea que había encendido previamente, dispuse sobre la mesa los platos que se estaban calentando en el hogar, y, por encima del hombro, hablé hacia el oscuro pasillo.

—Únicamente os he prometido una cosa, por lo que se refiere al joven inglés, y os lo repito una vez más: si cualquiera de vosotras se atreve a poner los labios sobre su piel, tendrá motivos para lamentarlo.

Melisse y Wanda ahogaron una risa, supongo que por haber logrado irritarme, y por obligarme a repetir una orden. En cuanto a Anna, como siempre, era ella quien debía pronunciar la última palabra:

—Pero como mínimo debería haber un poco de diversión. ¿Podremos jugar con él si se atreve a salir de sus dependencias?

No contesté: nunca fue mi estilo discutir con los subordinados. Comprobé que todo estaba a punto para Harker, al menos según la idea que yo tenía al respecto. Luego, con un antiguo quinqué de plata en la mano, me dirigí a la puerta principal, y la abrí hospitalariamente a fin de darme a conocer a mi dubitativo huésped, que seguía aguardando allí de pie, en plena noche, con las bolsas de viaje a su lado.

—¡Bienvenido a mi casa! —le saludé—. Pase sin reservas y por su propia voluntad.

Aquel extraño me sonrió confiadamente, aceptándome ni más ni menos que como un ser humano. En aquel estado de felicidad en que yo me encontraba, le repetí la bienvenida tan pronto como cruzó el umbral, y le estreché la mano, quizás algo más fuerte de lo que hubiera debido.

—¡Pase sin reservas! —le ordené—. Hágalo sin miedo y deje por ahí algo de la felicidad que trae consigo.

—¿El conde Drácula? —preguntó Harker, como si todavía pudiera haber alguna duda, mientras intentaba disimuladamente devolver un poco de vida a sus dedos entumecidos a causa del apretón de manos.

—Yo soy Drácula —contesté, saludándole con una inclinación de cabeza—, y le doy la más sincera bienvenida a mi casa, señor Harker. Pase usted. El aire de la noche es frío, necesita usted comer y descansar. —De una de las paredes colgué el quinqué y me hice cargo del equipaje de Harker, rechazando sus protestas—. No, señor, es usted mi invitado. Deje que yo mismo me encargue de cuidarle.

Harker me siguió mientras yo acarreaba sus bártulos al piso superior y a las dependencias que había preparado para él. Un fuego de leños ardía en la habitación donde la mesa estaba dispuesta para cenar, y otro en el gran dormitorio, donde deposité sus bolsas.

Con mis propias manos había preparado la cena que le aguardaba —pollo asado, ensalada, queso y vino—, y lo mismo haría con las comidas que consumiría durante las semanas de su estancia allí. ¿Ayuda por parte de las muchachas? ¡Bah! A ellas les gustaba comportarse como criaturas a las que con la amenaza de un castigo a veces se les podía impedir que hiciesen alguna travesura, pero no obligarlas a hacer bien las cosas; era parte del juego que pretendían jugar conmigo. Por otro lado, si podía evitarlo, no quería que entrasen en las habitaciones de Harker.

De modo que con mis propias manos, las manos de un príncipe de Valaquia, de un cuñado de rey, recogía sus platos sucios y sus desperdicios, por no mencionar los innumerables bacines de porcelana, y los tiraba. Supongo que habría consentido en fregar los platos, como cualquier sirviente, de no haber existido una solución más fácil. Es cierto que los platos, en su mayoría, eran de oro, pero yo estaba decidido a no escatimar nada en las atenciones hacia mi invitado. Además, si alguna vez regresaba al castillo desde mi proyectada estancia en el extranjero, sin duda podría recuperar los utensilios de oro del fondo del precipicio de trescientos metros sobre el cual se alzaba el castillo, y que me proporcionaba un vertedero plenamente satisfactorio. Los platos permanecerían allí abajo, abollados sin duda por la caída, pero limpios por el paso de las estaciones, y sin que nadie se atreviera a robármelos. Siempre he experimentado un profundo desprecio por los ladrones; yo creo que la gente de las aldeas cercanas me comprendía en este aspecto, si es que no lo lograba en algunos otros.

Durante el mes y medio que permaneció conmigo, mi cada vez más desagradecido huésped gastó una fortuna en platos de oro, hasta el punto que me vi obligado a servirle en platos de plata. Aunque, por supuesto, al final muy bien podría haberle servido la comida en trozos de corteza de árbol, y él apenas se habría dado cuenta, tan aterrado estaba entonces ante ciertas peculiaridades de mi naturaleza. Harker interpretó de forma errónea tales excentricidades, pero nunca me pidió abiertamente una explicación, y yo —por falta o por exceso de cautela— tampoco se la facilité.

Pero volvamos a aquella primera noche. Cuando mi huésped se refrescó un poco, para recuperarse del viaje, y se reunió conmigo en el comedor, me encontré apoyado en la repisa de la chimenea aguardándole ansioso, tan ávido por mantener una charla inteligente y por tener noticias de primera mano, como él por degustar una excelente comida.

—Por favor, siéntese y coma cuanto le apetezca —le dije, señalándole la mesa—. Supongo que me disculpará si no le acompaño, pero yo ya he comido, y nunca ceno.

Mientras Harker se dedicaba a comer el pollo, leí de cabo a rabo la carta que me había entregado. Era de su patrón, el señor Hawkins, quien le describía como un joven ayudante «emprendedor e inteligente a su manera, que ha dado pruebas de una gran lealtad», además de ser muy «discreto y poco hablador».

Todo esto me complacía, y no tardé en entablar en el comedor una conversación que se prolongó durante horas, mientras Harker daba cuenta de su cena, y siguió

cuando luego aceptó un cigarro. Hablamos principalmente de las circunstancias de su viaje, pues yo estaba muy interesado en los trenes, que por aquel entonces no había visto nunca, y disfruté inmensamente con nuestra charla.

Al amanecer, un amistoso silencio se hizo entre nosotros, roto brevemente por los aullidos de los lobos, abajo en el valle.

—Escúchelos —dije sin reflexionar—. Las criaturas de la noche. ¡Qué música emiten!

Una momentánea mirada de consternación apareció en el rostro de mi huésped. Había olvidado que tan sólo unas horas antes, mientras disfrazado de cochero viajábamos por el serpenteante camino de la montaña, había contemplado inquieto cómo los lobos se le acercaban. De modo que me apresuré a añadir:

—Ah, señor. Ustedes, los que habitan en las ciudades, no pueden comprender los sentimientos del cazador.

Poco después, cada uno emprendió caminos separados para irse a descansar.

Al no haberse acostado hasta el alba, y debido al cansancio del viaje, era lógico que Harker durmiera hasta muy avanzado el día, de modo que pensé que no se extrañaría si no me veía, ni sabía nada de mí, hasta después de la puesta del sol. Cuando a esa hora fui a buscarle, me asusté un poco al no encontrarle en sus habitaciones. No había querido romper el encanto de aquella primera noche en compañía de un ser humano, intentando explicarle cuan peligrosas podían ser para él ciertas dependencias del castillo.

Afortunadamente, no había salido de sus límites más allá de la biblioteca, donde «con gran placer», tal como registró en su diario, descubrió «gran cantidad de libros, revistas y periódicos ingleses... Los libros eran de lo más variado: historia, geografía, política, economía política, botánica, geología, derecho; todos relacionados con Inglaterra y con la vida, las costumbres y los modales ingleses».

—Me alegro de que haya encontrado el camino hasta aquí —dije sinceramente—. Estoy seguro de que habrá muchas cosas que le interesen. Estos compañeros —hice un gesto indicando los libros— han sido muy buenos amigos míos, y, durante algunos años, desde que se me ocurrió la idea de trasladarme a Londres, me han proporcionado muchas horas de placer. En ellos he llegado a conocer a su amada Inglaterra; y conocerla es amarla. Ansío recorrer las atestadas calles de su gran Londres, encontrarme entre la multitud apresurada y febril, compartir sus vidas, sus cambios, su muerte y todo lo que la convierte en lo que es. Sin embargo, mire por dónde, sólo conozco su lengua a través de los libros. A usted, amigo, ¿le parece que la conozco lo bastante para hablarla?

—¡Pero, conde! —protestó Harker—. ¡Usted la conoce y la habla estupendamente!

—No sabe cuánto le agradezco su apreciación excesivamente halagadora, amigo mío —repliqué—, pero me temo que sólo he recorrido una mínima parte del largo trayecto que pretendo recorrer. Es cierto que conozco la gramática y el vocabulario, pero todavía no sé emplearlo.

—Por supuesto que sí, señor. Lo habla a la perfección.

—No es cierto. Si circulara y hablara en su Londres, no habría nadie que no se diese cuenta de que soy un extranjero. Y eso, a mí, no me basta. Aquí soy un noble. Soy un boyardo. El vulgo me conoce y me acepta como su señor. Sin embargo, un extranjero en un país extranjero no es nadie: la gente no le conoce, y lo que no se conoce no se aprecia. Yo me siento feliz siendo como los demás, sin que nadie se detenga a mirarme cuando me ve, ni interrumpa su conversación al oírme hablar. «¡Aja, es usted extranjero!» He sido un señor durante tanto tiempo, que me gustaría seguir siéndolo o, al menos, no ser vasallo de nadie. Usted no ha venido únicamente como agente de mi amigo Peter Hawkins, de Exeter, para ponerme al corriente sobre mi nueva propiedad en Londres... Confío en que se quede aquí conmigo durante algún tiempo, a fin de que mediante nuestras charlas yo pueda asimilar su acento inglés, y quiero que me avise cuando cometa algún error, incluso el más insignificante, en la pronunciación. Lamento haber tenido que ausentarme durante tanto tiempo hoy, pero sé que disculparé a alguien que debe atender muchos asuntos importantes.

Harker se brindó gustoso a ayudarme en mi inglés, y luego me preguntó si podía utilizar sin reservas la biblioteca. Me pareció éste un buen momento para hacerle partícipe de mis recomendaciones, así que le dije:

—Por supuesto. Puede usted ir adonde le plazca por el castillo, excepto en las estancias en que la puerta está cerrada con llave, en las que, sin duda, usted no pretenderá entrar. Existen razones para que todo esté tal como está, y si ve usted con mis ojos y aprende con mis conocimientos, sin duda lo entenderá todo con mayor facilidad.

—De eso estoy convencido, señor.

Pero yo sabía que él no podía entenderlo; todavía no podía. De modo que insistí en esta cuestión, aunque sin ser demasiado explícito.

—Nos hallamos en Transilvania, y este país no es Inglaterra. Nuestras costumbres no son las de ustedes, y habrá muchas cosas que le parecerán extrañas; aunque, por lo que me ha explicado usted sobre sus experiencias, ya está algo enterado de lo extrañas que pueden llegar a ser algunas cosas.

Esto encauzó nuestra conversación hacia la oscura región de los fenómenos extraños, y al ver que mi huésped asentía serenamente, al parecer de acuerdo conmigo, por un instante dudé y estuve a punto de contárselo todo. Pero luego decidí que no; primero tenía que lograr la amistad de Harker.

Entonces él aprovechó la ocasión para preguntarme qué podía decirle sobre las misteriosas llamas azules que había visto la noche de su llegada, y sobre el extraño comportamiento del «cochero». Con mi respuesta le facilité parte sustancial de la verdad.

—Transilvania no es Inglaterra —repetí—, y por aquí suceden cosas que hombres inteligentes, ya sean negociantes o científicos, no han sido capaces de entender. Hay una noche al año, de hecho la pasada noche, en la que los campesinos

suponen que las fuerzas del mal salen libremente, y en la cual puede verse una llamita azul allí donde hay algún tesoro enterrado. Que en esta región hay enterrados muchos tesoros es algo que no puede ponerse en duda, ya que por estas tierras lucharon durante siglos los valacos, los sajones y los turcos. Por estos alrededores apenas existe un metro de suelo que no se haya enriquecido con la sangre de los patriotas y de los invasores.

Hablar del pasado me transportaba de nuevo a él, como me ocurre en estos instantes. Debajo de mí podía sentir otra vez el movimiento del corcel de guerra, cómo sus orejas se erguían al escuchar el fragor de la batalla, el chocar de las armas y los gritos de terror. De nuevo olía el hedor de la guerra y veía los estandartes y la sangre. Me acordaba de la traición de los boyardos, de la enternecedora lealtad hacia mí, el *voivode*, el señor de la guerra, que demostraron los hombres que cultivaban la tierra y que conocían mi rectitud. ¡Qué maravilloso era respirar el aire junto a ellos...! Pero no pensemos en eso.

—Aquella fue una época turbulenta —seguí explicándole a Harker—, en que los austríacos y los húngaros llegaban como enjambres, y los patriotas salían a combatirlos... Hombres y mujeres, viejos y niños. Los esperaban detrás de las rocas en lo alto de los collados, y mediante aludes sembraban la destrucción entre el enemigo, pero cuando el invasor triunfaba, encontraba muy pocos bienes, en oro o en otros metales preciosos, porque el pueblo los había escondido en el suelo acogedor.

Como mínimo, Harker se encontraba a medio camino de creer en el pequeño prodigio de las llamas y los tesoros.

—Pero ¿cómo es posible que estas riquezas hayan permanecido ocultas durante tanto tiempo —inquirió—, cuando existen claros indicios de su existencia para cualquiera que se moleste en mirar?

Sonreí para mis adentros.

—¡Porque los campesinos son unos cobardes y unos estúpidos! —De hecho yo estaba pensando en los lugareños del valle, y en 1891—. Esas llamas aparecen únicamente una noche al año, y esa noche ningún hombre de esta región sale fuera de casa, si puede evitarlo.

Pasamos luego a otros asuntos y, finalmente, volvimos a la propiedad inmobiliaria.

—Y ahora, hábleme de Londres y de la casa que me ha conseguido —le pedí a mi huésped.

Mientras Harker se dirigía a su habitación en busca de los papeles y de los documentos, aproveché la oportunidad para retirar la mesa y los restos de su última comida. Con el mantel y el resto formé un fardo que tiré precipicio abajo desde una ventana que daba al oeste; durante los trescientos metros de caída, los platos sucios planearon en el aire, antes de que los restos saltaran de su interior al chocar contra las rocas. Cuando Harker volvió a reunirse conmigo, yo había encendido ya los quinqués y me hallaba sentado en el sofá, leyendo la *Bradshaws's Guide*.

El papeleo relacionado con la compra de la casa era muy complicado, pero

Harker demostró gran competencia al orientarme a través de sus misterios. Hubo un momento en que destacó los extraordinarios conocimientos que yo tenía sobre el distrito en que se hallaba la finca —en Purfleet, a unos veinte kilómetros al este de Londres, en la margen norte del Támesis—, a pesar de lo remoto de mi localización, a lo cual repliqué:

—Bueno, amigo mío, ¿no es preciso que la conozca? Cuando vaya allí estaré solo, y mi amigo Harker Jonathan... ¡Oh!, perdone, ya he vuelto a caer en la costumbre de mi país de poner el apellido en primer lugar. Mi amigo Jonathan Harker no estará a mi lado para corregirme y ayudarme... Estará en Exeter, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, trabajando probablemente en algunos documentos legales junto con mi otro amigo Peter Hawkins. En fin...

Firmé lo que me pareció una interminable cantidad de papeles, que a continuación metimos en un sobre para enviárselos a Hawkins. Mis gitanos, los *szgany*, como los llamaba por aquel entonces, aparecían con frecuencia por mi castillo, y, ya fuera por miedo ya por lealtad, mostraban hacia mi persona una entrega total. Ellos enviaban mi correo, además de conseguirme caballos y cuidármelos. A veces también me traían comida —más tarde ya comentaré mis hábitos al respecto—, y durante mucho tiempo constituyeron un útil puente entre yo y el resto de la humanidad.

Cuando finalizamos con las firmas y el envío, Harker procedió a leer sus notas, en las que describía mi nueva propiedad y cómo estaba situada. Recuerdo perfectamente su descripción, lo mismo que recuerdo los diarios del resto de mis enemigos durante aquel año. No creo que se me haya olvidado ni una sola palabra.

—En Purfleet, en una carretera secundaria, encontré un lugar exacto al que, al parecer, se requería, y donde un anuncio destartalado indicaba que la finca estaba en venta. Se halla rodeada por un alto muro de pesadas piedras y construcción antigua, al que hace muchos años que no se le practica reparación alguna. Las pesadas puertas que cierran la entrada son de roble viejo y hierro, carcomidas por la herrumbre.

»El nombre de la finca es Carfax, sin duda una adulteración del antiguo *Quatre Face*, pues la casa tiene cuatro caras, que coinciden con los puntos cardinales. La finca medirá unas ocho hectáreas, y se halla completamente rodeada por el muro antes mencionado. Hay muchos árboles en su interior, lo cual le proporciona algunas zonas bastante umbrías. Además, hay un profundo y oscuro estanque, pequeño lago más bien, sin duda alimentado por algunas fuentes, ya que el agua es clara y se aleja formando un arroyo de tamaño considerable. La casa es muy grande, y me atrevería a decir que pertenece a distintos períodos del pasado medieval, ya que una parte está construida con piedras tremendamente gruesas, con sólo unas cuantas ventanas muy altas protegidas con fuertes rejas. Parece como si formara parte de una fortaleza, y en un lateral hay una vieja capilla. No pude entrar en ella, pues no disponía de la llave que la conecta con el interior de la casa, pero con mi Kodak tomé algunas vistas de ella desde distintos ángulos. Hay muy pocas casas en los alrededores. Una de ellas es

un enorme edificio de construcción reciente, en el que han instalado un manicomio. Sin embargo, éste no es visible desde la propiedad.

Esto último no era muy exacto, como luego averiguaría; sin embargo, estaba dispuesto a hacer algunas concesiones a la propaganda del vendedor.

—Me alegro de que sea antigua y vieja —comenté cuando él hubo finalizado su descripción—. Yo mismo pertenezco a una antigua familia, y vivir en una casa nueva sería mi muerte. Una casa no puede hacerse habitable en un día, y la verdad es que se precisan unos cuantos más para formar un siglo. También me alegro de que exista una antigua capilla... Yo ya no soy joven, y mi corazón, fatigado por muchos años de dolor por mis muertos, no se siente atraído por el regocijo... Me gustan la oscuridad y las sombras, y acostumbro a quedarme a solas con mis pensamientos siempre que puedo.

Juntos pasamos una larga velada, parecida a la del día anterior. Aquella noche, la del siete al ocho de mayo de 1891, fue la última durante algún tiempo —durante varios meses— en que ambos sentimos que todo iba a la perfección, en que no nos estudiamos como enemigos, al menos en potencia.

Por supuesto, yo había tenido la precaución de retirar todos los espejos de las habitaciones del castillo que mi huésped podía ocupar o visitar. Sin embargo, a la mañana del tercer día de estancia de Harker, entré en sus habitaciones a plena luz del día —unas horas realmente molestas para mí—, y encontré que se afeitaba ante su espejo de viaje.

Yo tenía la presunción de que cuando los humanos empezaran a aceptarme del todo y sin reservas, la psicología de muchos de ellos no les permitiría dar crédito a que yo no me reflejase en los espejos, o al menos no de manera normalmente perceptible para el ojo humano. Permítanme aquí el inciso de que una película y el tubo de rayos catódicos son cosas completamente distintas. Pero, al margen de cuáles sean los resultados de las investigaciones en este aspecto, aquella mañana me engañé a mí mismo al pensar que aquel inglés razonable y nada supersticioso no se percataría de la auténtica verdad: que cuando yo entré en su habitación, y me situé tras él en el instante en que se afeitaba, mi imagen no se reflejó en el espejo.

Me equivoqué. En cuanto le dije «Buenos días» pegado a su oído, sufrió tal sobresalto, que reaccionó físicamente y su navaja le produjo un ligero corte en la barbilla. Al instante fui consciente de que sin duda había notado la ausencia de mi imagen en el espejo, pues sus ojos oscilaron de mí al espejo varias veces, al tiempo que hacía esfuerzos para que su rostro no expresara el desconcierto. Aquello fue como una bofetada para mí, el primer indicio de que mis planes eran sin duda imposibles. Pero, aunque me sentí profundamente herido, también hice esfuerzos por mantener la compostura.

Al cabo de unos instantes, Harker renunció a perseguir mi imagen en el espejo, me devolvió, turbado, el saludo, dejó a un lado la navaja, y empezó a buscar el esparadrapo en su neceser. En la barbilla había aparecido una burbuja de sangre.

Aunque todo el mundo sabe que soy un hemófilo (en el sentido estricto de la

palabra), no es cierto que la simple visión de la sangre, bajo cualquier circunstancia, baste para que me entre un deseo convulsivo por el espléndido fluido rojo. Según el diario de Harker, inolvidable para mí, y del cual cito literalmente, tan pronto como vi la sangre, mis «ojos resplandecieron con una especie de furia demoníaca», y mi mano «saltó de repente» hacia su garganta.

Y ahora pregunto yo: ¿acaso ustedes no disfrutaban de un magnífico filete? Por supuesto que sí. Supongamos ahora que entran en el comedor en donde uno de sus invitados está finalizando su almuerzo y observan que en su plato queda un bocado de carne. ¿Ante una visión como ésa sus ojos resplandecerían con furia demoníaca? O supongamos que, bajo circunstancias totalmente correctas, uno de sus invitados es una joven muchacha, digamos que atractiva. Supongamos a continuación que, a causa de un error del todo inocente por parte de ella, o por la de usted, al abrir una puerta la encuentra desnuda: ¿se sentiría automáticamente provocado hasta el extremo de saltar literalmente sobre ella, sin pensar en las consecuencias? No más de lo que me sentiría yo en parecidas circunstancias. ¡Santo cielo, si la hemoglobina de un macho fuera lo único que a mí me interesara, dudo que hubiese pasado por todos los avatares y los gastos que implicaba la adquisición de una propiedad en Londres con el solo objeto de que me enviaran a un joven y rubio agente de la propiedad inmobiliaria!

Tengo que admitir que hubo —como ocurre siempre— una punzada de deseo ante la visión de la sangre. Pero fue mi preocupación por el bienestar de Harker, y nada más, lo que me impulsó a tender la mano en dirección a la herida. La amargura que experimenté al comprobar que él se había dado cuenta de que mi imagen no aparecía en el espejo, se vio gravemente potenciada en el instante en que mi mano rozó el cuello abierto de su camisa, debajo mismo de la ristra de cuentas que una vieja mujer de Bistrita le había obligado a ponerse en cuanto se enteró de cuál era su destino.

¿Una ristra de cuentas? Por supuesto, en cuanto las descubrí supe de inmediato que se trataba de un rosario, en cuyo extremo debía de colgar una cruz. Y dado que en una de nuestras charlas había averiguado que Harker era un fiel protestante —un miembro de la Iglesia Anglicana, según sus propias palabras—, sólo veía una explicación al hecho de que llevara sobre sí un crucifijo: que lo había adquirido, o le habían obligado a ponérselo como protección para su viaje a la guarida del vampiro.

Yo, que ya me imaginaba siendo aceptado por la sociedad, ví cómo mis estúpidas esperanzas se hacían añicos incluso antes de que pudiera formularlas. Pero, antes de recomponer los pedazos de mis esperanzas y aconsejarme paciencia, actué de forma precipitada. Mi primer impulso fue arrancar las cuentas de su cuello, pero el respeto me lo impidió. Yo soy católico, ¿saben?, aunque nacido en la fe ortodoxa; y en los tiempos en que yo respiraba, mantenía la dote de cinco monasterios. Con sólo un momento de reflexión, me di cuenta de lo injusto que sería atacar a Harker, un joven ignorante y bienintencionado, que sin duda no se daba cuenta de todas las implicaciones del amuleto que le habían entregado para que lo

llevara.

—Vaya con cuidado —le advertí, esforzándome por dominar la rabia y la frustración—. Procure no cortarse, porque en este país es más peligroso de lo que imagina.

Yo estaba pensando en Anna, en Wanda y en Melisse, cuya reacción ante la vista y el olor de la sangre fresca de un joven macho sin duda sería menos comedida que la mía.

—¡Y esto es lo que ha provocado esa herida! —exclamé, agarrando el objeto causante de mi desgracia, e impelido a adoptar una actitud violenta a causa de la tensión que había ejercido sobre mi espíritu—. No es más que una chuchería al servicio de la vanidad humana. ¡Fuera con él!

Abrí precipitadamente la ventana y tiré por ella el espejo de Harker, que se estrelló al chocar contra el suelo del patio.

Puesto que temía hablar más de lo necesario por entonces, abandoné la habitación. ¿No habrían servido de nada todos aquellos meses —aquellos años— de cuidadosos preparativos? ¿Se llevaría Harker la verdad a su país, mezclándola con las horribles mentiras sobre mí, y haría, de algún modo, que se las creyeran? ¿Llegaría yo al muelle de Whitby, o a la estación de Charing Cross, en Londres, para encontrarme con sacerdotes exorcistas o con apestosos portadores de ajos dispuestos en formación para repelerme?

Mientras aquella funesta mañana yo intentaba recuperar la calma y reordenar mis planes, Harker, tal como anotó en su diario, empezó una medrosa exploración de las partes del castillo que no le estaban vedadas por estar las puertas cerradas con llave: al descubrir que de éstas había muchas, no tardó en llegar a la conclusión de que era un prisionero.

Nunca me lo dijo de forma explícita, ni me preguntó si eso era cierto. Pero así lo anotó: «... es inútil informar al conde sobre mis conclusiones. Sabe muy bien que me hallo prisionero; y como es él quien así lo ha querido, y sin duda tendrá sus razones, sólo conseguiría decepcionarme si le confiara la totalidad de los hechos... Sé que me sentiría decepcionado como una criatura por mis propios temores, o me vería en serios apuros».

Poco después, Harker regresó a sus habitaciones cuando yo le estaba haciendo la cama, intercambiamos unas corteses palabras, pero ninguno de los dos aludió al incidente del espejo. Luego, aquella misma noche volví a sentirme más animado al ver que mi joven visitante se sentaba conmigo para charlar como de costumbre y empezaba a hacerme preguntas sobre mi tierra y mi familia.

Creo que comprendió, o al menos empezó a comprender. No demostró tener prejuicio alguno contra mí; todo lo contrario, siguió haciéndome caso y hablándome como un amigo. Pues ¡era cierto! Era cierto lo que había leído u oído decir sobre el noble respeto que los ingleses sienten hacia los asuntos de los demás. Si bien antes había creído que Harker llevaba demasiado lejos esta tradición sobre el respeto, comprendí entonces cuan valiosa podía ser para mis propósitos tal actitud.

Mientras paseaba nervioso por la sala y me atusaba el bigote, excitado, le hablé de la gloriosa historia de mi familia y de mi raza, de los antepasados vikingos que llegaron desde Islandia para unirse y mezclarse con los hunos, cuyo furor guerrero había arrasado la tierra como una llama viva.

—Hasta que estos pueblos, en decadencia —exclamé, excitado—, pensaron que por sus venas corría la sangre de las antiguas brujas que, expulsadas de Escitia, se habían unido con los demonios del desierto. ¡Estúpidos, estúpidos! ¿Qué demonio o qué bruja fue nunca tan grande como Atila, cuya sangre corre por estas venas? —Y levanté mis brazos, así—. ¿Es tan sorprendente que fuéramos una raza de conquistadores? ¿Que fuéramos orgullosos? ¿Que cuando los magiares, los lombardos, los avaros, los búlgaros o los turcos entraron a miles por nuestras fronteras los obligásemos a retroceder?

Con placer y alegría le hablé de los hechos que tuvieron lugar durante las décadas de mi propia existencia como ser que respiraba:

—¿Quién fue, sino uno de mi propia estirpe, el que cruzó el Danubio y venció a los turcos en su propio terreno? En efecto, ¡fue un Drácula! Fue él quien, al ser derribado, se levantó una y otra vez, aunque tuviera que regresar él solo del ensangrentado campo de batalla donde sus tropas eran derrotadas. ¡Y es que sabía que sólo él podría vencer al final! Luego dijeron que no pensaba más que en sí mismo. ¡Bah! ¿De qué sirven los campesinos sin un líder? ¿Cómo se resolvería la guerra sin un cerebro y un corazón que la dirigieran? Después de la batalla de Mohacs, nos liberamos una vez más del yugo de los húngaros. Y la sangre de los Drácula estaba entre los líderes, pues nuestro carácter no soportaba el no ser libres. Joven, los Szekelys, cuyo nombre significa «guardianes de la frontera», y los Drácula, que para ellos eran como la sangre en su corazón, su cerebro y su espada, pueden jactarse de haber impedido que los Habsburgos y los Romanoff llegaran a multiplicarse como setas... Pero ahora los tiempos de guerra se han acabado. La sangre es demasiado preciosa en estos días de paz deshonrosa, y las glorias de las grandes razas son sólo una leyenda.

Yo me enfurecía y me ensalzaba mientras hablaba; mi joven inglés se mostraba tolerante con todo, pero se le veía apagado, muy apagado. Era un pensador, pero no un soñador. No había imaginación en él que le animara. Aunque, para ser honestos, debo admitir que de haber tenido imaginación lo habría pasado mucho peor de lo que lo pasó en el castillo de Drácula.

A la noche siguiente, es decir, la del once de mayo, mantuve finalmente una larga charla con Harker sobre cómo llevar los negocios en Inglaterra, a cuya conclusión le pedí que escribiese algunas cartas a casa.

—Aparte de la primera carta que le envió al señor Peter Hawkins, ¿le ha escrito alguna otra a alguien más?

—No —respondió con cierta amargura—, todavía no he tenido la oportunidad de entregárselas a nadie.

—Entonces, escriba ahora mismo, mi joven amigo —le dije, posando una mano

conciliatoria sobre su hombro—. Escriba a nuestro amigo Hawkins y a quien quiera, y dígales, si no le importa, que se va a quedar un mes más conmigo.

—¿Desea usted que me quede tanto tiempo?

Harker no pudo disimular su falta de entusiasmo por la noticia. Era obvio que albergaba ciertas reticencias, pero yo aún mantenía grandes esperanzas de poder atraerme su simpatía.

—Me encantaría —repliqué—. Y no pienso admitir una respuesta negativa. Cuando su amo, su jefe o como prefiera llamarle, se comprometió a enviar a alguien en su nombre, dio a entender que era sólo para atender a mis necesidades. Supongo que no habrá contraindicaciones al respecto, ¿verdad?

Harker asintió en silencio, pero en su rostro había tal preocupación, que comprendí que sería mejor informarle de mi interés por el contenido de las cartas que fuera a enviar. Así que añadí:

—Le ruego, amigo mío, que en sus cartas no mencione más asuntos que los que se relacionen con los negocios. A excepción, por supuesto, de que se encuentra usted bien, y de que anhela el momento de regresar a casa con ellos, lo cual sin duda alegrará a sus amigos. ¿No es eso cierto?

Cuando me despedí de él aquella noche, con sus cartas en mi mano —además de alguna correspondencia propia, relacionada con el proyecto de mi viaje—, me detuve en el umbral, con la conciencia en cierto modo turbada.

—Confío en que me disculpe —le dije, y Harker se limitó a mirarme, su rostro muy cerca del mío—, pero esta noche tengo mucho trabajo que debo realizar en privado. —Nuestra despensa se hallaba vacía—. Espero que lo encuentre todo a su gusto.

Harker seguía mostrándose arisco y tuve la fuerte premonición de que los planes iban a estropearse y de que me aguardaban serias dificultades.

—Permita que le dé un consejo, mi querido amigo —añadí antes de salir—. No... Deje que le advierta seriamente. Si sale usted de sus habitaciones, por ningún motivo se quede dormido en alguna otra parte del castillo. Es muy viejo y está lleno de recuerdos, de modo que puede provocar un mal sueño a quien imprudentemente se quede dormido por ahí. Está usted avisado. Si de repente sintiera sueño, apresúrese a regresar a su dormitorio o a estas habitaciones, donde dormirá a salvo. Pero, si no es usted cuidadoso al respecto, entonces...

Finalicé la advertencia con un gesto significativo de mi mano. Sin embargo, él se limitó a mirarme: un hombre terco y cada vez más asustado.

Por supuesto, ésa fue la noche que me vio cuando yo abandonaba el castillo. ¿Por qué elegí precisamente esa noche de primavera para arrastrarme cabeza abajo por el muro que descendía hasta el precipicio, en vez de volar más discretamente como un murciélago, o caminar sin tanto aspaviento sobre cuatro patas, o incluso sobre dos, que podía resultar más tranquilizador? La única respuesta en mi defensa es que cada uno de mis sistemas de locomoción tiene sus propios estímulos, sus placeres y sus dificultades. Por otro lado, si debo decir la verdad —¿no es por eso por

lo que estoy aquí, hablándole a ese aparato?—, estaba intentando esquivar a Anna, quien no paraba de suplicarme que le permitiese catar la sangre de Harker, y pensé que la mejor manera de conseguirlo era saliendo del castillo mediante la escalada.

Por eso el pobre Jonathan —que casualmente se hallaba mirando la luna por la ventana— vio que «salía de otra ventana y empezaba a bajar por aquel espantoso abismo, arrastrándose sobre los muros del castillo cabeza abajo, con la capa plegada a su cuerpo como si fueran unas grandes alas... No podía ser una ilusión. Vi cómo los dedos de las manos y de los pies se agarraban a los bordes de las piedras (yo me había atado las botas a la cintura con los cordones), igual que un lagarto que se deslizara por la pared. ¿Qué clase de hombre es ése, o qué criatura que se parece a un hombre?»

Tres noches más tarde Harker vio de nuevo cómo yo salía por los mismos medios, y, aprovechando mi ausencia, intentó salir del castillo por la puerta principal. Yo la había cerrado con llave por su propia seguridad, pero él, contrariado, dio media vuelta y fue en busca de otra salida.

Una puerta que yo había olvidado cerrar con aldaba, le permitió el paso al ala izquierda del castillo. Harker supuso que aquélla era «la parte del castillo que en el pasado ocupaban las damas». Y llegó a tal conclusión al descubrir «grandes ventanales... y por lo tanto luminosidad y comodidades» allí donde «una honda, un arco o una culebrina no podrían llegar» a causa de la altitud y lo escarpado de los riscos sobre los cuales se asentaba. Supuso que allí, «en el pasado, las damas permanecían sentadas, cantando, viviendo regaladamente, mientras sus pechos gentiles se entristecían por los hombres que estaban lejos, comprometidos en crueles batallas». Afortunadamente, las damas de antaño eran —como las de su tiempo— más fuertes y valerosas de lo que él podía imaginar. De haber comprendido este punto, todo habría sido muy distinto, no sólo en su vida, sino en la mía. Pero me estoy anticipando en mi historia.

Después de que Harker penetrara en aquellas dependencias clausuradas, durante algún rato estuvo admirando las espaciosas ventanas bajo la luz de la luna, y los muebles, que «parecían más cómodos» que cualquiera de los que había visto en el castillo. A pesar de que en aquellos aposentos encontró «una espantosa soledad» que le heló el corazón, «sin embargo era preferible a vivir a solas en las habitaciones que había llegado a odiar a causa de la presencia del conde Drácula. Y, después de intentar calmar mis nervios, sentí que se apoderaba de mí un suave sosiego».

Lógicamente, aquel estúpido calmó tanto sus nervios que, a pesar de mis más severas advertencias, se quedó dormido, y, aunque regresé a tiempo para salvarle, poco faltó para que no lo lograra; incluso yo me quedé de momento sin habla ante el alcance de su locura.

Sin dejar apenas en el suelo el fardo que yo llevaba al entrar en el castillo, intenté escuchar su respiración en sus habitaciones, pero no lo conseguí. Corrí entonces por el oscuro pasillo, cada vez con mayor celeridad, buscando a mi huésped e intentando escuchar sus ruidos, al tiempo que crecía mi preocupación. Al descubrir

que la puerta del ala izquierda estaba sin cerrar, cuando yo había creído lo contrario, no me quedó más remedio que rogar que no fuese demasiado tarde.

Como ya he dicho, le descubrí a tiempo para él. En una alcoba intensamente bañada por la luz de la luna, que esparcía su encanto sobre las prosaicas ruinas labradas por el tiempo, Harker yacía boca abajo sobre un antiguo sofá, donde se había tumbado sin hacer caso del polvo que lo cubría. Wanda y Melisse se hallaban a poca distancia, disputándose el turno, esperando, mientras sobre él se inclinaba la encantadora Anna, que en aquel mismo instante posaba las afiladas puntas de sus colmillos sobre la garganta del joven. Me acerqué en forma humana por detrás de ella, y pasé mi brazo en torno a su cuello pálido y esbelto. Tiré de su cuerpo etéreo, que albergaba en su interior la fuerza de diez hombres, y la arrastré hacia atrás, al centro de la estancia.

Eché un vistazo a Harker y vi que sus venas todavía no habían sido perforadas. En aquel momento estaba medio inconsciente, en una mezcla de sueño y arrobamiento, los labios entreabiertos en una necia sonrisa, y apenas una línea del ojo brillando bajo los párpados caídos. Con la esperanza de que Harker no recordara aquella escena al día siguiente, o de que la considerara un sueño, a pesar de mi enojo dominé la voz hasta conseguir que brotara como un susurro.

—¿Cómo habéis osado tocarle vosotras? ¿Cómo os habéis atrevido a ponerle la vista encima, cuando yo os lo había prohibido? ¡Atrás, os lo ordeno! ¡Este hombre me pertenece! No os metáis con él, o de lo contrario tendréis que véros las conmigo.

La encantadora Anna, sin duda dolorida por la frustración de ver que se le negaba la dicha cuando la creía tan segura, soltó una risa amarga y enloquecida, y se atrevió a replicarme:

—¡Tú nunca has amado a nadie! ¡Nunca has sido capaz de amar!

Y las otras, al ver que yo no mostraba interés en castigarla, se unieron a su risa.

—Te equivocas, yo también puedo amar —repliqué con voz tranquila.

Mis pensamientos entonces regresaron a un mundo lejano, totalmente distinto, un mundo que en el pasado había resplandecido y palpitado dentro de aquel castillo, dentro de aquella misma alcoba que ahora sólo contenía polvo, moho y ruinas bajo la luz de la luna.

Aquel mundo que persistía en mi recuerdo no era el de ellas, pero yo no tenía intención de darles materia para que se burlaran.

—Sí, yo también puedo amar —repetí—. Vosotras mismas podéis deducirlo por el pasado. ¿O no? Bueno, os prometo que cuando haya acabado con él podréis besarle cuanto os apetezca. ¡Y, ahora, largo! Tengo que despertarle, pues hay trabajo que hacer.

Si les dije todas estas mentiras fue para desembarazarme de las tres sin tener que castigarlas. No estaba dispuesto a castigarlas por culpa de la estupidez de Harker... Me repugna la crueldad y no la aplico a no ser que esté del todo justificada.

—¿Y no vamos a tener nada esta noche? —lloriqueó Melisse, señalando la bolsa que yo había traído, y que se movía ligeramente en el suelo.

En su interior había los pobres resultados de mi incursión: un lechón bastante escuálido que me había ofrecido una campesina con la esperanza de que, a cambio, yo ejerciera algún mal a una de sus rivales en el amor. Asentí, y de un salto las tres mujeres rodearon la bolsa y se la llevaron consigo.

En aquel instante, un gemido ahogado brotó de la silueta recostada de Harker. Me volví precipitadamente hacia él, y puedo asegurar que estaba del todo inconsciente. Lo que no supe entonces era que había tenido tiempo de ver cómo las mujeres saltaban sobre la bolsa, y que pensó que los gruñidos porcinos que brotaban de ella pertenecían, si «mis oídos no me traicionaban», al «suspiro y apagado gimoteo de una criatura medio asfixiada».

No hace falta decir que era imposible tratar de ningún asunto con él aquella noche, por mucho que lo hubiese intentado. Me lo llevé a sus habitaciones, todavía inconsciente, y le acosté; aún creía en la posibilidad de que creyera que su noche con las muchachas había sido una pesadilla, si es que la recordaba. También me tomé la libertad de registrarle los bolsillos; por vez primera eché un vistazo a su diario. Pero él tomaba sus apuntes con taquigrafía —una escritura que yo no entendería hasta mucho más tarde— y, después de examinarlo brevemente, lo volví a dejar en su sitio.

«Si estoy en mi sano juicio —escribiría al día siguiente—, sin duda es una locura pensar que, de las cosas extrañas que acechan en ese odioso lugar, el conde es la que ofrece menos riesgo para mí; que sólo a él puedo acudir para mi seguridad, aunque esto únicamente durará mientras le sirva para sus propósitos.» ¡Y yo que había creído que si recordaba algo de los horrores nocturnos, de los que había escapado por pura casualidad, al despertar me consideraría su amigo y protector! Ahí tienen un ejemplo de hasta dónde llegaba mi inocencia y mi persistente fe en el género humano.

Empecé a darme cuenta de que mi problema no residía tanto en cómo ganarme la amistad de Harker, sino en qué hacer con él, o respecto a él. Si le devolvía de inmediato a su país, sin duda tendría algunas historias extrañas que contar sobre mí cuando llegara. Mi propia partida estaba fijada para el treinta de junio —es decir, que todavía faltaba más de un mes—, mientras que Harker podía regresar fácilmente a Londres en una semana, y prepararme una recepción de lo más desagradable. Sus conocimientos respecto a mis asuntos en Inglaterra eran tan amplios, que no podría impedir tal desenlace si permitía que se marchara como mi enemigo, concediéndole la ventaja de la partida. Al mismo tiempo, él era aún mi huésped, estaba bajo mi responsabilidad, y el honor y la justicia me impedían por igual causarle daño alguno. Me habría gustado que manifestara acusaciones a las que yo pudiera responder abiertamente, que exigiese su libertad, si le preocupaban las puertas cerradas, o que se comportara como mi enemigo, para poder matarle con toda justicia.

Estuvimos a punto de llegar a esta última solución cuando descubrí que intentaba enviar clandestinamente una carta. Iba dirigida a su prometida, la señorita Mina Murray, a quien había escrito ya, a exigencias mías, el día anterior. Harker echó esta carta por la ventana —con otra dirigida a Hawkins y algunas monedas de oro—

a mis gitanos, los cuales, lógicamente, me la trajeron a mí.

La carta secreta a Hawkins era muy breve, simplemente le pedía que se comunicara con Mina Murray. Pero la dirigida a ella estaba escrita en clave, con la misma escritura taquigráfica que aparecía en el diario de Harker. Cuando terminé de examinarla, a punto estuve de ir a sus habitaciones y saltar sobre él. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para recordar que todavía era mi invitado, que se había encontrado con unas circunstancias extrañas para un corriente joven inglés, y que no había visto mucho mundo. Aparte de que yo tampoco sabía si la misiva cifrada contenía alguna falsedad sobre mí o si pretendía perjudicarme.

Sin embargo, me sentía rabioso. Raramente me había sentido tan enojado desde el día en que clavé los turbantes a la cabeza de los mensajeros turcos cuando éstos se negaron a quitárselos en mi presencia. Recuérdenme que les cuente esto más adelante. Sin embargo, durante mis grandes rabietas siempre suelo aparentar una gran calma. De modo que cogí las dos cartas, me encaminé a las habitaciones de Harker y me senté a su lado. Me miró con una expresión culpable, desesperada y feroz que se acentuaba a medida que pasaban los días.

—Los *szgany* me han entregado esto —empecé con voz tranquila—. Aunque ignoro de dónde proceden, me he hecho cargo de ellas... ¡Mire usted! —exclamé, abriendo de nuevo una de las cartas—. Una es suya, y va dirigida a mi amigo Peter Hawkins. En cuanto a la otra... —Saqué del sobre la carta taquigráfica—. ¡Es una vileza, un ultraje a la amistad y a la hospitalidad...! Pero no lleva firma, así que no debe preocuparnos.

Y entonces, allí mismo, acerqué la misiva a la llama del quinqué de Harker, y la quemé. ¡Ah!, lo cierto es que no echaba de menos la luz eléctrica.

—Por lo que respecta a la carta de Hawkins —proseguí—, la voy a cursar, puesto que es de usted. Sus cartas son sagradas para mí. Le ruego me disculpe, amigo mío, por abrirla inadvertidamente.

Entregué a Harker la carta y un nuevo sobre, y comprobé cómo escribía la dirección y cerraba de nuevo la misiva. Había en su rostro tal desespero —un espasmo nervioso en una mejilla y en el ojo—, y tal temblor en sus dedos al intentar escribir, que sentí conmoverse toda mi sensibilidad, y me alegré de no haberme mostrado más severo.

Por aquel entonces yo ya llevaba cuatrocientos años observando con frecuencia a los seres humanos bajo situaciones de presión, y vi claramente que Harker se balanceaba ahora al borde de un ataque de nervios. Eso ya era en sí lamentable, aparte de que como mínimo me sentía indirectamente responsable. Sin embargo, al mismo tiempo sentía como si me hubiese quitado un peso de encima. Con un poco de suerte, cuando Harker abandonara mis dominios tendría que pasar un par de meses en un sanatorio, y nadie creería los cuentos de vampiros que fuera contando alguien cuyo equilibrio mental sin duda se había roto.

Cabía la posibilidad de que Hawkins me visitara en Purfleet, y también la prometida de Harker, la querida señorita Mina Murray —incluso en aquel entonces

su nombre tenía un significado especial para mí—, para averiguar qué había ocurrido en los Cárpatos para trastornar de tal modo a su pobre muchacho. Y yo me mostraría preocupado y afable, y los recibiría cortésmente, para lo cual necesitaba renovar, al menos en parte, mi propiedad y disponer de las comodidades al uso. Para cuando Harker lograra hacer creíbles sus historias, si es que prudentemente no prefería alterarlas u olvidarse de ellas, yo ya habría conseguido establecer nuevos refugios para mí en Inglaterra, alterar incluso mi apariencia, y hasta puede que también escapar de cualquier investigación que pudieran poner en marcha.

Yo guardaba las tres cartas con fechas posteriores que sagazmente había obtenido de Harker días antes, después de explicarle cierta historia sobre la poca fiabilidad del servicio de correos. Eran simples comentarios sobre su estado de salud, que era bueno, y sobre un viaje que había realizado, dando a entender ostensiblemente que las había escrito el doce, el diecinueve y el veintinueve de junio; la última estaba fechada en Bistrita, y no en el castillo. Si conservaba aquellas tres cartas era como precaución, por si la visita de Harker tenía algún desdichado final, y ahora comprobaba que mi precaución había sido acertada. Si por algún motivo no llegaba completamente sano a su casa, aquellas cartas apartarían de mí toda sospecha.

Entregué a los gitanos la carta, ahora ya inofensiva, que Harker había vuelto a enviar a Hawkins, para que la mandaran por correo, e informé al jefe de la banda que mi huésped estaba medio loco y que había que ir con mucho cuidado con él. Por alguna extraña razón, Tatra, un tipo moreno y recio, capaz de confundirse con un centauro cuando montaba a caballo, no pareció sorprenderse excesivamente ante la noticia.

—Tatra —añadí—, te pido que, al día siguiente a mi partida, te pongas el uniforme de cochero y le bajes al desfiladero a tiempo de poder tomar la diligencia para Bistrita, donde enlazará con el tren. Obedece sus órdenes o sus peticiones, en todos aquellos pequeños detalles que te parezcan razonables, pero no cuando creas que pueden entrañar algún peligro para él. No es culpa suya el haber sufrido durante su estancia aquí; o al menos no toda la culpa es suya.

Tatra asintió y juró que haría todo lo que su amo le había mandado. Yo no dije nada más, y confié en que así lo hiciera.

Mi estado de ánimo era más alegre que en días anteriores cuando regresé a las habitaciones de Harker. Abrí la puerta con la llave —había empezado a temer que actuara temerariamente—, entré y le encontré dormido en el sofá. Al oírme se incorporó y me miró con ojerosa cautela. Parecía demasiado cansado para tener miedo.

—¡Así que está usted cansado, amigo mío! —inquirí, frotándome las manos vivamente—. Métase en la cama; es la forma más segura de descansar. Esta noche no podremos disfrutar del placer de nuestra charla; tengo muchas cosas por hacer. —Mi reserva de provisiones para él se había agotado, después de que se comiera casi todo el lechón cuyos gruñidos tanto le habían alarmado—. Pero acuéstese usted, se lo

ruego.

Harker se levantó como un sonámbulo y se encaminó hacia el dormitorio, donde se dejó caer en la cama, boca abajo. Volvió a quedarse dormido casi al instante —tal como anotó al día siguiente en su diario: «la desesperación tiene sus propios momentos de tranquilidad»—, y yo aproveché la ocasión para cogerle documentos, dinero, etcétera, a fin de guardárselo. También cogí prestados sus mejores trajes, para que unas gitanas los utilizaran como modelo para hacerme ropa siguiendo la moda de los ingleses.

Esta tarea les llevó un par de semanas, pero yo pude ponerme el traje ya finalizado cuando, la noche del dieciséis de junio, salí en busca de nuevas provisiones. Anhelaba comprobar la comodidad y resistencia de mi nuevo vestuario. Sólo mucho después, cuando se me presentó la oportunidad de leer el diario de Harker pasado a máquina, me enteré de que él había vuelto a espiarme esa noche, y que imaginó que yo llevaba sus ropas mientras me deslizaba cabeza abajo por el muro... Con el propósito —si es que creen en sus apreciaciones— de empañar su reputación; para que se le atribuyera «cualquier maldad» que yo pudiera hacer a la gente del pueblo. No, señor Harker, se lo aseguro... ¿Puede usted oírme ahora desde su presunto lugar en el cielo? Lo que me reclamaba aquella noche eran otros asuntos mucho más importantes para mí que mancillar su buen nombre. «¡Santo cielo! —exclamaría sin duda algún patán aquella noche, al ver mi alta figura de pelo y bigote canos, ojos enrojecidos y vestido al estilo de Savile Row—. Ahí va el vampiro con las ropas del joven inglés. Seguro que se lo habrá comido.»

Nada más completar las tareas de aquella noche y regresar al castillo —arrastrando en mi bolsa extensible un ternero recién nacido, con el propósito de proporcionar un poco de sangre a mis muchachas, y a mi huésped algo con sabor a ternera—, una pobre mujer de la aldea más cercana irrumpió en el patio suplicando mi ayuda. Aquella pobre y valiente mujer, cuyo rostro yo nunca había visto... Ni uno entre mil de los habitantes del valle se habría atrevido a tanto en plena luz del día, y mucho menos en plena noche. Pero los imperativos de la maternidad a veces otorgan una increíble fuerza.

—¡Señor, encuéntrame a mi hijo! —suplicaba a Harker la pobre infeliz, confundiéndole conmigo al verle en uno de los altos ventanales, iluminado por la luz de la luna.

Sí, ya sé, sé muy bien que en su diario él transcribió las exclamaciones de la mujer de la siguiente manera: «¡Monstruo, devuélveme a mi hijo!». Pero ¿suponen ustedes que ella hablaba inglés? ¿O que Harker tenía a mano el diccionario multilingüe que había utilizado en la diligencia de Bistrita para hablar con aquella misma gente?

Por lo que a mí respecta, sabía muy bien que aquella mujer estaba allí sin necesidad de sacar la cabeza por la ventana para verla. Yo sí entendía sus palabras. Y tampoco necesité alzar mi voz para convocar a varias de mis preciosas criaturas —los lobos— que se encontraban a un par de kilómetros a la redonda. Se organizaron bajo

mis órdenes y rápidamente peinaron el bosque, de modo que en el intervalo de una hora hallaron al niño extraviado. A base de mordiscos y tirones, le obligaron a entrar en el patio, donde la estúpida mujer —supongo que era por alguna negligencia suya que la criatura se había perdido— seguía golpeando con sus débiles manos contra mi puerta, hasta que descubrió a su hijito en medio de la jauría que le hacía escolta. Entonces agarró al niño y echó a correr hacia su casa, sin darme siquiera las gracias, ni a ninguno de mis guardianes de cuatro patas. En cuanto a Harker, en su diario insinuó que yo había secuestrado a la criatura para que me sirviera de cena, y que luego llamé a los lobos para que devoraran a la madre.

En sus ojos veo ahora que no creen en absoluto mi versión de lo ocurrido. Y bien, ¿por qué no tenía que ayudarla, como había ayudado a miles de personas cuando yo era príncipe? La mujer acudió a mí en calidad de amo, y me pidió ayuda, así que estaba obligado a prestársela. Estos comportamientos tan elementales y correctos, ya sea por lo que se refiere a ella como por lo que se refiere a mí, deberían verificarse, y su divulgación mostraría hasta qué punto el mundo se ha venido abajo. Pero es probable que parezca un viejo, hablando así.

Sin embargo, ustedes lo dudan. Insisten en creer que prefiero beberme la sangre de un niño pequeño, a hacerle saltar sobre mis rodillas. Y estarían en lo cierto si sólo existiesen dos tipos de conducta donde yo pudiera elegir.

Muy bien. Ahora es un momento tan bueno como cualquier otro para hablar de la sangre. Ustedes comen carne. ¿Comen carne de hombre o de mujer? Puede que algún mordisco amoroso jugando, pero no van más allá de eso, ¿verdad? Pues bien, de forma bastante aproximada, eso mismo es lo que me ocurre a mí. El único alimento que me sirve de sustento es la sangre caliente y, preferiblemente, de mamíferos, pero la especie de la cual pueda nutrirme me es indiferente. Por ahora, dejémoslo así. Más tarde, si disponemos de tiempo, hablaremos de por qué creo que la mayor parte de la energía que necesito me llega a través de una radiación procedente del sol que aún no se ha logrado medir.

Otra peculiaridad de la existencia vampírica reside en que los órganos reproductores, así como los sistemas de excreción, dejan de funcionar; el cuerpo no expelle semillas ni desechos, pero eso no significa que carezcamos de pasión; todo lo contrario. De la misma manera que en los hombres y mujeres que respiran hay muchos deseos vehementes, además de la mera actividad sexual —permanezcan dos semanas sin comer, dos días sin beber, o dos minutos sin respirar, y verán que no me equivoco—, para nosotros la sangre es la vida, lo es todo.

Desde siempre he experimentado el amor a las mujeres, y para mí eso no ha cambiado. Pero la forma de expresarlo ya no es la misma desde que desperté de mis heridas mortales en 1476. A partir de entonces, la sangre lo es todo para mí. ¡Oh!, supongo que podría prescindir de la sangre de las dulces muchachas durante dos meses, dos años o dos siglos, si existiese algún motivo para tal abstinencia. Ya les he dicho que nunca forcé a Lucy, ni a Mina, ni a ninguna de las otras.

Pero dejémoslo así. Fue al día siguiente de la visita de la pobre aldeana cuando

Harker, enloquecido de terror, se atrevió a bajar por el muro exterior del castillo desde su ventana, en vez de entrar en mis propios aposentos. Luego prosiguió por un pasillo interior hacia una capilla situada más abajo, y se encontró con las cajas de tierra que yo y mis amigos habíamos preparado para mi viaje. Al curiosear en el interior de aquellas cajas, se encontró con que en una de ellas descansaba su humilde servidor. De haber sido más listo y malvado, y si su ingenio hubiese igualado el valor que demostró al desafiar aquel muro, podría haber acabado conmigo allí mismo. Por lo que a mí respecta, en aquellos instantes no era consciente de su incursión.

El trance en que solemos caer durante el día —aunque no siempre—, entre la salida y la puesta del sol, creo que marca realmente nuestra dependencia de este astro. De la misma forma que los hombres no pueden realizar saludablemente ejercicios pesados mientras comen y digieren su comida, nosotros los vampiros entramos, en el mejor de los casos, en una especie de letargo en presencia del sol; ninguno de nosotros puede soportar durante mucho rato la potencia de sus rayos.

En todo caso, Harker me encontró allí dentro, aletargado en aquella caja medio llena de tierra blanda y húmeda. Como veremos, resulta difícil liberarse de las garras de ese letargo diurno, aunque permite permanecer más alerta que el sueño de los humanos. Nosotros no experimentamos la fatiga como los que respiráis, aunque al final debemos descansar, y eso sólo se consigue sobre la tierra pura de nuestro país. ¿Por qué sucede así? Lo ignoro. Puede que más tarde dispongamos de algún tiempo para que les exponga un par de teorías mías.

Sin saber qué pensar de mi estado, porque no respiraba, ni me movía, pero en cierto modo tampoco estaba muerto, Harker regresó a sus aposentos. Por supuesto que luego no me haría ningún comentario sobre su intrusión. Cuatro días después, el veintinueve de junio, mis planes habían concluido, igual que los trabajos de mis ayudantes. A última hora de la tarde fui a ver a Harker y le dije:

—Amigo mío, mañana debemos partir. Usted a su hermosa Inglaterra, y yo a realizar unas tareas que, según como terminen, impedirán que volvamos a vernos. Sus últimas cartas ya han salido para casa. Mañana yo ya no estaré aquí, pero todo está a punto para su viaje. Por la mañana vendrán los *szgany*, que deben realizar varias labores aquí, y algunos eslovacos. Cuando hayan finalizado, mi carruaje vendrá a recogerle para bajarle al desfiladero del Borgo, donde puede tomar la diligencia de Bukovina a Bistrita. Sin embargo, espero volver a verle en el castillo de Drácula.

¿Es preciso añadir que en mis charlas con Harker a veces era más diplomático que sincero? Mi deseo más ferviente era no volver a ponerle la vista encima.

Más que sorpresa, la inesperada nueva provocó en él una fuerte conmoción, un efecto tonificante. Se incorporó de un salto, y vi que recuperaba su modesta reserva de equilibrio mental, mientras hacía acopio de valor para enfrentarse a mí; sin duda una proeza mucho más ardua que escalar las lisas piedras de un muro.

Al final, con voz firme, me preguntó sin tapujos:

—¿Y por qué no puedo marcharme esta noche?

—Porque mi cochero y mis caballos han salido con una misión, mi querido amigo.

Para ser exactos, Tatra, el único de los *szgany* a quien podía confiar una misión tan delicada sin estar yo presente, se hallaba en aquellos momentos en una aldea cercana a Bukovina para gestionar la compra de un nuevo caballo. Las tres queridas señoras que estaban a mi servicio habían chupado la vida a un semental negro la noche anterior, y yo esperaba que los eslovacos y sus perros consumieran la carne del caballo por la mañana.

Harker sonrió como si creyera haberme atrapado —fue una sonrisa suave, meliflua, diabólica, si se me permite decirlo—, y por la expresión de sus ojos temí que estuviese ya un poco loco. Lo cual no sería de extrañar, después de haber pasado tanto tiempo meditando sobre sus temores y sus dudas, en vez de discutirlos abiertamente conmigo.

—Pero a mí no me importa bajar andando —replicó—. Quiero irme enseguida.

—¿Y su equipaje?

—No me importa. Puedo enviar a por él en otra ocasión.

Sin embargo, cuando escribió sobre ello en su diario, sí pareció importarle, ya que me acusó de robarle su mejor traje, su abrigo y su manta, además de poner en peligro su vida y su cordura. Sin embargo, entonces se cuadró firmemente sobre sus pies, y por vez primera en muchas semanas volvió a parecer el joven seguro y competente que había llegado al castillo de Drácula a primeros de mayo.

Suspiré para mis adentros. No confiaba totalmente en mis *szgany*, ni siquiera en Tatra, para que cumplieran al pie de la letra mis instrucciones respecto a Harker, al menos hasta que yo mismo no estuviese metido en una caja y a bordo de un mercante. De modo que pensé: ¿por qué no tomarle la palabra y permitir que baje andando hasta el desfiladero? El único peligro real que yo intuía eran los lobos, y una palabra mía a algunos de ellos, antes de que Harker partiera, le proporcionaría una escolta que garantizaría su seguridad; al menos hasta que llegara al territorio de los hombres corrientes, después de lo cual tendría que asumir sus propios riesgos, como todos nosotros.

De modo que pensé en dejarle marchar, ya que el desfiladero se hallaba tan sólo a unos pocos kilómetros, y si bien el camino era malo, no tenía desvíos y casi todo el rato era cuesta abajo. Supongo que di por descontado que aún disponía de algún dinero en sus bolsillos, junto con el diario, que conservaba en su poder. Y supongo que tampoco debería quejarme de las monedas de oro que se llevó al partir, mientras me dejaba —es decir, lo dejaba a mi servidumbre— una carta de crédito, sus mejores trajes —que yo había entregado a una muchacha gitana para que los limpiara, con resultados lamentables—, el abrigo y la manta de viaje que antes he mencionado, junto con horarios de trenes, etcétera, etcétera.

Me aparté a un lado de la puerta de su habitación, aliviado por fin de que mi huésped hubiese expresado llanamente su deseo de partir, y de que yo pudiera acceder con la suficiente rapidez y espontaneidad, a fin de que mejorase la opinión

que Harker tenía sobre mí. En el último momento quise entregarle unas cuantas monedas de oro antiguas, como recuerdo de su visita. Pensé que, después de todo, quizá mi plan, tan minuciosamente elaborado, funcionaría. En cuanto Harker regresara a su entorno razonablemente humano, cambiaría de opinión sobre lo que había sucedido bajo mi techo, o, en cualquier caso, cambiaría su versión de los hechos. El retorno a su país podía hacerle un gran bien, ahorrándole al final una crisis nerviosa.

Tal como Harker anotó en su diario, fue en ese instante cuando —con una «gran amabilidad» que le hizo restregarse los ojos, «porque parecía auténtica»— yo le dije:

—Ustedes los ingleses tienen un refrán que me es muy próximo, ya que su espíritu es el que nos rige a los boyardos: «Bienvenidos sean los que vienen, y buen viaje a los que se van». Venga conmigo, amigo mío. No tiene por qué permanecer en mi casa en contra de su voluntad, por muy triste que me deje su partida. Venga.

Cogí un quinqué y partí escaleras abajo. Harker me siguió vacilante, tanteando con el pie a cada paso, como si temiera alguna trampa. Mientras tanto, utilizando esas facultades internas que me permiten hablar con los animales, llamé al castillo a tres o cuatro lobos que en aquellos instantes acechaban en los bosques cercanos, para que proporcionaran una seguridad a mi visitante durante su trayecto. Mi intención era presentarles a mi huésped y permitir que le lamiesen las manos, para que comprendieran que no debían hacerle daño. Cuando los dos llegamos a la puerta principal, los lobos estaban aullando en el patio, y, en cuanto abrí una rendija, éstos se lanzaron contra el espacio abierto. Me interpose en su camino mientras intentaba tranquilizarlos y hacerles ver claramente cuáles eran mis deseos.

Sin embargo, aquellos aullidos y la visión de los colmillos que se asomaban entre los hocicos de lengua roja y babeante que pretendían pasar por debajo de mi brazo extendido, mientras yo intentaba contener a mis criaturas en el umbral, fue demasiado para Harker. En su diario me atribuye la «diabólica maldad» de querer que los lobos le devorasen vivo, además de conspirar para que las tres mujeres le succionaran la sangre. Dos destinos que, a mi entender, se excluyen mutuamente; más allá incluso de los poderes del conde Drácula, para que pudiera aplicarlos a una misma víctima.

—¡Cierre la puerta! —gritó Harker, y cuando sorprendido me volví hacia él, le vi apoyándose desesperadamente contra la pared, cubriéndose el rostro con ambas manos—. ¡Esperaré hasta mañana!

Era indudable que no se encontraba en condiciones de permitirle deambular de noche por la ladera de la montaña. Yo me sentía amargamente decepcionado —con cierta violencia, expulsé hacia la oscuridad a la última de las aullantes criaturas, y con fuerza cerré el portalón—, pero en aquellos instantes no le dije nada más a Harker. En silencio, le acompañé de nuevo a la biblioteca, donde le expresé unas lacónicas buenas noches. Hasta que no leí su diario no supe que aquellas tres condenadas mujeres se le acercaban a la puerta para musitarle seductoras invitaciones, torturándole con sus sonoros chupetones y sus risas, e imitando incluso

mi susurrante voz para fingir una charla con ellas, en la que yo habría dicho: «¡Atrás, atrás! ¡Regresad a vuestro sitio! Todavía no ha llegado vuestra hora. ¡Esperad, tened paciencia! Esta noche es mío. ¡Mañana será para vosotras!»

No, Jonathan Harker —si es que puede oírme—, supongo que difícilmente puedo culparle por lo que más tarde me hizo. Tampoco lamentarme por lo que les pasó a Melisse, a Wanda y a la encantadora Anna cuando finalmente el sádico Van Helsing se presentó en...

Pero es preciso que siga un orden para narrar mi historia. La última noche, antes de abandonar el castillo de Drácula, cené espléndidamente: la sangre caliente de un toro. No tan sólo por simple apetito, que sí lo tenía, sino por adquirir un aspecto más joven. Claro que no veía mi rostro en un espejo desde hacía cuatrocientos años —el hecho de que yo no precise afeitarme regularmente puede ser una prueba de que existe algún bondadoso plan en este mundo—, pero, por los comentarios que de vez en cuando dejaban caer mis ocasionales camaradas, sabía que mi apariencia era la de un anciano, con el cabello y el bigote canos, aunque bastante robustos, y ojos enrojecidos como los de un animal atrapado por el haz de una de aquellas nuevas luces eléctricas. Mediante una alimentación intensa y regular puedo alterar ese aspecto, y ésa era mi intención, por si Harker decidía finalmente dar la alarma cuando yo llegase a Inglaterra.

Como ya he dicho, había cenado espléndidamente, y esperaba también dormir muy bien, probando otro de los nuevos lechos que había preparado para mi viaje. Cuando un vampiro se ha acostado en su propia tierra, completamente saciado, hay muy pocas cosas que puedan despertarle en pleno día. Sin duda un despertador infalible es la punta afilada de una estaca de madera al entrar en su caja torácica con un golpe seco y fuerte en el otro extremo. Eso es algo que sé, aunque no por experiencia propia. ¿Qué tiene la madera que en determinadas condiciones hace que sea tan absurda y definitivamente letal para los de mi especie? ¿Será que en el pasado fue materia viva y ya no lo es? El metal, que corta con tal finura la carne de los mortales y les extrae ese fluido rojo que les da vida, es totalmente incompatible con nosotros y no puede matarnos. Golpea contra nuestro peculiar cuerpo, se dispersa a través de él y lo atraviesa, pero no puede transmitirnos su fuerza mortal. ¿Balas de plata? Por lo que se refiere a los vampiros, su eficacia es mera superstición.

Pero el metal me hirió ese día cuando estaba en mi caja: una pala de bordes afilados que osciló desesperadamente en manos de Harker, quien una vez más se había atrevido a deslizarse por los muros del castillo hasta llegar a mis dominios, quien una vez más registró mis habitaciones y mis criptas con la esperanza de encontrar una llave u otros medios para salir de allí en pleno día. Volvió a encontrarme en el interior de una de las cajas y, esta vez completamente entregado al impulso de matar, cogió el utensilio puntiagudo que tenía más a mano.

Imaginen el sueño más profundo que alguna vez se haya apoderado de ustedes,

tan intenso que no lo hayan podido resistir, y multipliquen por diez su inercia. En esa especie de olvido insomne permanecía yo tendido, en ese pesado letargo, en ese sopor, como si todos mis miembros estuviesen encadenados. Harker podía haberme encontrado, escudriñado y secuestrado, y yo no me habría dado cuenta ni me habría preocupado hasta que el sol se hubiese puesto. Pero cuando él levantó la pala, el soplo físico, el impulso desesperadamente asesino llegó a mí por el aire de la cripta para espabilarme, para incitarme a despertar mucho antes de que el metal siseante alcanzara su objetivo.

—¡Maldito bastardo! —Su voz era tan sólo un débil gemido susurrante, y, aun así, la percibí con claridad—. Maldita sanguijuela monstruosamente hinchada.

Mis ojos estaban abiertos, lo habían estado todo el rato, pero sólo con lentitud, de forma borrosa, conseguí desprenderme de la ceguera del trance. Me di cuenta de que habían abierto la tapa de mi caja, puesto que allí arriba estaban las nervaduras de piedra. Había luz, una débil luminosidad natural que bajaba susurrante a través de varias salas y pasadizos. Y, en un extremo de mi visión, el rostro de Harker, al principio tan sólo una pálida mancha ovalada, y luego, a medida que la imagen se hacía más clara y mis ojos empezaban a enfocar, una máscara de la locura, el rostro del hombre viviente que desde siempre ha aparecido en las pesadillas de los vampiros, la máscara del cazador, el perseguidor, el clavador de estacas, dispuesto a purificar su mundo convirtiendo en chivos expiatorios a los que todavía no hemos muerto.

Mientras emergía lenta e irremediabilmente del letargo —era consciente de que no llegaría a tiempo para actuar en defensa propia—, descubrí por vez primera y con indiferencia que Harker había perdido peso desde que era mi huésped —sus brazos asomaban muy delgados bajo las sucias mangas de la camisa—, que su cabello aparecía desgredado en torno a un rostro diabólicamente transformado, y que se afeitaba de forma irregular desde que había perdido el espejo.

—¡Maldito bastardo! —repitió con tono irritado, y su voz se quebró en un sollozo a mitad de la última palabra.

Con un leve chillido quejumbroso al tomar aire, levantó la pala y la sostuvo en el aire con ambas manos, dispuesto a descargar un golpe de canto sobre mi cara.

No pretendo alardear si digo que yo no estaba aterrorizado. Más tarde ya hablaremos sobre el miedo; ahora sólo diré que observé con tristeza cómo se aproximaba aquel tremendo golpe. Era incapaz de hacer otra cosa que no fuese girar la cabeza y mirar fijamente a mi atacante. La pala me golpeó en plena frente, y en mi cabeza penetraron la conmoción del golpe y el dolor que siguió a continuación. Intenté en vano mover las manos y los pies, y pensé que volvería a descargar otro golpe sobre mí.

¿Y Harker, qué es lo que vio? «...una sonrisa burlona en aquel rostro abotargado, que parecía impulsarme a la locura. Aquélla era la criatura a la que yo ayudaba a trasladarse a Londres, donde, entre sus millones de habitantes, probablemente podría saciar sus ansias de sangre durante los siglos venideros y

crear un nuevo círculo de semidemonios en constante crecimiento que se abatieran sobre los desvalidos... Cogí una pala... y, levantándola sobre mi cabeza, con el canto golpeé con fuerza aquel odioso rostro. Sin embargo, en aquel instante giró la cara y sus ojos se posaron en mí con todo el brillo del horror en sus pupilas. Pareció como si aquellos ojos me paralizaran, y la pala giró en mi mano, desviándose de su trayectoria hacia la cabeza, provocando tan sólo un profundo corte en la frente».

Como réplica, tan sólo puedo añadir que para mí fue también una conmoción ver a Harker dirigiendo la pala contra mi cabeza.

Desconcertado por mi movimiento, y por el fracaso de su primer ataque para destruirme, dejó que la pala cayera de sus manos, y de alguna forma su caída provocó que la tapa de la caja cayera también, dejándome en la oscuridad, a la espera del siguiente ataque. A quienes estén interesados en esta historia, quizá sea una suerte que, en aquel preciso instante, nuestro enfrentamiento se viese interrumpido por «una canción gitana, que alegres voces entonaban» en el exterior, que iba aproximándose, acompañada por los ruidos de los *szgany* al entrar en el patio con sus pesadas carretas, para iniciar mi traslado. Harker se apresuró escaleras arriba, donde efectuó unas apresuradas anotaciones en su diario. Tan pronto como se marcharon los gitanos, tomó la osada decisión de bajar en su totalidad los muros del castillo, y luego se marchó por su cuenta y riesgo. Ese día mi carruaje permaneció vacío. Tatra se puso inútilmente el uniforme de cochero.

Si mi huésped se hubiese quedado conmigo un poco más, y hubiese utilizado todo su ingenio, sin duda habría podido perjudicarme seriamente, e incluso fatalmente. Es cierto que un simple ataque con una herramienta metálica estaba destinado al fracaso, pero era un dato que Harker podía haber recordado más tarde en su propio provecho, cuando ambos reanudamos nuestro trato social. Actualmente, la marca ha desaparecido por completo de mi frente, ¿no les parece? O al menos mis dedos ya no notan el costurón de la cicatriz, y desde hace décadas nadie ha hecho ningún comentario al respecto.

Yo había obtenido una cabeza palpitante y un poco de material nuevo sobre el cual reflexionar: provisiones para mi viaje. Sin embargo, no estaba en condiciones de comunicarme con mis leales *szgany* cuando clavaron la tapa de mi caja y empezaron mi traslado por el largo camino que conducía hasta el mar.

2

Mi viaje por tierra —unos seiscientos kilómetros a través de los Alpes de Transilvania, y hacia el este a través del *banato*, la fértil llanura— estuvo exento de acontecimientos notables. Una vez que abandonamos las montañas, los caminos fueron mejores y mis *szgany* avanzaron con mayor rapidez con sus carretas.

El sol de principios de julio caía con fuerza sobre mi caja cuando pasamos por la ciudad que ustedes denominan Bucarest. ¿No sabían que en 1459, cuando era una de mis fortalezas más importantes, la llamábamos Cetatesa Bucurestilor? Durante algún tiempo fue mi capital... Poco después cruzamos el Danubio, y al atardecer del quince de julio llegamos a Varna, en el mar Negro, en cuyo puerto yo iba a embarcar hacia Inglaterra.

Varna. Supongo que su nombre significará muy poco para ustedes en la actualidad. Pero en 1444, durante una batalla que tuvo lugar por allí cerca, el joven rey Vladislav III de Polonia murió bajo la espada de los turcos, y el propio Janos Hunyadi tuvo la suerte de escapar con vida del campo de batalla, con la ayuda de mis parientes valacos.

No, yo no estuve allí. Yo tenía trece años en 1444, y ya libraba batallas por mi cuenta, sin el apoyo de un ejército. Cuando los cristianos y los turcos se enfrentaron cerca de Varna, yo me encontraba lejos, en las montañas de Asia Menor, en Egrigoz, como rehén para que mi padre cooperara con los turcos. Prisionero conmigo se hallaba mi hermano Radu, al que luego llamarían *el Apuesto*, y que por aquel entonces sólo tenía seis años...

¿Me imaginan en mi niñez? No más que a Hitler, supongo. Pero todo aquel que en algún momento ha sido humano, ha tenido que pasar por esa etapa, y yo me acuerdo de ella. Como una ramita que se dobla... Los carceleros turcos de mi juventud eran grandes expertos doblando ramas. Pero no se preocupen. Ya me temían incluso antes de que abandonara los muros de aquella cárcel, cuatro años después.

Como decía, mi viaje hasta el puerto del mar Negro fue tranquilo. Los *szgany* me entregaron a mi agente, Petrof Skinsky, y él a su vez me entregó al bueno de Herr Leutner, con quien había mantenido correspondencia, pero que era lo bastante moderno como para dar crédito a cuentos sobre *nosferatu*, si es que habían llegado a sus oídos. De Skinsky no estaba tan seguro. Luego ya les contaré algo más sobre él.

Así que Leutner cumplió fielmente haciéndose cargo de mis cincuenta grandes cajas llenas de tierra, cuidó de que las cargaran a bordo de la nave, sin sospechar siquiera que junto con ellas viajaba el consignador, con su equipaje: dinero y ropa de repuesto metido en una resistente bolsa de viaje oculta debajo de él, entre la tierra. Me embarcaron a bordo de la goleta *Demeter* con destino a Whitby, que se encuentra,

por si algunos de los que me escuchan lo ignoran, en la costa de Yorkshire, a unos trescientos kilómetros al norte de Londres.

Con anterioridad yo había viajado alguna vez con una barcaza por el río, pero con el *Demeter* era mi primer viaje por mar. La primera noche, después de abandonar mi caja —ésta se hallaba casualmente debajo de algunas otras, pero entre la puesta y la salida del sol puedo pasar a voluntad a través de una rendija incluso más estrecha que el filo de una navaja—, salí de la bodega en forma humana y llegué a cubierta deslizándome por el compartimento estanco de una escotilla. En medio de la confortable oscuridad de la noche, a lo lejos, a estribor, divisé una masa de tierra. Por el otro lado el mar estaba desierto hasta el horizonte, y una brisa fresca procedente del este soplabla por la parte de popa. En cubierta había otros tres hombres, de modo que no me quedé allí mucho rato. Mediante el minucioso reconocimiento que efectué las primeras noches de la travesía, descubrí que a bordo había nueve hombres en total, aparte de mí: cinco marineros rusos, el capitán y el piloto, también rusos, y el oficial y el cocinero, que eran rumanos.

Utilicé activamente mis sentidos, en especial durante las horas de oscuridad, para conocer todo lo posible aquel nuevo mundo relacionado con el mar. Como sin duda habrán notado, tengo cierto poder sobre el viento y el clima, y lógicamente había pensado servirme de tales facultades para hacer más fácil mi travesía. No tardé en descubrir que las dificultades residían en que, si bien podía recordar perfectamente el rumbo en cuanto lo habíamos tomado —los vampiros poseemos lo que sin duda ustedes llamarían ahora un sistema de dirección por inercia, o algo por el estilo—, no tenía ni la más remota idea de qué rumbo seguir, ni en qué dirección debía decirle al viento que soprase. Por supuesto, yo tenía el conocimiento abstracto de que el nombre del lugar de destino era Inglaterra, y que llegaríamos a ella mediante un rodeo a través del mar Negro, el Mediterráneo y el Atlántico. Pero tal conocimiento me era de muy poca ayuda para intentar que la nave avanzara con mayor rapidez; por eso me alegré de poder observar y aprender.

Cinco días después de salir del puerto llegamos al Bósforo, y al día siguiente cruzamos los Dardanelos y penetramos en el Mediterráneo. Ahora sospecho que fue en ese momento cuando el oficial empezó a notar mis paseos nocturnos. No creo que realmente me hubiese visto aún, pero, mediante un cierto sexto sentido que algunos humanos a veces poseen, había intuido en cierto modo que a bordo navegaba una décima persona después de anochecer, que de pronto una tabla crujió ligeramente bajo unas pisadas extrañas, que de nuevo no aparecía sombra alguna sobre la cubierta iluminada por la luna allí donde debería haberla, y que la oscuridad se había instalado donde los rayos de la luna deberían haber iluminado claramente.

Los marineros son muy supersticiosos; hasta entonces no me había dado cuenta de cuán cierta es esta verdad. Ahora sospecho que el oficial era un hombre con una sensibilidad extraordinaria respecto a todo lo que se apartase de lo normal. El catorce de julio, el octavo día de nuestro viaje, sin duda contagiada la tripulación por los temores del oficial, uno de los hombres discutió con él, y éste le golpeó. Si la pelea se

debió a cierta aparición nocturna o a algo totalmente distinto, lo ignoro, ya que ocurrió en pleno día, cuando me hallaba abajo, acostado, y todo lo que sé al respecto procede de las anotaciones de mis enemigos. Estas anotaciones señalan también la noche siguiente, la del quince al dieciséis de julio, como la primera en que alguien de la tripulación me vio realmente. Tal como el capitán anotó puntualmente en su diario de a bordo, uno de los marineros informó, atemorizado, haber visto «un hombre alto y delgado, que no se parecía a nadie de la tripulación, salir por la escalera de la cámara y alejarse por cubierta hasta desaparecer». Me había vuelto muy descuidado, cuando serlo siquiera un poco es siempre perjudicial.

Aquella noche todavía no sospechaba que mi presencia a bordo había creado cierto revuelo, pero cuando me levanté al día siguiente, al ponerse el sol, me di cuenta de que en la bodega todo aparecía desordenado a mi alrededor. La colocación inicial de mis cajas había cambiado, al menos ligeramente, y el lastre de arena plateada aparecía muy pisoteado.

No había indicios de que se hubiera producido una vía de agua o alguna otra emergencia náutica que exigiese a la tripulación realizar tantos cambios en la bodega, y tampoco tenía la sensación de que se hubiese desatado una tormenta inesperada. ¿Qué había sucedido, pues? Los indicios me sugerían que la bodega había sufrido un registro, aunque por fortuna no con la meticulosidad que habría sido necesaria para que me sacaran de mi tierra.

Por lo tanto, la tripulación o algunos de sus hombres probablemente sospechaban que ocurría algo anormal. Sin embargo, después de haber buscado ya por allí, no era lógico que volvieran a registrar la bodega sin una buena causa. En cualquier caso, eso es lo que yo pensé, y decidí quedarme acostado un par de noches. Sólo más tarde me enteraría de que la noche del quince al dieciséis de julio había desaparecido un marinero, un acontecimiento de gran importancia que yo habría sabido con anterioridad si no me hubiese quedado prudentemente en mi atractiva y acondicionada caja.

¡Ah, mis refugios de tierra, la excelente tierra de Transilvania, consagrada hace muchísimo tiempo por dignos y humildes sacerdotes como el cementerio familiar! A veces me pregunto si la fuerza que obtengo de mi tierra no será simplemente cuestión de psicología. Pero el hecho es que no puedo descansar realmente en ninguna otra parte, y sin un auténtico descanso no puede sobrevivir durante mucho tiempo ningún ser viviente, ni ningún vampiro. En mi tierra hay fragmentos de huesos de mis antepasados —irreconocibles en su humildad—, junto con algún que otro paciente gusano o insecto, tímidas criaturas que se asustan tanto de ustedes como de mí, de cualquier cosa que se mueva. Hay fragmentos de raíces de árboles robustos, mantillo de sus hojas y quizás alguna partícula del oro que escondieron los valacos, sobre la cual brilla una insignificante llamita azul cuando se acerca la víspera de San Jorge. Una espléndida tierra negra que no mancha excesivamente la ropa. Sólo mancha si uno se arrastra o se frota con ella, pero como mi sueño es muy tranquilo, mi despertar se realiza sin siquiera destripar ni un solo terrón. En

Inglaterra, o en cualquier otro lugar..., me sentiría perdido sin la espléndida tierra de mi país, como yo y mis enemigos muy bien sabemos.

Pero volvamos de nuevo al *Demeter*. Mientras la goleta avanzaba con el mal tiempo que se había desencadenado en la parte occidental del Mediterráneo, el oficial ya expresaba violentamente sus temores, aunque hasta entonces lo había hecho de forma disimulada pero un tanto nervioso. Por prudencia —palabra que me produce una especie de aversión irracional—, yo permanecía acostado en mi ataúd, donde nada podía hacer por mi propia causa.

¿Cómo desapareció ese primer marinero que ya he mencionado? Supongo que por puro accidente. Era indudable que le habían relevado de la guardia durante la noche, y luego, por algún motivo, cayó por la borda antes de regresar a su litera. Eso ocurre a veces, pero allí estaba el meditabundo oficial, que precisaba únicamente de aquella misteriosa tragedia para saltar por encima de lo racional hacia el inmenso abismo de la locura. El oficial enloqueció, como el propio capitán creería más tarde. Recuerden que el oficial era de una región de mi propio país, infectado con los terrores endémicos que lo caracterizan. Estaba lo bastante loco como para ver un *nosferatu* en el rostro de cualquiera, en especial si era el de algún hombre que se le acercara de noche, a solas, por cubierta. En ese caso era capaz de saltar sobre él con su cuchillo para herirle y tirarle luego por la borda. En el fondo era una especie de autodefensa, ¿comprenden? Como si su cuchillo pudiera serle de alguna utilidad contra sus propios temores. Supongo que el oficial sería, como mínimo, un hombre algo instruido, pero procedía de alguna región apartada, y sus temores eran mucho más profundos que los conocimientos que tenía sobre el tema.

Durante lo que quedaba del mes de julio se desembarazó de otros cuatro compañeros, y los supervivientes de la cada vez más reducida tripulación debían atender desesperadamente a las faenas, tambaleándose por la fatiga, incapaces de imaginar qué diabólica fatalidad se cernía sobre aquel viaje. Cuando ya hacía aproximadamente un mes que habíamos zarpado, de nuevo abandoné mi escondite. No me di cuenta enseguida de cuál era la situación, pero por entonces sólo quedaban el capitán, el oficial y dos marineros para realizar las faenas del barco. Los demás habían fallecido, uno tras otro, en plena oscuridad. Por entonces la goleta había pasado ya Gibraltar, había atravesado el golfo de Vizcaya y se estaba aproximando a Inglaterra.

La noche del dos de agosto subí a cubierta; allí me encontré con que no había nadie en el castillo de proa y, como marinero de agua dulce, en un primer momento no comprendí cuan grave era eso en una noche de niebla. A mí me encanta la niebla y la oscuridad, así que me fui a proa a disfrutar de ellas, perdido en alguna fatua ensoñación sobre Inglaterra, tal como me la había imaginado: yo mismo dueño de alguna hacienda solariega, donde a nadie le importara que su señor nunca saliese de día, con una pareja de esos enormes perros que los pintores ingleses reproducen tan bien, sentados a mis pies mientras yo contemplo el fuego de mi hogar..., o cruzando mis prados a campo traviesa, con alguna moza sajona trabajando en ellos, recogiendo

heno, mostrando unos brazos de músculos torneados y las venas de su garganta abultando bajo su bronceada piel...

El oficial se me acercó en exceso antes de que pudiera oírle, y su avance era demasiado rápido para que pudiera apartarme del todo de su trayectoria; no era nada extraño que ninguno de los miembros de la tripulación a los que se acercó subrepticamente lograra sobrevivir. Su afilado cuchillo rasgó mis ropas, pero pasó por mi carne como una sombra, sin producir herida alguna, aunque sí un dolor lacerante. En menos de un segundo yo ya me había desvanecido entre la niebla. Maldiciéndome por mi estúpida ingenuidad, me deslicé bajo cubierta y allí, en forma de murciélago, aguardé los gritos de los perseguidores que, temblando, empuñaban antorchas y armas. Nadie apareció por allí en toda la noche.

Al amanecer volví a mi tierra, a una de las cajas situadas más abajo, con la esperanza de que si pretendían removerlas, los ruidos me avisarían a tiempo para idear alguna defensa en caso de que los perseguidores volvieran de nuevo a buscarme. Permanecí tendido sin que nadie me molestase en todo el día, y al ponerse el sol me levanté inmediatamente; pero aguardé a que llegara la más completa oscuridad, de hecho hasta medianoche, para salir en forma de neblina. Con asombro descubrí que no había un solo hombre en cubierta. El viento era estable a popa, parecía como si la goleta navegase por propia inercia.

Yo no era, ni soy, un marinero, pero aun así comprendí que aquella situación no podía prolongarse demasiado tiempo. Enseguida tomé las medidas necesarias para evitar que el viento cambiara, escuché intensamente tratando de buscar algún signo de vida en el barco, pero no era nada alentador pensar que iba en un navio a la deriva, destinado a zozobrar o a naufragar en alguna costa desconocida, y que todo el cargamento de tierra de mi país se perdiera bajo las olas.

En algún lugar de la goleta, bajo cubierta, dos pares de pulmones seguían respirando; dos corazones latían, aunque daban la impresión de que apenas eran uno. Sólo dos. «¡Dios del cielo!», pensé. Siete hombres muertos, o al menos desaparecidos. En los viejos tiempos yo habría creído que aquello era obra de los piratas. Pero, en 1891 no sabía qué pensar.

Estaba a punto de adoptar la forma de murciélago y dirigirme furtivamente a la bodega para averiguar qué sucedía, cuando percibí unos pasos que subían por la escalera de la cámara, entonces apareció el capitán en persona. Iba sin afeitar y parecía agotado, como un hombre que llevara luchando varios días seguidos. No me vio, a pesar de que sus atormentados ojos recorrieron de un extremo a otro la cubierta, de la cual habían desaparecido, uno tras otro, todos sus hombres.

El capitán no tardó un segundo en darse cuenta de que no había nadie pilotando la nave, y él mismo se abalanzó sobre el timón, al tiempo que llamaba al oficial. El rumano no tardó en aparecer, con sus largos calzoncillos, desgredado, con el aspecto de un auténtico maníaco. Se acercó enseguida al capitán, que permanecía al timón, y le habló con un ronco susurro que yo pude oír perfectamente, oculto no muy lejos entre las sombras.

—Él está aquí, ahora lo sé. Durante la guardia de anoche le vi en forma de hombre, alto, delgado y terriblemente pálido. Estaba en la proa, mirando hacia fuera. Me deslicé a sus espaldas y le asesté una cuchillada, pero el cuchillo le traspasó como si estuviera hecho de aire.

Mientras hablaba, el oficial volvió a sacar su cuchillo para explicar cómo lo había hecho. Con mis ojos habilitados para ver de noche, pude ver huellas de sangre fresca en la hoja incluso cuando trazaba molinetes en el aire. Comprendí que debía ser la sangre del último timonel, al que sin duda había tirado por la borda minutos antes.

Estuve a punto de saltar sobre aquel hombre para desarmarle, al sospechar que estaba a punto de matar al único marinero cuerdo que quedaba a bordo: el capitán, el único que quedaba en pie para evitar el naufragio y mi ruina.

Pero el loco envainó inmediatamente su cuchillo y se alejó del aterrorizado capitán, que se mantenía firme al timón.

—Pero él sigue por aquí, y le encontraré —balbuceó el oficial—. Está en la bodega, quizás en una de esas cajas. Voy a abrirlas una por una y a comprobarlo. Usted siga al timón.

Con un dedo sobre los labios le ordenó silencio, y seguidamente se dirigió abajo. El capitán le miró mientras se alejaba, y en el agotamiento de su arrugado rostro pareció como si entablaran batalla la compasión, el horror y la desesperación.

El asalto de aquel loco contra mis cajas era algo que yo no podría soportar. Si se armaba con algunas herramientas, él solo, trabajando con el fanatismo de la locura, en el intervalo de una hora podría abrir una raja en todas ellas y mezclar su contenido —tan vital para mi existencia— con el lastre de la sentina. De haber sabido con certeza que el capitán era capaz de conducir el barco hasta puerto seguro, sin ayuda de nadie, allí mismo habría matado al oficial. Aunque es posible que no, que ni aun así le hubiese matado. Como soldado, había visto en el pasado demasiados asesinatos; y como príncipe, había visto más de los necesarios en una existencia tan dilatada como la mía.

A pesar de que no deseara atentar contra la vida del oficial, me vi obligado a actuar para impedir que llevara a cabo su nuevo plan. Alteré el viento sólo para mantener al capitán ocupado en el timón —o así lo esperaba—, y seguí furtivamente al oficial hasta la bodega. Había llegado ya a ella, y cuando me enfrenté a él ya enarbolaba un mazo para golpear contra la tapa de una de las cajas.

Al verme lanzó un alarido, el mazo cayó de sus manos, y se precipitó hacia la escalera de la cámara para salir de nuevo al aire libre. Entre paréntesis, debo decir que me resulta del todo extraño que tantísima gente dedujera, por las anotaciones que el capitán hizo de aquellos acontecimientos, que el oficial había abierto realmente un par de cajas, y que me encontrara en una de ellas, medio dormido. Me gustaría señalar, primero, que entonces era pasada la medianoche, hora en que habitualmente estoy despierto y hago vida normal; segundo, que el hombre que llevaba semanas intentando matar al vampiro no habría fallado al pretender lanzarme por la borda,

probablemente con caja y todo; y tercero, que nadie informó de que ninguna de las cajas estuviera destapada o rota cuando llegaron a Whitby. El hecho de que me encontrara en una caja o en plena actividad es probable que carezca de importancia; pero, aun así, indica hasta qué punto los hechos fueron malinterpretados.

Pero volvamos a lo sucedido. El oficial apareció de nuevo en cubierta, ahora sin duda como «un loco furioso», por utilizar la frase del capitán. Primero gritó que le salvaran; luego cayó en un silencio desesperante; sin duda había comprendido que no había huida posible de la muerte con que le amenazaban los fantasmagóricos vampiros asesinos de su trastornada mente. Así que, acercándose a la barandilla, habló con voz completamente sensata y tranquila:

—Será mejor que venga usted, capitán, antes de que sea demasiado tarde. Está por aquí. Ahora conozco su secreto. El mar me salvará de él, ¡es la única salida!

Y, antes de que el capitán pudiera impedírselo, el infortunado oficial se lanzó al mar.

Yo permanecí durante algún tiempo oculto entre las sombras de cubierta, serenando y moderando el viento mientras intentaba reflexionar. Más tarde, esa misma noche, me acercaría a aquel hombre valiente que llevaba el timón. Deseaba explicarle cuál era mi situación, al menos en parte, e intentar que comprendiera que tanto él como yo compartíamos un interés común: llegar a puerto sanos y salvos. El primer resplandor rosa del amanecer se cernía sobre el mar cuando me acerqué a él en forma humana, real y descaradamente al descubierto.

Sus ojos inyectados en sangre se fijaron en mí después de fluctuar una vez, casi con añoranza, hacia la barandilla. No mostró intención de abandonar el puesto, sus dedos se tensaron convulsivamente sobre las cabillas del timón.

Me detuve a unos pasos de distancia, y me llevé la mano al sombrero.

—Buenos días, capitán.

—¿Quién... quién es usted?

—Un pasajero que sólo desea llegar a puerto sano y salvo.

—¡Apártese de mí, demonio del averno!

—Sé que en estos momentos ha perdido a todos sus hombres, capitán, pero yo no he tenido nada que ver con ello. Estoy dispuesto a colaborar con usted para nuestra causa común, que es la supervivencia. No sé nada sobre navegación, pero puedo tirar de las cuerdas, atar nudos, cualquier cosa que un marinero sea capaz de hacer..., y más aún. —Juzgué inoportuno decirle de entrada que podía controlar el tiempo siguiendo sus instrucciones—. Comprobaré que su nueva tripulación es incluso más fuerte que la antigua, si bien aquélla tenía la ventaja de ser más numerosa.

—¡Vete, criatura diabólica!

Era una lástima que mi ruso fuera tan deficiente. Aparte de que el hombre que gobernaba el timón no me escuchaba en realidad, sino que se limitaba a murmurar plegarias, conjuros y maldiciones, olvidándose de pilotar la nave mientras yo permanecía ante él. No tardé en comprender, quizás erróneamente, que tal descuido

podía significar el inmediato naufragio de la nave, así que una vez más me alejé de su vista.

Todo el día siguiente, mientras yo descansaba intranquilo en la bodega, él permaneció en su puesto, sin dormir. Se tomó algún descanso para anotar precipitadamente la continuación del diario de navegación en algunos papeles sueltos, que luego metió en una botella y ocultó entre sus ropas. Yo no supe de la existencia de ese diario hasta mucho después, ya que de lo contrario lo habría tirado al mar en cuanto falleció el capitán.

Cuando a la noche siguiente volví a salir a cubierta, vi que se había atado al timón y que su aspecto era cada vez más débil. Acercándome como la otra vez, volví a dirigirme a él con palabras amables; pero su terror iba en aumento, así que por compasión me callé.

—¡Monstruo! —chilló—. ¡Vuelve a las profundidades de donde has salido! ¡No pienso entregarte mi barco, ni mi alma inmortal!

—Puede usted conservar la potestad sobre ambos —repliqué, procurando utilizar un tono de voz que le tranquilizara—. Sólo le pido eso, que me diga en qué dirección se encuentra Whitby. ¿Por dónde cae Inglaterra?

¡Ah!, en las dependencias de mi propio castillo, o en medio de cualquier entorno análogo, soy capaz de mostrarme apaciguador, encantador..., soy capaz de expresar cualquier impresión de amabilidad o de afecto que ustedes utilicen. Sin embargo, no sé por qué, a bordo de una nave me siento irritable. Quizá debido a mi impaciencia, agarré del cuello a aquel pobre infeliz y lo zarandeeé con fuerza.

—¡Dímelo, estúpido idiota! ¿Por dónde está el puerto de Whitby?

Imagino que en aquellos instantes lo ignoraba tanto como yo. Claro que yo me daba cuenta de que por entonces ya habíamos cruzado el canal de la Mancha y nos encontrábamos en el mar del Norte, en algún lugar próximo a la región de mi destino. Las estrellas me proporcionaron algunos indicios aproximados cuando soplé en la niebla y un pequeño agujero me permitió verlas. Si el capitán también las vio y utilizó su situación para maniobrar, no lo supe ver entonces; luego supuse que así lo había hecho.

Al amanecer del día siguiente el capitán murió: su cuerpo seguía al timón, donde él mismo se había atado, tensando los últimos nudos con los dientes. Yo ignoraba que entre sus manos cruzadas llevara un rosario, de lo contrario se lo habría quitado, lo mismo que la botella con sus anotaciones, a fin de que nada pudiera sugerir la presencia de un vampiro a bordo de la goleta.

Pensé en desatar su cadáver del timón y dejar que se reuniera con su tripulación en la gran hermandad que yace bajo las olas. Sin embargo, después de reflexionar sobre ello, le dejé donde había elegido permanecer. El descubrimiento de un barco en alta mar, totalmente abandonado por sus tripulantes, resulta un misterio más intrigante que cualquier naufragio para la mente humana, y por lo tanto digno de un estudio más detallado. Pensé que cuando el *Demeter* llegara a puerto —estaba convencido de que como mínimo lograría eso, con el severo control que yo ejercía en

los vientos; aunque ignoraba si lo conseguiría haciéndolo añicos o simplemente encallándolo—, de un modo u otro la gente pensaría que su tripulación había desaparecido durante una tormenta. Con esa idea *in mente*, utilicé mis poderes para desencadenar una tormenta capaz de convencerlos de que aquella había sido la suerte de los marineros.

La creación de aquella tormenta era un riesgo calculado. Si el barco zozobraba o se hundía, no habría nada que yo pudiera hacer, aparte de volar en medio del ventarrón después de adoptar la forma de murciélago. Las cajas con la tierra de mi país se perderían irremediablemente, y yo me encontraría a miles de kilómetros a vuelo de murciélago para encontrar cobijo. En tales condiciones, las posibilidades de supervivencia no serían muchas.

La tempestad no fue una amenaza sino que estuvo rugiendo durante varios días en el mar del Norte, en dirección a Escandinavia. Quería mantenerla así, en ebullición, hasta averiguar con exactitud dónde tenía que aplicar justamente su fuerza, para dirigir mi nave a la deriva. Una noche experimenté una oleada de júbilo al descubrir una punta de tierra hacia el noroeste, y creí reconocer los altos acantilados del cabo de Flamborough por los dibujos y descripciones que había estudiado en mi lejano gabinete. Si aquellos indicios eran correctos, Whitby debía hallarse a menos de cuarenta millas hacia el noroeste, y con un poco de suerte sería capaz de dirigir la goleta al estuario del Esk.

Pedí a la tormenta que se acercara lentamente, pues sólo quería que sus extremos circundaran la nave en que yo viajaba. La maniobra no resultó tan fácil como yo había creído, y durante todo el siete de agosto permanecí en una caja bajo cubierta, despertándome continuamente en medio de una vacilante modorra, esperando oír en cualquier momento los gritos de voces inglesas desde otra embarcación, y luego pisadas de hombres al subir a bordo para ver qué había acontecido en aquel buque abandonado. Supongo que con la esperanza de que si abordaban la nave cerca de Whitby, me remolcarían fácilmente al puerto de destino. Pero ningún barco se acercó lo bastante para sentirse interesado por el *Demeter*, y cuando la noche volvió a caer, juzgué que había llegado el momento de acercarme a tierra por mis propios medios y lo mejor que pudiera.

Levantar y ordenar una tormenta más fuerte hubiera sido agotador y en modo alguno agradable. Incluso después de haber identificado el puerto al que yo quería ir, y forzar al barco para que girase hacia él, requirió un gran esfuerzo dirigir la goleta —«como por milagro», según palabras de un periódico— entre los espigones que protegían la entrada del puerto, para finalmente encallar con el mínimo de desperfectos en una playa pedregosa cerca del alto acantilado de oriente.

Hacía unos diez años que la luz eléctrica se estaba instalando gradualmente en Inglaterra, pero en mi remanso de la Europa oriental yo aún no había podido verla, de modo que cuando el faro —bastante potente para la época— lanzó su destello hacia mi barco a la deriva desde uno de los malecones, me sobresalté y no supe qué podía ocurrir a continuación.

Cuando la luz me dio de lleno yo estaba controlando el último empuje de viento que como murciélago necesitaba para poder escapar libremente de un brusco choque al embarrancar, si se daba el caso. Mis garras estaban cómodamente sujetas a las jarcias, y mis alas plegadas en torno a mí para protegerme del viento. Incluso bajo la potente luz del faro, ninguno de los mirones que se apiñaban en el espigón o en la orilla podría distinguir mi pequeña silueta marrón contra uno de los mástiles. Para mí fue una sorpresa que, a aquella hora de la noche, hubiera tanta gente mirando. No sabía yo que Whitby era una especie de centro de veraneo, lleno de gente poco habituada al océano y a sus cambios repentinos, y que la tormenta había atraído a muchos mirones a la costa.

Los ojos de murciélago no resisten la luz eléctrica, de modo que en cuanto comprendí que, inevitablemente, el barco iba a encallar en cuestión de segundos, bajé a la escalera de la cámara y me transformé en lobo. Tan pronto como el primer temblor estremeció el casco de la nave, los que observaban el espectáculo desde los acantilados se vieron sorprendidos al ver un «perro inmenso» —como lo describió un periodista— que salía a cubierta desde la bodega. Entonces saltó a tierra por la proa, e inmediatamente se desvaneció en la oscuridad, lejos del alcance del faro.

Correr bajo la forma de lobo es una forma de viajar rápida y fácil, menos insegura y dependiente del aire que como murciélago, más veloz y menos esforzada que hacerlo en forma humana. En menos de un minuto llegué a las zonas más oscuras e interiores de la ciudad, que aparecía tan silenciosa y desierta como si toda la población se hubiese trasladado a la orilla del mar para contemplar la tormenta. Después de permanecer un rato aguardando entre las profundas sombras de una calle estrecha, comprendí que nadie me había perseguido ni me había seguido desde el puerto, y regresé a mi apariencia humana. Este proceso alertó a un mastín que había en una carbonera, al otro lado de la calle, el cual temblaba y gemía ante la presencia del lobo. Cuando el olor de este animal cambió al de un hombre, la bestia se sintió envalentonada para atacar, y vino contra mí.

Normalmente, lo más probable era que hubiese tranquilizado al animal y le hubiese enviado de nuevo a casa. Pero mis poderes sobrenaturales me habían dejado profundamente fatigado al poner en marcha la tormenta; en tales circunstancias consideré que la presencia del perro era una gran oportunidad, y me bebí su sangre como reconstituyente. Por la mañana descubrieron su cuerpo desangrado, pero pasó mucho tiempo antes de que lo relacionaran con la llegada al puerto de cincuenta grandes cajas facturadas como arcilla.

Ya más recuperado, en las horas que precedieron al amanecer recorrí las calles de Whitby, húmedas por la lluvia, y busqué un punto dominante desde el cual poder ver la goleta encallada, sin tener que acercarme demasiado. Debido al cansancio, no me apetecía adoptar de nuevo la forma de un murciélago; sin embargo, quería ver qué se hacía con el precioso cargamento.

Para mis deseos de observación, resultó ideal el patio de una iglesia en lo alto del acantilado que dominaba la ciudad y el puerto. Era un panorama salvaje y

espléndido lo que contemplé desde lo alto del acantilado antes del amanecer; claro que por entonces yo ya había abandonado el dominio del tiempo y la tormenta había amainado considerablemente. Sin embargo, el océano aún seguía bravio e indómito, y el cielo cubierto de tenues nubes bajas que corrían velozmente. Me sentía saciado y revitalizado con la sangre fresca, excitado por la grandiosidad de la escena y de lo que consideraba mi victoriosa llegada contra todo tipo de dificultades. La pequeña iglesia parroquial, próxima a donde yo me hallaba, y las ruinas de la abadía más arriba estaban desiertas, ni un alma por allí, así que me quedé a vigilar hasta poco antes del amanecer, en que bajé de nuevo al barco en forma de murciélago.

Si me despertaron de mi sueño al descargar mi caja junto con las demás, es algo que ahora no recuerdo. El señor Billington, el buen agente de Whitby, al que iba facturado el cargamento, cumplió debidamente al contratar a un grupo de porteadores que llevó a bordo del *Demeter* aprovechando la marea de la mañana, y cuando volví a levantarme al ponerse el sol, descubrí que todavía estaba en medio de mis cincuenta cajas de rica tierra, pero en un almacén en tierra firme.

Los días siguientes soporté una existencia bastante pasiva, aunque sin duda arriesgada. Las preguntas sobre el buque naufragado estaban en el aire. El almirantazgo se interesaba por él, según algunos comentarios que pude oír; había que pagar las tasas portuarias, y en medio de estas amenazadoras complicaciones, Billington se demoraba en completar las diligencias para facturarme a Londres por tren.

Mientras tanto, yo salía de noche sin que me vieran y, a pesar de todos aquellos contratiempos, disfrutaba en gran medida. Los cambios, las expectativas y el éxito parecían flotar en el aire, junto con la brisa salobre procedente del mar del Norte, que ya empezaba a respirar con placer. En mis paseos nocturnos incluso me descubría buscando espejos; la verdad era que cobijaba débiles e insensatas esperanzas de ver en ellos el borroso perfil de mi reflejo.

Los espejos eran siempre una decepción, aunque, de no ser por ellos, mi existencia no experimentaría ninguna. La vida en la ciudad costera era muy bulliciosa por la noche, tanto al aire libre como en el interior de las casas, no parecía regirse por el sigilo o por el miedo. Escuchaba los conciertos de la banda en el espigón, oía muchas risas en las calles, me parecía que incluso los pobres y los miserables de aquel nuevo país eran conscientes de todas las posibilidades de goce que existen en el mundo, y que estaban decididos a obtener algunas para sí. Me sentía felizmente maravillado. Después de matar al perro, no volví a alimentarme durante aquellas primeras noches en Inglaterra. De hecho, la verdad era que tenía muy pocas ganas de sangre, lo cual me proporcionaba algunas esperanzas de llevar a término algunos de mis planes para el futuro; perspectivas mucho más interesantes que la sangre parecían flotar en el aire de Inglaterra y en mi propio espíritu. Había sublimado mis deseos carnales y disfrutaba platónicamente de todas las mujeres de la ciudad que circulaban a mi alrededor.

¡Cielos! Si la pequeña ciudad de Whitby estaba tan llena de vida, de promesas y

de gente, ¿cómo sería Londres?, reflexionaba. Sin duda en aquella urbe tan vital yo no podría permanecer como un vampiro común aunque lo intentase. No es que deseara simplemente ser como uno de aquellos vulgares habitantes, con sus pulmones jadeando continuamente en el aire cubierto de hollín, y durante un lapso de vida que duraba tan sólo algunas décadas. No, me veía a mí mismo como una síntesis, el primero de una nueva especie, cálido y amante de la luz, como los hombres que respiran, y con tantos deseos como ellos, para saciarlos y disfrutar; pero también un resistente *nosferatu*, capaz de mantener una conversación con los animales sin necesidad de asumir su aspecto. Con unas reflexiones tan balsámicas como ésas, me sentía turbado y aturdido.

Una de mis visitas favoritas, durante aquellas primeras noches desatinadamente esperanzadoras en Inglaterra, era el patio de la iglesia que antes he mencionado. Circundaba la parroquia de St. Mary, que colgaba sobre la ciudad en lo alto del acantilado oriental, debajo de la antigua abadía en ruinas. En la abadía de Whitby, unos mil doscientos años antes de mi llegada, el poeta Caedmon fue el primero que en Inglaterra compuso un himno al Dios de la cristiandad. Yo encontraba aquel lugar invariablemente desierto después de oscurecer, y, quizá como el antiguo poeta, pasaba muchas horas en silencio, inmerso en mis sueños y en mis pensamientos. Tanto el puerto como la pacífica ciudad se extendían a mis pies, lo mismo que el mar ante mis ávidos ojos, y el cabo Kettleness se alzaba a poca altura contra el cielo.

Y allí estaba yo, apoyado contra uno de los muros de la abadía que aún permanecían en pie, observando con talante eufórico el paisaje iluminado por la luna, cuando Lucy apareció por vez primera ante mis ojos. Recuerdo que eran cerca de las doce, tres noches después de mi tempestuosa llegada. De aquella contemplación de la luna, la tierra y el mar me sacó la presencia de una sola figura —con una especie de túnica larga y blanca— en el extremo de mi visión, acercándose al patio de la iglesia por el largo tramo de escaleras que subían desde la ciudad. Me volví para observar con mayor detenimiento aquella figura, y descubrí que se trataba de una muchacha que probablemente aún no había cumplido los veinte años, de talle bastante esbelto, con una caída casi transparente de la cabellera sobre sus hombros. No hice un solo movimiento. Aunque con mis ojos acostumbrados a la noche podía verla desde cierta distancia, permanecí parcialmente en la sombra y pensé que era improbable que me viese aunque pasara lo bastante cerca, como parecía lógico si continuaba por el camino que había elegido.

Cuando se hallaba a unos veinte metros, comprendí que era una sonámbula que caminaba descalza, con un blanco y delgado camisón. Este se agitaba en torno a ella acorde con el movimiento de su paso, recordándome los remolinos de la nieve inmaculada, o el reflejo de la luna sobre las níveas cumbres de los Cárpatos. Sus ojos, con el extraño azul de los cielos ingleses iluminados por el sol, permanecían abiertos. Sin embargo, aunque hubiese ido vestida correctamente, yo habría sabido que estaba dormida: soy muy experto en tales asuntos. Una hermosa cabellera, adecuada a unos

ojos como aquéllos; y un corazón indómito, al que todavía no había empezado a conocer, a pesar de que podía oírlo a medida que ella se acercaba.

Pasó ante el rincón oscuro donde yo me hallaba y pensé que iba a seguir subiendo hasta entrar en la abadía o circundarla, pero de pronto redujo la marcha. Se detuvo y luego se volvió, de modo que pareció como si apartara de mí la vista para mirar directamente al mar. En ese instante, con un pequeño sobresalto apenas perceptible, se despertó. El cambio se produjo de forma tan armoniosa, que de haber estado ustedes donde yo me encontraba, probablemente no lo habrían percibido. Ni siquiera ella misma supo con claridad si estaba despierta o dormida, como dieron a entender sus primeras palabras.

No voy a ser yo quien dude de la existencia de un sexto ni de un decimosexto sentido. Demasiado a menudo me han sorprendido los miembros de la humanidad con la rapidez y la agudeza de sus percepciones. Incluso antes de que Lucy se despertara del todo, su rostro se volvió hacia mí, y mi silueta inmóvil, a unos diez pasos de distancia entre las sombras, fue lo primero que sus ojos enfocaron.

Me miró con la misma tranquilidad que si fuese mediodía, y yo tan sólo fuese una curiosa lápida digna de estudio. Dirigió su mirada hacia las huidizas nubes, a la ruinoso mole de la abadía, cuyas desperdigadas piedras habían sido testigos en su tiempo de presencias más extrañas que la de un vampiro. Contempló luego la aparición intermitente de la luna, y se volvió hacia mí. Recordarán ustedes que me había esforzado para alterar mi aspecto, y supongo que ella vio mi rizado cabello de color castaño, en vez del canoso y apagado, y quizá mi rostro sin arrugas.

—De modo que todavía estoy soñando... —murmuró—. Buen señor, ¿qué hace usted en mis sueños? Últimamente ha habido nada menos que tres hombres que han pedido mi mano. ¿Tendré que escuchar aún una nueva proposición de matrimonio? Pero no, envuelto en esa capa parece más un vikingo que hubiese llegado por los mares del norte dispuesto a raptarme.

Sin que su rostro mostrara miedo alguno, sufrió un prolongado estremecimiento, un escalofrío totalmente delicioso que empezó en algún lugar de su garganta y bajó ondulante hasta los pálidos dedos de un pie, que desapareció detrás del otro al ponerse en movimiento.

—Puede que esté más cerca de los hunos que de los vikingos, mi querida dama —repliqué, y dejé que mi sombra se le acercara algo más al caminar—. En cuanto al secuestro, eso depende en gran medida de usted. Aunque sospecho que ha tomado ya una decisión en este sentido.

La joven no se retiró cuando me acerqué a ella, si bien palideció algo más de lo que ya lo estaba. Sus ojos, entornados como si de nuevo fuera a dormirse, no se apartaban de los míos.

—Sólo le pido que no me seduzca con palabras —murmuró—. Soy muy débil. ¡Oh, Dios, demasiado débil ante las palabras de los hombres cuando estoy despierta!

Los colmillos me dolían en la quijada superior. Sin pronunciar otra palabra, la joven cayó en mis brazos, de la forma más suave y voluntariosa que haya hecho

muchacha alguna a la que haya unido mis labios, o mis ijares. Al besarla en la garganta sufrió un estremecimiento, sus rodillas flaquearon con el primer roce sobre su yugular, la conduje hacia un banco cercano, y, de pie a sus espaldas mientras ella se sentaba, me incliné para restregar la nariz en su nuca.

En algún lugar allá abajo, un potente reloj dejó oír una lúgubre campanada. El fluido de su vida, tibio y salado, se escurría con todo su grato fulgor por mis frías venas, cuando oí que gritaban su nombre.

—¡Lucy! ¡Lucy! —llamó la voz de una muchacha que a mí me pareció muy lejana, pero que no lo era en absoluto.

Lucy se estremeció bajo mi boca y bajo mis manos, pero cuando quise alzar la cabeza para ver quién la llamaba, sus dedos se cerraron sobre mi cabello para que juntara los labios entreabiertos contra su piel. A pesar de todo, levanté la cabeza — provocando en Lucy un leve gemido de contrariedad— y vi a la otra joven que desde el final de las escaleras se dirigía hacia donde estábamos nosotros. En efecto, era mi querida Mina, a la que entonces yo aún no conocía, y a quien consideré tan sólo como la execrable interrupción de mi dicha. Se dirigía resuelta hacia nosotros, ya que probablemente nos había visto a los dos en el banco; pero el sendero que seguía daba la vuelta por detrás de la iglesia de St. Mary, y por un momento volvió a desaparecer de nuestra vista.

—Mañana por la noche —le prometí a Lucy, sujetando su rostro entre mis manos y mirándola a los ojos, que ya estaban a punto de cerrarse.

En aquellos instantes sólo estaba medio consciente, y no a causa de la pérdida de sangre, ya que la cantidad que le había sacado era insignificante para una saludable muchacha de diecinueve años. En sus ojos vi que consentía de buen grado, y también lo percibí en su respiración, lenta y tranquila. Por lo que respecta a las mujeres, sin duda el sexo se halla anatómicamente menos localizado que en la mayor parte de los hombres.

Para cuando Mina apareció corriendo tras la pequeña iglesia, y otra nube huyó veloz dejando la luna al descubierto, yo ya me había hecho invisible entre las sombras. Mina acudió presurosa hacia Lucy, que permanecía medio reclinada sobre el banco. Sus ojos se hallaban totalmente cerrados en un sueño casi natural, si bien respiraba jadeante a causa de la excitación de nuestro abrazo. Susurrando candorosamente arrullos y protestas, Mina se apresuró a cubrir con un chal a mi supuesta víctima, y terminó calzando sus propios zapatos a los pies desnudos de Lucy. Me di cuenta de que aquella nueva muchacha, que vestía una larga bata sobre el camisón, era también muy atractiva, aunque con un estilo diferente. Si Lucy era esbelta y delicada, la recién llegada era robusta, pero graciosa con su aire saludable.

Cuando las dos muchachas abandonaron el patio de la iglesia —Mina guiando a su amiga medio dormida—, las seguí a cierta distancia, ya que deseaba averiguar dónde vivía Lucy. Me sorprendió ver a Mina —cuyo nombre yo aún no conocía— detenerse junto a un charco y embarrarse los pies, que ahora llevaba desnudos; pensé que lo hacía para que cualquier transeúnte que se cruzara con ella pensase que iba

calzada. Yo ignoraba entonces la razón de que aquello fuera tan importante; pensé que se trataba de otro capricho de la mentalidad inglesa, digno de estudio.

Después de comprobar que las jóvenes llegaban sin contratiempos a su hogar, y descubrir que ambas vivían en la misma casa, me dirigí temprano a descansar, y dormí profundamente todo el día. En cuanto a Lucy, Mina descubrió con alivio por la mañana que su amiga no mostraba efectos nocivos de su aventura nocturna: «Todo lo contrario, parece haberla beneficiado, ya que esta mañana su aspecto era mejor que las últimas semanas. Al darme cuenta de que mi torpeza con el imperdible la había lastimado, lo lamenté. La lesión podía haber sido grave, ya que en su garganta la piel aparecía perforada: había dos pequeños puntitos rojos como la punzada de un alfiler, y en el tirante del camisón la mancha de una gota de sangre. Al pedirle disculpas y mostrar mi preocupación, se ha echado a reír y me ha acariciado, diciendo que ni siquiera se había dado cuenta. Afortunadamente son tan pequeñas, que no van a dejar marca».

La misma Lucy ignoraba todavía si su aventura sonámbula era un sueño o no, según me confiaría más tarde. Las dos muchachas no hablaron más del asunto durante su excursión para merendar junto al mar, en la que la madre de Lucy, la viuda Westenra, las acompañó. Sin duda fue una suerte que ninguna de las dos muchachas le mencionara la experiencia nocturna, puesto que ya entonces la mujer padecía una grave lesión cardíaca; aunque en aquel entonces, tanto Lucy como yo lo ignorábamos.

Yo sabía ya cuál era el nombre de Lucy, y dónde vivía, de modo que, cumpliendo mi promesa, a la noche siguiente la llamé. Lo hice en silencio, mentalmente, como podía hacer desde que ambos nos habíamos convertido casi en una sola carne. Sin palabras, hasta Lucy llegó la apremiante realidad de la inmediatez de su enamorado, y del deseo que yo sentía por ella. Pero Lucy compartía la habitación con Mina, y no podía salir fácilmente, de modo que fingió que volvía a caminar en sueños. Sin embargo, la maniobra se vio frustrada: su fiel y práctica compañera de habitación, que no deseaba volver a tener que escalar el acantilado a medianoche, había cerrado la puerta con llave, y se había atado ésta a la muñeca. Cogió a Lucy con firmeza y la obligó a volver a la cama, donde casi tuvo que forcejear con ella hasta que se quedó quieta. Un par de horas más tarde, colgado de su ventana en forma de murciélago, volví a llamarla. Esta vez Lucy se hallaba realmente dormida, y se levantó para intentar abrir la puerta. Mina se despertó enseguida y, con la misma eficiencia de antes, frustró el encuentro nuevamente.

Como sin duda habrán leído ustedes en alguna parte, una de las peculiaridades de la naturaleza de los vampiros es que no podemos entrar en una casa donde no se nos ha invitado. Por eso mismo, en aquellos instantes no podía hacer nada más respecto a Lucy. Decepcionado, en forma de murciélago hice una pequeña excursión por la ciudad, y obtuve algunas pruebas de que cuando los ingleses se hallan en sus habitaciones o en la cama, convencidos de que nadie puede observarlos, en el fondo no son muy distintos de los habitantes del centro de Europa.

A la noche siguiente, la del catorce de agosto si no me equivoco, mi insistencia se vio recompensada. Mina había salido a dar un paseo cuando yo me acerqué a la ventana de las muchachas. Con el camino despejado, no precisé de grandes alardes para convencer mentalmente a la dormida muchacha de que me abriese la ventana y asomara la cabeza, estirando su pálido y esbelto cuello por encima del antepecho, bajo la luz de la luna. Con mi pequeña boca de murciélago, succioné primero una de las dos heridas que delicadamente le habían producido mis colmillos humanos, y luego la otra. La querida muchacha gimió un poco, y luego se abandonó a un sueño placentero.

Es indudable que mi pequeño estómago de murciélago no podía haber succionado tanta sangre como para afectar seriamente la salud de Lucy; sin embargo, ella no era una muchacha robusta. Al día siguiente se sintió débil y su aspecto parecía fatigado, pero carecía de una explicación que pudiese ofrecer a su amiga.

A la noche siguiente volví a llamarla, pero Mina se encontraba en casa, y una vez más impidió que Lucy sacara la nariz fuera de la habitación. Con aquella joven conquista yo obtenía un pequeño aunque indudable placer, y todavía me sonreí al recordar que me llamaba «vikingo». Lo cierto es que me sentía tan interesado en aquella aventura, que durante algún tiempo casi olvidé que mi auténtico objetivo era Londres.

Sin embargo, debo reconocer que mi actitud respecto a la aventura con Lucy carecía en absoluto de planificación, más adecuada a las postrimerías del siglo xx, o a mediados del siglo xv —los días en que yo respiraba—, que al lugar y la época en que tuvo lugar. Quizá fuera mi actitud, más que los probados delitos de sangre, la que provocó que aquel grupo de asesinos siguiera de cerca mis pasos. A veces pienso que fue mi versatilidad lo que ellos consideraban realmente insoportable. Si me hubiese limitado a una de sus encantadoras muchachas, casándome con ella y chupándole el cuello en privado, supongo que habría sido aceptado —como cualquier primo excéntrico— en el círculo hogareño de familiares y amigos. Aunque es posible que juzgara mal hasta qué grado de excentricidad es capaz de tolerar un inglés.

Pero eso ahora no importa. Tal como he dicho, casi me había olvidado de Londres, y la noche del diecisiete de agosto, cuando mis ojos ya descansados descubrieron que cargaban en un tren la caja donde había permanecido aletargado durante el día, junto con las cuarenta y nueve restantes, sufrí una especie de conmoción. Me sentí como uno de aquellos ladrones que se escondían en las tinajas de aceite en el cuento de *Alí Baba*.

Aquel viaje de unos trescientos kilómetros, por la Great Northern Railway, fue el primero que hice en tren, y no resultó precisamente agradable. El hedor que desprendía el carbón al quemarse, que desde la máquina de vapor llegaba hasta los vagones de mercancías, tenía algo orgánico, como de comida, que puso a prueba mi resistencia durante horas.

Cuando llevábamos traqueteando unos quince minutos, y prácticamente había

oscurecido, me deslicé por una rendija de la caja de embalaje y adopté la forma humana para practicar un reconocimiento. Meciéndome al ritmo del tren, en la prolongada penumbra estival efectué el recuento de mis cajas y me cercioré de que no hubiesen dejado alguna sin cargar. Con un profundo rugido de acero, las ruedas del vagón cerrado en que yo y mi tierra viajábamos pasaron sobre un puente. A través de una grieta, distinguí el débil reflejo de un río allá abajo, y asentí con afecto al ver cómo el raudo tren me trasladaba apenas sin esfuerzo sobre una corriente de agua, lo mismo que un fuerte tiro de caballos cuando a veces se asustaban ante la presencia de un vampiro.

Deslicé un poco la puerta del vagón de mercancías y me asomé un rato para contemplar los marjales de Yorkshire, a través de los cuales pasábamos a notable velocidad. Luego, como no quería provocar nada remotamente parecido al desastre de mi primer viaje por el océano —imaginé a unos aterrorizados maquinistas saltando del tren a cien por hora, y descarrilando fatalmente sobre pastizales y montones de estiércol—, me retiré de nuevo a mi caja de embalaje. Durante lo que quedaba de noche, y gran parte del día siguiente, mientras permanecía en mi habitual letargo diurno, traqueteamos y avanzamos hacia el sur, con frecuentes paradas para cargar mercancías, pasajeros y combustible.

Aproximadamente a la hora prevista, las cuatro y media de la tarde del martes, dieciocho de agosto de 1891, un amortiguado griterío me hizo comprender que habíamos llegado a la estación de King Cross, en Londres. De algún modo, la excitación interna me espabiló y me desperté del todo al sentir cómo descargaban mi caja, junto con las otras, del vagón de mercancías y la metían en una especie de fuerte carromato. Sólo con un mínimo retraso, los carreteros subieron a sus pescantes, hicieron restallar los látigos, y los caballos se pusieron en marcha hacia la propiedad que recientemente había adquirido: Carfax.

Durante el trayecto, aunque no podía ver nada a través de mi caja, presté atención a los ruidos de Londres. En la gran urbe que yo atravesaba entonces por primera vez habría, sin duda, unos seis millones de habitantes viviendo y respirando: silbando, tosiendo, maldiciendo, cantando, rezando, vendiendo, llamándose unos a otros con regocijo, furia o camaradería, mientras sus innumerables vehículos tirados por caballos pasaban junto al mío por todos lados. Me deleité en aquella sinfonía durante un buen rato, hasta que desapareció y se hizo inaudible bajo los monótonos ruidos de mi propio carromato.

Tal como ya he mencionado anteriormente, Purfleet, donde se encontraba Carfax, era un distrito semiurbano de Essex, en la vertiente norte del Támesis, a unos veinticinco kilómetros al este del centro de Londres. Los carreteros refunfuñaban —utilizando un vocabulario que yo nunca había oído en labios de Harker, ni leído en los libros— mientras tiraban, acarreaban y deslizaban al señor de la mansión en su nuevo hogar. Billington & Son transmitieron mis instrucciones, que se cumplieron con bastante exactitud, y a eso de las ocho y media finalizó mi instalación. Los pasos del último de los portadores se alejaron, y entonces llegó hasta mis oídos el

agradable sonido de las puertas al cerrarse tras él. A eso de las nueve salí de mi ataúd, entusiasmado como un chiquillo, a explorar mi nuevo hogar.

De pronto me encontré en una capilla en ruinas, obviamente construida mucho antes de que yo naciera, y con pruebas evidentes de que no había estado habitada por seres humanos probablemente durante tanto tiempo como mi propio castillo. Un lugar así, tan apartado y cómodamente aislado, en el cual poder retirarme..., ¡y a una distancia de Londres que casi permitía ir andando! Bendije a Harker y a Hawkins, alcé dichoso los brazos hacia arriba, y poco faltó para que me echara a reír por vez primera desde que mi primera mujer se suicidó: una muchacha encantadora, pero que enloqueció y saltó por encima de un pretil del castillo cuando yo estaba en la mitad de mi vida como humano. Antes de ese día aciago, no había habido en mí mucha ternura, pero a partir de entonces ya no la hubo en absoluto...

¿Por dónde iba? ¡Ah!, sí, describía mi primera noche en Carfax. Fue memorable. Con avidez, recorrí aquella casa enorme, desierta y destartada, hablando de vez en cuando con las ratas, y luego exploré el terreno arbolado que la rodeaba. También me acordé de sacar de su escondite de turba y tierra mi bolsa de viaje con su provisión de dinero y de ropas nuevas. Finalmente las colgué donde estuvieran libres de humedad y permanecieran en condiciones presentables, hasta el momento en que se me ofreciera la ocasión de lucirlas en sociedad. ¡Cuan insensatos eran los pensamientos que yo albergaba!

A lo largo de mi dilatada vida he llegado a la firme convicción de que tienen razón aquellos que niegan la existencia, en su estricto significado, de cosas tales como la pura coincidencia. Sí, yo albergaba pensamientos insensatos. ¿Cómo podía saber que Carfax, que había adquirido por poderes, estaba junto a un manicomio regido por un hombre, el doctor John Seward, que recientemente había pedido en matrimonio —aunque sin éxito— a mi esbelta y apasionada rubia de la abadía en ruinas y del antepecho de la ventana? Y este hecho no era el único eslabón, ni quizás el más destacable, en la cadena de «coincidencias» —a falta de un término más exacto— que enlazaría de forma tan inextricable mi destino a los de Harker, Mina, Lucy, Van Helsing y los demás. ¿Quién podía suponer que la robusta joven que había acudido en ayuda de Lucy en la abandonada abadía de Whitby era de hecho la prometida y, dentro de muy poco, la esposa, del joven Harker, al que yo había dejado en el castillo de los Drácula? En aquel preciso momento, Harker deliraba. Se debatía en unas altas fiebres en la cama de un hospital de Budapest, sin que las buenas monjas que le cuidaban conocieran su identidad. Después de bajar escalando los muros del castillo, con un puñado de monedas de oro que había cogido, consiguió llegar a la estación de Klausenberg, donde irrumpió gritando palabras incoherentes y logró que le vendieran un pasaje para su país. Los empleados de la estación, «viendo por su violenta conducta que se trataba de un inglés», se apresuraron a aceptar la mayor parte de su dinero y le subieron a un tren que se dirigía a la ciudad más próxima a su destino. Pero sólo pudo llegar a Budapest antes de que tuvieran que hospitalizarle por lo que ahora se denomina una crisis nerviosa.

No puedo hacer otra cosa que entrelazar estos acontecimientos a medida que tenían lugar, o tal como supuestamente ocurrieron bajo mi punto de vista. Puede que algunas inteligencias más potentes que la mía hallen un lazo de unión de causas naturales que recorran y relacionen tales acontecimientos. Yo no logro encontrar una explicación aceptable para esa desordenada cadena de «coincidencias», sin apelar a causas que están mucho más allá de la naturaleza, tal como ésta se entiende comúnmente.

Pero volvamos de nuevo a Carfax, a mi primera noche allí. No tardé en sentirme desengañado respecto a la idea que yo tenía de la seguridad, tranquilidad y relativo aislamiento de mi nueva casa. Poco después de las dos de la madrugada, mientras contemplaba complacido el pequeño estanque que adornaba mi propiedad, empezó la diversión. Se inició con los ruidos de algo que trepaba por la parte occidental del alto muro de piedra que rodeaba Carfax por completo, como si alguien pretendiera saltar por encima. ¿Qué podía ser aquello?, pensé, e inmediatamente retrocedí al interior de la polvorienta y ruinoso capilla, donde mis preciosas cajas aún permanecían vulnerablemente apiladas. Era imperioso defenderlas.

Oí que una sola criatura viva saltaba por encima del muro y se dejaba caer en mi propiedad sin que yo la hubiese invitado. La indecisa rapidez de movimientos del intruso me hizo pensar en un fugitivo que buscara refugio, aunque no podía saberlo con certeza.

El habitual silencio de la noche fue muy útil a mis oídos, tan alejados del bullicio que imperaba en el centro de la ciudad. Aunque mi visitante se hallaba aún a unos cien pasos de distancia, podía oírle con la suficiente claridad como para estar seguro de que se trataba de un hombre, y no de una mujer o un chiquillo. Sin moverme ni hacer ruido, como un lagarto tostándose al sol —más quieto, ya que los lagartos poseen pulmones y respiran—, aguardé expectante en medio del polvo hollado por las ratas de la capilla. Me pareció que los pies del hombre que se acercaba estaban descalzos y que vestía algún tipo de prenda suelta, ya que crujía al caminar. Al llegar ante la fachada de la capilla, de repente se agachó y empezó a olfatear y a arrastrarse, en el más puro estilo de las bestias. Con una terrible sensación de espanto, pensé que podía tratarse de un *nosferatu*. ¿Estaría habitada ya Inglaterra por mis semejantes y, por algún extraño sentimiento de delicadeza, Harker me lo habría ocultado? De ser así, sin duda mis esperanzas estarían condenadas al fracaso. Con cierto alivio, comprobé que aquel hombre respiraba continuamente.

En aquellos instantes, el misterioso personaje ya se había aproximado a las puertas de roble con herrajes y, sujetándolas con lo que sin duda eran unos potentes brazos, intentó abrirlas, haciendo que las bisagras chirriasen. Pero las puertas resistieron.

—¡Amo! ¡Amo! —susurró, con los labios pegados a la puerta: era un susurro suplicante, que resultaba aterrador y al mismo tiempo lograba parecer servil—. ¡Amo, concédeme vidas! ¡Muchas vidas!

¿Qué forma de hablar era aquélla?, me preguntaba a mí mismo al tiempo que él

proseguía:

—Amo, ahora tengo insectos para devorarlos a docenas, a centenares. Y también puedo conseguir animales... ¡Pero necesito vidas de gente, amo! Hombres, niños y mujeres. En especial mujeres... ¡Mujeres! —Soltó un sonido que iba entre el borboteo y la risa—. ¡Las necesito, amo, y tú debes conseguírmelas !

De esta guisa siguió durante lo que me parecieron muchos minutos, mientras yo permanecía tras la puerta, muy cerca, a muy poca distancia, lo mismo que un cura en una especie de confesonario demencial. Con las manos en las sienes, intenté pensar. De una sola cosa podía estar seguro: aquel hombre sabía que yo me encontraba allí. En cualquier caso, sabía que dentro de la capilla había alguna criatura extraordinaria, y había acudido para ofrecermela una especie de adoración. La seguridad de mi anonimato, por la cual acababa de alegrarme, y en la que había puesto tanto empeño y había gastado tanto dinero, al parecer ya no existía.

Mientras permanecía allí desconcertado, escuché otros pasos, los de cuatro o cinco hombres que saltaban el muro donde antes había saltado mi visitante. Con algo parecido al desespero, en un primer momento visualicé a toda una corte de adoradores, y al sumo sacerdote farfuleante que había descubierto la capilla, dispuesto a dirigirles en su letanía: «Mujeres, amo... Vidas, amo... Mujeres...».

En cambio, en vez de sus acólitos, quienes iban tras él eran sin duda sus guardianes: Seward y varios de sus fornidos ayudantes que, sabiamente, había traído consigo. Sólo en aquel momento me acordé de la referencia que Harker había hecho al manicomio que se hallaba junto a mi propiedad, como quitándole importancia, y empecé a comprender la realidad de la situación.

Afuera, los recién llegados se aproximaban veloces. Se desplegaron formando un semicírculo, en cuyo centro se hallaba el hombre arrodillado ante la puerta de la capilla, y avanzaron metódicamente.

Mientras, él seguía expresando sus ruegos:

—He venido para cumplir tus órdenes, mi amo. Soy tu esclavo y debes recompensarme por ello; a cambio, yo te seré fiel. Hace mucho tiempo que te venero.

Incluso hoy en día no estoy muy seguro de si esa última afirmación era una mentira para mostrarse obsequioso, un engaño generado por la mente enferma de aquel hombre o la pura verdad. Sin duda Renfield... ése era su nombre, como más tarde supe: un loco de unos sesenta años, si bien con una fuerza prodigiosa, y de muy buena familia... Como les decía, sin duda Renfield fue consciente de mi presencia tan pronto como llegué a Carfax, y ulteriormente sería capaz de detectar mis entradas y salidas sin necesidad de abandonar su celda o habitación en el manicomio.

Con voz siseante y repulsiva, casi babeando, Renfield prosiguió:

—Ahora que ya estás aquí, obedeceré tus órdenes, y tú no te olvidarás de mí en la distribución de bienes, ¿verdad?

Tras él, los otros hombres se acercaban sin interrupción. Entonces, por vez primera, pude oír la voz de Seward, joven, segura e imperiosa.

—Renfield, ha llegado el momento de que vuelvas con nosotros. Sé buen muchacho.

—Anda, guapito, vente con nosotros. Mira qué fácil... ¡Aupa! —le engatusaba otro, con una forma de hablar que denotaba su baja condición social.

Ni las palabras imperiosas, ni las halagadoras, lograron su objetivo aquella noche. A pesar de que eran cinco contra uno, el forcejeo no fue fácil. La fuerza de Renfield era poco común, como yo mismo descubriría más tarde. Luego también leería que, para escapar esa noche, arrancó de la pared de la celda la ventana y su marco. Al final, Seward y sus hombres le redujeron, y se lo llevaron atado como a una bestia salvaje, sacándole sin miramientos por encima del muro. Con eso, la quietud y la noche volvieron a ser mías... Sin embargo, por los ruidos de aquella pelea comprendí que, tal como Seward escribió sobre su paciente aquella misma noche, «en cada una de sus acciones, de sus movimientos, está la determinación de matar».

Y mis ansias de una nueva vida recibieron otro poderoso revés.

3

Yo habría seguido inmediatamente a los guardias y a su prisionero hasta el manicomio, para averiguar de qué fuente obtenía Renfield sus poderes, pero supuse que detectaría mi presencia y, sin duda, armaría tal alboroto, que sus guardianes — que hasta entonces parecían creer que todo era producto de su locura— podrían sentirse tentados a investigar más profundamente.

Por otro lado estaban mis cajas, sin las cuales me quedaría sin hogar, e irremediablemente perdido en tierra extraña. Ahora soy consciente de que no me atrevía a abandonar mis cajas a la vulnerabilidad de un cómodo ataque —ni siquiera a ningún tipo de vandalismo fortuito— durante más de una hora, así que pasé el resto de la noche creándome una posición más segura, al menos en mi propia finca. Me llevó varias horas sustituir la rica tierra de Transilvania de algunas de mis cajas —ni ahora, al cabo de tanto tiempo, pienso decirles exactamente cuántas— por tierra inglesa, igualmente buena para según qué cosas, pero no tan hospitalaria para mí. Puse una pequeña porción de mi tierra natal en el suelo, dentro de la capilla de Carfax, y deposité el contenido de otras cajas en varios sitios del jardín, allí donde la maleza era tan espesa que no había posibilidad de que descubrieran mis excavaciones.

Al día siguiente, logré descansar con cierta seguridad durante las horas de luz, y al atardecer me convencí de que, a fin de cuentas, la incursión de aquel loco carecía de importancia. En todo caso, no quería pasar la noche rondando por un manicomio. Lo que deseaba era ver Londres, y así lo hice.

O al menos empecé a recorrer la ciudad, ya que no existen límites para una empresa como ésta. Al anochecer, sirviéndome de mis pequeñas alas membranosas, recorrí en poco tiempo la distancia de veinticinco kilómetros. A unos dos kilómetros del centro de Londres, el rugido de sus calles en eterno movimiento asaltó mis oídos, y el resplandor de la metrópoli deslumbró mis ojos de murciélago. Era de noche, en verano, y muchas de las chimeneas de carbón estaban apagadas, mientras que en un día de invierno habrían oscurecido el cielo sobre mí.

Abajo serpenteaba el Támesis, unido por grandes puentes y reflejando un millón de luces deslumbrantes. Más allá de Green Park se divisaba el palacio donde la reina Victoria disfrutaba de los últimos años de su largo reinado. En otra parte, justo debajo de donde me hallaba, sonaban las notas profundas y solemnes del Big Ben. Las avenidas más largas estaban atestadas de gente, y mis ojos captaban aquí y allá la quietud extraña y artificial de las luces eléctricas. Los escaparates de las tiendas y de los restaurantes brillaban a lo largo de Piccadilly y del Strand. La abadía, vestigio sobresaliente de una época ya desaparecida, se asomaba y examinaba un mundo cambiante. Algunas luces brillaban en el Parlamento, donde el gobierno de

un imperio ya vencido sin duda no podía permitirse el lujo de aplazar todos sus asuntos hasta la mañana siguiente.

Allí abajo aparecía de pronto la cúpula de la catedral de San Pablo, y luego las retorcidas calles y los salvajes suburbios de Whitechapel y Bethnal Green...

Yo podría hablar de Londres durante horas, pero no debo, permítanme decir tan sólo que noche tras noche acudía a la ciudad, y que cada noche me cautivaba más que la anterior.

Mientras tanto...

Imagino que no puede atribuirse a una notable coincidencia el hecho de que, cinco días después de mi llegada, Lucy viniese a Londres, o como mínimo a las afueras, en el norte, donde se alzaba Hillingham, la casa de su familia. Londres era, y todavía es, la Roma hacia la cual confluían todos los caminos de Inglaterra. Fue aproximadamente por esa misma época cuando ella empezó a escribir un diario, registrando en él pensamientos bastante sombríos. Puede que el motivo fuera que, después de haber experimentado algunos episodios vividos intensamente con su vikingo, la perspectiva de vivir con Arthur Holmwood ya no le resultara muy atractiva.

Holmwood —que poco después se convertiría en lord Godalming, a raíz del fallecimiento de su padre— era el más rico e influyente de los tres pretendientes de Lucy, y el que ella había elegido. Yo no tardaría en conocerle. El otro, como ya he dicho, sería el doctor Seward. El tercero aparecería al cabo de poco.

Dado que Lucy y yo habíamos llegado a ser una misma sangre, experimenté vagamente su proximidad geográfica en cuanto me desperté, la noche del veinticuatro de agosto. Pero me limité a sonreír para mí, y salí una vez más a dar una vuelta por Londres, para paladear el néctar físico de las multitudes, mezclarme en el bullicio de aquella humanidad, estudiar sus casas, sus calles y sus monumentos, los registros de su inmenso pasado. Cada hora que así pasaba me estimulaba a pasar otras dos, y sólo tras grandes esfuerzos me obligaba a dedicar el tiempo necesario para ordenar mis asuntos: la dispersión de mis refugios.

Empecé entonces a levantarme regularmente durante las horas diurnas, y visité una empresa de transportes para concertar el traslado de algunas de las cajas de Carfax a refugios auxiliares diseminados por toda la ciudad. Me divertía comprobar que propietarios y oficinistas, todos ellos probos ciudadanos durante el día, trataban con un vampiro de forma cortés y práctica: lo que veían era mi dinero, y prestaban muy poca atención a mi rostro. Al mismo tiempo, yo también cambiaba con tierra inglesa la tierra nativa de algunas de mis cajas de Carfax. Dejé en la capilla estas cajas con tierra nueva, mientras, para contener la tierra de Transilvania, utilicé otras que adquirí —de noche, a escondidas y con esfuerzo— a un fabricante de ataúdes de Cheapside. Le dejé un poco de oro y pagué más de la cuenta, pues no quería llamar la atención mediante la compra oficial de un género tan especializado, sobre todo por no ser el dueño de una funeraria, ni tener un surtido de cadáveres a los que destinar los ataúdes.

Aquellos modernos ataúdes de doble caja constituían un espléndido domicilio: mientras mi tierra nativa permanecía en la caja exterior, yo podía descansar en la limpia comodidad de la caja de plomo que había en el interior. Enterré uno de estos ataúdes en la capilla, y otro en el patio de una casa de Mile End, cuya adquisición ya había concertado. Mantuve en reserva un tercer ataúd, en un cobertizo que había alquilado cerca de Charing Cross. Les digo eso con franqueza porque ya no están allí, aunque dos de estos ataúdes siguen todavía en Londres.

No volví a ver a Lucy hasta la noche del veintiséis de agosto, y si acudí a ella fue en respuesta a su llamada de auxilio. Había tal angustia en su grito mental, que no hacer caso de su llamada habría sido cruel, y también deshonesto. Por lo tanto, a última hora de la noche me dispuse a esperar, en forma humana, ante la gran casa de las afueras cuyo nombre era Hillingham, donde Lucy vivía con su madre enferma y un reducido grupo de criadas. Envié mentalmente un mensaje tranquilizador a la muchacha insomne, quien se levantó y logró salir de la casa sin despertar a ninguno de los otros moradores.

Le sonreí, y tendí mis brazos hacia ella al ver su delgada figura acercándose por el jardín, bajo los árboles, envuelta en su largo camisón.

—De modo que no se trataba de un sueño —murmuró al acercarse, con sus ojos enormes buscando los míos.

Cogió con cierta vacilación las manos que yo le tendía. Creo que en aquel instante casi sintió miedo de mí, a pesar de que no éramos, en absoluto, unos extraños. Le había proporcionado mucha felicidad, y, que yo supiera, ningún sufrimiento.

—Mi querida Lucy, luz de mi vida —exclamé—. ¿Es eso lo que te aflige? ¿Que yo no sea un sueño? Basta con un gesto de tu pequeña mano, rechazándome, y tus ojos nunca volverán a verme.

Sus ojos se llenaron de asombro y de dolor.

—¿Así que sabes que me siento afligida, y asustada?

—Pues claro que lo sé, criatura. No estaría aquí si no me hubieses llamado, aunque sólo lo hayas hecho mentalmente.

—Pero... ¿cómo es posible que ocurran tales cosas?

Iba a contestar a su pregunta, cuando me formuló otra cuya respuesta sin duda consideraba más urgente, aunque la formuló mediante una escueta declaración:

—Voy a casarme, ¿sabes?

—No estaba enterado, pero permíteme que te felicite como corresponde a un hombre de mi linaje —dije, haciendo una reverencia.

—De veras que voy a casarme con Arthur. —Lucy se sonrojó—. Le quiero... mucho. Y él me quiere a mí.

Entonces empezó a hablarme de Holmwood y de sus modales, de su futuro de riqueza y posición social, hasta que empecé a sentirme algo molesto, como un tío o un hermano mayor enfurruñado, al que hay que apaciguar porque se desea su bendición. Claro que en aquel entonces Lucy carecía de la figura de un padre en su

vida —Van Helsing aún no había hecho su aparición—, y quizá me había elegido, inadecuadamente, para que representara ese papel.

—En fin, amo a Arthur y pienso casarme con él. Mientras que tú sólo eres un sueño, o alguien surgido de él.

¿Esperaba obtener de mí una declaración provocándome celos? La angustia que apareció en su rostro al mirarme era sin duda de deseo, y su voz se quebró:

—¡Ni siquiera sé tu nombre!

Permanecí en silencio, dudando si debía decírselo. Los nombres poseen ciertas facultades, que pueden ser como un arma de doble filo. Además, al parecer, Lucy tampoco estaba muy interesada en saberlo.

—Abrázame —fue lo único que dijo antes de caer entre mis brazos, con un ligero estremecimiento.

Lucy sólo comprendía que lo que nosotros hacíamos le proporcionaba una dicha suprema, y que Arthur no era el único hombre al que amaba. No mantuvimos discusiones teóricas sobre vampirismo, y apostaría a que ella nunca había oído aquella palabra. Puede que yo succionara con mayor profundidad esa noche, ya que Lucy se abrazó a mí, impidiéndome marchar...

La boda se había fijado para el diecisiete de septiembre, pocas semanas después. Si la intención de Lucy era proseguir su aventura conmigo, después de esa fecha, es algo que ignoro, pues las mujeres son criaturas impenetrables. ¿Qué es lo que desean?, me preguntaba —igual que Freud— en períodos de triste desesperación viril.

En los días que siguieron, Lucy se debilitó. Y también algunas huellas de sus devaneos nocturnos se hicieron visibles para Arthur Holmwood —quien la veía con frecuencia desde que Lucy regresara a las afueras de Londres—, pues al cabo de unos días llamó al doctor Seward, amigo suyo y también de Lucy, para que la examinase. «Al principio ella se negaba», se quejó Arthur en una carta. Bueno, quizá Lucy hubiese preferido a un médico que no fuera uno de sus pretendientes rechazados, e incluso uno cuya especialidad no fueran los trastornos mentales. Aunque carecía de la capacidad y tenacidad de Mina para decir que no, es posible que se resintiese su salud al no poder elegir al médico que prefiriera.

Seward interrumpió la contemplación de sus ricos pacientes lunáticos el tiempo suficiente para examinar a Lucy un tanto superficialmente, y llegar a la conclusión de que la base de sus quejas —mejor dicho, de las de su prometido— «debía de ser algo mental». Eso era cierto, por lo que luego sucedió. Ah, Lucy, Lucy, cuyo nombre significa portadora de la luz... Lucy, de naturaleza sensible y confiada. Supongo que no eras una muchacha muy saludable, pero, como la mayoría de las mujeres de tu época, te merecías mucho más de lo que el destino te deparó.

Lucy intentó engañar a Seward con vagas historias sobre sonambulismo que, por supuesto, eran ciertas por lo que a ella se refería. Pero él era un buen médico para su tiempo; al menos poseía muy buen ojo clínico, o instinto, para lo sobrenatural, a pesar de que no dio muestras de buen criterio sobre qué hacer al

respecto. La primera reacción de Seward al captar indicios de algo realmente notable en el caso —mis marcas o mi aroma sobre la muchacha—, fue enviar a buscar a Amsterdam a su viejo profesor, Abraham van Helsing, doctor en medicina, en filosofía, en literatura, etcétera, etcétera, etcétera.

Van Helsing...

¿Puede alguien que escuche mi voz seguir temiendo mi nombre? ¿Pueden creer incluso mis más tímidos oyentes que yo represento un auténtico peligro? Cuando les haya hecho entender la profunda estupidez de ese hombre llamado Van Helsing, y les confiese al mismo tiempo que logró acorralarme hasta casi provocar mi muerte, tendrán que reconocer que, entre todos los peligros del mundo, yo debería figurar como el menos relevante.

Sin embargo, Van Helsing tendía a causar una buena impresión, especialmente en un primer momento, y eso entre los jóvenes y los inexpertos. Seward tenía —y mantuvo obstinadamente— una opinión muy favorable sobre ese hombre, de quien pensaba que sabía «de esas oscuras dolencias más que nadie en el mundo». Bueno, es posible. En 1890, la medicina se hallaba en una situación miserable. «Da la impresión de que se trata de un hombre arbitrario, pero eso es debido a que sabe mejor que nadie de qué está hablando. Es un filósofo y un metafísico —aquí habría que haber llamado la atención a Arthur Holmwood, que era quien escribió ese panegírico—, y uno de los más avanzados científicos de su tiempo. Además, en mi opinión posee una mentalidad absolutamente abierta. Aparte de todo esto, es expeditivo, tiene nervios de acero, buen temple, absoluto dominio de sí mismo y tolerancia —desde luego, esto último no se le podía aplicar en relación con los vampiros—, enaltecido por todo tipo de virtudes y dones, y con el corazón más bondadoso y sincero que late...»

Y Mina, cuando más tarde le conoció, le describió como «un hombre de peso medio, fuerte constitución, hombros erguidos sobre un ancho pecho, y un cuello bien equilibrado sobre el tronco, lo mismo que la cabeza sobre el cuello. El equilibrio de su cabeza sorprende inmediatamente, y aporta indicios de que es un hombre enérgico y reflexivo. Su cabeza es noble, regular, ancha y larga tras las orejas. La cara, perfectamente afeitada, muestra una barbilla fuerte y cuadrada, una boca grande, decidida y variable, y una nariz grande, bastante recta... La frente es ancha y lisa... Una frente sobre la cual no consigue caer su cabello rojizo, que sin embargo cae de forma natural hacia atrás y a ambos lados. Sus grandes ojos de color azul oscuro están muy separados, y aparecen animados, tiernos o duros según el estado de ánimo de ese hombre».

Limitémonos ahora a ver qué realizaba para todos nosotros ese dechado de perfecciones. La primera vez que examinó a Lucy —el dos de septiembre, si no me equivoco—, ella ya se había recuperado de nuestros abrazos, quizá demasiado efusivos de noches atrás, y es indudable que se encontraba mejor. Van Helsing llegó a la conclusión de que «ha habido mucha pérdida de sangre... pero sus condiciones no son anémicas en absoluto». Se puede ser indulgente con la forma de expresarse el

doctor, dado que no lo hacía en su lengua natal. Pero tampoco eran correctos los conocimientos que tenía sobre la sangre y sus evoluciones, circunstancia que haría que todos lo lamentáramos profundamente. Después de menear la cabeza a medida que estudiaba el caso de Lucy, aunque sin decir gran cosa, regresó a Amsterdam para reflexionar.

Durante varios días me mantuve alejado de Lucy a fin de permitir que su sangre se recuperara por sí sola, y también consideré seriamente la idea de romper con ella de forma definitiva y sin demora. Después de haber tomado esta decisión, aquella noche volví a Hillingham convencido de que había llegado la hora de decirnos nuestro último adiós. Tal decisión era tanto por el bien de ella, como por el mío propio.

En primer lugar, yo no quería convertirla en un vampiro, dado que, en su ignorancia —una condición que, a mi entender, ella prefería— no podía acceder con conocimiento de causa, ni podía sopesar de forma inteligente los peligros y los placeres que comportaba esa trascendental transformación. Y de haber proseguido nuestras relaciones con la misma frecuencia, muy pronto la habría llevado al punto en que habríamos tenido que enfrentarnos seriamente a la posibilidad de que se transformara en un vampiro.

En segundo lugar, llegué a la conclusión de que, por muy atractiva que resultara Lucy, en mi país había muchas campesinas alegres, apasionadas, de espléndido cuerpo, y con la sangre ardiente, que me habrían proporcionado los mismos placeres con menos gastos y esfuerzos. No era ciertamente por su piel suave ni por sus tiernas venas por lo que yo había emprendido mi odisea. ¡Pero miren por dónde la pasión puede hacer de nosotros unos estúpidos! En lo que iba a ser mi última visita, dedicada a dar unas breves explicaciones y a despedirme, Lucy se me abrazó como las otras veces y, para mi desgracia, una vez más la dejé notablemente debilitada.

Sin embargo, mi decisión era firme, y me marché con la convicción de que la cita que acabábamos de tener era la última. La aventura se había terminado, de eso estaba seguro, tanto si Lucy lo comprendía como si no. La posibilidad de que se transformara en un vampiro, que sólo horas antes me había parecido relativamente remota, debido a nuestro último abrazo se había convertido en un claro e inminente peligro... O en una oportunidad, eso depende del punto de vista de cada cual. Por supuesto, a la mañana siguiente Lucy volvía a tener un aspecto lánguido, débil y extraño. Holmwood se había marchado para atender a su moribundo padre, pero Seward le hizo una visita, y lo que vio no le gustó. De nuevo avisó a Van Helsing, quien había pedido que diariamente le enviaran un telegrama a fin de mantenerle informado sobre el estado de la paciente.

El profesor se apresuró a regresar a Londres, no dudo que con un extraño brillo en sus ojos, y en una mano el maletín con sus instrumentos. Antes de que yo tuviera la más leve sospecha de cuáles eran sus intenciones, ni de que estaba atendiendo a Lucy —ella no me había comentado su anterior visita—, aquel loco había intentado

practicar una transfusión de sangre, y Arthur Holmwood había sido elegido —por simples razones sociales— como donante.

Procuremos ver este asunto desde la perspectiva histórica. No sería hasta el 1900, nueve años más tarde, cuando Landsteiner descubriría la existencia de los cuatro grupos sanguíneos básicos —A, B, AB y 0— en el hombre, momento en que puede decirse que empezó la posibilidad de efectuar una transfusión sin que el paciente corriera un grave peligro. Claro que desde la antigüedad algún individuo robusto había sobrevivido a los ensayos de sus atrevidos médicos para practicar transfusiones sanguíneas de un ser humano a otro ser humano, e incluso de un animal a un ser humano. Es indudable que en muchos casos la supervivencia del paciente se debió al fracaso de la técnica utilizada en la transfusión, o a que el número de células hostiles introducidas en el sistema sanguíneo resultó inapreciable.

En 1492, año en que supuestamente al papa Inocencio VIII se le practicó una transfusión con la sangre de tres muchachos, yo permanecía en reposo dentro de mi tumba, así que no puedo aventurar una opinión sobre la exactitud de esta sorprendente historia. Durante un período de actividad a mediados del siglo xvii leí, con un interés nada pasajero, el descubrimiento de la circulación de la sangre que Harvey realizó en aquella época. De vez en cuando seguía reuniendo datos y opiniones sobre el tema. A pesar de que mis oportunidades para una auténtica investigación son más limitadas de lo que puedan ustedes imaginar, y de que mi naturaleza se inclina más por la acción que por las cuestiones intelectuales, en 1891 yo había acumulado ya algunos leves conocimientos respecto a un tema cuyas consecuencias sobre mi vida no eran en absoluto baladíes. De haber sabido lo que Van Helsing intentaba hacerle a la víctima de un vampiro —así contemplaba él el caso—, se lo habría impedido. Pueden creer que no habría abandonado con indiferencia a Lucy en manos de su propio destino. Sin embargo, a través de la continua comunión de nuestras mentes yo percibía que se encontraba claramente enferma, y sufriendo, no podía intuir la causa.

Ya fuese debido a que, afortunadamente, la sangre de Holmwood y la suya eran compatibles, o a que, también por fortuna, fracasó la técnica utilizada en la transfusión, Lucy no sólo sobrevivió a aquella operación, sino que al día siguiente había recuperado algo de su saludable apariencia. Para efectuar la operación la habían narcotizado, y al despertar no recordaba nada de lo ocurrido, a pesar de que en la herida del brazo llevaba un pequeño vendaje que podía proporcionarle materia sobre la cual reflexionar. Cuando interrogó a los hombres que la cuidaban, le contestaron amablemente que permaneciese acostada y descansara.

La noche del nueve de septiembre sufrió una recaída, o puede que se tratara de una nueva enfermedad, producida por una infección ya existente en la sangre de su novio. El tratamiento que Van Helsing prescribió fue una segunda transfusión, esta vez con Seward como donante, ya que era el hombre más joven y fuerte disponible en aquel momento. Aquellos que se maravillen de que la joven sobreviviera a aquel segundo asalto —y más tarde a un tercero— por parte del indomable científico,

pueden consultar una operación similar que Lower realizó en Londres, en 1667, y que también fue un éxito, o al menos no tuvo un desenlace fatal. Y otra que aquel mismo año Denis practicó en París, y en la que se documenta la transfusión de sangre de cordero en las venas de un muchacho que había quedado anémico a consecuencia del tratamiento médico convencional —es decir, la sangría— que se practicaba en aquella época. En el siglo xix, en Inglaterra, el tocólogo Blundell, junto con otros, ensayaron con bastante frecuencia la transfusión de sangre entre humanos, y a menudo dijeron haber obtenido resultados favorables.

Sin embargo, debe de haber muchos intentos sin publicar, los cuales concluyeron de forma menos afortunada. Y la segunda transfusión de Lucy, la que recibió de Seward —quien anotó que se sintió muy débil después de la donación—, tuvo efectos nocivos sobre ella.

Mientras Lucy languidecía en su cama, y yo, ignorante de todo, proseguía con mis asuntos, en la casa de Hillingham se recibió, el once de septiembre, el primero de varios cargamentos de ajos procedentes de Holanda, tanto las cabezas, como la planta íntegra. Lógicamente, el envío lo había realizado especialmente el filósofo y metafísico, quien por aquel entonces ya sabía —aunque no se lo había dicho a nadie— que un vampiro estaba al acecho. Debo decir que el penetrante olor del *Allium sativum* es como mínimo tan disuasorio para un galán de mis características como para uno más corriente —no, peor aún, ya que el alimento más suave puede resultar desagradable para un vampiro—, pero no era en absoluto la barrera infranqueable que Van Helsing sin duda esperaba. Sin embargo, de haber querido yo realmente la ruina de aquella pobre muchacha, esa nueva táctica habría sido como mínimo mejor que inyectarle proteínas de un extraño.

A pesar de que la señora Westenra estaba medio inválida, la noche del doce de septiembre consiguió la suficiente capacidad de movimientos como para sacar de la habitación de su hija aquellas plantas supuestamente medicinales y dejar la ventana abierta. Puede que de algún modo su vida se prolongara un poco mediante la supresión del irritante olor del bisulfuro y el trisulfuro de dialilo, pero se creyó —o al menos los médicos lo creyeron— que la de Lucy se resintió. Uno de los científicos más avanzados de aquel entonces había olvidado —lógicamente— mencionar a la madre de Lucy sus teorías acerca de que la hija estaría mucho mejor con la ventana cerrada y las apestosas plantas en su lugar. De haber explicado sus teorías a la madre de Lucy, imagino que a pesar de todo la señora habría tirado igualmente las plantas, y a Van Helsing con ellas, con lo que todos nos habríamos sentido mejor. Sin embargo...

Naturalmente, primero Van Helsing, y luego todos sus acólitos, culparon al vampiro visitante de Lucy de que el estado de la joven continuara empeorando. De hecho, la noche en que retiraron las plantas yo me encontraba recorriendo las calles de Whitechapel, hasta muy avanzada la madrugada. Sin embargo, no habría podido presentar ningún testigo: esa noche estuve hablando y bromeando con una mujer que había presenciado uno de los crímenes más espeluznantes de Jack el

Destripador, crimen cometido tres años antes. Yo creí su sorprendente versión de lo sucedido, pero dudo que un jurado hubiese aceptado su palabra sobre mi paradero a aquellas horas, o su testimonio en mi defensa.

Ella fue una excelente compañía para mí, ya que la mayor parte de la noche estuve paseando solo, y albergando los siniestros pensamientos que se ocurren a medianoche. En mi mente surgían las primeras dudas serias sobre si sería factible mi planeada reunión con la corriente esencial de la humanidad. A pesar de lo mucho que disfrutaba de mi estancia en Londres, tenía que admitir que mi sola presencia allí no me cambiaría con tanta rapidez como yo había esperado.

El trece de septiembre, tal como Seward registraba en su diario —que grababa, por cierto, en un primitivo modelo de fonógrafo, en absoluto tan preciso como este admirable aparato a través del cual estoy hablando—, «de nuevo la operación; de nuevo los narcóticos; de nuevo el retorno de un poco de color a sus pálidas mejillas...».

En esa ocasión el donante fue el mismo Van Helsing, mientras Seward se encargaba de la operación, siguiendo las instrucciones de su maestro. Con semejante aglomeración de células en sus débiles venas, es un milagro que la pobre muchacha sobreviviera tanto tiempo.

Debo explicar con detalle los acontecimientos del diecisiete de septiembre, ya que para todos nosotros fue uno de los días más fatídicos.

Jonathan y Mina Harker, después de contraer matrimonio en Budapest, donde él permaneció algún tiempo en un hospital, se habían instalado prósperamente en una casa de Exeter. Por esa fecha, Mina había leído ya el delirante diario de su esposo sobre su estancia en mi castillo, pero nunca habían tratado abiertamente el tema del vampirismo, y sin duda en aquellos momentos ninguno de los dos pensaba que tales horrores pudieran cernirse de nuevo en sus vidas.

Arthur Holmwood seguía junto al lecho de su moribundo padre en Ring, con el apoyo moral de un joven estadounidense llamado Quincey Morris, el cual acompañaba a menudo a Arthur en sus partidas de caza por todo el mundo, y tercero de los pretendientes humanos de Lucy.

Aquella noche, en el manicomio, Renfield volvió a escaparse, y fue en pos del doctor Seward empuñando un cuchillo de cocina. Afortunadamente, de un puñetazo, Seward logró dejar sin sentido a su fornido antagonista, a quien devolvieron a su encierro después de arrebatarle el arma.

Van Helsing, que había regresado a Antwerp en uno de sus habituales viajes de intercambio, pero que loablemente seguía preocupado por su paciente Lucy, telegrafió a Seward advirtiéndole que era vital que éste se quedara de guardia en Hillingham aquella noche. Qué era lo que tenía que vigilar, es algo que Van Helsing todavía no ha explicado. Lógicamente, Seward habría obedecido aquella orden sin rechistar, pero, por alguna funesta circunstancia, aquel telegrama se extravió, y lo recibió con veintidós horas de retraso.

En cuanto a mí, el diecisiete de septiembre estaba visitando Regents Park. Las

dudas no me abandonaban, pero estaba decidido a trabajar duramente para convertirme en un ser humano. Me senté en un banco, y me dediqué a leer el *Times* de Londres, publicado en aquella fecha:

CRISTAL PALACE
Sorprendente Representación
TIGRE CONVERTIDO EN CHIVO

De eso ya tenía suficiente...

MASAJE Y ELECTRICIDAD (Sistema Weir Mitchell) con movimientos suecos y alemanes combinados. Dado que cada LECCIÓN dura dos horas, y se imparte en vivo diariamente, los alumnos pueden perfeccionarse en quince días. Sin lesiones. Los que se lesionen será debido a una mala aplicación de las enseñanzas...

Mary Jane Heathcote, de veintiocho años, ha sido acusada por el asesinato premeditado de Florence Heathcote... su hijita... de cinco años y seis meses...

En Clerkenwell, Henry Bazley, de veintinueve años, encuadernador, ha sido... acusado de haber arrebatado al cuidado y control de su madre a una muchacha llamada Elizabeth Morey... de dieciséis años y diez meses. A ésta la encontraron en Highgate, donde se hospedaba en una habitación, por la cual el secuestrador pagaba cinco chelines a la semana, y donde la visitaba... El sargento detective Drew, quien ejecutó la orden de arresto contra el secuestrador, declaró que le encontraron en su casa, ocultándose en el patio trasero. El prisionero es un hombre casado y con cuatro hijos. Cuando se le informó de los cargos, dijo que todo era una mentira. Por orden del fiscal, el prisionero ha ingresado en prisión...

¿Dudan de que yo pueda acordarme de estas reseñas tal cual estaban redactadas? Bueno, a mí me parecieron dignas de recordar. Si no me creen, consulten los archivos del *Times*, que seguramente en su biblioteca guardarán un microfilm.

(Al editor) Señor: Muy a pesar mío, no me queda más remedio que refutar la teoría de mi amigo el señor Haliburton, del Congreso Oriental, sobre la existencia de una raza de pigmeos entre el Atlas y el Sahara...

Jas. Ed. Budgett Meakin

Señor: La necesidad de una comunicación directa entre la puerta de entrada y el piso superior de una casa, en caso de incendio o de cualquier urgente necesidad, es tan obvia que no precisa comentario... Yo he pensado en este sencillo mecanismo: En el piso superior se instala una sonora campanilla de

cuyo badajo cuelga una cadena, que llega hasta la planta baja y termina con un gancho. Por la noche, se pasa este gancho por el tirador de la campanilla habitual de la casa, y se saca por la mañana... De esta forma podría evitarse también la sucia y malsana costumbre de tener a un criado durmiendo en la despensa, fértil fuente de tanta inmoralidad, ya sea de puertas adentro como de puertas afuera.

Su afectísimo, & C. H.

PICCADILLY (Con vistas a Green Park) - PISO independiente - cuatro habitaciones, baño, ascensor, etc., se ALQUILA, con opción a compra y con muebles. Preguntar por el portero, 98, Piccadilly, W.

Ese parecía interesante. Pero yo prefería la compra al alquiler; no me interesaba tener tratos con propietarios curiosos.

Señor: Si uno de esos delegados que hablan con tanto empeño a favor de la reivindicación de la jornada de ocho horas se encontrase, al volver a casa, con una enfermedad grave y repentina, y si al enviar en busca de su médico obtuviese la respuesta de que éste había ya finalizado sus ocho horas de trabajo, y que pensaba pasar las próximas dieciséis horas descansando y pasándoselo bien, ¿qué pensaría de ese nuevo convenio?

Muy cordialmente, J. R. T.

Y de nuevo a la primera página...

COMPAÑÍA DE RETRETES PORTÁTILES MOULE'S

(Sociedad en Comandita)

Garrick-street Covent-garden,

LONDRES

LA COMPAÑÍA MOULE'S FABRICA AHORA:

RETRETES - para el jardín

RETRETES - para el pabellón de caza

RETRETES - para la casa de campo

RETRETES - para cualquier lugar

RETRETES - ahora se fabrican completos, provistos con el sistema de «expulsión»

RETRETES - provistos con el sistema de «retención»

RETRETES - provistos con el sistema automático

RETRETES - contruidos con planchas onduladas de hierro galvanizado

RETRETES - en módulos, para su fácil transporte

RETRETES - pueden montarse en dos horas

RETRETES - para que funcionen satisfactoriamente

RETRETES - basta adquirirlos
RETRETES - con tierra vegetal, seca y de primera calidad
RETRETES - con nuestro sistema nunca fallan
RETRETES - si van provistos de tierra seca...

La letanía continuaba, y yo la leía y quedaba hipnotizado. Pero lo que más llamaba mi atención era aquel criado que dormía en la despensa. ¿Por qué su condición era tan «sucia y malsana»? ¿Acaso apoyaba los pies en el tocino, o quizá su mal aliento contaminaba los sacos de azúcar? Y ¿en qué parte, exactamente, de la «fértil fuente» germinaba la nociva cizaña de la «inmoralidad»? ¿Debía interpretar en aquella carta oscuras implicaciones al grave pecado de la gula?

Los periódicos de Londres, aquellos que en mi tierra parecían prometer maravillas, me resultaban cada vez más desconcertantes a medida que habitaba el mundo que ellos describían. Quizá lo que hacía falta era un poco de tiempo, me dije para consolarme, y tiré el periódico a un depósito para basuras que había allí cerca: el parque estaba muy limpio. Me puse en pie y me dirigí hacia el zoo. El día estaba nublado, y, al ir tocado como un caballero, encontré que el sol apenas me molestaba.

Fue un alivio llegar al zoo y ver a mi alrededor, durante un rato, más animales que personas. A pesar de que había echado en falta las grandes concentraciones humanas, y que me lo pasaba muy bien con ellas, todavía resultaban abrumadoras para alguien como yo, que había pasado tanto tiempo apartado de la gente. Es indudable que yo era un extraño en tierra extraña, a pesar de que hablara su lengua con bastante fluidez y mi aspecto resultara aceptable en la metrópoli.

Con toda naturalidad, me encaminé hacia la jaula de los lobos, donde tres bellos ejemplares grises sufrían con natural dignidad su ignominioso encierro. A pesar de que en un principio no me esforcé por hablar, uno de los lobos me reconoció; para ser más exactos, supo que yo no era un hombre corriente, y que estaba mucho más próximo a él que cualquiera de las criaturas de dos patas que hubiese visto en toda su vida. Se daba cuenta de que yo sabía lo que significaba correr sobre cuatro zarpas grises, dar un salto para matar y beber la sangre roja de la carne que mis colmillos habían desgarrado. Lo sabía, y por decencia no podía ocultar ese conocimiento. Mientras los otros dos —que puede que supieran algo también, pero que les tuviera sin cuidado— yacían amodorrados en la jaula y le miraban distraídamente, aquél saltaba como un loco contra las rejas, y expresaba sus sentimientos con la única clase de voz que tenía.

Un anciano guardián salió de alguna parte y me miró con desconfianza. En aquellos instantes no había nadie más por allí cerca, y yo era, obviamente, la causa de los aullidos del lobo.

Pero yo no estaba en Londres para hacerme el misterioso, sino para unirme íntimamente al gran conjunto de la humanidad.

—Cuidador —llamé, por decir alguna cosa—, parece que algo ha turbado a estos lobos.

—Puede que haya sido usted —replicó el hombre, y sus bruscos modales me recordaron a un carcelero turco que tuve una vez; aquella semejanza me hizo sonreír, al tiempo que provocaba mis más sinceras simpatías por el lobo encerrado.

—Oh, no, no creo que yo les guste —contesté vagamente, distraído por la comunicación que llegaba de otra fuente.

Libertad, gritaba el lobo, intentando salir. No era una petición, sino una absoluta reivindicación.

No puedo dártela, le respondí. *Consíguela por tus propios medios y será tuya.*

—Oh, puede estar seguro de que les gusta —replicó el anciano, impertinente a causa del privilegio de una edad dominada por la altivez y la hosquedad—. Siempre les apetece un par de huesos para limpiarse los dientes a la hora del té, y usted parece estar bien surtido.

¡Libertad!, llegó desde la jaula de hierro gris.

Tómatela. Supera las barreras. ¿La prefieres a la comida? ¿O prefieres conservar tu propia naturaleza de lobo? ¿Renunciarías a tu cuerpo y a las comodidades que éste te proporciona a fin de conseguir eso que quieres? ¿Simplemente, verte libre de tu jaula?

Y los primeros años de mi encarcelamiento turco se me aparecieron claramente una vez más. Radu era entonces un simple chiquillo, un niño pequeño, demasiado fácil de asustar para proporcionar alguna diversión a nuestros inventivos guardianes. En cambio, yo tenía catorce años cuando empezaron conmigo...

El cerebro del animal se agitaba con pensamientos sin expresar, pero de pronto el lobo se tranquilizó, y se tendió en el suelo. El cuidador le observó desconcertado, luego me miró a mí, y seguidamente se acercó a la jaula y metió la mano para acariciar las orejas de aquella bestia jadeante. A fin de asustar al anciano, yo hice lo mismo, y obtuve mi recompensa con la expresión de su cara.

—¡Tenga cuidado! —exclamó—. ¡*Berserker* es muy rápido!

—No se preocupe, estoy acostumbrado a ellos.

Los ojos del lobo no estaban fijos en mí, sino en la distancia, como si pensara en escapar a un lugar sin barreras, sin límites.

—¿Está metido en el negocio? —preguntó el cuidador, en un tono más amistoso, quitándose el sombrero; quizá pensaba en la posibilidad de comprarme otro par de lobos.

—No, no exactamente. —Con mi sombrero apunté hacia él y a *Berserker*, en señal de despedida—. Pero he domado a unos cuantos.

Y con estas palabras di media vuelta y me alejé. La silenciosa voz del pensamiento del lobo llegaba a mi mente como un simple murmullo lejano, mientras que el sonido infinitamente más verbal de los pensamientos de Lucy volvía a ser audible, y cada vez más alto. Pero yo tampoco quería oírlos. No podía evitar ser consciente de que con Lucy ocurría algo grave, pero cerraba mi mente a conocer más detalles.

No había forma alguna de que yo sospechara que, al anochecer, *Berserker* rompería los barrotes de su jaula, forzando las barras de hierro hasta soltarlas, y que

correría incansable para encontrarse conmigo aquella noche en... Hillingham.

Tampoco podía saber qué me deparaba la noche que tenía ante mí. Sin embargo, al salir del parque sentí que mi espíritu se turbaba.

Ya he dicho antes que posteriormente hablaría sobre el miedo, y ahora ha llegado el momento. No digo que haya experimentado un miedo indescriptible, pero sí todo el miedo que mi mente y mi espíritu son capaces de soportar, y puede que más. La primera vez que los carceleros turcos me desnudaron en mi celda y —paralizado por el terror y chorreando mis propios excrementos— me llevaron a la estaca de empalamiento, no dudé ni por un momento que iba a morir. En mi situación, algunos se habrían desmayado, otros habrían enloquecido. Lo que yo hice... En fin, quizá sólo un lobo enjaulado podría entenderlo.

Lógicamente, no fallecí. Si los guardianes me hubiesen matado, no habrían tenido diversión para el día siguiente. Lo cierto es que no me empalaron realmente. ¿O debería decir que no me empalaron «definitivamente»? El extremo superior de la estaca era romo, y no sangré cuando me espetaron por un orificio natural del cuerpo; luego, manteniéndome de puntillas, pude evitar que la estaca penetrara más profundamente, provocándome mayores daños. Yo no podía permanecer de puntillas por tiempo indefinido, pero, cuando a causa del peso mi cuerpo empezaba a bajar, aquellos hombres se apresuraban a sacarme de la estaca. Es indudable que no deseaban que muriese allí y entonces; pero nunca se habían encontrado con nadie que conservara la conciencia mientras le asustaban de forma tan deliciosa, dolorosa e irremediable.

Al día siguiente pusieron en práctica un nuevo juego, mostrándome en primer lugar lo que aseguraban se trataba de una orden firmada, en la que se autorizaba mi ejecución. De nuevo los creí, ya que mi impresionabilidad hacia el terror no me dejaba otra elección. Puede que no exagere en absoluto si digo que cada día de aquéllos yo moría de miedo. El nuevo juego estaba relacionado con quemarme vivo, y antes de que lo interrumpieran yo ya estaba lleno de ampollas y con el cabello chamuscado. Al día siguiente practicaron otro juego en el que intervenían unas ratas voraces. Luego hubo otro con una mujer turca cuyo marido, según decía, había sido torturado por los valacos. Y a continuación... Pero no quiero asquearlos con detalles.

Cuando el ciclo volvió a la estaca, comprendí, de pronto, que ya no quedaba nada que me asustara, que de hecho ya no estaba asustado. Ya había consumido todo el miedo que mi espíritu podía generar, aunque viviese mil años. Antes de que me saliera la barba, había agotado mi ración de ansiedad, temor, aprensión y terror. A partir de entonces, ya no volví a sentir miedo. No soy un valiente, ni nunca lo he sido; se trata de algo totalmente distinto...

La prueba más sorprendente de que este juicio acerca de mi condición es correcto, se funda en que, al mismo tiempo, perdí todo deseo de venganza sobre mis carceleros. Un importante oficial del sultán, que casualmente pasaba por Egrigoz, observó sorprendido cómo yo soportaba imperturbable los últimos e inútiles intentos de mis enemigos para asustarme. De hecho, en aquellos momentos me estaban

torturando, pero, ¿no sabían ustedes que el *miedo* al dolor, segundo a segundo, es mucho peor que el dolor en sí? Como ya he dicho, aquel importante oficial alabó lo que él creía mi fortaleza, y se interesó por mi caso. Con el tiempo se convertiría en amigo mío, hasta el punto de que, si hubiese querido vengarme de mis vulgares torturadores, probablemente habría podido hacerlo. Pero fue mi renuncia a vengarme —no por una heroica virtud cristiana, sino a causa de la indiferencia que surge de la pura ausencia de miedo— lo que a ellos más los asustó. El hombre teme aquello que no es capaz de entender, y yo había ido más allá de la comprensión de aquellos hombres simples, aunque diabólicos...

Así que, mientras recorría las calles de Londres, no pensaba en los turcos con miedo ni con odio, sino con tristeza. ¿Tan seguro estaba de querer incorporarme de nuevo a las filas de la corriente esencial de la humanidad? ¿A acortar probablemente mi vida al hacerlo? No, yo no temía a una existencia corta, ni a nada más en el mundo, ni fuera de él.

Ni siquiera a Dios, amigos míos, porque le conozco mucho mejor que ustedes...

Aproximadamente una hora antes de que el lobo se escapara a medianoche, me detuve en una taberna del Soho, plenamente consciente de que mi imagen no se reflejaba en el espejo cuarteado y empañado que había detrás del mostrador, y de la sorpresa que se llevaría la tierna muchacha que se cogía de mi brazo si en algún momento lo notaba. También era plenamente consciente del cálido fluido que corría veloz por el interior de su *Vena jugularis*, y del insoportable olor a cereales fermentados que se desprendía del vaso que aguardaba intacto ante mí, sobre la madera pulida por el continuo roce de los brazos. Y consciente con todo mi ser del abismo que había entre yo y aquellos que me rodeaban, todos indiscutiblemente humanos, aunque con una mente, un cuerpo y un espíritu monstruosos.

En ese estado me encontraba cuando percibí la nueva llamada angustiosa de Lucy, emitida con terrible fervor a través de los ocho kilómetros de ciudad que nos separaban. Dominada por el miedo y la enfermedad, me llamaba pidiéndome ayuda, me llamaba como a su dueño y protector, y por eso le respondí. Desde un callejón del Soho emprendí el vuelo, y volví a aterrizar en el césped oscuro y arbolado de Hillingham.

Desde allí envié mi silenciosa llamada, como la otra vez. Sin embargo, pronto comprendí que en esta ocasión ella no podría o no intentaría salir. Y yo tampoco podía entrar en la casa por propia iniciativa. No estoy muy seguro de si la razón tendría que buscarse en la física o en la psicología, pero lo cierto es que yo no puedo entrar en ningún sitio habitado por seres humanos, a menos que antes me haya invitado a hacerlo alguno de sus moradores.

Por entonces ya sabía cuál de las ventanas superiores correspondía al dormitorio de Lucy, e inmediatamente levanté el vuelo y me posé en el antepecho de fuera. La cortina estaba echada, así que en un primer momento no pude ver el interior de la habitación, pero la voz de Lucy se distinguía claramente. Mantenía una viva discusión con otra mujer, ya mayor, que no podía ser otra que su madre. La

pelea se interrumpió bruscamente cuando Lucy, agotada, de pronto se dejó caer de espaldas sobre la cama. Eso pude verlo parcialmente gracias a la estrecha franja visual que obtuve al presionar mi cabeza de murciélago contra el cristal de la ventana, allí donde estaba la rendija entre el postigo y el marco. Pude ver que alrededor del cuello de Lucy había una guirnalda de flores de ajo, junto con el tallo y las hojas, apestando con su olor toda la habitación.

Casi al mismo tiempo que descubría este hecho sorprendente —el cual indicaba que alguien estaba tomando medidas contra los vampiros—, oí el primer aullido de *Berserker* allí abajo, entre los arbustos, y por encima de mi ala de murciélago le miré con absoluta consternación. Habría necesitado algún tiempo para tranquilizar al lobo y enviarle de nuevo mansamente a la jaula de la que acababa de escapar, pero la angustia mental de Lucy era demasiado apremiante para perder el tiempo en aquello. Sintíendome como un general asediado en el campo de batalla por una serie de ataques repentinos, me acurruqué en el antepecho de la ventana e intenté, tranquilamente, poner en orden mis pensamientos. ¿Podía haber otra razón para aquel despliegue de ajos, como no fuese aquella que me era tan familiar? Era indudable que había algunas costumbres inglesas que aún me eran desconocidas, pero tenía muy pocas esperanzas de que se tratara de una de ellas.

Las mujeres de allí dentro aún no habían percibido los aullidos del lobo, o puede que creyeran que se trataba de los ladridos de algún perro del vecindario, ya que no dieron muestras de sentirse impresionadas. A base de retorcer mi pequeño y peludo cuerpo, hice un gran esfuerzo por atisbar por un lateral de la cortina y obtener una mejor visibilidad de Lucy en camisón. Fue una especie de conmoción descubrir cuan enferma parecía. También divisé a su madre, en bata y con aspecto cansado y abatido —recuerden que en aquellos instantes, tanto Lucy como yo no teníamos ni la más ligera idea del delicado estado de salud del corazón de la señora Westenra—, quien, con paso lento, salía de la habitación y luego cerraba la puerta a sus espaldas. Aquélla era mi ocasión. Transmití mentalmente otra llamada, y al mismo tiempo golpeé con mis alas de murciélago contra los cristales. Lucy giró levemente la cabeza sobre la almohada, pero no hizo nada más. Tenía los ojos cerrados.

Aferrado cuidadosamente a la piedra, bajo la noche otoñal, allí mismo, en el alféizar de la ventana, adopté la forma humana. Atraje masa y peso a mi interior... ¿De dónde? Digamos que de la gran reserva en la que Dios los guardaba antes de decidir poner en marcha la Creación, y a la que a algunas criaturas todavía se nos permite el acceso, con ciertas limitaciones. ¿Que cómo lo hago? Permitan que les pregunte cómo distribuyen ustedes por sus pulmones las miríadas de átomos, cada vez que respiran para oxigenar su sangre.

Seguidamente di unos golpecitos con mi larga uña en el cristal de la ventana, y la llamé. Con expresión asustada, que pronto se transformaría en alegría, Lucy se incorporó en la cama. Se levantó con la mayor rapidez de que era capaz, y estaba a punto de pronunciar las palabras que me permitirían entrar, cuando se abrió la

puerta del dormitorio y, una vez más, la figura de la señora Westenra apareció en mi campo visual. Pero, desgraciadamente, yo también aparecí en el suyo.

Lucy había descorrido ya del todo la cortina, y cuando la confiada mujer levantó la vista por encima del hombro de su hija, hacia la noche, lo que vio fue mi rostro, observándolas a las dos.

Yo había esperado una conmoción, pero no lo que ocurrió. La señora Westenra levantó unos instantes el brazo, señalándome en silencio, mientras su rostro aparecía desencajado por el terror. Entonces de su garganta brotó un sonido gutural, y cayó lo mismo que si la hubiesen golpeado con un hacha.

—¡Madre! —gritó Lucy, y se apresuró a levantar del suelo a la anciana.

Sin embargo, en el estado de debilidad que se encontraba Lucy, la emoción y el esfuerzo fueron excesivos para ella, cuyo cuerpo se encogió al perder el sentido.

El corazón y los pulmones de la señora Westenra habían dejado de funcionar, y yo no estaba muy seguro de que los de Lucy no los siguieran, tan débil e irregular era entonces su pulso. Ella había pedido mi ayuda, y yo estaba ansioso —mejor dicho, desesperado— por prestársela. Pero no podía: aún no me habían invitado directamente a entrar en la casa donde yacía. Yo, que, como el humo, puedo atravesar barreras que los humanos no pueden, me veía refrenado por una ley tan inexorable para mí como es la gravedad.

Otro profundo aullido de lobo, procedente de los arbustos de abajo, finalmente estimuló mi embotado cerebro y lo puso en acción. Salté suavemente al suelo, que se hallaba a unos tres metros y medio del antepecho de la ventana, y llamé a *Berserker*. Por un momento sujeté con fuerza al enorme lobo gris, con una mano firme en su hocico y mis ojos fijos en los suyos, intenté inculcar en su obediente cerebro los servicios que necesitaba que me prestase. Quería que entrara en aquella habitación de arriba, y que lamiera el rostro de Lucy hasta despertarla; y, si eso fallaba, que tirase de su camión o de su cabello a fin de acercarla a la ventana, donde estuviera a mi alcance.

¿Por qué, en vez de eso, no me limité a llamar a la puerta principal con mi estilo más suave y tranquilizador? Recuerden que todo esto tenía lugar en plena noche, y en una casa aislada. En otra ocasión, Lucy me había mencionado, de pasada, que en la casa no dormían criados del sexo masculino, así que la despensa de la casa de Hillingham era sin lugar a dudas un lugar de impecable moralidad. ¿Iban a abrimme las mujeres de allí dentro, independientemente de cuáles fueran mis pretextos? Creo que no. Mis instintos tendían a una acción directa, y yo había aprendido a confiar en mis instintos en caso de emergencia.

Necesité varios intentos para lanzar al pesado lobo sobre el antepecho de la ventana. Aquella superficie era lo suficiente ancha para que un caballero delgado y bastante ágil pudiera sentarse cómodamente, pero, en cambio, ofrecía escaso margen de maniobra a las garras de *Berserker*. Éste gimió ante el tratamiento que yo le infligía, pero pareció comprender que al adoptarme como amo había cargado con la obligación de cumplir mis órdenes. Después hizo girar sus cuartos traseros y rompió

los cristales de la ventana.

En el preciso instante en que el lobo caía hacia atrás, yo escalaba con ambas manos para sujetarme al antepecho. Al cruzarnos, vi los rojos cortes que había en su hocico, y el fugaz destello de un cristal que se le había clavado en la piel. Mi intención era atender a las heridas de quien me había servido tan fielmente, pero primero tenía que ver a Lucy. «Voy a ser humano, lo seré», me repetía una y otra vez.

De nuevo volví a ponerme en cuclillas sobre el alféizar de la ventana, mi rostro enmarcado por la abertura rota en el cristal.

—¡Lucy! —la llamé, en voz baja pero intensamente, utilizando el cerebro al mismo tiempo que la voz.

Lucy se agitó sobre la alfombra cubierta de cristales rotos y flores de ajo, y lentamente se sentó, al parecer sin darse cuenta de que estaba medio entrelazada con el cadáver de su madre.

—¿Qué...? ¿Quién...?

—Lucy, tu vikingo ha venido a ayudarte. Pídeme que entre. Pídeme que vaya junto a ti.

Sus ojos se abrieron lentamente, desconcertados, para contemplar mi rostro. En el piso de abajo se oía el movimiento agitado de las criadas, que sin duda se habían despertado con la rotura de los cristales. Afuera, el lobo volvía a aullar, esta vez de dolor. Lucy alzó una mano intentando apartar de su rostro la cabellera rubia, pero se sentía demasiado débil, y a mitad de camino el gesto se interrumpió.

—Lucy, mi nombre es Vlad. Invítame a entrar, rápido.

—Oh, Vlad, entra pues. Me siento tan enferma, que creo que voy a morir. —Y cuando la levanté entre mis brazos, hizo un gesto hacia la silueta inmóvil que permanecía en el suelo—. ¿Mamá?

—Tu madre ya no sufre —le dije, y dejé a Lucy sobre la cama.

Entonces, antes de que pudiera añadir nada más, se oyó el sonido de muchos pies arrastrándose por el pasillo alfombrado que conducía ante la puerta del dormitorio, anunciando la llegada de las criadas formando un asustado grupo.

—¿Señorita Lucy? ¿Se encuentra usted bien?

—¡Cuidado con lo que respondes! —le susurré, sujetándola de ambos brazos.

Mis ojos ardían al mirarla fijamente, y mi tono era autoritario, pero ella pareció recuperar un poco sus fuerzas.

—Por ahora me encuentro bien — contestó débilmente.

—¿Se encuentra ahí su madre, señorita Lucy? ¿Podemos entrar?

Yo asentí con la cabeza.

—¡Entrad! —ordenó, y el tirador de la puerta empezó a girar.

Antes de que el giro se hubiese completado, yo me hallaba debajo de la cama de Lucy, completamente estirado y a punto de transformarme en humo o en murciélago al instante.

Ocho pares de pies femeninos entraron en el dormitorio y rodearon la alfombra cerca de mi cabeza, acompañándose con la danza del dobladillo de las camisas de

dormir, grititos y lamentaciones. Levantaron el cuerpo de la señora Westenra y lo depositaron sobre la cama, hubo exclamaciones de sorpresa ante los cristales rotos, y de horror ante los insistentes aullidos del lobo en el exterior. Este, herido y convencido de que había sido traicionado al tener que regresar a su jaula antes de que yo pudiera curar sus heridas, tenía mejores motivos que ellas para aullar, y sin embargo hacía menos escándalo.

Y luego estaban aquellas flores de ajo en el suelo del dormitorio, pisoteadas justo ante mis narices. Vlad —me dije a mí mismo, contemplando desde debajo de la cama aquel espectáculo—, ¿qué pensará el mundo de todo esto, el mundo de los grandes seres humanos al que esperas incorporarte?

Lucy permanecía sin fuerzas, sentada en una silla, mientras las criadas tendían el cadáver de su madre. Sin embargo, a pesar de su debilidad y de la enfermedad, aún conservaba la suficiente presencia de ánimo para darse cuenta de que corría el peligro de que hallaran a un hombre escondido en sus aposentos, una situación menos tolerable que la misma muerte. Y aún conservó la necesaria frialdad para reaccionar al respecto. De repente, vi que se levantaba y abandonaba la habitación, y oí que sus delicados pies bajaban las escaleras mientras las criadas se concentraban en torno a la cama con la mujer muerta encima, y el vampiro vivo ocultándose debajo. Las criadas no notaron la marcha de su joven señora, ni tampoco su regreso al cabo de un minuto. Durante ese lapso de tiempo pude oír, débilmente pero con claridad, el sonido breve de un líquido al gotear en alguna parte de la planta baja.

Lucy se mantenía en pie, aunque con esfuerzo, ante la puerta abierta dentro del dormitorio.

—Todas vosotras —les ordenó, viéndose obligada a levantar la voz para imponerse sobre el continuo parloteo de las criadas—, bajad al comedor y que cada una se beba un vaso de vino. Pero sólo del jerez, a ver si os tranquiliza. Luego volved cuando os llame.

No hubo ningún problema en que obedecieran la orden, y en un instante aquel grupo de mujeres, que no paraban de gemir y cuchichear, abandonó la habitación. Lucy cerró la puerta tras ellas y dio vuelta a la llave. En un abrir y cerrar de ojos salí de mi escondite, y una vez más descubrí que Lucy estaba a punto de perder el sentido: se habría dejado caer sobre la cama, de no haber estado allí el cuerpo de su madre. Aun así, después de retirar a la anciana junto a la pared, la obligué a acostarse.

—Ahora las criadas nos dejarán en paz —me dijo Lucy, con una voz que inmediatamente se hizo imprecisa y distante—. He puesto un narcótico en el vino... Oh, Vlad, ¿eres tú mi muerte? A veces tu rostro... Si lo eres, entonces debo suplicarte... Quienquiera que seas... Mi madre ha muerto, pero yo soy demasiado joven; voy a casarme en septiembre.

—Acuéstate tranquila ahora. Creo que estás muy enferma. —Después de efectuar un rápido examen a Lucy, descubrí el vendaje de las incisiones en la parte interna de ambos brazos, a la altura del codo—. ¿Quién es tu médico, y de qué te está

tratando?

—Son dos. El doctor Van Helsing, de Amsterdam, y el doctor Seward.

Alcé apresuradamente la cabeza al oír el nombre del primero. Ya lo había escuchado con anterioridad, en boca de un vampiro al que yo conocía.

—¿Y quién es ese doctor Seward?

—Tendrá unos treinta años, y es muy agradable. De hecho... —Lucy se interrumpió un instante—. Es el director de un manicomio en Purfleet.

Mi mente se agitó veloz buscando comprender. Pero no hay comprensión posible para la coincidencia, o para las imitaciones que de ella hace el destino.

—¿Y cuáles son sus tratamientos? ¿Qué son estas pequeñas heridas? Supongo que a estas alturas no te aplicarán sangrías, ¿verdad?

—Oh, Vlad, lo ignoro. Los médicos son muy amables, y sus intenciones son buenas, de eso estoy segura. Pero no me explican nada, y yo estoy demasiado enferma para discutir con ellos e insistir en saber lo que hacen. —Después de hacer una pausa para respirar entre jadeos, y durante la cual aproveché para tensarle el vendaje en torno al brazo, Lucy prosiguió—: Me traen flores y cabezas de ajos, y en tres ocasiones me han narcotizado. Y el doctor ha realizado una especie de..., una especie de operación cuya naturaleza no comprendo del todo.

—Tres veces. ¡Qué barbaridad! ¿Y cuál de los médicos operaba?

—El doctor Van Helsing, creo. Me siento muy segura cuando está conmigo. Sin embargo...

Había perdido fuerzas para seguir hablando. Me agaché, apoyé la oreja sobre su pecho, y no me gustó el esfuerzo que tenían que hacer los órganos de su cuerpo para bombear. Según los cánones actuales, es indudable que no soy un médico cualificado, pero tampoco lo eran muchos de los que en el siglo pasado se ganaban el sustento como tales.

Sus ojos permanecían fijos en los míos, confiados, implorantes.

—Lucy, luz de mi vida, mantén la mente despejada. Debes tener las ideas claras, pues esta noche hay que tomar una importante decisión.

Acaricié la hermosa dorada de su cabello. En cuatrocientos años de guerra y paz, yo había visto de cerca a la muerte en muchas ocasiones, y creía improbable que ella sobreviviese a aquella noche. A no ser que...

—Vlad, ayúdame. Arthur no está aquí, y temo que los otros me estén matando con lo que me hacen. —Un espasmo de miedo le devolvió temporalmente su energía—. No dejes que muera.

De repente, Lucy se vio asaltada por las náuseas, y se inclinó sobre un lateral de la cama para vomitar. Expulsó un fuerte olor ácido, aunque sin apenas vómito.

—¡Abrazame, Vlad!

Sin embargo, no la cogí entre mis brazos, sino que me incorporé y me quedé de pie junto a la cama. Abajo, las criadas habían dejado de hacer ruido, exceptuando la ronca respiración de sus pulmones. Prácticamente, Lucy y yo estábamos solos en la casa. Por fin disponíamos de un poco de tiempo para hacer planes y reflexionar. O

quizá no, pensé; ella podía muy bien estar muerta antes de que mantuviésemos una larga conversación.

—Lucy, la muerte llega para todos nosotros, más tarde o más temprano... Y no es lo peor que puede ocurrirnos en este mundo, aunque sé muy bien hasta qué punto a veces puede asustarnos.

—¡No, no! —El terror le proporcionó una terrible energía momentánea, e intentó clavarme las uñas en el brazo—. ¡Sálvame, Vlad! Haz algo. Veo en tus ojos que puedes hacer algo.

—Lucy, existe sólo una forma mediante la cual puedo, si no impedir tu muerte, puesto que no soy Dios, al menos aplazarla durante un tiempo indefinido. Pero seguir este camino implicaría un gran cambio en tu existencia. Mayor del que ahora puedas imaginar.

—Oh, sálvame, Vlad, te lo suplico. ¡No quiero morir!

No puedo describir la emoción que inundaba su débil voz al pronunciar estas palabras.

Alcé de la cama su cuerpo casi ingrátido, y, cambiándolo levemente de posición entre mis brazos, a fin de que quedara al descubierto la palidez de la garganta, allí donde anteriormente había dejado mis marcas, yo también giré mi cuerpo hacia ella. En el otro extremo de la habitación colgaba un espejo, y el cuerpo flotante de Lucy aparecía en el interior del marco dorado, el camisón adherido a las rodillas y a la espalda, por la presión de unos brazos invisibles. Luego incliné la cabeza...

Después de succionar un poco de sangre, llegó el momento de que Lucy bebiera ávidamente de la mía. Me desabroché la camisa a la altura del corazón, y practiqué un corte sobre la piel con una de mis afiladas uñas; ningún otro instrumento puede hacer ese trabajo con idéntica precisión. Inmediatamente apreté la boca de Lucy contra mi pecho, como si ella fuera un bebé que mamara, y yo una nodriza amorosa.

Tan pronto como hubimos intercambiado una considerable cantidad de sangre, limpié sus hermosos labios y la deposité nuevamente en la cama; había hecho por ella todo cuanto estaba en mis manos. De momento, Lucy estaba casi en estado de coma, pero yo sabía muy bien que no moriría antes de que hubiese transcurrido la noche, a menos que se le inyectara en las venas sangre inadecuada. Y también sabía que era muy improbable que muriese en un futuro próximo. En cambio, sí era probable que pronto la depositaran en su tumba. Pero, como ya saben ustedes, eso es algo totalmente distinto.

—Lucy —la llamé suavemente, y tendí mi mano hacia la figura inmóvil sobre la cama.

Ella la cogió y se incorporó, aunque mantuvo los ojos cerrados hasta que se sostuvo graciosamente sobre sus pies. Entonces los abrió. Ah, pero en ellos se había producido un cambio... Van Helsing sin duda lo vería, pero ¿qué podría hacer entonces?

Sin embargo, yo había ido a Londres para resolver mis propios asuntos, no para

luchar con él por aquella mujer. Lucy significaba muy poco para mí, aparte de que me había pedido ayuda, y yo había hecho todo cuando estaba en mis manos para prestársela.

—Lucy, no vas a morir esta noche. Puede que te sientas enferma. Pero, si ellos vienen mañana para drogarte y hacerte una nueva transfusión, te aconsejo que no lo permitas.

—Pero si ellos nunca piden autorización...

También se había producido un cambio en su voz. Era menos vivaracha, y a la vez más remota.

—Te aconsejo que llames a ese Arthur, si es que puede ayudarte a oponerte a ellos. ¿No te das cuenta? Ponen sangre de otros en tus venas. Supongo que buscan tu bien, pero lo que han estado haciendo te ha conducido a las puertas de la muerte.

—Pero, Vlad... Me siento con fuerzas ahora. Creo que me has salvado.

—Y así es, querida. De momento. Te he rescatado de la muerte, y he aplazado para ti el día del Juicio. No hay muchos hombres que realmente puedan hacer gala de tal poder. Es lo que querías de mí, ¿no?

Suspiré. En mi opinión, el aviso que estaba a punto de darle no le serviría de gran cosa. Al comienzo, los nuevos vampiros deben hallar su camino por instinto, como la mayoría de los recién nacidos.

—Es posible que dentro de poco vuelvas a entrar en... coma —proseguí—. Si permites que ellos te practiquen una nueva transfusión, te aseguro que aumentarán tales probabilidades. Y, si ocurriera eso, despertarías bajo unas nuevas circunstancias que, sin duda, al principio te serían difíciles de comprender. Pero debes tener presencia de ánimo, ya verás como al final lo entenderás todo.

Efectivamente, la primera salida de la tumba es una experiencia única.

—La tendré, Vlad. Oh, Vlad, repíteme ahora que no voy a morir.

—No morirás.

Eso era una mentira, como las que a veces se dan a los heridos después de la batalla. Una mentira porque ignoraba qué decidiría hacer Van Helsing al descubrir que ella había cambiado, y porque alguna vez todos debemos pasar por la verdadera muerte. Antes, cuando aún estaba en sus manos tomar la gran decisión, yo había sido con ella todo lo sincero que podía serlo, dado el poco margen de tiempo de que disponíamos. Las decisiones que debían tomarse a continuación eran de poca importancia, aunque bastante embarazosas, de modo que juzgué preferible mostrarme tranquilizador.

—En fin, querida... Las mujeres de abajo, a las que tan inteligentemente has narcotizado, no tardarán en despertar, y seguramente se espera la llegada de otras gentes a la casa en cuanto amanezca. Aparte de que hay aquí muchas cosas que necesitarán explicación —suspiré al ver las nuevas marcas de mis colmillos sobre su garganta—, y por las cuales poco puedo hacer yo.

Mientras hablaba con Lucy, le acariciaba el brazo desnudo y la frente, a fin de fortalecerla —mediante la sugestión— para la tarea que le aguardaba. Habría que dar

explicaciones acerca de la ventana rota, y del lobo de afuera, cuyos aullidos las criadas habían oído, y cuyo papel en los acontecimientos de la noche aún no había finalizado, por lo que sospechaba. Luego estaba la madre, muerta de un ataque al corazón, tan inesperado para Lucy como para mí. Y también estaban las criadas, que informarían a cualquier investigador sobre su sueño provocado mediante un narcótico, aunque despertaran antes de que alguien pudiera entrar en la casa.

Pero, por encima de todo, estaba el estado físico de la propia muchacha. Van Helsing detectaría forzosamente los síntomas de incipiente vampirismo. Pero ¿sentiría compasión por ella? Yo creía que sí, si Lucy lograba aparecer como una inocente víctima del malvado conde.

Seguí acariciando a Lucy, hasta que cayó en lo que eran los primeros síntomas de un trance hipnótico.

—Coge un poco de papel y tinta, querida —le sugerí—. Antes de que te deje, los dos vamos a colaborar en la redacción de una pequeña historia. Tan extraña, quizá, como las del señor Poe.

Eran cerca de las diez de la mañana cuando llegaron a Hillingham los doctores Seward y Van Helsing, los dos casi al mismo tiempo y con desesperada premura. Como ya he mencionado, a causa del fallo en la entrega del telegrama habían dejado a Lucy sin vigilancia durante toda la noche, y por tal motivo ambos estaban muy alterados. Por supuesto, Van Helsing creía que el peligro del cual había que proteger a Lucy eran los vampiros; Seward no tenía aún esa versión deformada de la realidad, pero apreciaba a aquella muchacha, o eso pensaba, y sabía que ella estaba en peligro; así que, debido a su inexperiencia, obedecía ciegamente a su ex profesor.

Encontraron la casa cerrada con llave y atrancada por dentro, y sin nadie que contestara a sus llamadas cada vez más apremiantes. Al final entraron por una ventana de la cocina, y encontraron a las cuatro sirvientas todavía inconscientes en el suelo. Arriba, en el dormitorio de Lucy, hallaron a las dos mujeres en la cama; la joven aún respiraba, aunque volvía a estar inconsciente.

Lucy ni siquiera tuvo la posibilidad de protestar contra una cuarta transfusión, que es lo que Van Helsing le practicó. Esta vez, la sangre salió de las venas del joven norteamericano Quincey Morris, que inocentemente llegó a la casa con un mensaje de Arthur Holmwood para que investigara, y que inmediatamente fue reclutado, por así decirlo, en las filas enemigas.

—La sangre de un hombre sano es lo mejor de la tierra cuando una mujer está en dificultades —comentó Van Helsing, al sacar una vez más sus instrumentos, anotó Seward.

Imagino que el remedio prescrito para Lucy era muy parecido al mío, aunque, desgraciadamente, el sistema de aplicarlo era muy distinto. Y lamento decir que también lo fueron los resultados.

Asimismo, los atareados doctores notaron que de la botella de jerez que había sobre el aparador salía un olor peculiar, sin duda a causa del láudano de una botella medicinal para la señora Westenra, que habían añadido al jerez. Y cuando levantaron

a Lucy de la cama, para que tomase un baño caliente reparador, «de su pecho cayeron» un par de hojas de papel. Una lectura breve y ávida de Van Helsing proporcionó a su rostro «una mirada de profunda satisfacción, como la de aquel que ve cómo se le han disipado las dudas».

En aquellos papeles se plasmaban, lógicamente, nuestros esfuerzos literarios de la noche anterior. Era el primer intento literario de ficción escrito en una lengua extranjera por un vampiro sitiado y una muchacha medio en trance, que acababa de sufrir la conmoción producida por la pérdida repentina de uno de sus progenitores. Éste fue el primer comentario de Seward al leer nuestra obra:

—En el nombre de Dios, ¿qué significa todo esto? ¿Acaso está loca, o lo estaba al escribirlo? ¿Qué clase de horrible peligro es ése?

Uno puede suponer que, ante una pregunta tan sincera y cordial, el profesor Van Helsing habría respondido: «¡Se trata de un vampiro, joven! ¡Un horrible monstruo que os chupa la sangre!». Pero eso probablemente no habría sido lo bastante filosófico o metafísico. Tal como ocurrieron las cosas, Van Helsing le tendió la mano y, quitándole el escrito, le dijo:

—No se preocupe ahora por eso. Olvídelo de momento. No tardará en saberlo todo y en comprenderlo, pero eso será más tarde...

Cuando Lucy recuperó la conciencia, lo primero que intentó hacer fue romper el escrito que habíamos redactado, pero luego sin duda comprendió que era mucho mejor entregarlo, como explicación de los asombrosos acontecimientos acaecidos la noche anterior.

Lógicamente, la intención de la historia era que pareciese «un informe exacto» de lo acontecido, escrito por Lucy, de su puño y letra, a medida que ocurrían los hechos. En él relataba cómo había visto turbado su apacible sueño por «un aleteo en la ventana», y cómo poco después había percibido «un aullido parecido al de un perro, aunque más horrible y más profundo». Lucy se levantó y acudió «a la ventana para mirar afuera, pero allí afuera no se veía nada, excepto un gran murciélago, que, sin duda, era el que había estado golpeando la ventana con sus alas».

Sin dejarse turbar por un acontecimiento tan habitual en las afueras de Londres, en nuestra ficción Lucy regresó a la cama. Al poco rato, su madre entró en el dormitorio y, hablando «de forma más dulce y suave que lo acostumbrado», se tendió junto a su hija para hacerle compañía. Pero en la ventana volvieron a empezar el «aleteo y las sacudidas», seguidos inmediatamente por «un nuevo aullido entre los arbustos, y poco después un choque contra la ventana, y gran cantidad de cristales rotos cayendo al suelo... En el boquete que había quedado con la rotura de cristales apareció la cabeza de un enorme lobo gris. Mamá gritó asustada... agarró la guirnalda de flores que el doctor Van Helsing había insistido en que llevara alrededor del cuello, y me la arrancó». Yo pensaba que era mejor que mis enemigos continuaran creyendo en la eficacia de los ajos.

«Se produjo un extraño y horrible estertor en su garganta, y luego cayó de bruces... Una miríada de pequeños puntitos pareció entrar por la ventana rota,

girando y trazando círculos como las columnas de polvo que, según cuentan los viajeros, se levantan cuando sopla el simún en el desierto. Intenté levantarme, pero parecía como si hubiese un hechizo sobre mí...» Debo reconocer que fue idea mía, comparar al simún la tímida aproximación de un vampiro. Por algún motivo, en aquel entonces pensé que eso ayudaría a crear una imagen más viva.

Nuestra historia seguía con el relato de Lucy al recobrar el sentido, cómo había llamado a las sirvientas y, después de que éstas arreglaran decentemente el cadáver de su madre, las había enviado a tomar un poco de jerez para que se tranquilizaran. Al ver que tardaban en regresar, bajó al comedor y encontró en el suelo «a las dormidas sirvientas, a las que alguien había drogado... El aire parece llenarse de puntitos, que flotan trazando círculos por la corriente que entra por la ventana, y las luces brillan azules y difusas... Debo esconder este escrito en mi pecho, para que lo encuentren cuando vengan a amortajarme...».

Aquí terminaba el relato, salvo un par de gemidos estilizados. Supongo que no es necesario pedir disculpas por tales exageraciones, dado que servían a un propósito; a saber, que Van Helsing y los demás lo aceptaran como un fiel relato de lo acaecido aquella noche, y conseguir que Lucy quedara limpia, como suele decirse, de cualquier posible acusación de colaboradora.

Pero, ¡por las barbas del profeta y las reliquias del patriarca!, que tal fárrago de falsedades lograra pasar ante las narices de los más ineptos investigadores, sigue siendo una fuente inagotable de sorpresas para mí. El inspector Lestrade no habría perdido ni cinco minutos con el escrito..., y no digamos Sherlock Holmes.

Consideremos la prueba del vino narcotizado. Si las sirvientas no lo hubiesen tomado, probablemente Lucy habría escapado a los horrores de la noche, tal como se sugería en el manuscrito Drácula/Westenra. Por tanto, alguna persona malvada había vertido el láudano en la botella. Tenía que ser el conde Drácula en persona... Sin embargo, él no podía haber entrado en la casa sin una invitación, y de haberla obtenido no habría necesitado utilizar un lobo como ariete. Pero no había duda de que se había utilizado un lobo, ya que se había visto a la pobre bestia regresar alicaída al zoo la tarde siguiente, aún con fragmentos de cristales clavados en su piel ensangrentada.

Por tanto, alguien más, actuando como agente de Drácula, había puesto la droga en el vino. Sin embargo, de haber existido tal agente en la casa, su mejor contribución habría sido proporcionar directamente la entrada a su amo, en vez de narcotizar el vino con la esperanza de que tanta gente lo probara y dejara el campo libre, facilitando al conde la clara oportunidad de conseguir su objetivo.

¿O es razonable suponer que cuando Lucy envió a las cuatro criadas a tomar un trago para que se tranquilizaran, éstas decidieron procurarse una total insensibilidad como defensa contra los peligros de la noche? Con un lobo merodeando por el exterior, e indudablemente capaz de entrar a voluntad en la casa, a Lestrade esta explicación no le habría convencido; ni siquiera al doctor Watson. Cualquiera de estos dos caballeros, relativamente astutos, habría preguntado sin tapujos quién

había dejado entrar en la casa al conde Drácula...

Pero sigamos con la historia. De lo contrario, ustedes pensarían que he soslayado la auténtica verdad, la cual prueba precisamente lo que mis enemigos han denunciado. Fíjense que con eso acabo de admitir que convertí en vampiro a aquella muchacha.

¿Y no fue así?, se preguntarán. A lo cual les respondo jovialmente con una frase que los hombres casi siempre utilizan, tanto para excusar un genocidio, como una peculiaridad sexual: «Bueno, ¿y qué hay de malo en ello?».

¿Van a decirme que la mera existencia de un vampiro extenderá sobre la tierra una nube de maldad sin precedentes? Si así lo admiten, corren ustedes el peligro de insultar al conde Drácula. Sin embargo, de momento las consideraciones personales carecen de importancia. El hecho es que su argumento es un círculo vicioso. Es malo ser vampiro porque a veces éstos engendran a otros vampiros que son esencialmente malos. La simple reproducción no se considera un crimen para los seres humanos, o al menos así era hace muy poco. ¿Por qué no puedo yo disfrutar de los mismos derechos que los otros hombres?

Es el hecho de *forzar* a la muerte, o a cambiar de vida, lo que resulta criminal, tanto si la fuerza se aplica mediante los colmillos de un vampiro, una estaca de madera, o por medios más sutiles utilizados contra una mente o un corazón vulnerables. De modo que repito, una vez más, que sólo mi sangre, y ninguna otra cosa disponible en 1891, podía salvar la vida de Lucy aquella noche. Sin embargo, aquella salvación no duraría mucho tiempo.

Entre el dieciocho y el diecinueve de septiembre, Lucy languideció, envenenada otra vez por la cuarta transfusión de Van Helsing. Yo percibí desde lejos su dolor, pero decidí mantenerme a distancia, pues consideraba que ya había hecho por ella todo cuanto podía. El veinte de septiembre, ella murió, o así lo creyeron el afligido Arthur Holmwood y el doctor Seward, que en aquellos instantes la estaba atendiendo en compañía de Van Helsing. A pesar de que me encontraba a varios kilómetros de Lucy, a través del contacto mental que habíamos establecido, pude sentir el instante en que su respiración se detuvo, aquel aliento que en el pasado me había rozado la mejilla con toda su fuerza y su dulzor...

Ese mismo día, varios porteadores vinieron a Carfax para proceder al traslado de algunas de las cajas, según mi plan de dispersarlas gradualmente. El loco Renfield se escapó una vez más por la rota ventana de su habitación y atacó a los porteadores por considerar que éstos le robaban a su «amo y señor». Éste, de pie entre unos árboles tras el alto muro de su propiedad —yo no reposaba en una caja, pues ignoraba cuáles decidirían llevarse los porteadores, o si echarían una mirada a su interior—, escuchó la pelea, decidido a acelerar el proceso de dispersión y vender rápidamente Carfax, o simplemente abandonarlo, si no quedaba más remedio. A fin de cuentas, el vecindario era un poco revoltoso para mi gusto, con el indomable Renfield en la casa de al lado, y su médico consultando con Van Helsing, quien, por lo que yo sabía, se dedicaba a la caza de vampiros.

El veintidós de septiembre fue en verdad un día luctuoso entre mi estrecho círculo de conocidos ingleses. Ese día, tanto Lucy como su madre fueron enterradas en un pequeño cementerio cerca de Hampstead Heath. Ese mismo día también fue enterrado el señor Peter Hawkins, el antiguo patrón de Jonathan Harker, y socio suyo desde hacía muy poco, que había fallecido —por causas naturales, que yo sepa— casi inmediatamente después de que los señores Harker regresaran del extranjero convertidos en marido y mujer.

El entierro del señor Hawkins tuvo también lugar cerca de Londres, y eso posibilitó que aproximadamente una hora después de asistir a su funeral, Mina y Jonathan pasearan por Piccadilly cogidos de la mano. En la relación que Mina hizo de los acontecimientos del día, escribió que «estaba observando a una bellísima muchacha con un enorme sombrero en forma de rueda, sentada en un victoria frente a Giuliano's, cuando sentí que Jonathan me cogía del brazo con tal fuerza que me hizo daño, y que musitaba en voz baja: "¡Dios mío!" Siempre me siento inquieta respecto a Jonathan, pues temo que pueda sufrir algún otro ataque de nervios... Estaba muy pálido, y los ojos parecían salirse de las órbitas mientras, medio aterrorizado y medio sorprendido, observaba a un hombre alto con una nariz aguileña, bigote negro y barba puntiaguda —esos eran los efectos de una dieta bastante regular—, que también estaba mirando a la bella muchacha. La contemplaba con tal intensidad, que no se apercibió de nuestra presencia —ah, queridísima Wilhelmina, Mina..., ¿cómo podía yo saber que estabas allí?—, de modo que pude estudiarle atentamente. Su rostro no era muy atractivo —pero sí de una gran personalidad, ¿eh, querida?—. Era duro, cruel, y sensual, y sus dientes, que parecían más blancos a causa del rojo de sus labios, eran puntiagudos como los de un animal».

Los mejores para... Pero dejémoslo así.

«Jonathan seguía mirándole, aunque yo temía que él se diese cuenta. Su mirada era tan violenta y tempestuosa, que tuve miedo de que volviera a caer enfermo. Le pregunté a Jonathan por qué estaba tan alterado, y éste, pensando sin duda que sabía tanto como él, replicó:

»—Pero... ¿no ves de quién se trata?

»—No, querido. No le conozco. ¿Quién es?

»—¡Es el mismo hombre en persona!»

Cuando el coche se alejó, llevándose a la muchacha, Mina notó que «el hombre vestido de negro seguía mirándola fijamente... Tomó la misma dirección que ella, e hizo señas a un coche. Jonathan le seguía con la mirada, y, como si hablara para sí, murmuró:

»—Estoy seguro de que es el conde, pero rejuvenecido. ¡Oh, Dios mío, si fuese así...!»

Durante aproximadamente una hora, el pobre Harker estuvo a punto de caer, una vez más, en el enfebrecido estado mental que le había mantenido postrado durante semanas, después de que abandonara mi castillo. Sin embargo, cuando la pareja llegó en tren a Exeter, él ya se había recuperado. Allí los aguardaba un

telegrama de Van Helsing, informándolos sobre la rápida consunción de Lucy, y su presunto fallecimiento. El profesor, autorizado por el afligido Arthur a registrar las pertenencias de Lucy, había encontrado sin abrir las últimas cartas que Mina le había enviado a su amiga, y a través de ellas había averiguado su dirección. El profesor no tardó en invitarse a efectuar una visita a los Harker en Exeter, y hablar de vampiros; mejor dicho, tratar el tema de forma indirecta. Pasaría aún algún tiempo antes de que se pronunciara abiertamente la horrible palabra.

4

Al día siguiente de enviarles su primer telegrama, Van Helsing se entrevistó con Mina y Jonathan, y leyó la copia mecanografiada que Mina había preparado del diario de su marido en Transilvania. Ni siquiera a ella le había permitido Harker leer aquel diario, hasta que me vio con sus propios ojos paseando por Londres. Con su lectura, Van Helsing no solamente vio confirmadas sus sospechas de que, como mínimo, había un vampiro desarrollando su actividad en la capital inglesa, sino que además conoció mi identidad, e incluso que Carfax era probablemente mi residencia habitual. De haber invertido nuestros papeles, aquella misma tarde yo habría acudido a la ruinoso capilla acompañado por todos los valerosos amigos que hubiese podido reunir y, armados con estacas y lanzas de madera, habría abierto con una palanca las tapas de las cajas. Sin embargo, tal como sucedieron los hechos, mi enemigo, el cazador, prefirió utilizar una táctica mucho más tortuosa.

Por aquel entonces, de Van Helsing conocía ya su nombre y su fama, que había sido uno de los médicos de Lucy, y que por tanto podía representar un peligro para mí. Pero eso era todo. Ni siquiera sabía que los Harker estuviesen en Inglaterra, y mucho menos que me hubiesen visto en Piccadilly. Continué, pues, ocupándome pacíficamente de mis propios asuntos, hasta que el veintiséis de septiembre llamó mi atención el titular aparecido en la *Westminster Gazette*:

EXTRA ESPECIAL
EL TERROR DE HAMPSTEAD
OTRO NIÑO ATACADO
POR LA «DAMA CHUPASANGRE»

Me apresuré a leer el artículo, y descubrí que el chico al que hacía referencia era el último de una serie que en los últimos días habían denunciado que una misteriosa mujer, que al atardecer merodeaba por Hampstead, los había secuestrado y atacado. Mediante una adaptación igualmente misteriosa de la jerga infantil al lenguaje periodístico, a la desconocida se la había bautizado con el escalofriante nombre de «chupasangre». En el cuello de cada víctima se habían observado unas heridas, no mayores que el pinchazo de una aguja. Buscando en la hemeroteca de un periódico, reuní todos los datos adicionales de que fui capaz, mediante un estudio de las ediciones más recientes, hasta que fisionando en las secciones necrológicas averigüé dónde habían enterrado a Lucy. Era verdaderamente una lástima que desde su renacimiento se hubiese dedicado a vejar a los niños... Quizá su cerebro, junto con otros órganos, se hubiese visto deteriorado a causa de las transfusiones, pensaba yo. Aunque inicialmente consideraba que sus vilezas ya no eran de mi incumbencia —en

la misma medida que no lo eran las de Mary Jane Heathcote, acusada de haber asesinado a su hijita, o las de otros miles de locos esparcidos por la ciudad —, a pesar de todo me sentía obligado a preocuparme por las actividades de Lucy. Era probable que Van Helsing hubiese leído los artículos de los periódicos, y que decidiera visitar su tumba. A su vez, esto podía proporcionarme la ocasión de encontrarme con mi rival, estudiar sus posibilidades, razonar con él si eso era posible, y, si no lo era, adoptar las medidas que fueran necesarias.

Por supuesto, imaginaba que cualquier visita que Van Helsing pensara hacer a la señorita Westenra en su nueva residencia, se efectuaría a la luz del día, cuando ellos se sentirían a salvo. Los nuevos vampiros tienen algo en común con los recién nacidos al mundo de los humanos: son mucho más delicados de lo que lo serán en el futuro, y tardarán en poder desarrollar sus facultades. Yo puedo pasear a través de un campo sembrado de ajos sin desvanecerme, incluso mirar brevemente el sol del mediodía, al menos en las latitudes frías. En cambio, Lucy, con su tierno estado de recién nacida, perdería el sentido frente a un ajo, y no sobreviviría mucho tiempo expuesta a la luz diurna, ni siquiera en la templada Inglaterra.

La noche del veinticinco de septiembre localicé el mausoleo de la familia Westenra en el pequeño cementerio próximo a Hampstead Heath, a la sazón rodeado casi por completo por la campiña. Después de adoptar la consistencia del humo para cruzar las puertas cerradas del panteón, me quedé de pie sobre el suelo de piedra, cubierto de flores marchitas procedentes del doble entierro celebrado tres días antes. Ante mí, apoyado sobre unos bloques de piedra, y adornado con apliques de hierro y bronce, se hallaba el ataúd de la madre de Lucy, cargado con el pacífico cuerpo de la anciana. Al otro lado del estrecho pasillo, de apariencia similar, se hallaba el ataúd en el que habían colocado a Lucy. Me acerqué a él, apoyé ambas manos sobre la tapa de roble, y pude notar el vacío dentro de la caja de plomo.

¿Dónde estaba, pues, la muchacha a quien yo había intentado ayudar? Lo más probable era que estuviese merodeando entre los matorrales, si eran ciertas las noticias aparecidas en la prensa. Yo tenía mis dudas al respecto; sin embargo, una cosa era bien cierta: que el ataúd estaba vacío.

Esperé allí una hora, ensayando mentalmente lo que podría decirle o hacer para ayudarla cuando se presentase. Cuanto más esperaba, menos seguro me sentía de la ayuda que pudiera prestarle, y menos seguro también de que hubiese actuado correctamente al no permitir que muriera la primera vez. Sin embargo, pensaba que había cumplido con mi deber al acudir a su llamada de auxilio en Hillingham.

De pronto, con una fuerza que puso en alerta todos mis sentidos, me asaltó la idea de que quizá Lucy no estuviera paseando por allí mientras yo aguardaba junto a su ataúd, sino que podían haber trasladado en secreto su cadáver después de haberle producido la auténtica muerte con una estaca y una navaja. Si Van Helsing era un rival tan peligroso como había oído decir, ése podía ser muy bien el caso. Y si Lucy había acabado de esa manera, era muy poco lo que yo podía hacer. Esperé otra media hora, y luego me marché, lleno de dudas y sin indicios sobre su paradero.

El veintiséis de septiembre, a media mañana, y luego a media tarde, regresé en forma humana al cementerio. Durante el día, yo no podía cambiar de forma a voluntad ni penetrar como humo en la tumba y volver a salir, pero aún seguía buscando a mi adversario, convencido de que sólo durante el día podría encontrarle por allí.

Por los alrededores había muy poca gente y, al final, apoyado contra el muro externo del panteón de los Westenra, logré captar dentro la débil radiación de la mente aletargada de Lucy. Lógicamente, no respiraba, pero estaba tan llena de vida como yo. A fin de cuentas, el misterioso y poderoso Van Helsing no era lo bastante competente como para haber encontrado y haber matado a aquella joven recién convertida en vampiro.

Pero, apenas me había permitido la relajación de una sonrisa, cuando se me ocurrió pensar que podían haber respetado a Lucy simplemente para utilizarla como cebo para atrapar a mí. ¿Qué representaba Lucy para Van Helsing? En comparación, no más que un cachorro de tigre, atado y gimoteando en el bosque en plena noche, mientras unos hombres provistos de luces eléctricas y armas pesadas se ocultaban para cerrar el cerco sobre su presa, y aguardaban en silencio a que aparecieran aquellos ojos verdes, grandes y resplandecientes, separados por una franja de noche oscura, tan ancha como una mano.

Sí, probablemente le permitirían deambular de noche hasta que yo me acercara a ella. Sin duda esperarían a que me presentara a enseñar a Lucy todo el saber popular de los vampiros, obtener una promesa de fidelidad, o pedirle algún servicio. Quizás eran lo bastante crueles como para arriesgar la vida de otro par de chiquillos... ¿O acaso ninguno de éstos había sido atacado? ¿Y si todas estas historias aparecidas en los periódicos no eran más que una hábil mentira, destinada a hacerme caer en la trampa?

Bruscamente miré a mi alrededor. De momento no conseguí ver a nadie, pero dentro de alguno de aquellos panteones podía haber unos ojos mirando al exterior, o una cámara Kodak tomando fotografías mientras el operador se protegía tras los muros y las rejas, tan fuertes que ni veinte hombres serían capaces de arrancarlas con sus propias manos.

Para los vampiros de todo el mundo es una suerte que yo no sea el jefe de los cazadores que siguen sus huellas. En realidad, en aquellos momentos no existía un plan serio contra mí. Así que, al efectuar una rápida retirada del cementerio, por una vez me comporté como un general excesivamente precavido. Mientras tanto, por su parte, Van Helsing era quizás algo confiado. Había mantenido una vigilancia intermitente en el cementerio y había leído en el periódico las noticias sobre las actividades de Lucy. Sin embargo, aquella noche no se acercó al cementerio hasta que oscureció, trayendo consigo a un asombrado y dubitativo doctor Seward, a quien había empezado a descubrir la verdad sobre la condición de Lucy. El profesor pretendía abrir el ataúd de la joven y demostrar a su colega la increíble verdad que le interesaba desvelar. Lógicamente, Van Helsing iba muy bien pertrechado con todo

tipo de enseres religiosos y de ajos, convencido de que le protegerían adecuadamente, al menos contra Lucy. Había en él algo de la mentalidad de sus contemporáneos, los Fantasma Danzantes de los indios americanos, quienes creían sinceramente que los signos y símbolos de su fe frenarían las balas de la caballería.

Esa noche yo no me encontraba cerca de la tumba de Lucy, sino que me enteré de su expedición al leer más tarde el diario de Seward. Después de conducir a su escéptico amigo a la entrada, y rechazar con palabras en su mayor parte enigmáticas y solemnes las preguntas que éste le susurraba, Van Helsing penetró en el panteón — en el entierro había obtenido una llave, con la excusa de entregársela a Arthur— y abrió el ataúd. Cortó la tapa sellada de la caja interna de plomo, que, una vez más, encontró vacía. La ausencia de un cadáver sin duda alarmó a Seward, pero no lo bastante como para convencerle de que la querida Lucy deambulaba por Hampstead Heath con los colmillos ensangrentados. No le convenció del todo aquel hecho atroz, ni le convenció siquiera la blanca figura que más tarde, aquella misma noche, escapó de la persecución de los doctores entre los árboles y las tumbas, y del sendero donde rescataron a un niño que había sido secuestrado, y que, afortunadamente, aún estaba ileso.

Sin embargo, mientras los doctores merodeaban y discutían, ¿dónde estaba el malvado conde? El veintiséis de septiembre yo me dedicaba a trasladar algunos de mis muebles —con eso me refiero a nueve de mis pesadas cajas, del tamaño de un ataúd y medio llenas de tierra— desde Carfax a una casa que acababa de comprar en Piccadilly. La idea era hacer las cosas más difíciles a los potenciales cazadores que intentaran seguir mis movimientos. En esa ocasión, preferí no tratar con una empresa oficial de transportistas, sino que decidí llegar yo mismo a un acuerdo con un obrero apropiado.

Después de algunas interesantes experiencias en los pubs del East End, contraté a un tal Sam Bloxman. Disponía éste de un carro y un solo caballo. Con semejante carga, se precisaron dos viajes entre Carfax y el centro de la ciudad, lo cual nos ocupó todo el día. De algún modo yo podría haber acelerado el asunto, cargando y descargando yo solo las cajas, pero no quería hacerlo en presencia del señor Bloxman, quien experimentó con sus propios huesos lo pesadas que eran. Así que entre los dos las subimos y bajamos de la carreta: él resoplando y jadeando con el cuarenta por ciento del peso que yo le permitía experimentar en su extremo.

Al final se me terminó la paciencia, y en Piccadilly contraté a tres porteadores que deambulaban por la calle, para que ayudasen a Bloxman a subir las cajas por los altos escalones que conducían a la casa. Eso creó una nueva dificultad, y fue que al pagar inadvertidamente a aquellos hombres más de la cuenta —entregándoles chelines en lugar de peniques—, replicaron groseramente en vez de hacerlo con cortesía, y exigieron más. Quizá su instinto los informó de que el trabajo por el cual se los había contratado era de unas características que su patrón deseaba mantener en secreto todo lo posible. Aquel que se había erigido en su jefe, el más corpulento de todos, no paraba de fanfarronear conmigo, así que le agarré del hombro, le miré

fijamente a los ojos y le aconsejé moderación. No volvieron a abrir la boca hasta que se encontraron a una distancia de varias casas en la misma calle, momento en que soltaron una sarta de juramentos.

De modo que yo seguía ocupándome pacíficamente de mis asuntos, sin buscar pelea con aquellos que estaban decididos a ser mis enemigos. Me sentía muy hogareño en mi casa de Piccadilly, y reflexionaba sobre si debía instalar una campanilla para la noche —mejor dicho, para el día— con una cadena, y alegrándome de que en la despensa no hubiera criados cuya inmoralidad pudiera preocuparme. Ese mismo día, lógicamente sin que yo lo supiera, Van Helsing y Seward regresaron al cementerio, donde el profesor pretendía efectuar otra demostración a su incrédulo alumno. Se mezclaron con los asistentes al funeral de cierto extranjero, y luego se escabulleron a un rincón deshabitado del cementerio, donde se ocultaron hasta que el sacristán cerró la verja de la entrada. Luego, utilizando la llave, entraron por segunda vez en la tumba y, naturalmente, encontraron en su lugar a la señorita Westenra, aunque quizá no en la forma adecuada para recibir propiamente a los visitantes.

En esta ocasión, Van Helsing llevaba consigo un pequeño maletín negro, y dentro de él un martillo, una estaca y navajas para la decapitación, con lo cual podría haber llevado a cabo, en aquel preciso momento y lugar, la operación quirúrgica final, liberando a su paciente. Sin embargo, cuando los doctores bajaron a la tumba, abrieron el ataúd y descubrieron que la joven permanecía allí tendida —todavía hermosa—, indefensa e inconsciente, una idea pasó por la mente del profesor, quien se la expuso a Seward:

—¿Cómo puedo esperar que Arthur lo crea? Dudó de mí cuando le impedí que la besara en el instante de su muerte... Puede pensar que, por algún error, esa mujer ha sido enterrada viva... Que nosotros, inducidos por el error, la hemos matado siguiendo nuestras convicciones, lo cual le haría aún más desdichado para el resto de su vida. Él nunca quedaría convencido de la verdad, y eso sería lo peor de todo... Repito que es necesario que piense que nosotros tenemos razón, y que su amada es, a fin de cuentas, una No-Muerta...

Lógicamente, Van Helsing disponía de una fórmula para sacar a Arthur de aquel dilema.

—Para alcanzar el dulce sabor, es preciso que pase el trago amargo. Nuestro pobre compañero debe presenciar la terrible hora en que el auténtico rostro del paraíso se convierta en tinieblas para él...

En resumidas cuentas, el viejo sádico pretendía que fuera el mismo Arthur quien cometiese el asesinato, o que como mínimo lo presenciara.

Después de enviar a Seward a su casa en el manicomio, y de cenar él en Piccadilly —quizá no muy lejos de donde yo me dedicaba a mis tareas domésticas—, Van Helsing regresó al hotel Berkeley, donde se hospedaba. Allí se preparó para una larga noche de vigilia y, por si acaso, escribió una emocionante nota de despedida para el doctor John Seward, la cual depositó en su maletín, pero que nunca fue

entregada al destinatario.

27 de septiembre

«Amigo John:

»Te escribo esta nota por si me ocurriera algo. Voy a ir yo solo a ese cementerio para vigilar. Me interesa que esta No-Muerta, la señorita Lucy, no salga esta noche, con objeto de que mañana por la noche esté más impaciente. Por tal motivo, voy a dejar por allí algunas cosas que no le gustarán —ajos y un crucifijo—, y a sellar la puerta de la tumba. Como hace muy poco que es una No-Muerta, eso le hará efecto. Sin embargo, todas estas cosas son sólo para impedir que salga, ya que puede que no influyan en ella si quiere entrar en la tumba. En tal caso, la No-Muerta se desesperará y buscará la línea de menor resistencia, sea cual sea. Yo estaré por allí cerca toda la noche, desde la puesta del sol hasta su salida, y si hay algo que deba averiguar, lo averiguaré. Por la señorita Lucy no temo nada, ni tampoco a ella le tengo miedo. En cambio, sí a ese otro por el que ella se encuentra allí, el que ahora tiene la facultad de buscar su tumba y refugiarse en ella. Él es muy astuto, como sabemos por Jonathan, y por cómo se ha burlado de nosotros todo el tiempo en que nos disputaba la vida de la señorita Lucy. Y hemos perdido. En muchos aspectos, los No-Muertos son muy fuertes. En una sola mano ha tenido siempre la fuerza de diez hombres; y ahora hay en él la que nosotros cuatro le dimos a la señorita Lucy. Por otro lado, él puede llamar a su lobo y vete a saber qué más. Así que, si es él quien se presenta allí esta noche, me encontrará. Nadie más lo conseguirá... a menos que ya sea demasiado tarde. De todos modos, es posible que él no acuda por allí. No existe razón alguna para que lo haga: en su coto de caza dispone de más posibilidades que en el cementerio donde reposa la No-Muerta y vigila un anciano.

»De modo que escribo esto por si... Coge los documentos que hallarás con esta nota, los diarios de Harker y lo demás, léelo todo, y luego encuentra a ese gran No-Muerto, córtale la cabeza y quémale el corazón, o atraviésalo con una estaca para que el mundo se vea libre de él.

»En cualquier caso, adiós.

»VAN HELSING.»

Es probable que yo tampoco me sienta muy abatido cuando llegue el momento de abandonar para siempre este mundo. Sin embargo, el conde Drácula aún no está listo para que le maten, como tampoco lo estaba entonces.

Si bien lo único que yo deseaba era que me dejaran en paz, no podía ignorar que Van Helsing conocía ahora mi existencia, y que era un asesino. Durante el día evité Carfax, y por la noche, como mi enemigo, me dirigí una vez más al cementerio, para averiguar cuanto pudiera.

La del veintisiete fue una noche cálida y apacible que habría decepcionado a

esos cineastas que tratan el tema de los vampiros y otras inverosímiles criaturas, y su idea de cómo éstas pululan por los cementerios. En aquella ocasión yo estuve de suerte. Incluso desde una considerable distancia, pude ver que habían añadido algo nuevo en el mausoleo de los Westenra: desde un adorno del techo colgaba una cadena de la que se balanceaba un pequeño crucifijo de madera, enfrente de donde se unían las dos puertas.

Conservé la forma de neblina con que había traspasado los muros del cementerio, y me acerqué a la tumba. Pero el avance en esta forma resulta muy lento, y se hace difícil ver la ruta u oír con claridad. En la sombra profunda de unos árboles recuperé la forma humana e inmediatamente me vi recompensado con los suaves sonidos de un corazón humano y de un par de pulmones que funcionaban no muy lejos. Con su ancha espalda apoyada contra una cruz que servía de lápida a una tumba cercana, un hombre que no podía ser otro que Van Helsing vigilaba con ojos insomnes el tranquilo entorno de la tumba de Lucy. Allí dentro percibí la mente de la chica, no del todo despierta, pero sí irritada.

Dado que quería mantener algún tipo de conversación racional con Van Helsing, en vez de obligarle a escapar o enzarzarme en una pelea con él, di un rodeo para acercarme por delante. En cuestión de segundos, levantó sobresaltado la cabeza al ver mi figura aproximándose a través de la noche, por un sendero cubierto de hierba y apenas utilizado.

—*In nomine Dei, retro, Satanás!* —Tenía los puños apretados y los pies firmes en el suelo, dispuesto a saltar.

—*Pax vobiscum* —repliqué, pero en un tono tan bajo que es posible que no me oyera—. Supongo que es usted el doctor Van Helsing —añadí más alto, y me acerqué, en una parodia inconsciente de las palabras de Stanley en Ujiji, unos veinte años atrás.

A medida que me acercaba, Van Helsing se incorporó: parecía un búfalo obstinado, apoyado en sus cuartos traseros, a punto para cargar contra una locomotora. A pesar de la sombría nota que había dejado a Seward, en realidad se sentía protegido: la gran cruz de piedra aún seguía a sus espaldas, en la mano izquierda vi que llevaba un pequeño crucifijo de oro, y en la derecha, visible sólo parcialmente, la blancura de un papel doblado.

Levantó ambas manos y las sostuvo frente a sí mientras yo me acercaba. Si realmente tenía fe en aquellas tonterías, le dejaría creer que tales artilugios podían detenerme. Lo que yo quería era la posibilidad de hablar con él. Los dos nos miramos unos instantes por encima del pequeño crucifijo.

—Conde Drácula —me saludó con una breve reverencia.

Su valor era grande, y en su boca apareció una leve sonrisa.

—A su disposición —contesté, devolviéndole la reverencia.

Con la cabeza señaló brevemente hacia la tumba.

—Ya no podrá seguir siendo su dueño —dijo, sin dejar de sonreír—. Ya no le pertenece.

—Mi queridísimo joven, ella nunca me ha pertenecido. —En el rostro de Van Helsing había muchas más arrugas que en el mío, pero entendió el significado de mi tratamiento—. No en el sentido en que parece usted creer.

—Miente, Drácula, rey de los diablos. Sabemos quién es usted mejor de lo que imagina.

—Muy bien, Van Helsing, comportémonos con rudeza. Conozco su nombre, pero nada bueno ligado a él. ¿Cuáles son ahora sus intenciones?

—Que la joven Lucy halle el reposo y la paz.

—¿Y en cuanto a mí?

—Si es posible, que no vuelva a perjudicar a nadie como la ha perjudicado a ella —replicó con una torva y mesurada determinación.

Di media vuelta y empecé a dar unos pasitos cortos entre las tumbas, las manos en la espalda bajo la capa, en cierta medida como había visto pasear a Napoleón cuando reflexionaba.

—¿Por qué? —inquirí, deteniéndome para encararme una vez más con mi rival.

Y vi entonces en su rostro y en sus ojos que probablemente no había entendido mi pregunta.

—Lo que quiero decir es: ¿por qué nos persigue y atormenta, profesor? Sé de un vampiro al que usted mató cerca de Bruselas, y de dos más, un hombre y su esposa, cerca de París...

—¡Un hombre y su esposa...! —Se escandalizó—. Si, tal como dicen las Escrituras, no existen matrimonios en el cielo, ¡mucho menos los habrá en el infierno!

—Y, por supuesto, nosotros pertenecemos al infierno. Más que otros camaradas, me refiero. Dígame, Van Helsing, si yo cojo la cruz que tiene en su puño y me la cuelgo alrededor del cuello, ¿seguirá creyendo que procedo del infierno?

Sus dedos gordezuelos se tensaron sobre el oro.

—Por sus obras le conozco, Drácula. Sospecho que su poder es grande, capaz de hacer trucos con cruces y otros objetos sagrados. En Bruselas, donde llevé a cabo mi piadosa labor, oí su nombre, y también en París. Además, he leído el diario que el joven Harker escribió en su maldito castillo, del cual las bondadosas fuerzas celestiales le rescataron.

—Ah, ¿se encuentra bien Jonathan? ¿Ha regresado ya a Londres? —Mientras le formulaba las preguntas, me acordé del cuaderno de Harker con sus símbolos cifrados—. Me alegra saber que se encuentra bien, pero al mismo tiempo me entristece descubrir que mi hospitalidad le resultó tan dura como su tono implacable da a entender.

Van Helsing permaneció en silencio, lamentando quizás haber hablado más de la cuenta al mencionar a Harker. En sus ojos, que mantenía fijos en mí, había una total aversión, pero también el inicio de algo parecido al triunfo al ver que, si bien yo reanudaba mis pasos de atrás para adelante, no me acercaban nunca a sus cruces ni al sobrecito blanco de su mano derecha, cuyo contenido yo creía haber adivinado ya. Entonces volvió a meter su mano en el bolsillo, y con la otra giraba el crucifijo de oro

para mantenerlo recto hacia mí, como si se tratase de un arma cargada.

Tres rápidos pasos y una torsión de mis brazos, y se habría convertido en un cadáver inmensamente sorprendido. Pero los otros —Harker, el doctor Seward y no podía adivinar quién más— sabían con certeza que Van Helsing estaría allí vigilando esa noche. Incluso en aquellos mismos instantes podían estar viéndonos desde algún lugar cercano. ¿Tendría por lo tanto que matarlos a todos? Cuantos más matara, más aumentarían las filas de mis enemigos, nutriéndose en el mar de incrédulos donde tanto cazadores como vampiros no éramos más que unas cuantas gotas diseminadas.

¿Qué hacer, pues? ¿Arrodillarme y rezar el rosario? Eso podía haberlo hecho, pero nunca aplacar a un adversario, al menos a un enemigo tan sonriente y pagado de su propia rectitud como aquél.

De nuevo intenté emplear palabras sinceras y amables:

—Yo no he venido a Londres para hacer la guerra, Van Helsing, sino para concertar la paz con toda la humanidad...

—Entonces ¿qué le ha hecho a esa muchacha, monstruo? A esa dulce joven a la que ha enterrado tras esos muros de fría piedra... Peor aún, que no puede quedarse en...

—Van Helsing, si así lo desea, puede usted creer que convertirse en un vampiro es peor que estar muerto; ya veo que ningún argumento logrará convencerle. Pero forzar a los otros a admitir las consecuencias de esta creencia, es algo muy distinto.

—¿Y usted se atreve a hablar de forzar, monstruo? —Su valor seguía creciendo al ver que yo continuaba manteniendo la distancia—. Usted forzó a esa muchacha a que le entregara su propia sangre y su vida.

—¡Eso no es cierto, asesino! —Entonces avancé un paso hacia él—. ¡Y lo dice usted que clavó aquellas estacas en los pechos aún con vida de mis tres amigos, en Bruselas y en París! En cuanto a Lucy, sólo para salvarla bebí ávidamente gran parte de su dulce sangre y la convertí en vampiro... ¡Pero en realidad fue usted quien la envió a la tumba!

Van Helsing imprimió un leve balanceo a su enorme cabeza y siguió sonriendo en todo momento, no tanto por el hecho de que negara la acusación, sino porque ni siquiera había empezado a entender.

Me incliné hacia él:

—Usted detuvo su respiración al verter sangre extraña en sus venas.

—¡No! —Al fin había comprendido.

—Sí. —Van Helsing empezó a protestar, pero yo se lo impedí—: ¿Quiere que la llame para testificar?

Todo enmudeció en el cementerio, menos una lechuza inquieta y a lo lejos el ruido sordo de un tren de mercancías. Y, como un susurro, las mil voces del lejano Londres, que desde hacía diez siglos no habían callado verdaderamente ni un instante.

Van Helsing seguía ante mí convencido de que me mantenía a distancia con su cruz de oro. Sin embargo, leyendo la expresión de su rostro a través de la oscuridad

de la noche, vi que mi golpe había producido su efecto.

—Ya lo había puesto en práctica otras veces, carnicero —arremetí, y comprobé que mi suposición era acertada al ver que su rostro recibía el impacto de una bofetada interna—. Y con resultados parecidos, ¿no es así? ¿Acaso algunas de las víctimas de sus transfusiones de sangre ha logrado sobrevivir?

Su sonrisa desapareció, las manos y la barbilla le temblaban cuando volvió a sacar el sobre blanco y lo alzó ante mí, junto con la cruz.

—¡Fuera! ¡Vayase al infierno! —estallaron las palabras en su boca.

—¿No ha podido encontrar una réplica más inteligente, profesor?

—Habrá... —La voz se quebró, viéndose obligado a volver a empezar—: Habrá guerra entre nosotros, vampiro. Guerra a muerte.

—Que haya paz, digo yo. O mejor, tolerancia. Pero recuerde que en el campo de batalla he vencido a hombres cien veces más fuertes que usted.

Con el corazón triste y enfurecido, di la espalda a aquel malvado y me alejé, medio esperando sentir el impacto doloroso, aunque inocuo, de una bala de plata entre mis costillas. Si Van Helsing se atrevía a hacer una cosa así, pensé que lo mejor sería dar media vuelta y meterle la bala —en caso de que pudiera recuperarla— en la parte más dolorosa e inconveniente de su anatomía. Pero él no hizo nada, y yo me dirigí a la nueva casa que había comprado, para contemplar el palacio de la reina Victoria —que sobresalía por encima de los árboles de Green Park, iluminados por la luna— y reflexionar sobre mis estúpidos pensamientos. Así que la guerra era inevitable... Pero ¿cómo iba a luchar yo en ella?

Al día siguiente, cuando Van Helsing se reunió con sus compañeros, les dijo que no había visto a nadie durante su peligrosa vigilancia, y no añadió nada más. Él, que era tan generoso en palabras, enmudecía como un pícaro cuando se trataba de explicar hechos poco favorecedores a la gente que colaboraba con él, o que al menos lo intentaba. Sin embargo, tenía que estar preguntándose hasta qué punto estaba yo enterado del fracaso de sus operaciones en el continente, y en qué medida podía utilizar mis conocimientos para avergonzarle. No hace falta decir que yo lo habría hecho de haber podido, pero carecía de datos concretos para hacerlos públicos, y de un sistema para averiguarlos rápidamente.

Lo que Van Helsing hizo aquel día fue reunir a todas sus tropas para realizar otra expedición a la tumba de los Westenra. Esta vez no sólo se llevó a Seward, también a Arthur Holmwood —convertido en lord Godalming por el reciente fallecimiento de su padre— y al norteamericano Quincey Morris. En un enérgico discurso el profesor los convenció —¡no me lo estoy inventando, pueden hallarlo en el diario de Seward!— de que había que cumplir con un «triste deber». ¡Y aún hay quien dice que Van Helsing era un hombre sin sentido del humor! Bueno, lo era, pero sólo cuando pretendía hacer algún chiste.

Naturalmente, todos estuvieron de acuerdo en acompañarle, pero a la sazón solamente Seward tenía una ligera idea de lo que representaba aquel «triste deber». En cuanto a los demás, lo único que sabían era que Lucy estaba desgraciadamente

muerta.

—Siento curiosidad por lo que ha querido usted decir —se quejó Arthur después de hablar un rato con Van Helsing en la habitación de su hotel—. Quincey y yo lo hemos discutido, pero, cuanto más lo comentábamos, más confundidos estábamos. Y ahora puedo decir por mí mismo que estoy tan liado, que ya no entiendo nada.

Y aún tardaría en ver con claridad. El profesor los mantenía apaciguados con ardientes súplicas de que siguieran confiando en él, salpicadas con alguna insinuación de que Lucy corría el vago peligro de caer en el fuego del infierno —creo que en ese momento Arthur casi le pegó—, o que pudiera ser que no estuviese exactamente muerta cuando la enterraron. La suya fue la actuación magistral de una personalidad subyugante. Van Helsing no sólo evitó que le acorralaran, sino que en muy poco tiempo logró reducir a los tres jóvenes a un estado que yo sólo podría definir como de tranquila sumisión histérica. De esta forma consiguió que le acompañaran al cementerio una vez más, la noche del veintiocho de septiembre.

Después de hallar nuevamente vacío el destrozado ataúd de Lucy, los cuatro hombres abandonaron lo que Seward denominó «el terror de la cripta» para salir al aire fresco de afuera. Allí Van Helsing puso manos a la obra, tal como Seward anotó en su diario:

Primero sacó de su bolsa un montón de láminas que parecían galletas muy finas, como obleas, y que llevaba cuidadosamente enrolladas en una servilleta blanca. Luego sacó un par de puñados de una materia que parecía pasta o masilla. Desmenuzó finamente las obleas y las mezcló con la pasta amasándola con ambas manos... Después de enrollarla para formar con ella tiras delgadas, empezó a extenderla sobre las rendijas, entre la puerta de entrada al panteón y el marco. Le pregunté... qué estaba haciendo.

—Sello la tumba para que la No-Muerta no pueda entrar —me respondió.

—¿Y lo conseguirá con eso que ha metido usted ahí? —preguntó Quincey —. ¡Gran Dios del cielo! ¿Acaso se trata de un juego?

—Así es.

—¿Y qué es lo que mezcla usted? —En esta ocasión la pregunta la formuló Arthur.

Respetuosamente, Van Helsing se quitó el sombrero para responder:

—La hostia consagrada. La traje conmigo desde Amsterdam. Me han dado indulgencia. —Fue una respuesta que desarmó a los más escépticos de nosotros.

Y habría tenido un efecto parecido entre los más inteligentes y respetuosos. ¡El muy pícaro! ¡Una indulgencia! Como si cualquier cura que se precie fuese capaz de fingir que le daba tal cosa para llevar adelante sus estúpidas supersticiones. En cualquier caso, después de una dolorosa espera, los hombres distinguieron entre la penumbra de los lejanos árboles «una figura blanca» que acarreaba a un niño

pequeño. Finalmente, aquella silueta se acercó lo bastante como para ser reconocida.

Era Lucy Westenra, aunque ahora estaba cambiada. Su dulzura se había convertido en crueldad insensible e impenetrable, y su pureza en voluptuosa desvergüenza. Van Helsing avanzó un paso... nosotros cuatro alineados ante la puerta de la tumba. Van Helsing levantó su linterna y tiró de la tapa corrediza: mediante el foco de luz que cayó sobre el rostro de Lucy, todos pudimos ver que sus labios aparecían teñidos de carmesí, con la sangre fresca.

Sin embargo, como Van Helsing admitiría más tarde, el niño «no había sufrido excesivamente».

Cuando Lucy —llamo Lucy a aquella cosa que teníamos ante nosotros porque había adoptado la forma de la muchacha— nos vio, retrocedió y emitió un airado gruñido, como el que dan los gatos al cogerlos desprevenidos. Luego sus ojos nos examinaron a todos. Por su forma y su color eran los ojos de Lucy, pero unos ojos opacos y llenos de ira infernal, en vez de las suaves y nítidas esferas que todos conocíamos. En aquel instante, los restos de mi amor se convirtieron en odio y repugnancia: así que si era preciso matarla, yo podría hacerlo con brutal complacencia.

Lucy se desprendió de su víctima —mejor dicho, de su juguete, del que se había apoderado en medio de su confusión—, y miró fijamente a Arthur, el amante al que aún recordaba con ternura. Luego, «con los brazos tendidos y con sonrisa licenciosa», avanzó hacia él, momento en que «éste retrocedió y ocultó la cara entre las manos».

Sin embargo, ella siguió avanzando, hablando con voz «diabólicamente suave»: —Ven conmigo, Arthur. Abandona a todos éstos y ven conmigo. Mis brazos están ávidos de ti. Ven, y juntos descansaremos. ¡Ven, esposo mío, ven!

Al oír su llamada, Arthur «pareció caer bajo un hechizo; retiró las manos de la cara y abrió sus brazos. Ella dio un salto para abrazarle, pero Van Helsing también saltó, interponiendo entre ambos su pequeño crucifijo de oro». Enfurecida por esa intromisión, que la perseguía más allá de la tumba, y supongo que totalmente decepcionada por la sumisión de Arthur, Lucy «renunció y, con una expresión repentinamente desfigurada, llena de rabia, pasó como un relámpago junto a él, dispuesta a entrar en la tumba». Pero su deseo de entrar en aquel refugio se vio frustrado por la masilla de Van Helsing, que sin duda contenía una mezcla de ajos.

Lucy se volvió, su rostro quedó expuesto a la clara luz de la luna y a la lámpara que ahora no temblaba, gracias a los nervios de acero de Van Helsing... El hermoso color se había vuelto pálido, los ojos parecían lanzar chispas infernales, las cejas aparecían llenas de arrugas, como si los pliegues de la piel fueran las espirales de las serpientes de la Medusa, y su encantadora boca

manchada de sangre se transformó en un enorme cuadrado, como el de las máscaras teatrales griegas o japonesas. Si alguna vez un rostro había representado a la muerte —un rostro capaz de matar—, podíamos verlo en aquellos instantes.

Van Helsing rompió el silencio al dirigirse a Arthur:

—¡Contésteme, amigo mío! ¿Debo proseguir con mi trabajo?

Arthur cayó de rodillas y, ocultando la cara entre las manos, respondió:

—Haga lo que crea necesario... Nunca más debe suceder algo tan horrible como esto.

Después de obtener el consentimiento, Van Helsing retiró parte de la masilla que había colocado en la puerta de la tumba.

Cuando él se apartó, todos vimos horrorizados que la mujer, hasta entonces con un cuerpo tan real como el nuestro, pasaba a través de una rendija por la que a duras penas habría pasado el filo de una navaja. Todos experimentamos una agradable sensación de alivio al ver que el profesor, tranquilamente, volvía a tapar con las tiras de masilla los bordes de la puerta.

A continuación, el profesor y sus acólitos se dirigieron a casa para disfrutar de un merecido descanso. Sin embargo, a la tarde siguiente todos volvieron al cementerio, y cuando quedó vacío, bajaron a la transitada tumba —«Arthur temblaba como una hoja»—, abriendo el ataúd de Lucy por quinta vez desde el día del entierro.

Van Helsing, con su habitual precisión, empezó a sacar los diversos utensilios de su maletín y a colocarlos ordenadamente, prestos a ser utilizados. Primero sacó un soldador y un poco de plomo para soldar, luego una pequeña lámpara de aceite que... ardía con llama azulada; luego sus bisturís, que colocó al alcance de la mano; y finalmente una estaca de madera, de unos seis o siete centímetros de grosor, y un metro de largo. Uno de sus extremos había estado expuesto al fuego para endurecerlo y terminaba en una punta afilada. Sacó con ella un potente martillo, como los que en las casas se utilizan para romper los trozos de carbón. A mí, los preparativos de un médico para cualquier tipo de operación me estimulan y me animan, pero el efecto que todos aquellos instrumentos causaron en Arthur y en Quincey fue de consternación.

Finalizados aquellos estimulantes preparativos, Van Helsing aún halló tiempo para pronunciar otro discurso, cuya conclusión era que el empalamiento al que iba a someter a Lucy estaba destinado a hacerla finalmente feliz, lo cual suponía terminar con su terrible existencia vampírica, algo que resultaría más intensamente placentero para ella si lo llevaba a cabo «la mano de aquel que más la había querido, la mano

que de entre todos ella habría elegido... Díganme si una mano así se halla entre nosotros».

Todos se volvieron hacia Arthur, quien, después del lavado de cerebro que le había practicado aquel viejo sádico, avanzó valerosamente un paso. Van Helsing se apresuró a impartir sus instrucciones.

Arthur colocó la punta sobre el corazón, y pude ver la marca que dejaba sobre la pálida piel. Seguidamente golpeó con todas sus fuerzas.

Aquella cosa que había dentro del ataúd se retorció, de sus rojos labios entreabiertos brotó un horrible chillido envuelto en sangre coagulada y el cuerpo tembló, se estremeció, y retorció con horribles convulsiones, los blancos y afilados dientes se cerraron hasta cortar los labios, y la boca se vio manchada por una espuma carmesí. Pero Arthur no pareció titubear en ningún momento... Levantó su firme brazo y lo dejó caer clavando cada vez más hondo la estaca compasiva, mientras la sangre brotaba con fuerza del destrozado corazón, salpicando a su alrededor. Había resolución en el rostro de Arthur, a través del cual parecía brillar el sagrado deber. Aquel ejemplo nos infundió valor a todos, de modo que cuando nuestras voces entonaron una oración por los muertos, parecieron vibrar en torno a la pequeña cripta. A continuación, las torsiones y temblores del cuerpo decrecieron, los dientes dejaron de rechinar y la cara de estremecerse. Finalmente se quedó quieta. La terrible labor había finalizado.

El martillo se le cayó de las manos a Arthur, que se tambaleó, y habría caído al suelo si nosotros no le hubiéramos sujetado.

Los hombres percibieron que en el rostro de la muchacha muerta que tenían ante sí había «la incomparable dulzura y la pureza» que todos recordaban en Lucy cuando estaba viva. Hace mucho tiempo que he observado que no hay nada como la muerte, última e irreversible, para mejorar la opinión que el mundo tiene del ser humano. De igual manera que al «morir» Lucy la otra vez, se maravillaron ahora ante su belleza plácida, que Seward consideró una «prueba terrenal y un símbolo de aquella calma en la que reinaría para siempre».

Aquél era el día en que ella debía casarse con Arthur, y ahora que ya no había dudas sobre su muerte, Van Helsing les dio su bendición para que tal unión pudiera llevarse a cabo, razonablemente, entre la pareja:

—Y ahora, hijo mío, puede besarla. Bese sus labios muertos, si así lo desea..., porque ella ahora ya no es un demonio gesticulante. Ya no volverá a ser una horrible criatura para el resto de la eternidad...

Arthur la besó y seguidamente abandonó la tumba, donde los doctores «serramos la parte superior de la estaca, dejando la punta en el interior del cuerpo. Luego le cortamos la cabeza, y llenamos con ajos su boca...».

Cortar la cabeza con una hoja metálica —lo cual es posible después de que la madera haya quebrado el corazón de un vampiro— sirve para inutilizar el sistema

nervioso, e impedir que el cerebro, todavía activo, inicie una regeneración de los tejidos dañados del corazón, algo que de lo contrario sería factible. Otra medida de seguridad para los cazadores de vampiros es dejar la punta de la estaca en su sitio, al menos hasta que el cuerpo del vampiro haya alcanzado un alto grado de descomposición. Eso exige un período de tiempo que varía según los individuos, y es habitualmente largo en aquellos que, como Lucy, no han disfrutado de una dilatada existencia como vampiros. Los *nosferatu* tan viejos como yo, y como el señor Valdemar, de Edgar A. Poe, podemos desintegrarnos casi inmediatamente cuando se nos clava la estaca.

En cuanto a la utilización de los ajos, sólo puedo atribuirle a que existe cierta confusión entre ese tipo de carnicerías y el arte culinario. A pesar de que nunca he oído que ningún ser humano haya intentado realmente comer carne de vampiro, estoy lo suficientemente informado de sus otros hábitos para que me sorprenda.

De este modo, a Lucy le arrebataron la vida que Dios le había dado, y que yo, con mi pobre y bienintencionada sabiduría, le había ayudado a conservar. Cuando finalizaron, soldaron el ataúd que contenía el destrozado cuerpo y seguidamente salieron afuera, donde sellaron la tumba. Al mirar a su entorno, descubrieron que «el aire era apacible, el sol brillaba, los pájaros cantaban, y parecía como si toda la naturaleza armonizara en un tono distinto. Por todos lados había paz, alegría y regocijo...». Y Arthur expresó a Van Helsing su más sincero agradecimiento.

Sin embargo, aún quedaba un objetivo por conseguir, y el profesor no permitió que los demás abandonaran el cementerio sin antes haberlos reclutado para «una gran tarea: hallar al autor de aquella horrible tragedia y acabar con él... ¿Acaso podíamos negarnos a seguir hasta el amargo final?».

5

Como ya he dicho anteriormente, de todos los acontecimientos que rodearon la muerte de Lucy, yo no me enteré en su momento. Cuando la dejé a solas con Van Helsing en el cementerio, consideré que no estaba en mi mano seguir protegiéndola, así que dirigí todos mis pensamientos a solucionar el problema de mi supervivencia.

Lucy me había contado que uno de sus médicos era el doctor Seward, director de un manicomio en Purfleet, y, a menos que todo el vecindario estuviera lleno de manicomios, supuse que lo más probable era que Seward fuese el vecino de la casa de al lado, uno de los que consultaban a Van Helsing. Luego estaba Harker, cuyo diario Van Helsing había logrado leer; y Harker, que había acordado mi traslado, sabía que probablemente me hallaría en Carfax.

Por entonces yo ignoraba que Harker hubiese vuelto a Inglaterra, o siquiera que continuase con vida o con la mente sana. Tampoco sabía dónde podía hospedarse Van Helsing en Inglaterra. El doctor Seward era, lógicamente, otro asunto, y juzgué que su manicomio era el mejor sitio para empezar a vigilar a mis enemigos. Se trataba de un edificio muy antiguo, aunque no tanto como Carfax, con muchas habitaciones distribuidas en dos plantas, si bien la de abajo estaba dedicada a las celdas de los internos. Los pacientes procedían de las clases altas, y entre ellos había algunos representantes de las mejores familias de Inglaterra. El mismo Renfield era un ejemplo señalado.

La noche del veintinueve de septiembre, me acerqué en forma de murciélago por los alrededores de aquella mansión remodelada, para observar todo cuanto pudiese allí donde las persianas estuvieran abiertas. La primera figura que reconocí fue la de mi antiguo visitante, Renfield, sentado plácidamente, con las manos juntas, en una celda de la planta baja, cuya ventana había sido reforzada últimamente con gruesas barras de metal y maderas nuevas. Al pasar volando, vi que una especie de luminosidad interna brotaba de la cara del loco, y que de un salto se levantaba de su austera silla —ésta, junto con un simple catre, constituía el principal mobiliario de aquella habitación— y empezaba a aproximarse a la ventana. Pero yo seguí mi ronda, ya que no deseaba provocar en él ningún tipo de excitación.

En otras habitaciones de la planta baja, otros pacientes internos se mecían interminablemente en sus camas, observaban sus retorcidos dedos o paseaban de un lado para otro. De pronto, tras una de aquellas persianas medio cerradas, percibí una voz tan lúgubre y tristemente dolorida, que me sentí obligado a acercarme y comprobar a quién pertenecía. Eché una ojeada y observé estantes repletos de libros, el techo artesonado y luego...

Era el despacho del doctor Seward. De hecho se trataba de su voz, si bien ésta no salía de su garganta. Sentada ante una mesa escritorio, de espaldas a mí, había

una mujer robusta, de pelo castaño, que con los dedos golpeaba sobre las teclas de una extraña máquina, la cual tableteaba rítmicamente al tiempo que imprimía letras sobre una hoja de papel que se enrollaba en torno a un rodillo. Sobre la cabeza rizada de la joven descansaba un aparato en forma de horquilla metálica, cuyos extremos ahuecados se sujetaban en ambas orejas. De aquella especie de orejeras salía la voz de Seward —aunque, por supuesto, entonces no la reconocí—, sintonizada con una gimiente lentitud que permitía a la mecanógrafa seguir la transcripción. De su cabeza partía un cable hasta una mesa cercana, donde un mueble contenía un mecanismo de muelle que hacía girar un cilindro de cera por cuyos surcos en espiral pasaba suavemente una aguja.

Por supuesto, se trataba tan sólo de uno de los primeros tipos de fonógrafo — ¡cuan lejos de esta pequeña maravilla que sostengo en mi mano! —, donde Seward grababa su diario, el cual su aliada Mina se había brindado a transcribir. Casi inmediatamente la reconocí como la amiga de Lucy, la joven que había ido a buscarla a la ruinoso abadía de Whitby, y la había acompañado a su casa a medianoche.

En uno de los dedos de Mina brillaba ahora una alianza, cuando antes no la había; pero yo no dudaba de mi identificación. Una criada entró en la estancia, y cuando la voz de Mina vibró débilmente a través de los cristales emplomados al dirigirse a la muchacha, fue la misma que había gritado «¡Lucy! ¡Lucy!» en lo alto del acantilado de Whitby, aquella noche de agosto que ya parecía tan lejana.

La criada salió, al cabo de unos instantes entró un hombre fornido, de unos treinta años, de mirada dura, autoritaria, aunque su voz sonó bastante suave cuando habló.

—¿Qué, cómo va el trabajo?

La máquina de Mina dejó de teclear, y ella se quitó los cascos de la cabeza.

—Lento, pero seguro, doctor Seward.

—Estoy convencido de que nos será de gran ayuda tenerlo todo mecanografiado, señora Harker.

Lo que Mina le contestó es algo que yo ignoro. Durante un par de minutos permanecí sobre el alféizar de la ventana, parpadeando con mis pequeños ojos de murciélago, aturdido una vez más por el cúmulo de coincidencias. Cuando por fin alcé el vuelo y me marché, había traspasado el muro y entrado en Carfax antes de que pudiera recordar que aquel sitio ya no ofrecía seguridad a mi descanso. Gracias a que mi plan para dispersar las cajas estaba muy avanzado, pude volar hacia otro de mis nuevos refugios, en Bermondsey, y allí estudié qué nuevas trampas podía el destino haber puesto en mi camino.

El hecho de que Harker y su esposa conocieran a Seward no me sorprendía; pero que la esposa del invitado que había dejado en Transilvania fuera casualmente la segunda mujer que yo había visto en Inglaterra, resultaba una asombrosa coincidencia.

En aquellos momentos, el mismo Harker se encontraba en Whitby, intentando encontrar mi rastro desde allí. Durante su reciente encuentro con Van Helsing, le

habían hipnotizado para que se convirtiera en el más entusiasta de mis perseguidores. Sin embargo, tal como estaban las cosas, en Whitby no había gran cosa que él pudiese averiguar, aparte de comprobar que mis cajas habían sido enviadas a Londres. De modo que al día siguiente, treinta de septiembre, Harker regresó a Purfleet, al manicomio, donde su esposa ya se había instalado en las dependencias de los invitados. Aquel mismo día, Van Helsing, Arthur y Quincey Morris se reunirían con ellos.

Cuando esa noche volví al manicomio, enseguida me colgué del alto voladizo de la ventana en el estudio de Seward. Pensaba que por fin la fortuna había decidido sonreírme cuando descubrí que los postigos estaban parcialmente abiertos, y que ante mis ojos tenía lugar una reunión estratégica.

Presidiendo una larga mesa estaba Van Helsing; Mina a su derecha haciendo de secretaria, con un bloc de notas abierto sobre su regazo; su esposo, sentado junto a ella, con aspecto de haber recuperado completamente la salud. Al otro lado de la mesa, junto al doctor Seward, se hallaba un joven inglés, sin duda un miembro de la clase alta —se trataba de Arthur, como muy pronto averiguaría—, y un joven norteamericano de rostro agradable, Quincey Morris, que permanecía sentado casi al otro extremo de la mesa.

Como de costumbre, Van Helsing hablaba mientras sus discípulos escuchaban. Sus expresiones eran de lo más variado, e iban del puro horror, pasando por la incredulidad, hasta una especie de estupefacción que aún no se había convertido exactamente en aburrimiento. El tema principal de la charla era sobre cómo superar los errores de enfoque.

—El es mucho más astuto que cualquier mortal —fueron las primeras palabras que escuché cuando empezaba a bajar por el alero—, porque su astucia crece con el paso de los siglos. Además, dispone de la ayuda de la nigromancia; todos los muertos a los que puede acercarse, obedecen sus órdenes. Es una bestia, o peor incluso... Dentro de ciertas limitaciones, aparece y desaparece a voluntad, en cualquiera de las formas que puede adoptar. También, dentro de sus posibilidades, puede mandar en los elementos, en las tormentas, en la niebla, en el rayo. Tiene poder sobre los animales, incluso sobre los más insignificantes: sobre las ratas, las lechuzas y el murciélago... Sobre las polillas, los zorros, los lobos...

De haber podido mandar sobre las lombrices intestinales o las ladillas, le habría enviado enseguida una plaga a Van Helsing. Sin embargo, dejando aparte aquella supersticiosa basura sobre la nigromancia, había hecho una descripción razonablemente buena del hombre al que estaban buscando, y de cuya identidad ninguno de sus oyentes parecía dudar. Las palabras del orador seguían sin parar. Algo parecido al aturdimiento que observaba en los rasgos aristocráticos de lord Godalming, sin duda empezaba a poner vidriosos mis pequeños ojos de murciélago a medida que escuchábamos aquella letanía.

—Porque, si falláramos en ese intento, entonces quien ganaría sería él. ¿Y dónde terminaríamos todos nosotros? He observado que la vida no significa nada para él.

Pero fracasar ahí no es sólo cuestión de vida o muerte, sino que todos nos volveremos como él... Repugnantes criaturas de la noche...

Harker había cogido la mano de su esposa, lo cual le impedía seguir tomando notas taquigráficas, aunque no parecía que a ella le preocupara gran cosa esa interferencia. Me sorprendí al sentir la leve punzada de los celos, que inmediatamente me esforcé por reprimir. Cuando el profesor hizo una pausa para respirar, los dos enamorados aprovecharon para intercambiar una amorosa mirada.

—Yo acepto el desafío, tanto por mí como por Mina —exclamó entonces Harker, con decisión.

Era indudable que, después de todo, había estado escuchando. Y Mina, que simplemente se quedó con la boca abierta, pensó que era preferible no expresar su opinión y conservar la calma.

—Cuenta conmigo, profesor —manifestó el joven norteamericano, arrastrando las palabras con su acento de Texas, que tan extraño resultaba entonces a mis oídos.

—Estoy con usted —intervino lord Godalming—. Por el bien de Lucy, si no por otros motivos.

Entonces todos se levantaron y juntaron sus manos sobre la mesa. Sus intenciones asesinas respecto a mí se habían sellado con el más solemne de los pactos, y, con un suspiro, comprendí que para impedírselo me vería obligado a matar, a seguir matando.

Pero ¿cómo iba a proseguir entonces mi objetivo en busca de la paz?

Todos volvieron a sentarse, y Van Helsing se lanzó a una nueva arenga. Yo debía de estar a punto de dormirme en la ventana, porque no advertí la penetrante mirada que Morris dirigía en la dirección en que yo me encontraba, y cuando mi miope visión de murciélago percibió que él se levantaba y abandonaba la estancia, pensé que obedecía a alguna necesidad de su naturaleza, o que su inteligencia natural le impedía seguir escuchando.

Hubo una breve pausa en la que los demás observaron su salida; algunos con cierta envidia, a pesar de que no dijeron nada. El profesor prosiguió:

—Sabemos que desde el castillo llegaron a Whitby cincuenta cajas con tierra, y que todas se depositaron en Carfax. También sabemos, por los transportistas y las carretas que hemos visto, que algunas de estas cajas han sido trasladadas. A mí me parece que nuestro primer paso debe consistir en asegurarnos de que las demás permanecen en la casa, o si se ha sacado alguna más. En tal caso, habría que seguir la pista...

La bala de la pistola de Morris vino hacia mí por detrás, atravesó la parte superior de mi ala derecha y el cuadrante frontal derecho de mi diminuto cráneo. De haber sido verdaderamente un murciélago, mi pequeño y peludo cuerpo habría sufrido una convulsión y habría caído muerto sin siquiera poder dar un aleteo para escapar. Tal como estaban las cosas, sólo sentí el dolor y la conmoción que produjo la supersónica bala de plomo al traspasar la extraña materia de mi carne, y luego siguió su curso sin derramar sangre ni rasgar la piel. El cristal estalló en la ventana y la bala

golpeó contra la parte superior del marco, rebotando al interior de la habitación, donde Mina lanzó un grito y se sobresaltó.

Dominando el impulso de bajar al suelo en forma humana y despedazar al autor de la angustia que aún vibraba dentro de mí, decidí emprender el vuelo. Me dirigí a la parte arbolada de la finca para adoptar allí la forma humana y, apoyado contra el tronco de un árbol, intenté reflexionar. El dolor del disparo fue cediendo lentamente a través de la tensión de mis nervios, igual que una marea de plata fundida. El efecto era peor que si me hubiesen atrapado al dispararme.

—Lo siento —llegó la voz de Morris desde la casa, aunque no era a mí a quien hablaba— Me temo que les he asustado. Será mejor que entre y les explique lo sucedido. —Y entonces oí el ruido de una puerta que se abría y se cerraba.

Luego me enteré de que Morris en realidad no me había identificado en el alféizar de la ventana. Se trataba tan sólo de que últimamente se dedicaba a disparar contra todo murciélago que veía, debido al odio que alimentaba por los vampiros desde que las criaturas aladas y vivas que en Sudamérica llevaban mi nombre habían dejado sin sangre a su caballo favorito.

En cualquier caso, había llegado el momento de abandonar mi puesto de observación, puesto que ya había oído lo suficiente. Las fuerzas contrarias iban a venir a Carfax más tarde, impulsadas por la determinación y sin piedad. ¿Qué podía hacer yo? ¿Defender enérgicamente mi propiedad contra su intrusión? Sin embargo, la vieja objeción persistía con toda su fuerza: cuanto más éxito tuviera en utilizar la violencia contra mis enemigos, mayor sería la atención que despertaría en el gran público. Contra Van Helsing podía esperar, con cierta lógica, ganar la batalla, pero no contra Inglaterra. No, la astucia y la cautela eran todavía mis mejores armas, y con esta convicción en mi mente seguí mi solitario consejo, y puse en marcha mis planes...

Ellos eran lo bastante valientes —o lo bastante temerarios— para lanzar su ataque aquella misma noche. Por supuesto, a Mina la dejaron en las cómodas habitaciones para invitados que ocupaban los Harker. Los hombres decidieron que, a partir de aquellos instantes, a ella sólo le contarían la parte de aquellas desesperadas aventuras que no perjudicaran su delicada condición femenina. Y aunque Mina anotó en su diario que aquel tratamiento caballeroso fue «una píldora amarga» para que ella se la pudiera tragar, decidió que «no podía alegar nada» en contra, y se fue obedientemente a la cama.

Yo pasé en vela el resto de la noche, oculto entre mis árboles, y no me sorprendí en absoluto al ver a los cinco hombres saltando torpemente por encima del muro, sujetando en su mano la bolsa de los ladrones. Se aproximaron a la casa con la máxima cautela de que eran capaces, pegados a las sombras, como si en ellas se sintieran más cómodos, donde sólo Dios y Drácula podían vigilar el más leve de sus movimientos.

Se detuvieron frente al porche principal, y Van Helsing distribuyó ajos y crucifijos a todos ellos, y navajas y revólveres para «enemigos más terrenales», como

expresó en un susurro. Aquellos aventureros tardíos, aunque bien pertrechados, recibieron también unas pequeñas linternas portátiles que podían colgar de sus ropas. Y, finalmente, aunque no en importancia, cada uno recibió un pequeño sobre —como el que Van Helsing utilizara ante la tumba de Lucy— conteniendo un trozo de hostia consagrada.

Fue una tentación pensar en la posibilidad de reunirme en silencio con el grupo mientras iban de un lado al otro en la oscuridad del porche, recibir quizás un surtido de armas de la bolsa de Van Helsing, y luego susurrarle unas cuantas palabras al oído cuando estuviésemos a solas en alguna oscura estancia del interior de la casa. Pero yo no tenía tiempo para divertirme, así que me limité a observar sus preparativos bajo la sombra de los árboles. Quería cerciorarme de que estaban todos en la casa, y muy ocupados, antes de iniciar mi propia expedición.

Cuando lo tuvieron todo a punto, los intrusos abrieron con una llave maestra la puerta de entrada, ésta giró sobre sus chirriantes goznes, hicieron una pausa para invocar la bendición divina sobre su misión, y luego traspasaron el umbral de mi casa. En general, a partir de aquel momento la visita no les resultó muy agradable. En su diario, Harker se lamentaba del «hedor nauseabundo» y del polvo que tuvieron que soportar en aquel «asqueroso lugar», donde pudieron observar, para su posterior desilusión, que de las cincuenta cajas sólo quedaban veintinueve.

A fin de entretener a mis invitados mientras asuntos urgentes me reclamaban en otro sitio, de los campos y granjas de los alrededores había llamado a un centenar de ratas —Harker anotó que eran «miles», una exageración perdonable bajo aquellas circunstancias—, y les ordené que se juntaran con mis visitantes de la forma más íntima posible. A los hombres, eso no les gustó, pero lograron dispersar a mis ayudantes con un trío de terriers que Arthur, previsoramente o por casualidad, había traído del manicomio.

Pero yo no me había quedado para contemplar la batalla de las ratas. En el mismo momento en que el lord azuzaba a sus perros, y los otros intrusos tosían a causa del polvo y se desprendían de las telarañas, yo me acercaba a la ventana del loco Renfield, en la planta baja del manicomio.

Debido sin duda a la naturaleza de sus peculiares percepciones, fue consciente de que yo me acercaba, e incluso de mi deseo de silencio; así que, a pesar de que su alegría ante el acontecimiento parecía incontrolable, fue capaz de reprimir toda demostración física al respecto. Con sus ojos saltones, el pelo gris cayéndole desgredado en torno a un rostro ancho, y con barba de varios días, contorsionado por el esfuerzo de tener que reprimir su loca excitación, me aguardaba en medio de la miserable respetabilidad de su celda. Al otro lado de las rejas de su ventana, recientemente reforzada, le permití que viera mi rostro y, con un gesto, le expresé mi deseo de que me dejase entrar.

Tuve que aguardar un momento antes de que pudiera controlarse lo suficiente para formular la invitación que yo precisaba.

—¡E..., entre, mi amo y señor!

Y mientras yo me filtraba entre las rejas de la ventana, él retrocedía con una reverencia, como muy bien pudiera haberlo hecho en presencia de un emperador. Posteriormente, en una declaración a los doctores cuando agonizaba, Renfield les diría que para obtener el permiso de entrada yo le había prometido ratas y moscas vivas, que desde hacía mucho encontraba agradables al paladar. Pero eso no es cierto. Claro que yo habría hecho eso, y mucho más, para poder entrar; pero para ganar a Renfield para mi causa no me hacían falta promesas ni regalos. El era ya mi adorador, aunque sobre unas premisas falsas, que yo no entendería del todo hasta un encuentro posterior.

No eran ratas ni escarabajos lo que él quería de mí; ese tipo de vida podía conseguirla por sus propios medios o con la colaboración de sus guardianes. De hecho eran mujeres lo que me pedía, cuyas vidas y cuerpos quería consumir a la vez. Esto nunca quedaría expresado claramente en los remilgados diarios de mis enemigos, pero era la pura verdad. Y, dado que Renfield era el primero que había visto a Mina el día en que ésta llegó al manicomio, era a ella en particular a quien quería. Mina era el regalo que Renfield quería de mí, el objeto de todas sus peticiones.

Tales súplicas, que él expresaba en voz baja, medida y terriblemente astuta, empezaron en el mismo momento en que yo entré en su celda. Incluso en el breve espacio de tiempo que tardé en cruzar la gastada alfombra para alcanzar la puerta, me informó — con distintas variaciones igualmente desagradables — cuáles eran sus planes respecto a aquella lozana joven en cuanto cayera en su poder.

Lógicamente, él era un loco, así que no presté mucha atención a sus declaraciones, y me limité a sonreírle con afectación y a inclinar la cabeza al pasar por su lado. No creo que los doctores averiguaran algo más, si es que les habló de mi visita.

Apoyé la oreja sobre el ojo de la cerradura de la enorme puerta de su habitación, cerrada con llave y cerrojo, y pasé a través de ella cuando comprobé, satisfecho, que no había nadie vigilando el pasillo exterior. De pronto me encontré en un corredor que tenía casi la misma longitud que la casa. En las demás habitaciones cercanas, tanto inquilinos como sirvientes emitían varios tipos de ruidos moderados, pero de momento no apareció nadie a la vista.

Renfield seguía tranquilo a mis espaldas; si la causa se debía a la decepción o a la satisfacción, era algo que me tenía sin cuidado. Avancé en forma de neblina hasta que encontré un tramo de escaleras, subí por ellas, y recorrí, casi invisible, otro pasillo. Si mis estimaciones respecto a la configuración de la casa y a las distancias que había atravesado eran exactas, debía de estar ante la puerta de las habitaciones que ocupaban los Harker. Hasta entonces, el pasillo de arriba aparecía tan deshabitado y silencioso como el de abajo. Recuperé la forma humana, me quité el sombrero y, tal como requerían los buenos modales, llamé suavemente a la puerta de Mina.

—¿Sí?

La respuesta, con su voz familiar, llegó inmediatamente a través de la puerta. Era indudable que no estaba durmiendo.

—¿Señora Harker? —pregunté con voz suave—. Soy un vecino del doctor Seward y traigo un mensaje relacionado con su esposo.

Se oyeron unos pasos apresurados en la habitación, el roce de una bata al ponérsela, y al cabo de unos instantes la puerta se abrió, descubriendo una especie de salita pequeña, cómodamente amueblada, con otra puerta tras la cual debía de estar el dormitorio. El rostro de Mina, bastante ancho, pero atractivo, enérgico e inteligente, me examinó encuadrado entre sus rizos castaños.

—¿Le ha sucedido algo a Jonathan? —Parecía capaz de soportar las malas noticias, en caso de que yo fuera portador de ellas.

—No, no. —Me apresuré a cerciorarme de que mi pie estaba, por así decirlo, ante la puerta—. Hace un momento, al menos se hallaba muy bien de salud y razonable buen humor.

Al contestarle, observé que la preocupación que mostraba por su esposo, si bien era auténtica, no parecía en absoluto exagerada; ni siquiera tan honda como habría podido esperarse, dadas las circunstancias. En sus ojos también vi que me había reconocido, o que al menos poco había faltado. Ignoraba cómo era eso posible, puesto que entonces desconocía que ella me hubiese visto en Piccadilly, pero vi que la situación requería ser manejada con mucho tacto.

—Como comprenderá —me apresuré a decir, en un tono desenfadado que me otorgaban cuatro siglos de experiencia—, circunstancias de cierta urgencia me obligan a que yo mismo haga las presentaciones. Soy el conde Drácula.

Mina terminó un movimiento que había iniciado ya: medio paso hacia atrás desde la puerta. Había estado a punto de cerrarla ante mis narices, pero allí estaba yo, con la actitud de un distinguido visitante, vestido como la gente de clase alta. No intentaba forzar mi entrada, ni me mostraba en absoluto amenazante, sino imponente. Dudo de que ninguna muchacha victoriana hubiese reunido el suficiente valor para cerrarme la puerta. Y yo estaba sonriendo como sé sonreír a las mujeres, también con cuatro siglos de experiencia en este arte. Mis ojos permanecían fijos en los de ella...

No ejercí ningún hechizo en aquella ocasión; tampoco puedo hacerlo cuando existe una firme oposición de la persona a ser hipnotizada. Sin embargo, parecía casi como si fuera ése el estado de Mina, mientras permanecía medio a disgusto ante mí, con una mano —todavía bronceada por las vacaciones de verano— sosteniendo la puerta abierta, y la otra en lo alto para sujetar firmemente su bata en torno al cuello. Había hecho el gesto de abrir su dulce boca, como si fuera a gritar pidiendo auxilio, pero de pronto guardó silencio.

Entoncesladeó la cabeza, y sus hermosos ojos se fijaron en los míos como si fuera a absorberme. Mientras, yo me sentía ya igual que un individuo en estado hipnótico.

—¿Me permite entrar, señora? Hay algunos asuntos de vital importancia que

debo discutir con algún representante de esta casa, y sospecho que el miembro más inteligente es usted. Permítame asegurarle que no debe albergar la más ligera preocupación sobre su seguridad. —Al ver que Mina seguía sin moverse, y a pesar de que podía oír a uno de los criados subiendo las escaleras, añadí con gran calma—: En realidad, mi visita está relacionada con la seguridad de su esposo en el futuro.

Convencida de que éste era un motivo aceptable para dejarme entrar, Mina retrocedió un paso, y yo entré en la salita de estar, cerrando la puerta a mis espaldas.

Casi aturdida, me indicó un asiento.

—¿No quiere usted sentarse? —Mientras yo lo hacía, ella se sentó con gesto circunspecto, y luego añadió con voz vacilante—: Conde... Usted... Si he comprendido correctamente sus palabras, ahí en la puerta, ¿se ha definido usted como un vecino?

—Tengo ese honor, señora. —Mantuve recto mi sombrero sobre las rodillas—. Mi hacienda, Carfax, se encuentra detrás de ese alto muro de piedra que probablemente habrá usted notado, lindante con esta propiedad por el este. —Mina asintió, aturdida aún—. Lamento tener que decirle que, en estos instantes, su esposo se encuentra allí, en mi casa, junto con lord Godalming, los doctores Seward y Van Helsing y un caballero norteamericano, si se le puede llamar así, el que anoche me disparó una bala.

—Quincey Morris —susurró Mina.

Agradecí la información con una leve reverencia, sin levantarme.

—Esta noche, su intención es dar conmigo. Y, de conseguirlo, harían todo lo posible para atravesarme con una estaca de madera, y luego me cortarían la cabeza.

Le sonreí levemente, invitándola a reconocer lo ridículo que sonaba todo aquello.

—Lo mismo que hicieron con Lucy —murmuró Mina en voz baja, y en sus palabras percibí que el miedo empezaba, sólo empezaba, a surgir una vez más.

—Un asunto realmente espantoso, relacionado con la señorita Westenra —asentí, permitiendo que en mi rostro se reflejara la pena—. Querida señora Harker, tiene usted ante sí a un hombre sobre el cual planea... un horrible malentendido. —Dejé que mis párpados cayeran, como si de repente la timidez se hubiese apoderado de mis ojos, y los apartara de los suyos—. Permítame que vuelva a asegurarle, si es necesario, que no debe albergar el más leve temor de que alguna vez yo le haga algo que pudiese per... perjudicarla.

Noten ahí ese ligero tartamudeo, totalmente intencionado. Conquistalas siempre que puedas, como suelen decir los americanos.

—¿Por qué iba a querer hacerle daño, mi querida señora? —insistí—. No es usted quien se ha metido en mi propiedad, ni ha entrado furtivamente en mi casa, destruyendo mis pertenencias, llevando armas mortales en plena noche, para utilizarlas contra mí. —De nuevo levanté los ojos—. Es su esposo, y me aflige enormemente decirlo, quien ha hecho todo eso, persiste en seguir haciéndolo y, debido a unas desafortunadas circunstancias, parece muy probable que persevere en

esta loca carrera hasta que sufra algún daño. ¡Sí, daño! ¿Y qué puedo hacer yo? ¿Cómo evitarlo, sin su ayuda? Esos hombres han caído, uno tras otro, bajo la influencia de ese fanático llamado Van Helsing, y sus ojos y oídos permanecen cerrados a cualquiera de mis ruegos. Tengo la leve esperanza de que, con su ayuda y su consejo, hallaré la forma de que comprendan y vuelvan al camino de la cordura y la seguridad. ¡Antes de que sea demasiado tarde!

Mina aún no se había repuesto lo bastante de mi presentación, para reaccionar con la perspicacia de su auténtica personalidad.

—¿Demasiado tarde para qué, conde Drácula?

Me incliné hacia ella, y dije con voz pausada:

—Demasiado tarde para su propio bien, querida señora Harker. No voy a permitir que me maten. No harán conmigo lo que le hicieron a Lucy.

—No entiendo qué quiere decir —murmuró la joven, levantándose, pero luego volvió a sentarse y siguió mirándome fijamente—. Me temo que no entiendo absolutamente nada. Quizá lo esté soñando.

Negué con la cabeza y permanecí dignamente sentado, con el sombrero de copa sobre mi rodilla.

—Señor conde... ¿No se ha ofrecido ninguno de los criados a guardarle el sombrero?

—Los criados no saben que me encuentro aquí, señora. Juzgué más prudente hablar con usted en secreto.

—Conde Drácula... Porque usted parece serlo realmente... ¿Cómo puede explicar las horribles cosas que le sucedieron a mi marido cuando fue a visitarle a su castillo?

—Señora, yo mismo me marché antes de que lo hiciera él. Así que no puedo precisar cuánto tiempo permaneció allí después de mi partida, ni qué le ocurrió en el intervalo. Aunque, por supuesto, parte de la responsabilidad última me corresponde a mí. En cuanto a lo que pudo ocurrirle en el castillo de los Drácula antes de que yo me fuera, gustosamente le daré una explicación en cada uno de los puntos que usted desee.

—Mi querido conde... —Me sentí más animado—, ¿quiénes eran aquellas tres mujeres?

Al cabo de media hora ya estábamos hablando relajadamente. La dulce Mina estaba preocupada por no poder ofrecerme nada de lo que exige la hospitalidad, pero yo le aseguré que no podía comer ni beber.

—Con una sola excepción, por supuesto. E incluso ésta no es la que usted imagina.

—¿No? Entonces debe decirme cuál es.

Esa noche hablé con Mina como habría podido hacerlo con un hombre humano, inteligente y comprensivo, de haber existido tal criatura en mi universo. Pasé brevemente sobre los aspectos más insólitos de mi vida, e hice hincapié en mis ansias de llevar una existencia más libre y franca, en la lacerante necesidad de tener a

alguien en quien poder creer y confiar y, sobre todo, en la ausencia del más leve destello de afecto en mi vida. No se trata de que fuera exponiendo de modo desgarrador todas estas necesidades, sino que dejé que penetraran gradualmente en su conciencia. Puede parecer extraño, o quizá no tanto, decir que desde el primer momento aquella dama pareció ver en el fondo de mi corazón.

Poco después, encaucé de nuevo la conversación hacia el problema de cómo podíamos salvar a Jonathan y a los demás de los peligros a que los exponía su obstinación. Pero, antes de que Mina y yo pudiésemos llegar a un acuerdo positivo respecto a qué acción emprender, mis agudos oídos me informaron de que el fatigado grupo expedicionario regresaba arrastrando los pies por el recinto del manicomio.

Cuando le anuncié la inminente llegada de su esposo, Mina sufrió un sobresalto.

—Oh, ¿qué sucederá si le descubren aquí?

—Mi querida señora Mina, no me descubrirán. Es decir, no lo conseguirán si usted y yo podemos llegar rápidamente a un acuerdo para que vuelva a visitarla mañana por la noche. O en la próxima ocasión en que su esposo vuelva a ausentarse. Aún debemos decidir qué camino vamos a seguir.

—¡Oh! —Mina percibió cómo se abría la puerta de abajo y las voces serias y cansadas de los perseguidores al acercarse, que deberían haber sido casi inaudibles para ella—. Sí, sí, puede usted visitarme. Haré todo lo posible para que nos veamos, por el bien de Jonathan.

Le hice una reverencia y le besé la mano, luego me volví hacia la ventana, y en un instante desaparecí.

Poco después, cuando su marido entró de puntillas en la habitación, halló a su esposa algo más pálida de lo habitual y, según creyó él, dormida. Harker se sentó y efectuó algunas anotaciones en su diario, mencionando, entre otras cosas, la preocupación que sentía por Mina, y la decisión que los hombres habían tomado sobre ella durante su vergonzosa vuelta a casa.

Espero que la reunión de esta noche no la haya turbado. Me alegro sinceramente de que se la haya dejado fuera de nuestra futura tarea, e incluso de nuestras deliberaciones. Es una tensión demasiado intensa para que la soporte una mujer... De ahora en adelante, nuestro trabajo va a ser como un libro sellado para ella, hasta que por fin podamos decirle que todo ha terminado, y que la tierra se ha visto libre de un monstruo del infierno. Me figuro que será difícil permanecer callado, después de las confidencias que hemos compartido; pero debo mantenerme firme, y mañana mostrarme reservado sobre la incursión de esta noche, negándome a comentar nada de lo sucedido. Voy a descansar en el sofá para no molestarla.

Más tarde, avanzada ya la mañana, cuando el sol estaba en lo alto y el resto de

la servidumbre había iniciado su ritmo habitual, Jonathan «se vio obligado a llamar a su esposa dos o tres veces antes de que despertara». Mina no reconoció inmediatamente a su esposo, sino que primero le miró «con una especie de confuso terror». Durante la noche, su vida había sufrido una transformación, y por el momento ni ella ni su marido tuvieron la más mínima sospecha del gran cambio que se había producido. De hecho, ni siquiera yo tenía una idea aproximada del cambio que se produciría en mi propia existencia a partir de aquel momento.

Como de costumbre, Mina realizó algunas anotaciones en su diario: ese día era el primero de octubre. Sin embargo, esta vez no anotó lo que había sucedido realmente la noche anterior. En cambio, escribió un párrafo ambiguo y en clave sobre la experiencia de un sueño, o un estado casi soñoliento, en donde ella observaba cómo una especie de niebla se arrastraba por el césped de la entrada y se filtraba por la puerta de su dormitorio, y la imprecisa visión de unos ojos enrojecidos. Cuando volví a visitarla, a la noche siguiente, me enseñó lo escrito, si bien con cierta desconfianza, como si se tratara de un ensayo literario realizado por una adolescente.

El primero de octubre, mis enemigos estuvieron muy atareados intentando seguir la pista de las cajas que había sacado de Carfax. Entregado a esa tarea, Jonathan había vuelto a salir cuando yo llegué; esta vez había ido a Walworth, al sur de Londres.

En esta ocasión encontré a un enfermero vigilando o haciendo guardia en el pasillo, frente a la celda de Renfield. De repente, el loco se comportaba de forma tan amable, «cantando alegremente», o atrapando moscas como antaño, que Seward había empezado a desconfiar. Fue el propio Renfield, con sus guiños, muecas y gestos con el pulgar, quien me informó de la presencia del vigilante tan pronto como entré por la ventana. No necesitaba en modo alguno pasar por la celda de Renfield, después de haber obtenido el permiso para entrar en la casa, pero ya había empezado a sentir cierta preocupación por Mina, alojada en las habitaciones encima de la de aquel hombre extraordinariamente fuerte que ansiaba violarla y torturarla. En calidad de su dueño y señor, yo creía que podría apaciguar a aquel lunático con unas cuantas palabras suaves y tranquilizadoras.

Pero primero tenía que ocuparme del vigilante que permanecía apostado en el pasillo. No precisé grandes trucos para sumergir al centinela —que estaba dando una cabezadita— en la seguridad del abismo del sueño. Lo conseguí mediante la creación de cierta resonancia eléctrica entre mi cerebro y el de aquel sujeto, una facultad que sus científicos ahora empiezan a investigar.

Seguidamente apoyé ambas manos sobre los hombros de Renfield y le hablé con suavidad. Pero diría que tomó mis consejos con cierta reticencia. No era paz y tranquilidad lo que él quería. Pero lo intenté...

Le dejé tranquilo, si no apaciguado. Luego, como un fantasma, salí de su habitación, pasé junto al guardián que dormitaba en su silla, y de nuevo subí las escaleras. Apoyé una oreja en la puerta del apartamento de los Harker, y percibí que allí dentro sólo respiraban un par de pulmones: los de Mina, que ya era capaz de

reconocer. Y llegó también a mis sensibles oídos el murmullo suave y monótono de su corazón, aquella tierna bomba que impulsaba por sus venas el más puro elixir. Las raíces de mis colmillos superiores me dolían cuando llamé suavemente a su puerta. Al oír mi llamada, su respiración, que ya era lo bastante rápida a causa de la excitación, se aceleró todavía más...

Si hay que definir a la castidad como aquello que se puede proteger mediante un cinturón, Mina —como antes Lucy— siempre fue casta conmigo. Pero, dado que mi interés radica en explicar la verdad, debo decir que aquella noche, durante nuestro segundo encuentro, Mina se me entregó lo más íntegramente que podía. Muy poco trabajamos respecto a la idea inicial de hacer planes, no sólo para nosotros, sino mucho menos para el futuro bienestar de su marido... ¡Ah, Mina, mi auténtico y eterno amor! Querida, vida de mi vida...

Más tarde, cuando Harker regresó a casa —es decir, al manicomio— esa primera noche de octubre, halló a Mina profundamente dormida, y pensó que se la veía

un poco pálida, con los ojos como si hubiese estado llorando. Pobrecita, sin duda la habrá irritado ver que se la ha mantenido en la ignorancia, lo cual habrá hecho que se sienta doblemente ansiosa, por mí y por los demás.

Sin embargo... es preferible decepcionarla y preocuparla así ahora, a que sufra un trastorno mayor. Los médicos estaban en lo cierto al insistir en mantenerla fuera de este horrible asunto... Aunque es posible que, a fin de cuentas, no sea tan difícil, dado que ella misma se ha mostrado muy poco comunicativa respecto al tema, y no ha hablado del conde ni de sus hazañas desde que le comunicamos nuestra decisión.

Al día siguiente, dos de octubre, descansé sumido en un profundo letargo y con los ojos vidriosos. Ese día, Arthur y Quincey salieron en busca de monturas, con vistas a comprarlas por si hacían falta para emprender alguna incursión a caballo; eran básicamente hombres de acción, impacientes por las continuas complicaciones y dilaciones de Van Helsing. Harker había continuado interrogando a los porteadores, y por ellos había seguido metódicamente la pista a mis cajas, aunque, por supuesto, sin averiguar que varias de ellas ya no contenían la tierra de origen. Seward tenía trabajo suficiente en el manicomio para entretenerse con tales enredos; pero al enterarse de que uno de los científicos más avanzados de la época «buscaba remedios contra brujas y demonios» en la sala de lectura del Museo Británico, éste le dijo que «más tarde podían serles de utilidad».

Mina descansó un poco durante el día, pero se sentía afectada por la tensión mental que le provocaba la ambigüedad de su nueva posición, y cuando Harker se reunió con ella por la tarde, pensó que aún se la veía muy pálida.

Hacía grandes esfuerzos para parecer animada y alegre... Tuve que hacer

acopio de todo mi valor para proseguir con la sabia resolución de mantenerla alejada de nuestra siniestra tarea. En cierto modo, ella parece más resignada; o si no, el tema parece repugnarle, ya que cuando accidentalmente se le menciona, ella se pone a temblar...

Harker acababa de hallar mi casa de Piccadilly, a punto para el saqueo. Pero anotó que, lamentablemente, no había podido informar de su hallazgo al resto de los hombres, debido a que su esposa estaba presente.

Así que, después de la cena —tras la cual escuchamos un poco de música a fin de salvar las apariencias, incluso entre nosotros—, acompañé a Mina a su habitación y la acosté en la cama. Mi querida muchacha se mostró conmigo más cariñosa que nunca, y se aferró a mí como si quisiera retenerme; pero yo tenía que informar de muchas cosas al grupo, y me marché. Gracias a Dios, el haber dejado de mantenerla al corriente no ha hecho que las cosas cambien entre nosotros.

Como tantos maridos cornudos, imagino, se consolaba mientras se le escapaba de entre las manos la posibilidad de conservar el primer lugar en el corazón de su mujer, y no se daba cuenta.

Volvamos ahora a la noche que supuso otro momento crucial para todos nosotros. Después de anochecer, al deslizarme en la celda de Renfield, le encontré de mal humor, sentado en un taburete en medio de la pequeña estancia. Era evidente que se había pasado todo el día rumiando, y que había llegado a la conclusión de que yo me había burlado de él y le había engañado al prometerle a Mina y luego arrebatársela para mi propio placer. Me miró torvamente nada más entrar, y por primera vez no se apresuró a adularme y a proclamar su lealtad. Su extrema quietud me obligó a cruzar la estancia con precaución, y, al observarle detenidamente, vi que en su mirada brillaba la astucia de los locos peligrosos.

Entonces me interpeló con el más suave e implorante de los tonos, adoptando la expresión de perfecta cordura que periódicamente usaba en sus entrevistas con Seward y los demás. Pero si su apariencia nunca había engañado a Seward, tampoco iba a engañarme a mí.

Renfield volvió a insistir en que le cediese a Mina para sus placeres obscenos, como si ella fuese una esclava o un mueble, y yo el dueño de sus favores, su cuerpo y su sangre para hacer con ellos lo que quisiese. Cuando me negué a seguir escuchándole, y en forma humana intenté pasar por su lado para alcanzar la puerta, estalló en ira y frustración.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios! —gritó—. Entonces me apoderaré de ella yo solo. Antes me escapé dos veces y corrí a suplicarte ese favor. La próxima iré directamente a por ella, ¡y haré con ella lo que me apetezca!

Añadió unas cuantas cosas más que no pienso repetir —digamos que algunos

detalles sobre cuáles eran sus intenciones—, y luego se arrojó sobre mí, buscando mi garganta con sus furiosos dedos.

En todos los años transcurridos desde que por primera vez me levanté de mi tumba, nunca había sentido una presa humana tan fuerte. Pero si la fuerza de Renfield correspondía, en pleno ataque de locura, a la de cuatro hombres forzudos, la mía corresponde a la de cinco locos como él, y cuando escuché las amenazas que profería contra Mina, mis energías se vieron extraordinariamente incrementadas por la rabia.

Para mí fue una gran satisfacción poder luchar finalmente cuerpo a cuerpo como con un enemigo. Le alcé lo mismo que a un espantapájaros y lo lancé contra el suelo una y otra vez. Ignoro cuántas veces. Oía cómo sus huesos crujían y se quebraban, y cuando le dejé, vi que su cuerpo yacía retorcido en el suelo. Por algunas de las heridas en el cráneo y en la cara brotaba libremente la sangre, su vida. Lo último que vi de Renfield fue aquel charco escarlata que se esparcía, al que desdeñé como si fuese carroña. Y, volviéndole la espalda, me apresuré a ir a ver a mi amada, que me aguardaba en sus aposentos.

La pelea había armado suficiente alboroto como para despertar al vigilante del pasillo. Éste, después de echar un rápido vistazo por la mirilla de la puerta, corrió a informar a Seward del «accidente». Yo ya me había vuelto invisible antes de que aquel hombre atisbara por la puerta, y para cuando Seward bajó a la celda de Renfield, yo ya había subido a las habitaciones de Mina. Allí, tendido en la cama, Harker roncaba con el cansancio de los simples, mientras mi dama, en camisón, permanecía sentada mirando por la ventana, como si buscara el consuelo de la luna o el aleteo de un par de alas.

Efectué mi entrada completamente en silencio, pero ella percibió de inmediato mi presencia en la puerta y, respirando profundamente, se volvió hacia mí.

—Pero ¿qué hace usted? —me preguntó con un suspiro, mientras miraba temerosa la figura dormida de su marido, y luego se volvía hacia mí.

Eché un vistazo a Harker y escuché su respiración, examinando seguidamente los ritmos del corazón y su cerebro dormido.

—Jonathan no puede escucharnos —observé, y luego proseguí—: Hay novedades. Renfield, el loco de abajo, estaba decidido a suplantar a su marido, y también a mí. He enfriado un poco su ardor al pasar, así que puede usted dormir tranquila esta noche.

—¿Dormir tranquila? —casi gritó—. Dios mío, Vlad, ¿cómo lo conseguiré? —Mina se me quedó mirando largo rato, como si en realidad nunca me hubiese visto anteriormente—. ¿Dice que Renfield ha muerto?

Asentí con un leve movimiento de cabeza.

—Lo he hecho para proteger su vida, mi señora, que ahora me es tan querida como la mía propia.

—Oh, Vlad... —Su voz bajó brevemente a un murmullo—. Y usted y Jonathan persiguiéndose el uno al otro... como...

—Yo no le persigo, querida mía. —De la cama llegó un ronquido de satisfacción —. Ahora ya dispongo de refugios relativamente seguros en otros sitios lejos de Carfax, y pienso abandonar mi propiedad. Ya no seguiremos siendo vecinos.

Mina se arrojó a mis brazos, gimió suavemente cuando hundí mi nariz en su cuello, y luego se apartó un poco, levantando orgullosa la cabeza al mirarme a los ojos.

—Llévame contigo —pidió.

Hubo un breve silencio durante el cual yo no encontré nada tranquilizador o amable que decir. Una vez más, de la cama llegó un débil ronquido. Abajo se oían pasos apresurados: eran las pisadas de uno de los enfermeros subiendo veloces a nuestro piso, pero no se acercaron a la habitación. Pude oír que llamaba a otra puerta, probablemente a la de Van Helsing, y luego hablaba en voz baja e insistente.

—No tienes idea de lo que me estás pidiendo —le dije finalmente.

—¿No me quieres a tu lado, entonces? Sin embargo, yo no puedo seguir soportando esta..., esta tensión.

Nuestras voces estaban a punto de quebrarse, y ya no pude resistirme por más tiempo. Mina tendió hacia mí sus brazos, y yo la abracé, estreché su dulce cuerpo — ¡ah!, con tal delicadeza, con tal suavidad, reprimiendo la fuerza de veinte hombres que había en mis manos, para ejercer tan exquisito control —, la estrujé contra mí, mis labios buscaron los suyos antes de que descendieran para rendir culto a su garganta y...

La pasión nos cegó y nos dejó aturridos durante un rato.

Mina, agotada y pálida, pero temblando a causa del éxtasis, se estrechó contra mi pecho cuando por fin la solté.

—Ahora soy enteramente tuya —suspiró—, y tienes que llevarme contigo.

—Sí, querida, sí. Pero primero debo meditarlo y hallar la forma de hacerlo.

Yo me había rendido, pero, de hecho, aún no era completamente mía; al menos no en la forma física e irreversible que parecía creer. Por lo tanto, llevármela conmigo habría sido un plan atolondrado, y ella no tardaría en darse cuenta, si el plan llegaba a ponerse en práctica. Aunque con el tiempo Mina podía convertirse en vampiro — mejor dicho, se convertiría forzosamente en vampiro si las cosas seguían como hasta entonces —, de momento no lo era. Mina no podía renunciar a los alimentos normales, ni ser inmune al frío o al calor, ni dormir sobre turba y polvo en lugares sin ventilación, ni pasar como yo a través de una rendija no más gruesa que el espesor de un cabello...

Además, mis enemigos nunca dejarían de perseguirme una vez me la hubiese llevado. Pero lo más importante de todo era que, una vez se convirtiese en vampiro, nuestro amor, aunque siguiera vivo, sería platónico, incapaz de expresarse físicamente. De lo contrario, cuando intentáramos chuparnos mutuamente las venas sería como si cometiéramos incesto. O peor aún: ella buscaría amantes humanos, lo mismo que yo... Pero yo no quería que ocurriera eso, al menos hasta dentro de mucho, muchísimo tiempo.

En su estado de debilidad temporal, Mina regresó a la cama y Harker alteró ligeramente la respiración cuando ella se acostó a su lado. Intensifiqué entonces su sopor, como antes lo había hecho con el guardián que había frente a la puerta de Renfield.

Aun así, deseaba con toda mi alma llevarme a Mina conmigo, por muy convencido que estuviese de que aquel plan era una estupidez puramente romántica.

—Mina —susurré—, ante los ojos del mundo tú eres la mujer de mi enemigo; pero, en nuestro corazón, ambos sabemos que eres mía.

—Sí, Vlad. —El susurro brotó débil y asustado ahora.

—Debemos hallar la forma de estar juntos. Acércate, vamos a unirnos con un nuevo lazo —dije, y, después de apartar mis ropas a la altura del corazón, hundí la afilada uña del índice izquierdo sobre mi piel, lo bastante profunda para que brotara la sangre—. Bebe.

Antes de que Mina bebiese, murmuró que tenía las manos heladas, así que las cogí entre las mías... ¿Creen ustedes que el cuerpo de los vampiros siempre está frío? Pues no; también puede ser muy cálido. Con la mano derecha, acaricié su nuca, tirando de ella hasta que Mina se quedó de rodillas sobre la cama. Primero se irguió, para poder besar la cicatriz que la pala de su marido me había dejado en mi frente. Seguidamente, sus labios bajaron a la altura de mi corazón, se posaron con ternura sobre mi herida sangrante, y sorbió dentro de sí parte de mi vida...

De esta forma, Mina, mi gran amor, se convirtió en carne de mi carne, sangre de mi sangre, estirpe de mi estirpe, mi espléndido lagar...

En esta postura nos hallábamos, indiferentes al resto del mundo, cuando la puerta del dormitorio que daba al corredor saltó con un brusco estallido y Van Helsing, Seward, Morris y Arthur casi cayeron en medio de la habitación. En realidad, el profesor llegó a caer, lo cual dificultó la primera arremetida de los otros.

Los dos médicos habían pasado algún tiempo atendiendo a Renfield, dado que el alboroto de nuestra reyerta había llegado a sus habitaciones y había llamado su atención. Van Helsing y Seward realizaron allí mismo una urgente trepanación, a la que el paciente no pudo sobrevivir —ni el mejor de los cirujanos habría podido salvarle entonces—, y por las palabras que pronunció antes de morir supieron que yo era su asesino, y que había conseguido entrar en el edificio.

Los médicos no tardaron en reclutar a sus compañeros para perseguirme, y todos —excepto Harker— se armaron rápidamente con la misma serie de símbolos y estupideces que llevaban cuando invadieron mi casa. Sin duda habían intuido en qué habitación me encontraría yo, pero, al ver el cadáver destrozado de Renfield ante sí, prefirieron no lanzarse precipitadamente en mi persecución.

Al final, probablemente después de un intercambio de miradas, y de pensar en algunos planes alternativos, decidieron subir las escaleras.

Nos detuvimos ante la puerta de los Harker, y Art y Quincey se refrenaron.

—¿Debemos molestarla? —inquirió este último.

—Es preciso —replicó Van Helsing, torvamente—. Y si la puerta está cerrada con llave, yo mismo la derribaré.

—¿Y eso no la asustará terriblemente? No es muy habitual irrumpir así en las habitaciones de una dama.

Sin importarles que alguien pudiera asustarse terriblemente, por fin decidieron llevar a cabo aquel acto tan poco habitual. Cuando lanzaron sus cuerpos contra la puerta, ésta cedió al primer envite, y allí estaba yo, abrazando a Mina en la cama.

Al cogernos desprevenidos, y en el momento más álgido de la pasión, yo estaba preparado para reaccionar de la forma menos civilizada contra aquella intrusión. Empujé a Mina sobre la cama, lejos de la trayectoria de peligro, y me volví hacia ellos con un fuerte gruñido. El profesor, que acababa de incorporarse, volvió a caer, y los demás se agacharon.

Un efluvio de ajo rancio salió del grupo, que esgrimía sus ristras, símbolo de la apetosa flor en que más tarde se convertirían. Con manos temblorosas, agitaban ante mí sus pequeños sobrecitos blancos, como suplicantes ante las puertas de san Pedro, conscientes de que en la mano tenían su entrada, pero al mismo tiempo dudándolo.

Debo admitir que en aquella ocasión fueron los sobrecitos los que hicieron inclinar la balanza y me obligaron a retroceder. De haber seguido mi primer impulso, destrozándoles los huesos con sus bien alimentadas carnes, o dejándolos tendidos en medio de un brillante charco de sangre, como a tantos Renfields, me habría sido imposible evitar la penosa profanación de la hostia consagrada. Si no ¿qué otra cosa podían agitar frente a mí?

A pesar de que mi fe a menudo sea poco firme, y a veces mi conducta reprensible, me negué a profanar un sacramento. Y, mientras esta renuencia por mi parte me concedía unos instantes para reflexionar, descubrí que mis antiguas objeciones a la violencia de las masas seguían siendo tan válidas como siempre. Esto concentraría finalmente las tropas en mi contra, y al mismo tiempo haría caer grandes penas y dolores sobre Mina, la alegre muchacha que ahora permanecía tendida en la cama, con los ojos cerrados, como si hubiera perdido el sentido...

Seward anotó que entonces fueron él y sus compañeros quienes avanzaron, enarbolando sus crucifijos, mientras el malvado conde retrocedía. A los que no podemos familiarizarnos con los espejos, siempre nos resulta de gran ayuda la evaluación objetiva de los demás, respecto a los detalles de nuestra apariencia personal, como, por ejemplo:

La infernal mirada que ya me habían descrito pareció salir disparada de su rostro. Sus ojos enrojecidos ardieron con diabólica pasión; las grandes aletas de su nariz aquilina se dilataron temblando incesantemente y los dientes, blancos y afilados, que asomaban tras unos labios sensuales en una boca de la que

goteaba sangre, rechinaron como los de una bestia salvaje.

Una nube cubrió momentáneamente la luna, dejando la habitación a oscuras, instante que yo aproveché para inclinarme y susurrar al oído de Mina:

—Diles que yo te obligué. Adiós, por ahora...

Y antes de que la luna volviera a brillar, yo ya me había ido pasillo adelante sin que nadie me viera. Apenas abandoné la habitación, Mina emitió un alarido capaz de helar la sangre. De tal modo que, incluso en forma de niebla, me sobresalté y estuve a punto de regresar para rescatarla, temiendo que Van Helsing aprestara ya su estaca sobre su pecho. Sin embargo, comprendí a tiempo que el alarido había sido calculado para producir un golpe de efecto, y me apresuré a escapar.

Mi huida me llevó hasta el estudio de Seward. Durante una conversación preliminar, Mina había mencionado que las notas de mis perseguidores —diarios, registros, etc.— se guardaban principalmente en aquella habitación; me pareció por tanto juicioso detenerme allí y alimentar apresuradamente la chimenea con cuantos papeles pudiese encontrar. A continuación, apilé sobre las llamas tantos cilindros de cera del fonógrafo de Seward como pude. Todo ardió, aunque fue un esfuerzo infructuoso, ya que por entonces la mayoría de los datos se conservaban por duplicado en otro lugar, curiosamente como resultado de la colaboración mecanográfica de Mina.

Nadie me interrumpió en el estudio, ni tuve que enfrentarme a ninguno de mis enemigos más tarde, cuando abandoné la casa. Arthur y Quincey fueron los primeros en bajar para perseguirme, pero ni siquiera ellos eran lo bastante veloces para esa misión. Mientras me alejaba en forma de murciélago, distinguí al joven Quincey observándome bajo la sombra de un tejo; en esa ocasión no disparó. Dejé Carfax a mis espaldas y volé por el oeste en dirección a la ciudad, apresurándome para escapar de los primeros resplandores del alba que ya se distinguían en el cielo, a mis espaldas.

Yo no podía ganar una batalla contra toda Inglaterra, pero tampoco tenía intención de rendirme ahora que había encontrado a Mina, la mujer por la que mi corazón había suspirado durante siglos. La huida, y no la aplicación de la fuerza bruta, era lo que nos permitiría alcanzar el día en que Mina y yo sobreviviríamos, y seguiríamos disfrutando de nuestro amor.

6

Lógicamente, a Mina la atosigaron durante horas con preguntas, y, a pesar de que se las formulaban de forma torpemente amable —o quizá debido a eso—, le resultaban extremadamente difíciles de contestar. Por supuesto, ella siguió en su papel de desvalida víctima de un vampiro. Sospecho que tanto para no perjudicar a su marido, como para salvarse a sí misma. Más tarde me diría que aquellos hombres consideraban la situación de la víctima con tal espanto, que ni siquiera se atrevía a imaginar cuál sería su reacción si llegaban a averiguar que en realidad era mi amante.

Los hombres se turnaban junto a ella, al tiempo que hacían preparativos para continuar la persecución. Pero, al principio, Jonathan estaba continuamente a su lado, y parecía envejecer y volverse cano viéndola así. También Van Helsing estaba invariablemente a su lado, con su habitual actitud dominante, aunque más silencioso y alerta que de costumbre. Ella permanecía sentada o reclinada —ya que si intentaba levantarse y andar, alguno de los hombres la obligaba de nuevo a acostarse—, mientras repetía una y otra vez su historia.

Mina les contó que, al despertar de un profundo sueño, se había encontrado junto a la cama matrimonial a «un hombre alto y delgado, vestido de negro». No les costó mucho adivinar quién era:

el rostro como de cera... los rojos labios separados, entre los cuales asomaban unos blancos dientes... También reconocí la roja cicatriz de su frente, donde Jonathan le había golpeado... Habría querido gritar, pero estaba paralizada. En ese intervalo, él habló con un susurro agudo y cortante, señalando a Jonathan:

—¡Silencio! Si haces un solo ruido, le aplastaré los sesos ante tus propios ojos.

Yo estaba espantada, excesivamente turbada para decir o hacer algo. Sonriendo burlonamente, posó una mano sobre mi hombro y me sujetó con fuerza, mientras con la otra me descubría la garganta, al tiempo que me decía:

—Primero, un pequeño refrigerio para recompensar mis esfuerzos. Quédate quietecita. ¡No es la primera vez, ni la segunda, que apagas mi sed!

Me sentía aturdida, y tan extraña, que no deseaba ponerle obstáculos. Supongo que eso es parte de la horrible maldición, cuando pone la mano sobre su víctima... Pareció que transcurría mucho rato, antes de que apartara de mí su boca asquerosa, horrible y sonriente. ¡Entonces vi que de sus labios goteaba sangre fresca!

Beber sangre fresca por dos pequeñas incisiones sobre una garganta viva ya resulta bastante difícil sin sonreír al mismo tiempo. Pero Mina estaba proporcionando a su audiencia lo que precisamente ésta quería escuchar, y nadie formuló ninguna pregunta extraña. En su historia, Mina dijo que el malvado conde, una vez hubo chupado hasta el hartazgo, le comunicó que iba a castigar a su preciosa víctima por la ayuda que había prestado a sus enemigos. En ese momento la obligó a probar su propia sangre, y ése fue el cuadro que los hombres presenciaron al echar abajo la puerta del dormitorio; cuadro que sin duda exigía una explicación.

Después de pasar buena parte de la mañana contestando a las preguntas de los hombres, y de que por encima de su cabeza cruzaran continuas miradas de horror — que Mina consideró más difíciles de soportar que el mismo interrogatorio—, la dejaron un rato a solas en su dormitorio para que descansara —le dijeron—, y para examinar cuál podría ser su suerte. Aún logró ver a Van Helsing entrando con su maletín negro, lo bastante largo como para transportar en él una estaca de madera.

Jonathan, pálido y tembloroso, no tardó en volver, pero apenas pudo hallar unas palabras de consuelo para ella. Y en aquella horrible mañana, a veces se quedaba mirando a su esposa como si fuese una extraña. Pero al cabo de poco volvía a salir, para asistir a las reuniones de los otros.

Entonces, por fin, dejaron en paz a mi querida Mina, para quien en algunos momentos yo no era más que un fantasma producto de su mente enfebrecida. Durante aquellas horas lentas e interminables, marcadas por el monótono tic-tac del reloj que parecía indicar la proximidad de una maldición, Van Helsing entraba de vez en cuando y murmuraba algo —que sin duda pretendía fuese tranquilizador—, y con sus ojos, que parecían vivaces y astutos, escudriñaba los de Mina.

¡Pobre criatura! Más tarde, entre sollozos, me contó que durante aquel día interminable medio llegó a convencerse —de alguna forma a la vez terrible y deliciosa— de que estaba condenada, como lo están los que asisten a las misas negras y a las reuniones secretas.

Cuando los hombres fueron a buscarla para que se incorporara a sus deliberaciones, Mina estaba convencida de que atardecía; sin embargo, tan sólo era la hora habitual del desayuno. Por alguna razón, los hombres habían decidido no ocultarle nada, «por muy doloroso que fuera».

Nada más iniciarse aquella reunión formal, Harker propuso una incursión a la casa de Piccadilly, donde, según había averiguado, recientemente habían trasladado nueve de mis cajas. Los demás se mostraron de acuerdo con Jonathan, pues a todos les parecía que, debido a lo céntrico de su situación, aquella casa era el lugar idóneo para instalar mi nueva sede.

—Estamos perdiendo el tiempo —los apremió Jonathan—. El conde puede haberse trasladado a Piccadilly antes de lo que imaginamos.

—No lo creo así —replicó Van Helsing, alzando ambas manos.

—¿Por qué?

—¿Se olvida de que anoche cenó más de la cuenta, y que se acostó muy tarde? —inquirió, sonriendo abiertamente.

Mina, según me contaría más tarde, se quedó totalmente perpleja, incapaz de idear la respuesta apropiada que una inocente doncella debería haber dado a una observación tan extraordinariamente grosera. Estuvo a punto de salir en mi defensa diciendo que yo era un honorable caballero, pero, con gran prudencia, se tapó la cara con ambas manos, estremecerse y gemir de tal modo, que se atrajo las simpatías de los demás.

Seward anotó que Van Helsing, «al darse cuenta de lo que había dicho, se horrorizó ante su falta de tacto e intentó consolarla». Sin embargo, pienso que aquel comentario era una prueba que el profesor había preparado deliberada e insensiblemente para Mina, a fin de averiguar, mediante su reacción, si su relación conmigo era en cierto modo voluntaria.

Sin duda su intención era realizar una prueba parecida cuando, poco después, en un significativo esfuerzo para «proteger» a Mina contra ulteriores influencias diabólicas, se le acercó solemne y le rozó la frente con «una hostia consagrada, en el nombre del Padre, del Hijo y del...»

Mina lanzó un alarido, esta vez de auténtico dolor. Harker escribió que la hostia «abrasó su piel lo mismo que un hierro candente».

En mis tiempos pude ver el efecto que producían sobre la carne humana diversos objetos de metal con una amplia gama de temperaturas, y considero que este comentario es una exageración. Sin embargo, tengo la certeza de que Mina sintió auténtico dolor, y es indudable que sufrió una herida con pequeñas ampollas imposible de curar. Imagino que hoy en día se la consideraría un efecto psicosomático. Cualquier buen hipnotizador, trabajando con un buen receptor, es capaz de obtener resultados parecidos. Es indudable que Van Helsing tenía la fuerte personalidad requerida para hipnotizar, y que tanto su interrogatorio, como el de los demás, podía haber sacado a flote toda la culpa inconsciente y el miedo que Mina estaba experimentando como consecuencia de sus abrazos apasionados con un hombre que no era su marido.

La verdad era que yo no había «cenado más de la cuenta» —la felicidad entre los amantes tiene muy poco que ver con la cantidad de fluido—, ni me había acostado tarde. Vagamente, y a distancia, sentí el dolor de Mina cuando se le marcó la cicatriz. Levanté la cabeza y gruñí, desmenuzando la tierra con mis uñas, pero muy poco podía hacer yo para ayudarla. En aquellos momentos me encontraba en mi casa de Piccadilly, tal como Harker había imaginado. Paralizado en forma humana durante el día, me hallaba trabajando en el patio trasero, levantando algunas de las losas del suelo con mis propios dedos, a fin de cambiar excelente tierra inglesa por la de Transilvania y disponer así de otro lugar secreto donde descansar. Yo podía trabajar durante el día, dado que el patio era completamente seguro en cuanto a que alguien pudiera verme: estaba rodeado de paredes sin ventanas, a excepción de la

que constituía la parte trasera de mi propia casa. ¡Ah, cuánto me dolía tener que abandonar aquella casa! Desde las ventanas del piso se veían los árboles de Green Park, y el palacio de Buckingham a menos de un kilómetro de distancia... ¡No estaba dispuesto a renunciar a ella definitivamente!

Los hombres que permanecían en torno a Mina en el momento de marcarla, la contemplaron con una mezcla de compasión, horror e incredulidad. Sin embargo, me veo obligado a ser justo con Jonathan Harker, quien ese día escribió:

He tomado una decisión. Si comprobamos que Mina, finalmente, va a convertirse en vampiro, entonces no debe internarse sola en ese ámbito horrible y desconocido. Imagino que era eso lo que en el pasado muchos vampiros pretendían. Así como su horrible cuerpo sólo puede descansar en tierra sagrada, así también el amor más sagrado se convierte en el mejor señuelo de reclutamiento para sus espantosas filas.

Lógicamente, si de este párrafo se omitieran los palos semánticos *horrible* y *espantosas*, se conseguiría que el oyente atento sacara una conclusión totalmente distinta sobre la cuestión.

Hasta entonces, Carfax aún estaba a mi disposición, si bien mis enemigos habían comprobado durante tres días que se trataba de mi refugio, y creían poseer los medios para impedirme la entrada... ¡Que Dios conceda semejante habilidad a mi enemigo en todas las batallas! Pero en la mañana del tres de octubre, sólo una hora después de que en la frente de Mina apareciera aquella marca, Van Helsing decidió por fin actuar, y guió de nuevo a sus tropas en la invasión de mis tierras y mi casa. Para su decepción, una vez más «no hallaron documentos, ni señal alguna de que la casa se utilizara. Las grandes cajas estaban tal como las habíamos visto la última vez». Su jefe se dedicó a distribuir fragmentos de hostia por todas las cajas, y, a fin de impedir que el vampiro utilizara su centro de operaciones, juzgó necesario

esterilizar su tierra, tan repleta de sagrados recuerdos, y que ha traído de un lejano país para utilizarla de forma tan horrible. Él ha elegido esta tierra porque es sagrada, así que vamos a vencerle con su propia arma: la haremos más sagrada todavía.

La fe y la razón, arrojadas del templo a latigazos.

Antes de mediodía ya había finalizado mis asuntos en Piccadilly, así que regresé a Purfleet en tren y luego en cabriolé, recorriendo a pie el último kilómetro para llegar a Carfax. En un refugio que había preparado con mi tierra nativa, oculto entre la espesura de unos matorrales de la finca, me dispuse a descansar; lo necesitaba, aunque también quería estar cerca de Mina, por si de pronto precisaba ayuda con urgencia. Me acosté en las tinieblas del profundo subsuelo, pero en

realidad no me dormí, y oí cómo los cazadores volvían a entrar con estrépito en la casa. Si escuchaba atentamente, podía decir cuándo abrían una de las cajas o cuándo volvían a clavar la tapa, podía captar sus toses y maldiciones al ahogarse con el polvo. Era una gran ocasión para adelantar con ellos la confrontación que requería el plan que yo había trazado; pero Mina aún no sabía nada sobre aquel plan, y yo consideraba vital su absoluta cooperación.

Al cabo de un rato, oí que los vándalos se marchaban, alejándose por el camino que conducía a Carfax, en vez de regresar al manicomio. Descansé un poco más, y luego me deslicé entre las crecidas hierbas de la entrada, desde cuyo punto más elevado se distinguía la parte alta de la fachada del manicomio, donde daban las ventanas de Mina. Inmerso en la brumosa luz otoñal de Inglaterra, suave y sombría a los ojos de un mortal, pero un desolado e irritante resplandor para mí, busqué —lo mismo que un cansado viajero busca la visión de un oasis— la fugaz visión de mi amada. ¡Y allí estaba! Para mi gran dicha, vi cómo se acercaba a una ventana y me saludaba, haciéndome señas.

En un instante estuve junto al muro que separaba nuestras fincas, e inmediatamente salté al otro lado. Dado que había árboles plantados en los terrenos del manicomio, desde allí no podía ver la ventana de Mina, así que avancé en dirección al edificio, cuidando de que nadie me viera. El corazón me dio un vuelco al descubrir la robusta figura de Mina corriendo graciosamente a mi encuentro entre los árboles. Yo no habría conseguido entrar en el manicomio a la luz del día sin que algún vigilante me viera, ya que a esas horas no puedo cambiar de forma; pero Mina podía pasear por los jardines sin llamar la atención, y eso era lo que había hecho.

Después de nuestro primer abrazo, intenso y apresurado, la aparté un poco para contemplarla.

—Mina, querida, es para mí una dicha indescriptible poder verte... ¿Qué te ha sucedido? —inquirí, mirando con preocupación la cruel marca que echaba a perder la palidez de su frente.

—Ya lo ves —replicó, consciente de la dirección de mi mirada; había un temblor en su voz, pero sus palabras eran nítidas y seguras—. He visto en el espejo la cicatriz que te sorprende, y he observado que es casi idéntica a la tuya. Para bien o para mal, parece indudable que te pertenezco. Oh, Vlad, ¿cómo será mi vida en el futuro?

—Así —contesté, estrechándola entre mis brazos, y ella se mostró tan complaciente como antes.

Allí, entre las profundas sombras de los árboles, intercambiamos una vez más nuestra sangre. Aunque en esa ocasión le saqué muy poca, pues no quería debilitarla.

—Sin embargo —añadí con firmeza, separándola una vez más—, porque mi amor es sincero, no quiero llevarte conmigo a mi reino ahora.

—¿A tu reino? ¿Es que piensas abandonar Inglaterra?

Creí detectar un ligerísimo matiz de alivio en su reacción.

—Mina, princesa mía, mi reino es el país de los vampiros. Y existe tanto en Inglaterra como en el extranjero, aunque es distinto a cualquier otro país que tú

conozcas. Si te llevara conmigo, esos nombres se verían obligados a perseguirnos, y no descansarían hasta que nos hubiesen destruido a ambos. ¿Crees acaso que a ti te respetarían porque te aprecian?, o al menos eso dicen. Acuérdate de la suerte que corrió Lucy.

Mina se estremeció, y levantó la mano hasta que los dedos casi rozaron su cicatriz.

—Ya sé que no van a respetarme.

Y a continuación explicó con cierto detalle la historia de aquella horrible mañana: el interrogatorio y el aislamiento, Van Helsing al presionar inesperadamente la hostia contra su piel, y la convicción de que ella había sido contaminada, extendiéndose enseguida entre los otros.

—Vlad, ¿significa esta marca que eres realmente un espíritu del mal, y que yo estoy condenada? Cuando me abrazas, no siento ninguna corriente maligna, sino una gran dicha.

Negué con un gesto de la cabeza.

—Amor mío, tú no eres en absoluto maligna.

Yo había podido presenciar algunas sesiones de hipnotismo con anterioridad, y había visto a gente que se quedaba paralizada o ciega, o que le salían ampollas sobre una piel totalmente sana, tan sólo mediante los poderes de la mente.

—¿Llevas algún crucifijo alrededor del cuello, o en cualquier otro lugar de tu persona?

Mina retrocedió ligeramente.

—¡Oh, no! Después de esta marca, no me atrevería a tocar ninguno.

Busqué a mi alrededor, encontré en el suelo una rama seca, la cogí y la partí en dos, un trozo más largo que el otro. Entonces los sostuve en lo alto, como una *crux immisa*, y con los dedos de mi mano derecha presioné sobre la unión.

—Tócala —le pedí.

Mina tendió una mano hacia ella, pero luego vaciló.

—No me atrevo —dijo en un murmullo—. El dolor fue insoportable.

—¡Tócala! Si yo puedo sostener una cruz, ¿a qué temes tú?

—Yo..., yo no tengo tu fuerza —admitió, y, bajando los ojos, se volvió de espaldas.

—Malvados —murmuré, y dejé que la cruz cayera sobre la hierba—. Sin embargo, quizá por ahora sea preferible que conserves esta marca. Mientras yo siga con vida, Van Helsing podría interpretar su desaparición como un mal síntoma.

Estaba pensando en cómo había reaccionado cuando desaparecieron las marcas de la garganta de Lucy, poco antes de que la pobre muchacha diera su último suspiro. Mina había dicho que las anotaciones mostraban que el profesor se había sorprendido en gran manera ante este hecho, y que, a partir de entonces, no había dudado que Lucy se convertiría inevitablemente en un vampiro.

Apoyé ambas manos en los temblorosos hombros de Mina, y la obligué a volverse hacia mí.

—Pero no todo está perdido —proseguí—. Dime, ¿me equivoco al pensar que la vida con tu marido, si bien tiene sus desventajas para una mujer inteligente como tú, no está exenta de compensaciones? En resumen, ¿que por el bien de Jonathan, pues veo lo mucho que él te necesita, así como por el tuyo propio, no estás preparada para renunciar del todo a él?

Mina levantó hacia mí los ojos. Parecía como si mi comprensión hubiese aliviado al menos parte del pesado fardo que le oprimía el pecho.

—¡Tienes razón, Vlad! ¡Oh, eres tan bueno, sensato y amable! Sabes que te amo, pero me doy cuenta de que no he dejado de querer a Jonathan. El pobre me necesita ahora... Apenas le reconocerías, de lo cambiado que está.

—¿Y eso?

—Está muy pálido y ojeroso, y a veces me mira de una forma rara, aunque me habla con el mismo cariño de antes. Le he visto sentado a solas, murmurando por lo bajo mientras afilaba un enorme cuchillo que deben de haberle regalado lord Godalming o Quincey Morris. Creo que sería demasiado cruel dejarle ahora. Sin embargo, ¿cómo voy a poder seguir a su lado mientras afila ese cuchillo para hundirlo en tu corazón, y ruega para que se le presente esta oportunidad?

—Querida mía, he concebido un plan que, si todo funciona, resolverá para ti este doloroso dilema. Si logro ajustar el futuro según mi plan, entonces podrás permanecer a salvo junto a un marido satisfecho, y al mismo tiempo no necesitaremos separarnos más allá de unas horas, con lo cual podremos seguir viéndonos con frecuencia.

Mina cogió mi mano y la cubrió de besos.

—¡Querido Vlad! ¿Cómo podré agradecértelo? ¿Cuál es ese plan, y qué puedo hacer para llevarlo a cabo?

Empecé a explicarle cuál era mi idea. Se trataba de convencer a aquellos hombres de que yo había marchado de Inglaterra, con la intención de no volver. Al cabo de un par de meses de mi supuesta partida —en realidad yo estaría bajo tierra en Londres, en uno de los refugios que aún mantenía en secreto—, Van Helsing probablemente regresaría al continente, quizá con la esperanza de seguir allí mi pista, y los demás habrían descuidado su vigilancia. Entonces Mina y yo podríamos reanudar el placer de nuestra mutua compañía mediante relaciones ocasionales: lo único realmente seguro para ella, tanto si estaba su marido como si no.

Para poner el plan en marcha necesitaba una nueva confrontación con mis perseguidores. Le prometí a Mina que haría todo lo posible para que el encuentro no fuera violento, y ella consintió a su vez en preparármelo. Por tal motivo, tan pronto como la dejé, a eso de la una de la tarde, mandó un telegrama para Van Helsing a mi casa de Piccadilly, donde sabíamos que probablemente se encontraría a esa hora. Quería que todo el grupo me aguardara allí mientras yo visitaba Bermondsey y Mile End, para comprobar algunas reservas de mi tierra natal y asegurarme de que aún podía utilizarlas.

El mensaje, redactado según mis instrucciones, advertía al profesor: «Vigile por

si aparece D. Ahora mismo, 12.45, ha salido corriendo de Carfax y ha marchado apresuradamente en dirección sur. Parece como si hiciera la ronda de sus casas, y puede que le busque a usted». Lógicamente, lo firmaba Mina.

Después de dejarla para que mandase el telegrama, me dirigí al sur, tal como se decía en éste. Al efectuar la ronda por las casas cuya existencia conocía mi enemigo, en Bermondsey y Mile End, descubrí con satisfacción que habían colocado la Eucaristía en todas las cajas que yo había dejado —por así decir— para que las vieran mis visitantes. Estos estarían ahora convencidos de que me habían anulado tales enclaves como refugio, así que podría utilizarlos impunemente si hacía falta.

Serían poco más de las dos cuando llegué al número 347 de Piccadilly, y aunque desde el exterior la casa parecía deshabitada, estaba convencido de que mis intrusos estarían allí dentro. En la puerta de la entrada noté unos finos arañazos en torno a la cerradura, allí donde el cerrajero contratado había manipulado para abrir la puerta y facilitarles una llave. ¿Quién podía dudar de su señoría lord Arthur, en un asunto de ese tipo? Desde luego, no el operario ni el policía que hacía la ronda, al parecer.

Abrí la puerta con mi propia llave y entré, moviéndome como al descuido, aunque en el fondo con gran cautela. Menospreciar al enemigo es la fórmula más segura de sufrir un desastre en cualquier guerra. Y si ellos estaban al acecho con estacas o lanzas de madera en alguna habitación inundada por la narcotizante luz diurna, entonces yo corría el peligro de que me matasen o me hiriesen gravemente. Sin embargo, no creía que —en el peor de los casos— tuviera que enfrentarme a algo más peligroso que una bala de plata. Van Helsing había dado pruebas de que no conocía realmente su juego.

Una vez estuve dentro de la casa, pude oír casi con toda claridad los diez pulmones al hincharse, como otros tantos calderos hirviendo a presión, al tiempo que sus propietarios se esforzaban por mantener el silencio y la calma después de haber oído girar mi llave en la cerradura. Sentí que los hombres se habían congregado detrás de las puertas cerradas del comedor. Me detuve en el silencioso y polvoriento vestíbulo de la entrada para cerciorarme del número de mis enemigos, y calcular sus distintas posiciones allí dentro. Había la familiar respiración de Harker, que yo había escuchado durante dos meses en mi castillo, y al otro lado la de Van Helsing, ligeramente entrada en años y jadeante.

Respiré profundamente —desde luego, no tanto por necesidad como por la costumbre de los viejos tiempos, que aún persistía—, y abrí de golpe las puertas del comedor. Saltando con el mismo impulso, aterricé dentro de la estancia y me enfrenté a ellos.

El salto me situó algo más allá del centro de la habitación; así, si me habían preparado alguna trampa en la puerta, yo ya la habría pasado antes de que se disparara. Pero inmediatamente vi que no habían intentado nada de todo eso. Los hombres ocupaban distintas posiciones en la sala: un par cerca de la puerta por la que acababa de entrar, otros cerca de las ventanas, y Harker solo ante otra puerta, que conducía a la sala del frente de la casa. Su plan, si es que tenían alguno, consistía

sin duda en interceptar mi salida, ahora que había entrado. Hasta el momento, nadie había dicho nada. Los miré uno a uno, en silencio, y comprobé desilusionado que esta vez no retrocedían ante mí.

Sobre mi entrada, Seward anotaría más tarde:

Había en él algo de pantera, algo inhumano, que pareció paralizarnos a todos... Es una lástima que no hubiésemos organizado un plan de ataque, porque justo en aquel momento me pregunté qué podíamos hacer. Ni yo mismo sabía si nuestras armas letales iban a servir de algo. Era evidente que la intención de Harker era comprobarlo, ya que tenía a punto su gran cuchillo kukri, con el que propinó una feroz y repentina cuchillada...

Esquivé de un salto la trayectoria del cuchillo, pues mi deseo era lógicamente evitar el dolor, y a la vez dar la impresión de que no era inmune a la muerte con tales armas. Cualquiera podría pensar que Harker no podía depositar toda su confianza en su cuchillo, después de comprobar el pobre efecto que había causado en mí un fuerte golpe con una pala metálica. Pero el sano juicio, cuando no lo aplicaba en cuestiones legales, no era el punto fuerte de su carácter.

La afilada hoja pasó lo bastante cerca para rasgar el bolsillo de mi abrigo, del cual cayó una mezcla confusa de monedas y billetes. Maldije la inconveniencia mientras rebotaban en el suelo, pues allí estaba buena parte de mi riqueza. Aunque probablemente la avaricia no es uno de mis mayores defectos, en aquella guerra, como en cualquier otra, el dinero es un recurso vital, y su pérdida algo lamentable. Sí, una maldita inconveniencia. Pero apenas me había detenido para recogerlo cuando, por todos lados, ellos empezaron a atacarme con acero y plomo.

De momento, mis enemigos también hicieron caso omiso del dinero; era evidente que lo tenían en abundancia. Mientras Harker seguía blandiendo su cuchillo, Seward y los otros iniciaban el ataque sosteniendo en lo alto crucifijos y sobrecitos. «No fue una sorpresa» para ellos, escribiría Seward,

ver que el monstruo retrocedía... Sería imposible describir la expresión de odio y burlona malignidad..., de cólera e ira infernal...

De extremo fastidio, para evitar la redundancia.

...que apareció en el rostro del conde. Su cutis de cera adquirió un tono verde amarillento en contraste con sus ojos, y la roja cicatriz de la frente destacó sobre la palidez de su piel igual que una herida palpitante. De pronto, con una sinuosa finta, pasó por debajo del brazo de Harker y, atrapando un puñado de dinero del suelo, cruzó veloz la estancia y se lanzó contra la ventana. En medio de un estallido, y del brillo de los cristales al caer, saltó al patio pavimentado que había abajo.

No veía razón alguna para dejar mi dinero a aquellos ladrones, y obtuve cierta satisfacción al derribar una vez más a Van Helsing cuando me dirigía hacia la ventana. El envite contra el cristal y la caída en el patio empedrado no me causaron daños perceptibles, así que inmediatamente me levanté y corrí por el pavimentado patio trasero a fin de «escapar» por el establo. Ante sus puertas me detuve, pues había alcanzado un lugar desde el cual podría lanzar mi mensaje de que me batía en retirada, sin que las bufonadas de Harker con su cuchillo distrajeran la atención del resto de mi auditorio.

—¿Creéis haberme expulsado, malditos bastardos? —les grité—. ¡Ahí, con vuestras caras pálidas, como ovejas en el matadero! Lo vais a lamentar, cada uno de vosotros. Imagináis haberme dejado sin un solo refugio donde descansar, ¡pero todavía me queda uno!

Hasta entonces, ellos habían encontrado cuarenta y nueve de mis cincuenta cajas, desacralizando hostias en su interior. Mi idea consistía en mantener su atención en aquella caja que no habían hallado, y evitar que hicieran elucubraciones sobre si algunas de las cuarenta y nueve podían ser falsas, o si aún podían servirme a pesar del trato sacrilego a que las habían sometido.

—¡Mi venganza no ha hecho más que empezar! —declamé con pasión, levantando el puño y gritando, con la esperanza de que sonara como las bravatas que a menudo se utilizan para disimular una retirada forzosa—. Hace siglos que la estoy propagando, pues el tiempo está de mi parte; así que puedo permitirme esperar. Vuestras muchachas, a las que tanto amáis, ya son mías. Y, a través de ellas, vosotros también seréis míos... Mis criaturas, para hacer lo que yo os mande y convertiros en chacales cuando yo necesite alimentarme. ¡Bah!

Con un gesto final de amenaza, di media vuelta y escapé. Como es lógico, yo quería dar la sensación de que me marchaba del país, pero difícilmente lo habría logrado, soltándolo allí de golpe con la esperanza de que me creyeran. Me retiré a poca distancia de Piccadilly Circus, en el Soho, para detenerme en un lugar secreto y asegurarme de que mi caja número cincuenta aún estaba a salvo, y luego alquilé una carreta para trasladarla a los muelles.

Mientras tanto, Van Helsing y su grupo habían regresado al manicomio. Naturalmente, Mina escuchó con contenido interés las proezas del día. Seward anotó en su diario que ella «a veces se volvía blanca como la nieve, cuando el peligro parecía amenazar a su marido, y otras enrojecía, cuando se ponía de manifiesto la devoción que él le profesaba».

De acuerdo con mi plan, Mina también intentó fomentar el fin de las hostilidades. Como es lógico, apenas se atrevió a hablar abiertamente en mi favor, pero al menos intentó sembrar un poco de simpatía.

—Jonathan..., y vosotros, mis muy queridos amigos... Sé que debéis luchar, que incluso debéis destruir, lo mismo que destruísteis a la falsa Lucy para que la auténtica pudiera vivir en el futuro. Pero no hay que dejarse llevar por el odio. Esa

pobre alma que ha forjado toda esta miseria es el caso más triste de todos... Debéis mostraros compasivos con él también, aunque eso no frene vuestras ansias por destruirle.

Harker se incorporó de un salto para replicar:

—¡Que Dios lo ponga en mis manos el tiempo suficiente para destruir esa vida suya terrenal, que es nuestro objetivo! Pero, si además puedo enviar su alma al infierno para que se queme eternamente, ¡lo haré!

Y Mina:

—Oh, calla... Haces que muera de miedo y horror... Durante ese día tan largo, he estado pensando que... quizás algún día... yo también precise de esa misma compasión. ¡Y que otros como vosotros, con idénticos motivos para el odio, puedan negármela!

Según Seward, esa petición «hizo brotar lágrimas en los ojos de todos los hombres», y Mina «también lloró al ver que sus bondadosos consejos habían triunfado». A pesar de sus esperanzas, aquel grupo de canallas estaba tan decidido como siempre a empalarme algún día con una estaca; el hecho de que en aquellos momentos parecieran dispuestos a musitar una oración o a verter una lágrima mientras me asesinaban, no suponía un gran avance, según mi punto de vista.

Mientras tanto, yo había trasladado mi caja número cincuenta al muelle Doolittle, donde me alegré al localizar el *Czarina Catherine*, un barco ruso que se dirigía al mar Negro, y de allí subía por el Danubio. Para visitar los muelles me había puesto un sombrero de paja, así que difícilmente podía pasar inadvertido, y entablé una llamativa discusión con el capitán del *Czarina*, al tiempo que creaba un poco de niebla alrededor del barco hasta que mi caja estuvo segura a bordo. Esta sutileza, idónea para desafiar a Sherlock Holmes, apenas lo era para utilizar contra mis actuales enemigos. La caja iba dirigida ostensiblemente al conde Drácula, Galatz, vía Varna, y antes de abandonar Londres escribí a mi agente Hildesheim, en Galatz, con instrucciones para cuando la recibiese.

Por supuesto, no reservé pasaje para mí, ya que la idea era que mis perseguidores pensaran que yo iba en aquella caja, tal como había hecho en el viaje de ida. Pero, al cambiar la marea, subí a bordo para comprobar, por mí mismo, el almacenaje de la caja. Eso ocurrió después de la puesta del sol, y nadie de la tripulación volvió a verme. Así que soltaron amarras, pensando que yo había vuelto a bajar. No tardaron en estar en lo cierto, ya que cuando la marea volvió a cambiar — a esa hora es cuando mejor me traslado sobre aguas en movimiento—, regresé volando en forma de murciélago a South-end-on-Sea, y de allí a Purfleet antes de que amaneciera, a fin de descansar un poco en mi escondrijo, entre los matorrales de Carfax.

Conmigo había traído unas astillas del mástil principal y de algunas tablas, así como un poco de tierra y verdín de las hendiduras del casco. Con esos materiales en mi poder, podría seguir a distancia los movimientos del *Czarina Catherine*, e incluso proporcionarle los vientos que yo eligiera.

Al amanecer, y antes de sumergirme en el letargo, conseguí comunicarme mentalmente con Mina en su dormitorio, y le transmití la seguridad de que hasta el momento todo iba bien, aparte de mi idea sobre el siguiente paso a dar en nuestro pequeño juego.

Ella consideró que era un plan muy hábil, e inmediatamente acudió a despertar a Van Helsing. Entonces, como si fuese idea suya, le sugirió al profesor que la hipnotizara, a fin de averiguar mi localización a través de la unión mental que se había producido entre nosotros después del intercambio de sangre. Mediante un fingido trance, Mina no tardó en observar oscuridad, y «el roce del agua, que borbullea al pasar, y diminutas olas brincando...».

La imitación del estado hipnótico que hizo Mina fue soberbia, o al menos lo bastante buena para lograr que Van Helsing picara el anzuelo. Este no tardó en anunciar que ya sabía

qué le rondaba al conde por la mente cuando se detuvo a recoger el dinero, a pesar del peligro que suponía para él el furioso cuchillo de Jonathan... Su intención era escapar. ¡Créanme, escapar! Comprendió que con sólo una caja de tierra a su disposición, y con un grupo de hombres persiguiéndole como perros en pos del zorro, Londres ya no era un lugar para él. Ha trasladado su última caja de tierra a bordo de un barco... ¡Adelante! Ahora, más que nunca, debemos encontrarle. ¡Aunque tengamos que seguirle hasta las entrañas del infierno!

Esta no era la reacción esperada, y Mina palideció aún más al preguntar con voz débil:

—¿Por qué?

—Porque él puede vivir durante siglos, mientras que usted no es más que una simple mortal —contestó Van Helsing, solemnemente—. Ha llegado el momento de tener miedo... dado que él ha dejado su marca sobre su garganta.

Y Mina, sin saber qué contestar, cayó desmayada ante la mirada inquisitiva del profesor. Sin embargo, ella era una mujer muy decidida, y más tarde, aquel mismo día —después de que los hombres averiguasen que el *Czarina* había zarpado con una extraña caja, que había subido a bordo un hombre de aspecto vampírico—, volvió a sonsacarle.

Le pregunté si tenían la certeza de que el conde se hubiese quedado a bordo del buque.

—Tenemos la mejor prueba de todas —me contestó—: la que usted nos facilitó esta mañana, durante su trance hipnótico.

Volví a preguntarle si era realmente necesario que salieran en persecución del conde, ya que, ¡oh!, temía que Jonathan me dejara, y estaba convencida de que lo haría si los otros se iban.

Una vez más, la respuesta de Van Helsing fue afirmativa. Resumiéndola, ya que omito unas quinientas palabras.

—Pero ¿no habrá aprendido el conde la sabia lección de este rechazo? —insistió Mina—. Puesto que se le ha expulsado de Inglaterra, ¿no la evitará en el futuro, igual que el tigre evita la aldea donde se le ha perseguido?

Van Helsing, que en cierto modo había modificado su primera opinión acerca de que yo era «más astuto que cualquier mortal», ni siquiera consideró tal posibilidad.

—Mire su persistencia y aguante. Con su mente infantil, hace mucho que ha concebido la idea de trasladarse a una gran ciudad... Esa breve experiencia que ha tenido sólo ha logrado estimular su apetito y avivar sus deseos...

Tal como había esperado, los otros, menos el esposo de Mina, que estaba dispuesto a correr cualquier riesgo con tal de vengarse, estaban perdiendo su entusiasmo por la caza. Lo cierto es que el cinco de octubre, sólo dos días después de que yo supuestamente huyera del país, el mismo Seward ya lo consideraba detenidamente.

Incluso ahora, al meditar seriamente en este asunto, me resulta imposible hacerme a la idea de que la causa de todas nuestras preocupaciones aún exista. Incluso la señora Harker parece haber perdido de vista el alcance de su maleficio. Sólo piensa en su horrible cicatriz cuando algo se la trae a la memoria, de vez en cuando...

Aquella maldita cicatriz permanecía en su rostro, amenazadora, roja, como una advertencia para todos nosotros. Mediante sus irresistibles poderes, Van Helsing había canalizado los hechos en el subconsciente de Mina —recuerden que en aquella época desconocíamos este término— hasta provocarle aquel estigma. Y el hecho de que la cicatriz fuera casi idéntica a la que yo había recibido de manos de su esposo, era simple coincidencia: de nuevo esta profunda—o quizás insignificante— palabra. Aunque nadie que hubiese visto ambas cicatrices habría reparado nunca en su parecido, aparte de Mina y de otra persona, como muy pronto voy a relatar.

Ahora que Van Helsing creía que el tigre había sido expulsado de la aldea, y que probablemente se hallaba fuera del alcance de sus perseguidores, estaba buscando otro juego potencial, impulsado sin duda por el subconsciente.

—Nuestra querida señora Mina está cambiando —le confió a Seward en un momento en que los dos estaban solos—. Puedo ver cómo aparecen en su rostro las características del vampiro. Por ahora son sólo muy leves, pero perceptibles si se miran sin prejuicios. Los dientes se le están afilando, y hay momentos en que sus ojos parecen más duros... Ahora, con frecuencia, permanece en silencio, como le sucedía a la señorita Lucy.

Mientras Seward asentía con la cabeza, asombrado, el profesor proseguía:

—Ahora mi temor es otro. Si a través del trance hipnótico ella puede decirnos lo que el conde ve y oye, ¿no es más probable que él la obligue mentalmente a que revele lo que sabe de nosotros, puesto que él la hipnotizó primero y le hizo beber su sangre?

A Seward no le quedó más remedio que asentir, y de nuevo decidieron efectuar un cambio en su política, y excluir a Mina de todos sus consejos de guerra. Esa noche, antes de que se vieran obligados a poner en su conocimiento esa mala noticia, ambos doctores sintieron «un gran alivio personal», según escribió Seward, cuando «la señora Harker... envió un mensaje a través de su marido, diciendo que no se reuniría con nosotros en esta ocasión, pues creía que era preferible que estuviésemos libres para discutir nuestros planes sin el estorbo de su presencia». Lógicamente, Mina había captado una alusión de Jonathan respecto a por dónde iban los tiros, aparte de que había recibido mentalmente mi mensaje de que ardía en deseos por visitarla esa noche.

La verdad es que con mi pequeño cuerpo peludo aterricé en el alféizar de la ventana de su dormitorio en el momento en que ella estaba despidiendo a su marido, que iba a unirse con el grupo abajo para deliberar. Con un suspiro de alivio, Mina cerró la puerta y se dirigió al dormitorio saltando de alegría. Su rostro brilló todavía más al descubrir que el transformado conde apoyaba su nariz de murciélago contra el cristal, esperando impaciente a que le concediera audiencia.

Mina acudió tan precipitadamente a abrirme la ventana, que pude ahorrarme la incomodidad de cambiar de forma para entrar. Sin embargo, el primer vistazo que lanzó a aquel cuerpo de murciélago provocó en ella tal repugnancia que me apresuré a cambiar a mi forma humana tan pronto como me hallé en la habitación.

—Considéralo un simple disfraz —murmuré en cuanto nos hubimos besado—. No es más que un traje que a veces me pongo. Pero dime, mi bella dama, ¿qué ha provocado esa alegre danza, con la que ahora mismo cruzabas la salita de estar?

—Aparte de la alegría de volver a verte —contestó Mina—, era de puro alivio al no tener que soportar otra de sus reuniones.

Seguidamente me contó cómo había intuido que su líder había vuelto a excluirla, y suspiró como si se quitara un zapato que le apretara.

—Todos allí sentados, con la boca abierta y el entrecejo fruncido, escuchando a Van Helsing vociferar sobre lo malvados que son los vampiros, como si eso no tuviese nada que ver conmigo. Es decir, hasta que alguno de ellos recuerda que sobre mi frente está la marca de Caín y la observa de reojo; pero sus ojos se apartan culpables cuando están a punto de encontrarse con los míos. Incluso... Incluso Jonathan ya no se atreve a mirarme fijamente a la cara. Aún me ama, creo, pero es como si... Como si llegara a sentir vergüenza de mí.

Mina alzó sus dedos hasta la roja cicatriz que empañaba su belleza.

—Vlad, háblame lisa y llanamente, como tu amor es puro y sincero para mí. ¿Qué se puede hacer con esto? ¿No hay forma de que desaparezca?

En aquellos momentos yo permanecía sentado en su cama, con las piernas

cruzadas, haciendo balancear una de mis nuevas y elegantes botas inglesas. Supongo que podría haberle aplicado algunos de mis propios poderes hipnóticos para liberarla de la cicatriz, pero mi experiencia con manifestaciones histéricas similares me había enseñado que si se suprimían sin que desapareciera la causa que las había provocado, podían reaparecer con una nueva forma incluso más desagradable.

—No sin que corras un riesgo considerable —contesté—. Y, en todo caso, no por ahora. Ten en cuenta que Van Helsing sin duda entraría en graves sospechas de que te has convertido realmente en un vampiro, si de repente desaparecieran la cicatriz o las pequeñas marcas de tu garganta... Pero no te desanimes, en su momento ya encontraremos una solución.

—Pero, Vlad, ¿por qué el roce del doctor Van Helsing con la hostia me dejó esta repugnante mancha para que todo el mundo la vea? Aún no consigo comprenderlo. Sé paciente conmigo... ¿Por qué tengo que llevar esta marca si..., si de hecho no soy... ?

—¿Impura y maligna? De eso puedes estar segura. Esta marca sólo apareció cuando el poder hipnótico de Van Helsing, tanto si lo aplicó deliberadamente como si no, actuó sobre tu cuerpo a través de una parte inconsciente de tu mente.

—Pero... ¿cómo puede actuar una mente que no es consciente?

—No lo sé. —En 1891, un joven doctor llamado Sigmund Freud estaba sólo empezando sus investigaciones sobre la histeria—. Pero he visto casos parecidos anteriormente. Mina, yo mismo soy una prueba de que existe un tipo de poder hipnótico superior.

—¿A qué te refieres, Vlad?

—A una fuerza básicamente parecida al hipnotismo, pero llevada a un grado extremo, mucho más lejos de lo que puedan llegar a conseguir Van Helsing, Charcot o cualquiera de los practicantes habituales de hoy en día. Una fuerza que supera sus mayores esfuerzos, o incluso los que yo pueda hacer conscientemente, de la misma forma que una locomotora a vapor supera la fuerza de un simple calentador para hervir el té.

»Mina, yo debería haber muerto en el año 1476 de nuestra era, a causa de las heridas de una espada. Mis pulmones se paralizaron, y también mi corazón, pero yo no temía ni a la muerte ni a la vida... ¿Conoces los escritos de ese norteamericano, Poe? ¿O los de Joseph Glanville, tu compatriota? «El hombre no será restituido a los ángeles, ni por completo a la muerte, como no sea por la debilidad de su frágil voluntad.» No fue el abrazo de una mujer vampiro lo que me transformó en lo que soy.

Mina me miró con tal extrañeza durante unos instantes, que me vi obligado a sonreír para tranquilizarla.

—Pero eso es espantoso, Vlad —se limitó a decir.

—Cualquier ser humano puede espantar a otro, si éste se lo consiente —le dije con voz suave y, sonriendo aún, le acaricié la mejilla—. De modo que confía en mí. Volver a espantarte es lo último que deseo. Dentro de poco, nuestras cicatrices

desaparecerán. Y ahora ven, ¿no quieres volver a sonreír para mí? Ah, éste es el brillante rayo de sol que más agradable me resulta.

Después de hablar durante un rato sobre asuntos más optimistas, le dije:

—Me alegro de tenerte conmigo ahora, pero al mismo tiempo preferiría casi que estuvieses abajo, participando en la reunión de los hombres, a fin de estar plenamente informado de todos sus planes. ¿Crees que es la última vez que te excluyen de sus continuas reuniones?

—¡Oh, bah! Encontraré la fórmula de reunirme con ellos, si piensas que puedo enterarme de algo realmente vital.

—Hay algunas preguntas cuya respuesta puede ser vital para mí. Por ejemplo, ¿cuándo y con qué medios pretenden seguir al *Czarina Catherine*? Estoy convencido de que, de algún modo, lo intentarán. Y luego, ¿han telegrafiado a las autoridades del Bosforo, o quizás a alguien más próximo a mi hogar, para que registren o destruyan la caja? Godalming es muy influyente, y ellos no dudarán en utilizar el soborno para atraparme.

Mina se hallaba sentada en mis rodillas, restregando su mejilla contra la mía, y echó hacia atrás la barbilla para que su esbelto cuello pasara rozándome los labios.

—Intentaré asegurarme, por supuesto... Sin embargo, por lo que se refiere a telegrafiar, no creo que lo hayan hecho. Pienso que desean la satisfacción de destruirte con sus propias manos.

La sujeté por los hombros, y le hablé con la mayor gravedad :

—En cuanto a ti, mi amor, será mejor que vayas con cuidado de que nunca se vuelvan contra ti con esas mismas intenciones. He visto algo en los ojos de Van Helsing, y lo he oído a través de sus labios... En mi opinión, no es una casualidad que su esposa esté recluida en un manicomio. Dale cualquier evidencia que él pueda interpretar como una causa justa, y disfrutará clavando una estaca en tu blando corazón mientras observa cómo saltas con cada golpe. O, lo que es más probable, convencerá a tu querido Jonathan para que lo haga por tu propio bien, mientras él y los demás lo contemplan. De igual forma que convenció a Arthur para que diera su merecido a su amada Lucy.

—Ya he pensado en ello —dijo Mina, aunque en esta ocasión no pareció especialmente asustada—. Pero existe una fórmula casi infalible para que una simple muchacha como yo consiga que unos hombres fuertes como ellos cambien de parecer.

La amaba profundamente.

—¿Y cuál es?

Su sonrisa se hizo más abierta. ¿Tenía realmente los dientes algo más afilados ahora?

—Sugerirles que lo hagan, pero como si la idea partiese de mí, y luego seguir recordándoles que es idea mía.

Y, fiel a su palabra, pocos días después hizo jurar a todos los hombres que la matarían si alguna vez llegaban a la conclusión de que ella había cambiado de tal

modo hacia el vampirismo, que esa medida era lo más aconsejable para todos. Luego me contó que, mientras formulaba aquella súplica conmovedora, por vez primera Van Helsing se quedó al margen, con expresión malhumorada. No hace falta decir que esa petición nunca se llevó a término, ¿verdad?

Mina también logró pasarme algunas informaciones que, supuestamente, ella debía ignorar, pero de las que se había enterado fácilmente a través del criado que había ido a encargar los pasajes para viajar en tren.

—Ellos harán el viaje por tierra, Vlad. El doce de octubre saldrán de la estación de Charing Cross con destino a París. Su plan consiste en coger allí el Orient Express. Todavía no he logrado averiguar exactamente hasta dónde piensan llegar en tren, o cuáles son sus planes para interceptar tu caja cuando lleguen. ¿Qué harán cuando descubran que la caja está vacía? ¿Y cómo voy a explicar la falsedad de mis visiones?

—Mina, como muy bien puedes suponer, he pensado detenidamente en este asunto. Por lo que me has contado, Jonathan parece más loco que cuerdo con su voluntad de perjudicarme, y, por si eso no bastara para mantener a los otros en marcha, está el profesor, que no les permitirá abandonar la cacería. Nada dejará satisfechos a esos hombres, como no sea la evidencia de mi muerte. Pero es posible que, a fin de cuentas, cuando abran esa caja no esté totalmente vacía.

7

Una mañana neblinosa, el grupo de linchamiento partió de Londres según el horario previsto, y llegó a París, vía barco-tren, aquella misma noche, el doce de octubre. Mina había convencido a los hombres que la llevaran con ellos, ya que con los poderes de médium que tenía, podrían seguir la pista de mi paradero. Con un físico en cierto modo alterado, y lógicamente bajo un nombre falso, yo viajaba en el mismo tren cuando su expedición salió de la estación de Charing Cross. Mientras yo y mis enemigos cruzábamos más o menos juntos el canal de la Mancha, el *Czarina Catherine*, dando un gran rodeo, atravesaba el Mediterráneo hacia el mismo punto de destino. Yo le enviaba buen tiempo y cuantos vientos favorables podía, apartando un par de turbonadas que amenazaban con provocar algún retraso.

Lógicamente, en mi compartimento yo no llevaba ningún ataúd medio relleno con tierra. Pero en el furgón de equipajes había un baúl de viaje, amplio y con paredes de cuero con más de un centímetro de espesor, que había hecho gruñir a tres corpulentos mozos mientras lo cargaban en el tren. La etiqueta indicaba que era propiedad del doctor Émile Corday, con destino Bucarest.

Durante el primer tramo del viaje, antes de llegar a París, no hice esfuerzo alguno para ver a Mina, limitándome a intercambiar mentalmente con ella algunas palabras tranquilizadoras, en un par de ocasiones. Sentía cierta preocupación de que los hombres pudieran reconocerme, a pesar de todos mis esfuerzos por alterar el aspecto de mi forma humana. Me había peinado el cabello de modo que tapara la cicatriz de mi frente, me había afeitado la barba y el bigote, dejándome unas pobladas patillas de color castaño que hicieran mi cara más llena.

Más difícil resultaba disimular la forma de la nariz o el color natural de la piel, que mis perseguidores describían, de forma distinta, como «pálida», «verdosa» o «del color de la cera». Alterar la nariz era prácticamente imposible, y cambiar la piel a un tono rubicundo, saludable y tranquilizador requería inmensas dosis de sangre de mamífero, y las especies más asequibles eran las vacas y los cerdos.

Como ya he dicho, tanto mis perseguidores como yo nos encontrábamos en París la noche del doce de octubre. Tuvimos que esperar en el interior de la Gare de l'Est, separados ambos, a muy poca distancia, mientras yo entornaba los ojos tras mis gafas oscuras, a causa del resplandor de las nuevas luces eléctricas de la estación. En torno a nosotros, con estudiada solemnidad, se efectuaban los preparativos para la salida del convoy más famoso de la Compagnie Internationale des Wagons-Lits et des Grands Express Européens, o, de hecho, de cualquier otra compañía ferroviaria ya establecida, o a punto de establecerse. El Orient Express llevaba operando unos ocho años, y estaba en la cúspide de su excepcional elegancia, si no de su fama. El equipaje autorizado por pasajero era lo bastante capaz para el enorme baúl del

doctor Corday, y a mí me asignaron un compartimento de lujo en un vagón próximo a los dos que compartían mis cinco perseguidores. En aquel entonces, a las señoras se las solía secuestrar en sus *voitures-lits*, al menos durante las habituales horas de sueño, me alegré al descubrir que Mina estaría sola en un compartimento cuando yo pudiera ir a visitarla.

La hora de partida estaba estudiada para permitir —según la habitual consideración de los franceses— servir la cena a bordo. Así que, mientras el Orient Express traqueteaba a través de la oscura campiña hacia Estrasburgo, me deslicé por la ventana de mi compartimento conservando la forma humana: un murciélago habría salido despedido inmediatamente a causa del viento provocado por nuestro avance, que debía soplar a unos cien kilómetros por hora. Soportando el humo del carbón y las pavesas volantes, subí al techo del rápido y oscilante vagón, y avancé de techo en techo hacia la parte trasera del tren.

Colgado de la parte lateral, para asomarme a las ventanas a medida que avanzaba, pronto localicé el coche restaurante. Inspeccioné su interior para ver si mis enemigos estaban en alguna mesa, y al mismo tiempo echar un vistazo a mi amada. Lo que vi podía haber sido el comedor de un hotel de lujo. Los camareros, que vestían calzones de seda azul, medias blancas y zapatos con hebillas, servían champaña. La luz de las elegantes lámparas, que se mecían al ritmo del tren, se desparramaba sobre los revestimientos de caoba y el sólido mobiliario de roble.

Y en efecto, allí estaba Mina, encantadora como siempre, con un nuevo vestido abierto. A su lado, en la mesa, se hallaba su marido, canoso y cambiado, tal como ella había dicho, mirando fijamente al vacío. Frente a la desigual pareja cenaban los doctores Van Helsing y Seward. Al otro lado del pasillo se hallaban lord Godalming y Quincey Morris, ambos con traje de tweed, que muy bien podía ser el uniforme de caza. Ambos hacían gestos por encima de su filete de ternera, y sugerían que estaban discutiendo sobre la ruta migratoria de las aves de caza, o quizá de los murciélagos.

Todo parecía transcurrir según lo planificado. Pero, a juzgar por la cantidad y la frescura de la comida que había en sus platos, no era probable que Mina regresara a su compartimento dormitorio hasta dentro de algún tiempo. Mientras tanto, yo podía intentar averiguar cuál de aquellos compartimentos era el suyo, y a eso me apresté. Me dirigí al coche cama de las damas, asomándome todo cuanto podía, cabeza abajo, en una serie de ventanas. Desgraciadamente, todas aquellas aberturas estaban cubiertas con cortinajes tan tupidos que apenas veía nada, y el estruendo del tren era tal que no podía oír sonido alguno del interior del vagón. Por fin llegué a una ventana cuyas cortinas estaban lo suficientemente descorridas como para permitirme comprobar que en el compartimento no había nadie en aquellos momentos. Avancé dispuesto a deslizarme allí dentro, pero de pronto descubrí que se me obstaculizaba el paso: se trataba del antiguo y familiar bloqueo impidiéndome entrar en cualquier domicilio sin autorización.

Sin dejar de mascullar imprecaciones en voz baja, e interrogarme sobre si Mina comprendería que yo necesitaba una nueva invitación para poder estar a su lado, me

arrastré hasta la cola del tren. Enseguida me di cuenta de que el último vagón contenía un salón para fumadores y una biblioteca, y que al final había una pequeña plataforma desde la cual observar el panorama.

Ansioso por escapar al empuje del viento y del humo grasiento, tan sólo eché un rápido vistazo a la plataforma antes de descolgarme para bajar. Por eso no vi la oscura silueta del hombre que permanecía inmóvil en una esquina, observando las desperdigadas luces de las granjas y caseríos que pasaban veloces en la noche. Debido al rugido envolvente del aire y del acero, no había podido oír el sonido de sus pulmones ni del corazón, y la luminosa señal de su cigarro tan sólo se hizo visible cuando se volvió hacia mí. Me di cuenta de que había adoptado con un segundo de retraso mi postura sobre la barandilla, como si yo fuese un absorto observador de la campiña. Aun así, me volví hacia él con la mayor indiferencia posible, desafiándole, en tal caso, a creer en sus propios ojos por lo que se refería a mi aparición.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, de mediana estatura, con pequeña y arreglada barba, ojos castaños, acuosos, inteligentes, y en cierto modo intensos. Se quitó de la boca el negro y largo cigarro, y me miró con la franca estupefacción de quien creía efectivamente en lo que sus ojos habían visto cuando me descolgaba del techo.

Sin darle mayor importancia, de un golpe desplegué mi clac para recuperar la forma, y me lo coloqué en la cabeza. Luego asentí afablemente a mi compañero y me preparé para entrar en conversación. Necesitaba averiguar si mi propia supervivencia iba a requerir que lanzara del tren a aquel desgraciado, o si podía llegar a convencerle de que no había visto realmente lo que había visto a la perfección.

—*Bon soir, monsieur*—le saludé, y cambié al alemán cuando su vacilante respuesta me llegó con un acento que indicaba su gran familiaridad con ese idioma.

—Buenas noches —me contestó, y siguió mirándome unos segundos antes de parpadear y articular una excusa—. Le ruego disculpe mi mirada, pero... Estaba aquí, ensimismado en mis pensamientos, y me ha parecido..., me ha parecido como si de pronto apareciera en la plataforma..., como si surgiese de la nada.

Aunque al principio sus palabras eran vacilantes, pronto adquirieron un tono de firmeza que sin duda era más natural en él.

—Totalmente comprensible —murmuré—. Permita que me presente. Soy el doctor Émile Corday, de la Akademie der Wissenschaften, en Viena.

De nuevo se quedó perplejo, y sentí que la había pifiado otra vez. Tras mis gafas oscuras estudié el paisaje que desfilaba ante nosotros, en busca de algún pajar donde poder lanzarle y librarme así de un incómodo espectador durante un par de días, si no para siempre. Empezaba a creer que su marcha del tren era imprescindible, pero era reacio por lo que se refería a su muerte.

—¿De la Akademie...? —murmuró—. Pero si yo... Es decir, creía conocer perfectamente a todos...

—Oh, por supuesto, hace años que estoy inactivo. Actualmente trabajo para una

empresa de Londres... No, muchas gracias, no me apetece un cigarro, ¿Herr...?

Por fin consiguió coger mi mano a modo de presentación, y abrió la boca para anunciar su nombre, pero en aquel momento entramos en un corto túnel y sus palabras se perdieron.

Después de la intensa fumigación con el humo de la máquina que nos proporcionó el túnel, de mutuo acuerdo decidimos volver a entrar al tren. Lógicamente, donde entramos fue al coche de fumadores. Por un instante me quedé petrificado, anticipando una acción desesperada al reconocer en dos de los pasajeros —exclusivamente masculinos— a Arthur y a Quincey, que ya se habían sentado y encendido sus cigarros.

Logré situarme de espaldas a ellos cuando mi compañero y yo nos sentamos a cierta distancia: él había vuelto a encender su cigarro, y lo más probable era que deseara permanecer algún rato en aquel vagón. En cuanto a mí, no quería dejarle hasta haberme asegurado de qué era lo que había visto, o creía haber visto, durante mis extrañas acrobacias.

El tono de las voces de Quincey y Arthur era demasiado bajo para que lo pudiera percibir un oído corriente desde donde me hallaba, pero yo no tuve ningún problema.

—En Texas, a una puta la llamamos puta —susurraba Quincey, con cierta vehemencia—. Tú aseguras que esa pequeña pelirroja lo es, ¿por qué no nos levantamos y se lo preguntamos? Preguntémosle también si tiene alguna amiguita a bordo. Todo es más fácil de esa manera.

—No siempre puede hacerse de forma tan directa y brusca, amigo mío; aunque no parece que vayas a entenderlo. Esto no es África, al fin y al cabo; y tampoco los Mares del Sur.

—En Londres también decías lo mismo, y el asunto funcionó bastante bien tal como lo llevé. ¿O no?

—Mi querido amigo, aterrorizaste por completo a la mujer de la casa cuando dijiste haber visto a un murciélago, y utilizaste la ventana como blanco para disparar con tu Colt...

—Por el momento, mi experiencia es bastante limitada —me decía mi nuevo amigo, casi al oído.

En cierto modo, parecía sentirse atraído hacia mí, como a veces una persona poco corriente se siente atraída hacia otra, incluso cuando ninguna de las dos conoce la cualidad exacta de la reserva de la otra.

—Últimamente he dedicado muchos esfuerzos a esas investigaciones sobre los efectos de la cocaína, y a cómo las energías del proceso mental pueden afectar la salud física.

Esto último captó mi atención, provocándome una sacudida.

—Eso es muy interesante, doctor—comenté sinceramente: dado que seguía ignorando su nombre, de momento había conjeturado ese título.

Mi compañero se había quedado en silencio, como si reflexionara sobre algo

mientras dejaba que su cigarro se consumiera.

—No debería tomar este último brandy, si esta noche voy a lamentarlo... Pero... ¡al infierno con todo! Ahora voy a montar a esa gata de pelo rojo, o si no no sé por qué razón... Art, ¿estás seguro de que es una puta...?

—Bastante, bastante. Uno puede enterarse de muchas cosas escuchando a los criados, ¿sabes? Del mismo modo que ellos aprenden de nosotros... Apostaría a que hay que entrar en negociaciones con ellos para obtener los favores de esta belleza pelirroja y de cualquier amiga que la acompañe a bordo...

—¿Y dice usted que ahora tiene su clientela en Londres, doctor Corday?

—Oh, no exactamente, doctor. No. Digamos mejor que trabajo como asesor para varias empresas..., sobre temas relacionados con la psicología y la medicina...

Mi sistema para la inventiva, que nunca ha sido muy sólido, empezaba a flaquear. Sin embargo, a base de hablar lentamente y con pausas muy elaboradas, conseguí entretener a mi interlocutor hasta que Quincey y Arthur volvieron a levantarse y abandonaron el vagón, sin duda para iniciar sus negociaciones. Habría jurado que Arthur seguía con bastante desgana a su amigo: Lucy llevaba sólo tres semanas en su tumba, y hacía sólo dos que había muerto. Puede que yo fuera un ingenuo, pero me sorprendió bastante enterarme de que las damas de la noche viajaban con regularidad al continente en *wagons-lits* de lujo. Aunque ¿por qué no? Tanto el dinero como el aburrimiento sin duda abundaban en el Orient Express, y supongo que debe de haber algo intrínsecamente excitante en el rápido movimiento de un tren.

Cuando mi nuevo amigo y yo abandonamos el coche de fumadores, me las ingenié para que él me precediera a lo largo del tren, abriendo las puertas para que yo pasara. Esto me facilitó una invitación a cada uno de los coches cama que yo aún no había visitado. Lógicamente, a esa hora tan temprana de la noche los caballeros aún podían pasar por el coche de las señoras. En el interior, los compartimentos sólo estaban separados del pasillo, más o menos público, por unos paneles de cristal con armazón de madera; sin embargo, unas cortinas de damasco cubrían la mayor parte de los cristales, y yo seguía sin saber en qué compartimento se alojaba Mina.

—Ah, este tren es una exageración —murmuró mi inconsciente benefactor, después de entrar en un coche para caballeros y detenernos ante un compartimento que sin duda era el suyo—. Al menos lo es para mí. Pero deseaba estar a solas y tranquilo durante un tiempo, para reflexionar... Disponemos de tan poco tiempo para pensar...

—Por lo que se refiere a mis asuntos, también he llegado a esta conclusión —repliqué comprensivo—. Bueno, confío en no haberle distraído en sus reflexiones, doctor. Sus experimentos parecen enormemente interesantes, y me gustaría conocer más cosas sobre ellos en un próximo futuro.

—¿Se dirige usted a Viena? —inquirió.

—Mucho más lejos. Mi profesión me obliga a ir finalmente a un lugar tan lejano como el mar Negro.

—En fin, sin duda mañana tendremos tiempo para charlar... ¿A la hora del desayuno, quizá?

—¿Por qué no?

Siempre podría alegar una pequeña indisposición cuando me encontrara en la mesa; y, si era necesario, incluso podía tragar alguna comida ligera y luego regurgitarla.

—En cuanto a su miedo a haber interrumpido mis reflexiones al distraerme, doctor Corday, no se preocupe. No, usted me ha proporcionado... —Se interrumpió con una leve sonrisa, y «material de reflexión» parecía el final de la frase que no había expresado—. ¿Sabe una cosa? Cuando le vi por vez primera en la plataforma, pensé que...

Pero en ese momento tuvo que interrumpirse de nuevo, con una leve sonrisa, a la que inmediatamente siguió una seria mirada introspectiva. Lo que creía haber visto allí afuera debía de parecerle demasiado ridículo para comentarlo en una charla intrascendente.

—Espero ansioso que me lo cuente por la mañana —contesté sonriente, y después de darle las buenas noches me dirigí a mi propio compartimento.

Una vez en él, cerré la puerta con llave y salí de nuevo a través de la ventana cerrada. Con el sombrero plegado en mi bolsillo, a causa de la corriente de aire, volví a retroceder en dirección al vagón de las mujeres. La inteligente y realista Mina había pensado en abrir lo suficientemente las cortinas para que una pavesa viajera adherida al techo del vagón pudiera atisbar allí dentro, donde ella y Jonathan permanecían sentados formalmente el uno frente al otro.

Puede que «formalmente» no sea la palabra exacta, ya que, mientras él permanecía allí sentado, afilaba su enorme y mortífero cuchillo, el arma con la cual aspiraba a mandarme a la eterna condena. Por lo que recuerdo, era un tipo de cuchillo llamado kukri, que en aquel entonces, e incluso antes, llevaban los gurkas del Nepal, y que Quincey y Arthur habían adquirido en sus viajes. Mientras contemplaba aquella prueba de que mis enemigos seguían obstinados en utilizar el metal para liquidarme, el plan para engañarlos empezó a adquirir su estructura final.

Jonathan no tardó en levantarse y, después de meter la afilada hoja en la funda que llevaba debajo de la chaqueta, dio unas castas buenas noches a su esposa —con unas breves palabras que yo no pude oír—, y se marchó. Tan pronto como hubo salido, Mina cerró con llave la puerta del compartimento y se apresuró a acudir a la ventana. Su tez estaba algo pálida, pero en cuanto vio mi rostro invertido al otro lado del cristal, se reanimó, y recordó que debía invitarme a entrar para que yo pudiera hacerlo. Al cabo de un instante, ambos estábamos en brazos uno del otro.

Mina me informó de que, por lo que había averiguado, los hombres seguían plenamente convencidos de que yo yacía como una carga inerte a bordo del *Czarina Catherine*. Ella había hecho todo lo posible para reforzar esa opinión, mediante sus continuos informes de que percibía ruidos de agua y oscuridad durante sus habituales sesiones hipnóticas con Van Helsing, en las cuales fingía entrar en trance

mediante unos cuantos gestos alelados.

—Como mínimo se necesitarán tres jornadas completas para llegar a Varna, donde planean interceptar la caja —me contó—. Vlad, ¿estás seguro de que tu presencia en el tren podrá pasarles inadvertida hasta entonces? ¿Cuándo vas a descansar, y dónde?

—Pienso bajar en Bucarest —la informé—. Y también lo he arreglado todo para poder descansar a bordo.

Seguidamente, sin apenas dudarlo, la puse al corriente del enorme baúl de cuero que viajaba en el furgón de equipajes, con la rica tierra de Transilvania en su interior. Y digo que la puse al corriente sin apenas dudarlo, porque no en vano durante siglos me había negado a confiar a un humano información tan vital para mi supervivencia. Perder mi baúl, o verme privado de poder utilizarlo, me habría puesto en una situación desesperada; aunque debo admitir que no tanto como si hubiese naufragado en el mar del Norte durante mi viaje a Inglaterra. Segundo a segundo, el Orient Express corría veloz en dirección al este; y, viajando alternativamente en forma de murciélago, lobo y humano, desde la frontera franco-alemana era posible alcanzar mi país antes de que el agotamiento y el sol acabaran conmigo.

Cuando Mina y yo nos refocilamos mutuamente lo mejor que pudimos, esa primera noche en el oscilante tren, nos tumbamos amigablemente el uno junto al otro en la estrecha cama. Con mi agudo oído me entretuve escuchando fragmentos de una conversación, que atravesaba los ruidos del tren, y las delgadas particiones, para llegar hasta mí desde un compartimento vecino. Quienes hablaban eran una damita, de la que sospechaba que era pelirroja, y un joven que durante el día probablemente llevaba calzones de seda azul y medias blancas en el coche restaurante, pero que de noche servía, con una capacidad sin duda más emprendedora y lucrativa, como agente comercial de la dama.

—¿Qué te hace sonreír así, mi querido Vlad? Confieso que voy a sentirme angustiada, mientras tu vida y la de Jonathan corran tan grave peligro.

—Me alegro de que Arthur y Quincey tengan planes menos exterminadores para esta noche.

—¿De veras? ¿A qué te refieres?

Mina parecía realmente interesada a medida que se lo iba explicando. Quizá debido a la especial naturaleza de nuestras relaciones, Mina comentaba abiertamente conmigo asuntos que habría sido reacia a discutir con su marido.

—Al menos eso los distraerá de sus crueles elucubraciones para perjudicarte —murmuró.

Al cabo de poco le dije que se me hacía tarde para irme, si quería cenar mi sangre de ternera y descansar un poco antes del amanecer.

—Ten cuidado —me advirtió—, en especial cuando vayas por el techo del tren. Le besé la mano.

—Tendré cuidado. Pero lo cierto es que hay tantas posibilidades de que me

caiga del techo del tren, como que tú te caigas al andar por un suelo plano e inmóvil. También debo irme por tu propio bien; debes descansar. El bueno del profesor sin duda vendrá antes del amanecer, o te mandará llamar, para que le des el informe habitual.

—¿Y qué voy a decirle por la mañana?

—Dale el mismo informe de antes: viento y olas, y la oscuridad de la bodega.

Incluso a aquellas horas, la cocina del tren, o zona de los fogones en el *voiture-restaurant*, no estaba desierta. Los panaderos y fregaplatos trabajaban afanosamente para que al día siguiente los pasajeros pudieran comer y cenar a gusto y en abundancia. Sin embargo, después de aguardar un rato en la ventana, entré en forma de niebla y obtuve un poco de sangre de ternera y cordero —congelada, pero era mejor que nada— de unas reses muertas que guardaban en el interior de la enorme nevera que había al fondo. Entonces, después de haber apaciguado el hambre y haberme asegurado la rubicundez de mis mejillas por unas cuantas horas más, ansié la intimidad de mi baúl de cuero.

Dirigirme seguidamente al furgón de equipajes no suponía problema alguno. Por desgracia, debido en parte a mi cansancio poco habitual, y en parte a lo que hoy en día se denomina desfase horario, es decir, una combinación de fatiga con el cambio de horas, volver a salir sí podía ser un problema para mí. El hecho es que dormí demasiado y que me desperté cuando ya había amanecido, descubriendo con preocupación que no podía cambiar ya de forma para salir del baúl.

Después de forzar el candado desde el interior, salí del baúl y, ejerciendo gran fuerza con los dedos, intenté volver a cerrarlo para que pareciera normalmente cerrado. Pero, cuando me dedicaba a esta tarea, algunos empleados del tren entraron de forma repentina en el vagón. Intenté ocultarme detrás de unas pilas de maletas, pero mi experiencia de varios siglos, si es que realmente puedo vanagloriarme de ello, se redujo a nada debido a lo reducido del espacio. De modo que no tardaron en descubrirme, aunque fuera por casualidad.

De inmediato se entabló una acalorada discusión. Parecía como si el revisor, mozos y agentes de todo tipo brotaran de la nada, al tiempo que me hacían preguntas en media docena de idiomas, sobre quién era yo y qué hacía en un sitio donde era impensable que entrara un pasajero. Seguí insistiendo tranquilamente que había entrado allí por error, que a fin de cuentas la puerta no estaba cerrada con llave, y que sería mejor que las cerraran, si querían preservar aquellas zonas sacrosantas.

Con mi severa mirada habría podido abrimme paso enseguida entre aquella gente, si el ojo de lince de uno de mis interrogadores no se hubiese fijado casualmente en el brillante metal de la cerradura forzada de mi baúl. Hubo una sarta de exclamaciones en todos los idiomas, y de nuevo me cerraron el paso. El hombre insistía en que aquel precioso baúl no estaba abierto la noche anterior, cuando él se fue del vagón: yo lo había hecho, así que era un ladrón, o algo peor.

Sólo había una forma de detener aquel alboroto, y era alegando que el baúl era

mío. Por supuesto, yo podía exhibir un par de documentos en los que se me identificaba como el doctor Corday, que figuraba como propietario en la etiqueta del baúl. Sin embargo, antes de que tales argumentos pudieran causar su efecto, el revisor abrió con gesto dramático la tapa de cuero, dando la impresión de que, como mínimo, esperaba encontrar allí dentro un cadáver desmembrado. Todos se quedaron estupefactos ante la simple carga de tierra.

—¿Cómo se explica esto, monsieur?

—Si se refiere usted a su rudeza, mi buen hombre, debe de conocer mejor que yo la respuesta.

—Me refiero a la condición en que se encuentra este baúl y a su contenido, señor.

Con ojos brillantes, de nuevo se asomó al interior. A fin de cuentas, puede que hubiera un par de cadáveres entre aquella tierra húmeda.

—Éste es mi baúl, monsieur revisor, y la condición en que se encuentra es asunto mío.

A continuación nos trasladamos al siguiente vagón, donde el revisor tenía su puesto de mando, por así decirlo, desde donde podía ver el pasillo del vagón, así como las puertas de los compartimentos de los pasajeros. Detrás de su escritorio colgaba un espejo que, de no haber sido yo inmune al miedo, me habría provocado unos instantes de aprensión. Una pequeña estufa a los pies del revisor, mientras éste permanecía allí entronizado, esparcía un agradable calórenlo contra el amanecer otoñal.

Si esperaba tenerme allí como un suplicante, estaba muy equivocado. Por muy encumbrado que pudiera estar en su pequeño dominio sobre ruedas, mi propio reino era mucho más amplio y versado que el suyo, y yo mucho más hábil que él en cuanto al tono y los gestos que mejor podían servir para intimidar. Sin necesidad de ejercer una gran fuerza física, continué avanzando irresistiblemente entre su pequeña corte de empleados ferroviarios, y caminé hacia mi compartimento. Un par de ellos me siguieron a poca distancia —en realidad, el asunto del baúl aún no había finalizado, ¿y qué haría yo ahora para encontrar un sitio donde descansar?—, pero de momento nadie se esforzó en detenerme, ni me obligó a seguir contestando a sus preguntas.

Nada más entrar en mi compartimento, y empezar a relajarme, llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién es?

—El doctor Floyd —creí entender, como si se tratara de un nombre inglés, dado que la respuesta había sido en ese idioma.

Sin embargo, no había duda de que la voz pertenecía al conocido de la noche anterior, cuya lengua era el alemán.

Para mi sorpresa, a quien vi al abrir la puerta fue a Mina, de pie junto al médico vienés. Cuando los dos hombres finalizamos el intercambio de saludos, el doctor, hablando inglés por deferencia a Mina, me la presentó.

—Esta mañana, bastante temprano, y con motivo de cierto asunto profesional,

he conocido a la señora Harker, la cual ha tenido la amabilidad de desayunar con nosotros. Cuando le he mencionado que usted, doctor Corday, también procedía de Londres, se ha mostrado muy interesada en conocerle.

—Me siento profundamente halagado, señora Harker —la saludé, y conseguí hacerle un pequeño guiño al tiempo que me inclinaba para besarle la mano.

El «asunto profesional», como luego me informaría Mina, había sido el resultado de una disputa en los compartimentos de caballeros durante la noche. Habían salido a relucir revólveres y cuchillos, aunque por fortuna no llegaron a utilizarlos. Por la forma de ciertas prendas de vestir, era evidente que una joven estaba involucrada en la discusión. El doctor Floyd —ése era el nombre que yo había entendido— tuvo que asistir a Quincey Morris de varias heridas en el cuero cabelludo, y a un camarero por algunas heridas bastante serias en la cabeza, aunque no graves, y varias contusiones en la cara.

Muy bien, ¿para qué mostrarme recatado e ir con indirectas? Después de que a eso de las once Arthur cambiara de idea respecto a sus necesidades de compañía femenina —lloroso y borracho, había empezado a lamentarse por Lucy—, y Quincey disputara con exceso de brío la factura por los servicios prestados, tuvo lugar un altercado que precisó de algunas vendas y varios billetes de banco para suavizar las cosas.

Harker oyó el alboroto, y salió apresuradamente del compartimento de al lado, con ojos desorbitados y esgrimiendo un enorme cuchillo. Por fortuna, enseguida se tranquilizó al darse cuenta de la auténtica naturaleza del problema. Seward y Van Helsing ya habían ido en busca de Mina para hipnotizarla, a fin de que les facilitase el comunicado oficial de cada mañana, y Jonathan le dijo al revisor que sería mejor que enviara a buscar otro médico para que atendiera a los heridos. La suerte hizo que mi amigo del coche de fumadores se encontrara allí cerca, y accedió de buen grado a prestar sus servicios. Su acento, y quizá parte de su físico, provocaron en nuestro querido Jonathan el comentario de «asqueroso judío» cuando Quincey gruñó ante la incomodidad de un par de puntos en su gruesa cabeza.

Mina terminó muy pronto la sesión, e inmediatamente se presentó en la escena de la disputa. Pero, afable como siempre, abandonó a los hombres discutiendo y curándose las heridas, y se marchó a desayunar con el buen samaritano, en pago a sus reparaciones. Ella pareció alegrarse ante la sorpresa de tenerme como compañero inesperado, al tiempo que su esposo parecía complacerse en alejarla del escenario de cualquier sórdida pelea por cualquier motivo.

Los tres nos sentamos juntos en el coche restaurante, y yo ordené café con leche, que podría tragar en caso de que me viese obligado a hacerlo.

—¿También usted viaja únicamente hasta Viena, señora Harker? —pregunté.

—Oh, no. Los planes de mi esposo son más ambiciosos. Para nuestro grupo ha organizado unas vacaciones en un balneario del mar Negro, o de por allí cerca. La verdad es que todavía mantiene sus planes en un cierto misterio.

—Me encantan los misterios, madam. Ojalá pudiera acompañarlos.

—Sería sin duda muy agradable... doctor. Y eso va por los dos.

El hombre a quien yo creía Floyd se acariciaba la barba y paseaba su intensa mirada desde el rostro de Mina hasta el mío, y viceversa. Me di cuenta demasiado tarde de que el cabello que me cubría la frente se había caído a un lado.

—Doctor Corday —empezó mi amigo, con tono vacilante—, confío en no parecerle impertinente... De hecho, tengo cierto interés profesional... ¿Me consideraría descortés si le preguntara cómo se hizo esta pequeña cicatriz en la frente?

—En absoluto, doctor. Hace unos cinco meses que ostento esta peculiar marca, me la produjo un conocido mío. —A medida que iba hablando, me daba cuenta de lo mucho que había mejorado mi vocabulario desde que me entrevisté por vez primera con Harker en el castillo—. En aquel entonces era mi invitado en casa, y, desgraciadamente, muy propenso a las pesadillas. En una ocasión se puso muy violento, y fue una suerte que ambos no sufriéramos peores daños.

—Muchas gracias... Yo..., si me he atrevido a preguntárselo es porque...

Sus ojos se posaron en la copia idéntica de mi cicatriz, que destacaba ostentadamente sobre el entrecejo más terso del mundo.

—La cicatriz que hay en mi frente es un tema muy delicado para mí —intervino Mina, con resolución—. Si siente usted curiosidad, sepa que es el resultado de un tratamiento equivocado por parte de un doctor. Si no le importa, preferiría no hablar más sobre el tema.

—Le ruego me disculpe, madam.

—No se preocupe, doctor. —La voz de Mina había vuelto a ser alegre.

—Doctor Corday —el vienes se volvió hacia mí, obviamente para cambiar de tema—, me estaba usted hablando de su trabajo como asesor en Londres.

Al ver que su investigación había quedado bloqueada, iniciaba otra. Y en su voz aparecía cierto tono dominante: ¿cómo podría negarme a responder a una pregunta tan directa, cuando un cambio así en la conversación servía para disimular la turbación de una dama?

En dirección a nuestra mesa, dos camareros se acercaban por el pasillo trayendo comida y bebidas: uno tenía el ojo morado. Tras ellos, como un barco de la armada dispuesto a entrar en batalla, y oculto por una barrera de destructores, se acercaba mi viejo amigo el revisor. Sin duda tan sólo pasaba por el coche —en aquel tren, ni siquiera a un peligroso asesino se le interrumpiría a medio comer—, ya que preferiría tomarse su tiempo antes de volver a enfrentarse conmigo. Pero la presencia de Mina me inspiró, y de pronto me lancé a soltar un discurso que iba dirigido tanto al revisor como a mi compañero de desayuno y al posible peligro que éste representara.

—Sepan, amigos míos —empecé con un tono bastante alto—, que en Londres trabajo principalmente como asesor de la compañía de retretes portátiles Moule's.

—¿Moule's...? —inquirió Floyd, dando unos toquecitos con la servilleta a sus finos mostachos color castaño.

—Una empresa de retretes portátiles, de Covent Carden. La compañía Moule's

fabrica ahora retretes para el jardín, retretes para el pabellón de caza, retretes...

Con disimulado júbilo, vi que en el rostro del doctor aparecía una expresión de refinada repulsa social. La misma expresión que asomó en la cara de Mina, y también en la del revisor, donde —para mi alivio— vi que apuntaba finalmente cierta comprensión.

—Retretes para la casa de campo, retretes para cualquier lugar. Ahora se fabrican retretes completos, provistos con el sistema de expulsión, y con el sistema de retención...

Entonces no lo comprendía, y sigo sin comprenderlo ahora, por qué un tema que encajaba en la portada de un periódico respetable, provocaba en cambio repulsión en la mesa. Quizás esa incapacidad sea consecuencia de mi irrefrenable barbarie medieval. Animado por el éxito y el alivio, proseguí, obligando a mi enemigo a que pasara delante de mí, metafóricamente hablando.

—Retretes contruidos con planchas onduladas de hierro galvanizado, en módulos, para su fácil transporte. Pueden montarse en sólo dos horas. Para que funcionen satisfactoriamente, basta adquirirlos con tierra vegetal, seca y de primera calidad. Los retretes contruidos con nuestro sistema nunca fallan, si van provistos de tierra seca. Como muestrario, en el baúl que llevo en el furgón de equipajes transporte cierta provisión de tierra de primerísima calidad...

En Ulm, el tren cruzó el Danubio; por un momento pensé en bajar y efectuar por el río lo que quedaba de viaje. El desayuno había finalizado casi en un hosco silencio, y no estaba muy seguro de que Mina se dignase a hablar conmigo durante algún tiempo. Pero mi calculada grosería había causado el efecto deseado allí donde la suavidad verbal habría fallado: el vienes había dejado de hacerme preguntas, y cuando el revisor pasaba por mi lado apartaba la vista. Yo era una especie de bomba social, que en cualquier momento podía explotar de nuevo en su tren.

Pero mi billete ponía Bucarest, y haber bajado antes de hora habría atraído más la atención sobre mí. Con aquello ya era suficiente. Nadie se preocuparía ahora por mi baúl, ni de día ni de noche.

Mi amigo, el joven doctor de ojos reflexivos, se bajó del tren en cuanto llegamos a Viena. Tuvo la cortesía de venir a darme la mano antes de partir, momento en que me atravesó con una mirada amistosa, pero a la vez incisiva, dando a entender que no me olvidaría fácilmente.

—*Auf Wiedersehen*, doctor Corday. Éste ha sido un viaje muy provechoso para mí... Muy provechoso en ciertos aspectos...

Con emociones encontradas, le devolví el cálido apretón de manos. En otras circunstancias, yo habría disfrutado con su compañía y me habría deleitado con sus profundos pensamientos, pero en aquellos instantes casi me alegré de ver su espalda.

Budapest fue tan sólo una breve etapa en nuestro largo viaje. La noche del catorce de octubre pasamos Szegedin y Timisoara, que en el pasado había sido sede

central de los Hunyadi. Sí, ahora me estaba acercando a casa. Una y otra vez respiraba aquel aire, simplemente para captar, a través del envolvente humo del carbón, y de vez en cuando, los vivos olores de mi querida tierra natal.

Por la noche visité a Mina, y la puse al corriente de todos mis planes antes de que llegara el momento de que yo abandonase el tren. Afortunadamente para mí, con su habitual comprensión aceptó mis disculpas por mi comportamiento en la mesa durante el desayuno.

—De momento —la aconsejé—, continúa dándoles sus informes. Agua y oscuridad, como hasta ahora.

—¿Y cuando el barco amarre en Varna, Vlad? ¿No correrán para subir a bordo y, mediante soborno o por fuerza, abrir la caja? Y cuando averigüen que está vacía, ¿no arruinará eso tus planes y a mí me hará caer en la más horrible de las sospechas?

—Mi intención es que ellos no aborden el *Czarina* en ese puerto. Debo lograr que sigan en pos de la caja. Con tu ayuda, haré que ésta los preceda, ya sea por tierra o en barca por el río, aunque no a mucha distancia, no sea que pierdan su pista. Cuanto más se internen en mi territorio, mayor será mi ventaja, ya que yo conozco mucho mejor el terreno, el idioma y las costumbres de por allí. Además, podré reclutar ayudantes si hacen falta.

—Vlad... —Mina adoptó una actitud seria—. Del mismo modo que he suplicado por ti a Jonathan, a pesar del atrevimiento que esto suponía..., ahora voy a suplicarte a ti por él. Te ruego que, si en algún momento él cayera en tus manos, no le hagas daño. Hazlo por mí.

—Bienes mucho más valiosos que su vida te daría gustosamente, si tú me lo pidieras —le dije, y de nuevo le besé la mano.

8

El quince de octubre, a eso de las cinco de la tarde, mis enemigos y Mina se inscribieron en el hotel Odessus de Varna. De haber seguido viaje con ellos en tren, me encontraría a unos quinientos kilómetros de mi hogar, a vuelo de murciélago. En cambio me hallaba descansando en el interior de mi baúl —con el candado fuertemente sujeto por dentro— cuando lo descargaron, siguiendo el horario previsto y a plena luz del día, en Bucarest. Al abandonar el tren, había reducido a un tercio la distancia que desde Varna me separaba de mi hogar, lo cual hacía que me sintiese más seguro. Por otro lado, muy poco me esperaba en Varna, como no fuera algún devaneo amoroso. Y había decidido que el barco no amarrase allí.

En cualquier caso, no se esperaba que el *Czarina* alcanzara los Dardanelos hasta el veinticuatro. A pesar de que yo disponía de mucho tiempo, decidí marchar a casa enseguida, con el fin de preparar una recepción a mis invitados.

En Bucarest sabía dónde obtener una carreta y un caballo, que yo mismo, vestido con el traje nacional, podía conducir sin llamar excesivamente la atención. Después de ponerme el traje típico de mi país, y con el baúl de cuero como único equipaje, emprendí el camino de regreso a lo alto de los Cárpatos. Dormitando durante el día en el ribazo de un camino apenas transitado —mi hogar ya estaba lo bastante próximo, hasta el punto de permitirme cierto descanso con la tierra que había a los lados del camino— y viajando sin cesar durante la noche, en tres días avancé tanto en mi trayecto por los lentos caminos ascendentes, que al tercer día, al ponerse el sol, comprendí que ya no necesitaría más mi baúl de tierra, y, por tanto, tampoco la carreta. Tranquilicé a los caballos y los envié al corral de un pobre granjero, que sin duda bendeciría la mano de quien se los enviaba, cuando en primavera llegara el momento de arar. La carreta, muy destartada, la abandoné a un lado del camino, y al baúl, del que había sacado la tierra y la había esparcido para que tal cargamento no provocara demasiadas especulaciones. Pocas veces he regalado nada a ese mundo ocioso, pero consideraba que mi regreso a casa bien merecía celebrarlo de forma poco habitual.

Antes de dirigirme al castillo, me detuve en un lugar a varios kilómetros de distancia, donde a veces los *szgany* solían acampar. Había unos pocos, con sus carretas, sus perros ladrones y sus harapientos chiquillos. La falsa lozanía de mis días en el tren había desaparecido, y el cabello me caía ante los ojos lacio y gris: los *szgany* me reconocieron enseguida. Fruncí el entrecejo al percibir que los primeros en verme me miraban con expresión hosca, como de reproche. Cuando llamaron a Tatra para que saliera de la carreta, las cosas cambiaron radicalmente. Su rostro curtido se llenó de alegría al verme, e inmediatamente vino hacia mí, arrodillándose para besarme la mano.

—¡Mi amo! Llevábamos mucho tiempo esperando su retorno. Mi mujer y mi séptima hija han lanzado tres veces los conjuros, en luna nueva y en luna llena...

—Ya, ya. Bueno, aquí estoy. ¿Qué tal van las cosas por el castillo?

Su rostro adquirió parte de la hosquedad de los otros.

—No somos bien recibidos allí.

—¿Cómo? ¿En mi casa? ¿Quién ha dicho eso?

Una pizca de incipiente satisfacción rozó sus labios al sonreír.

—Las tres señoras que allí habitan, mi amo. Dicen que hablan en su nombre y con total conocimiento por parte de usted. Lo puse en duda, pero tan sólo soy un simple mortal.

—Ahora volverás a ser bien recibido, amigo mío. Pero antes hay otro asunto que debo discutir contigo.

Informé a Tatra de la proximidad de mis enemigos y del esfuerzo que pronto iba a requerir de él y de sus hombres. No le informé que yo no iba a ir en el interior de la caja cuando él la recibiese río abajo, ya que no podía esperar que si él y sus hombres lo sabían, defendieran la caja con la necesaria convicción. A su vez, Tatra me informó de ciertas cosas que había presenciado en el castillo antes de que se les prohibiese la entrada, las cuales me tenían preocupado cuando abandoné el campamento gitano.

Era obvio que en aquellos instantes Anna, Wanda y Melisse sabían que yo volvía a casa, del mismo modo que se habrían enterado si, a miles de kilómetros de distancia, una afilada estaca de tejo inglés hubiese penetrado en mi caja torácica para privarme de mi espíritu. Ellas aguardaban en las almenas cuando el jefe de los murciélagos bajó del lluvioso cielo de medianoche. Anna, la más bella y atrevida de las tres, me tendió la muñeca y sonrió burlona, como si creyera que yo iba a posarme en ella como un pájaro domesticado.

Melisse, alta y morena, y Wanda, la más baja y pechugona de las hermanas, aguardaban en un segundo término sin atreverse a mostrar tal impertinencia, aunque lo bastante osadas para soltar una risita nerviosa al ver que yo no castigaba en seguida a Anna. Pero yo quería averiguar exactamente cómo estaban las cosas antes de actuar en consecuencia.

Después de cambiar a mi arrogante figura humana, apoyé la espalda en el pretil barrido por la lluvia, y miré severamente a los tres pálidos rostros, que pronto dejaron de reír.

—Me han informado de que estáis molestando a la gente de la región —les anuncié—. Hasta el punto de que habéis raptado a muchachos de las aldeas y los habéis retenido como prisioneros. Mis órdenes eran de que no tomarais amantes en veinte leguas a la redonda, y nunca por la fuerza...

Puede que yo disponga de un sentido extra para captar el peligro, puede que cierta combinación de sonidos, sutiles advertencias mentales, y la irreprimible anticipación que apareció en las caras de las mujeres, me avisaran que diese media vuelta y me aprestara a defenderme. Un joven campesino, de cabello rubio y lacio, y

barba crecida y ensortijada, corría hacia mí por la parte interior del pretil, cargando con una recia lanza de madera, cuya afilada punta, endurecida al fuego, apuntaba contra mi pecho. Con una mano desvié la embestida, luego le arrebaté el arma y le sujeté con una fuerza mortal.

Sin embargo, antes de que mis manos ejercieran la fuerza que habría quebrado su espinazo, le miré a la cara. Aquél no era un agente secreto de Van Helsing. Se trataba tan sólo de un joven granjero, fuerte como un potrillo y hermoso como un dios; o lo había sido antes de que su fortaleza desapareciese por aquellos seis puntitos rojos que ahora resaltaban en su garganta. En su embestida para matarme había gastado casi toda la fortaleza que le quedaba, y sus ojos se me quedaron mirando con indiferencia.

Le dejé caer contra el muro de piedra, cogí su arma, la hice astillas con mis propias manos, y luego las lancé al abismo. Mientras tanto, no había perdido de vista a las mujeres.

Anna suspiró; luego, orgullosa como siempre, levantó la barbilla, me devolvió la mirada y aguardó. Melisse alzó bruscamente las manos para ocultar en ellas su rostro.

—Oh, Vlad —exclamó Wanda—. Procede de un lugar que se encuentra a más de veinte kilómetros de distancia. —Y seguidamente, con voz rota, añadió—: Ya les advertí de que no intentaran matarte.

—Querida —repliqué—, el grito que diste para avisarme fue tan flojo, que apenas ha llegado a mis oídos.

Luego proseguí como si nada hubiese ocurrido:

—Los *szgany* van a volver. También se acercan unos ingleses, a los que no vais a tocar. En cuanto a vuestro castigo por desobedecer mis órdenes e intentar matarme, el primer paso consistirá en... servirme.

Recuerdos de mi pasada felicidad con aquellas mujeres llegaron a mí al tiempo que las observaba, obligándome a sonreír. Primero Wanda, y luego Melisse, empezaron a gimotear bajo la lluvia.

Pero apenas volví a escuchar una palabra más de cualquiera de ellas. Me llevé al joven campesino abajo, a la que en el pasado había sido la habitación de Harker, y le examiné. A pesar de toda la sangre que había perdido, no era aún un «*nosferatu*», o al menos su caso era dudoso. Analicé la situación y comprendí que, como señor del castillo de Drácula, mi deber era devolverle a su casa lo mejor posible. No había a mano otra alma viviente a la que pudiera confiar esta misión, así que obtuve de Tatra una carreta, y yo mismo me dispuse a realizar esta tarea, a pesar de los días que iba a ocuparme.

Mientras tanto, tenía la tarea diaria de seguir el rumbo del *Czarina Catherine* por mar, mediante las astillas y la tierra que conservaba en mi poder. Continuaba procurando que los vientos le fueran favorables, como si de eso dependiera verdaderamente la carrera para llegar antes a mi hogar. Dado que mis enemigos aguardaban en Varna la llegada del barco, decidí que éste no amarrase allí, y le envié

algunos vientos más seleccionados, con un poco de niebla para que la tripulación dudara sobre qué dirección tomar, y así poder conducirlo donde a mí me interesara.

Cuando la tripulación fue plenamente consciente de lo que sucedía, ya se hallaban en la desembocadura del Danubio, en el puerto de Galatz, algo más cerca de mis dominios de lo que lo estuviera yo en Bucarest.

Los muelles de Galatz eran nuevos y se hallaban en muy buenas condiciones, ya que habían empezado a construirse en 1887, y se trataba de un puerto floreciente. La descarga de la caja llena de tierra se efectuó bajo la vigilancia de mi agente — aunque éste ignorase que lo era —, un tal Immanuel Hildesheim, despachado por Harker en su diario como «un hebreo de esos que salen en el teatro Adelphi, con una nariz que parece de oveja». Hildesheim, siguiendo instrucciones escritas del señor De Ville en Londres — lógicamente, un familiar lejano e íntimo amigo del doctor Corday —, entregó la caja a Petrof Skinsky, de quien ya he hablado antes, con motivo de mi marcha al extranjero.

Cuando los de la expedición se enteraron de la llegada del barco a Galatz, no perdieron el tiempo y salieron de Varna en tren; un viaje relativamente corto, de unos cuatrocientos kilómetros. Por supuesto, Mina los acompañaba. Cuando el tren pasó por Bucarest, ella se asomó por la ventanilla con la ingenua esperanza de poder verme.

En Galatz, los aventureros interrogaron al capitán del *Czarina Catherine*, un escocés supersticioso y taimado, que sospechaba que tras la sorprendente velocidad de su viaje había algo más que buena suerte, si bien había logrado apaciguar a la inquieta tripulación diciéndoles que aquello era bueno para el negocio, y que disfrutasen de la travesía. La información que sonsacaron al capitán condujo a Van Helsing y a sus hombres hasta Hildesheim, y de éste a Skinsky, cuyo cuerpo fue hallado con un corte en la garganta, en el cementerio de una iglesia cercana, cuando estaban preguntando por él. Imagino que intentó engañar a los eslovacos, y que éstos le mataron. Aunque, lógicamente, los diarios de mis enemigos dieron a entender que el responsable de su muerte era yo.

El cansancio había hecho mella en mis perseguidores, quienes, desalentados, decidieron quedarse a descansar en sus habitaciones del hotel en Galatz. Quincey acariciaba la herida de su cabeza, la que, por algún motivo, nunca mencionó en sus diarios. Mina empezaba a temer que, al final, no se sintiesen empujados a la conclusión que ella y yo habíamos ideado con tanto esfuerzo. Por tanto, decidió incitarlos a una serie de razonamientos lógicos — aunque falaces — que señalaran el sitio más probable donde encontrar la caja que se había convertido en su Grial.

Aunque yo no intervine en la elaboración del informe de Mina, éste fue muy exacto respecto a dónde localizar el ataúd. Por supuesto, ella era plenamente consciente de que la utilidad del plan para mis perseguidores descansaba sobre falsas premisas: en primer lugar, que yo había decidido no trasladarme a casa por mis propios medios — o que no podía hacerlo —, prefiriendo que otros me llevaran; y, en segundo lugar, que yo iba en la caja que había llegado en el barco. Cuando Mina

terminó de presentar su informe y el análisis lógico, los hombres se mostraron satisfechos con él y, animados a continuar la persecución, volviendo seguidamente a prescindir de Mina. El mismo Van Helsing rindió un tributo verbal a la inteligencia de la mujer, que en cierto modo se vio empañado por las últimas palabras de su discurso:

—Y ahora, caballeros, volvamos a nuestro consejo de guerra.

La conclusión de Mina era que habrían embarcado mi caja y la subirían por el río lo más cerca posible del castillo de Drácula, así que a Arthur y a Jonathan se los designó para que alquilaran una lancha a vapor y ascendiesen por el río Sereth hasta su unión con el Bistrita, cuya corriente, tal como había indicado Mina, «sube hasta el desfiladero del Borgo. La curva que allí traza es, indiscutiblemente, lo más cerca que se puede llegar por agua al castillo de Drácula». Quincey y el doctor Seward, acompañados al principio por dos hombres para cuidar de sus caballos de repuesto, seguirían a lo largo de la margen derecha del Sereth, listos para entrar en acción en cuanto descargarán la caja del vampiro.

En cuanto a Van Helsing, tenía sus propios objetivos, y, después de un corto descanso en Galatz, se dispuso a ir tras ellos.

Voy a llevar a madam Mina al corazón del territorio del enemigo. Mientras el viejo zorro siga encerrado en su caja, flotando sobre las aguas y sin poder escapar a tierra... seguiremos el camino por el que Jonathan escapó desde Bistrita por el Borgo, hasta alcanzar el castillo de Drácula. Sin duda allí los poderes hipnóticos de madam Mina serán muy útiles... Todavía queda mucho por hacer y hay que santificar otros lugares para que ese nido de víboras desaparezca para siempre.

Harker estaba dispuesto a dejar a su esposa para emprender el viaje a bordo de la lancha, donde imaginaba que tendría más posibilidades para luchar conmigo cuerpo a cuerpo; pero al principio no pareció muy convencido respecto a que Mina tuviera que proseguir hasta mi castillo.

—¿Quiere usted decir, profesor Van Helsing, que piensa llevarse a Mina a las entrañas mismas de esa trampa mortal, a pesar de su lamentable estado y contaminada con esa diabólica enfermedad? ¡Ni pensarlo! ¡Por nada del mundo!

Sin embargo, su oposición no pudo nada contra la obcecación del viejo maestro.

Al hablar, el profesor utilizaba sonidos suaves y diáfanos que parecían vibrar en el aire, y su voz nos tranquilizaba a todos:

—Oh, amigo mío, si yo voy es porque quiero salvar a madam Mina de ese horrible lugar. Allí nos espera una dura tarea, una tarea violenta que sus ojos no

deben contemplar. Todos los aquí presentes, excepto Jonathan, hemos visto con nuestros propios ojos lo que hay que hacer para purificar aquel lugar... Si el conde se nos escapa en esta ocasión..., puede decidir quedarse dormido durante un siglo. Y, a su debido tiempo, nuestra querida Mina —aquí le cogió la mano— irá a hacerle compañía y se convertirá en una de esas que usted, Jonathan, pudo ver. Me habló usted de sus ávidos labios; escuchó su risa obscena cuando se lanzaron sobre la bolsa móvil que el conde les había entregado. Usted se estremeció, y con razón. Perdón que le aflija tanto, pero es necesario, amigo mío. ¿No cree que se trata de una extrema necesidad, cuando estoy dispuesto a dar por ella mi vida? Si alguien tiene que ir a ese lugar, y allí quedarse, es a mí a quien corresponde ir a hacerles compañía.

Mi imaginación se rebela ante la visión de Van Helsing como vampiro; pero no es más que un defecto por mi parte: él encajaría perfectamente en ese papel, dado que, como ya hemos visto, poseía el don de aletargar a sus víctimas mediante la palabra.

En todo caso, debido a su confusa ansiedad, Harker creía que era él quien ponía en peligro a su propia esposa.

—Haga lo que quiera —accedió Jonathan, con un sollozo que le hizo estremecer—. ¡Estamos en manos de Dios!

Por entonces, los sentimientos de Mina eran muy complejos. Pero se sentía inquieta al ver cómo aquellos hombres se consumían —junto con sus fortunas— en los preparativos para atacar el castillo de Drácula y a su temible señor: «¡Oh, cuánto bien me hacía ver cómo trabajaban aquellos hombres intrépidos! ¿Cómo pueden resistirse las mujeres a amar a unos hombres tan serios, tan constantes, tan valientes? ¡Y eso me hizo pensar también en el maravilloso poder del dinero!». Esa es mi chica, como suele decirse.

El treinta de octubre, mis enemigos iniciaron el triple viaje. Van Helsing llevó a Mina por tren hasta Veresti, donde tenía intención de alquilar un carruaje y proseguir hacia el desfiladero del Borgo. Jonathan y Arthur —éste un buen aficionado al montaje de instalaciones de vapor, a juzgar por la habilidad con que efectuó varias reparaciones durante el viaje— hicieron resoplar su lancha Sereth arriba. En dos días llegaron al Bistrita, y de vez en cuando la gente de la zona les facilitaba información sobre el bote de los eslovacos que los precedía con mi caja. Mientras tanto, Quincey Morris y Seward seguían la lenta marcha con sus caballos, trotando a campo traviesa, sin auténtica emoción hasta que se reunieron con el grupo del río cerca del final; o de lo que ellos consideraron que era el final.

El viaje de Van Helsing con Mina fue en cierto modo más animado, si bien ni de cerca tan emocionante como habría sido si yo hubiese pretendido destruirlos como imaginaba el profesor. Éste anotó en su diario que el carruaje «llegó al desfiladero del

Borgo después de la salida del sol», la mañana del tres de noviembre. Los párrafos que escribió a continuación son bastante confusos, y probablemente poco fiables, ya que anotó que no llegaron cerca del castillo hasta que el sol estaba «muy bajo», la tarde del día siguiente. Eso quiere decir que necesitaron casi dos días completos para cubrir una distancia que yo, disfrazado de cochero, realicé en un par de horas, con Harker como pasajero y en una noche en que di a propósito un largo rodeo y realicé algunas paradas en busca de tesoros. Puede que el profesor y Mina —ambos en una situación psicológica bastante peculiar, aunque por motivos distintos— en realidad dormitaran en sus asientos durante muchas horas del día, mientras sus caballos iban a la deriva, o seguían su propio sendero entre los varios disponibles.

Esta teoría del sueño puede verse potenciada por la afirmación de Van Helsing de que permaneció despierto la mayor parte de la noche del tres de noviembre para mantener encendida una hoguera. Al parecer, Mina había renunciado a comer, según escribió él, «y eso no me gusta». Durante la noche, Van Helsing cayó varias veces en un sueño ligero, y al despertar se encontraba siempre con que ella permanecía «acostada pero despierta, observándome con ojos muy brillantes». Al mismo tiempo, ella se sentía «alegre, afectuosa y solícita» por el hecho de que sus temores se hubiesen apaciguado en cierto modo.

Sin embargo, la noche del cuatro al cinco de noviembre, él empezó de nuevo «a temer que el hechizo fatal del lugar haya caído sobre ella, manchada como está por el bautismo del vampiro». Era indudable que el castillo de Drácula estaba ante ellos, si bien a una distancia razonablemente fatigosa si se hacía el trayecto a pie; así que montó allí una especie de campamento base.

Mina seguía diciendo que no tenía hambre, y aparentemente no podía traspasar un círculo de hostias desmenuzadas que Van Helsing trazaba en torno a ella, si bien tampoco hacía grandes esfuerzos por conseguirlo. Le dijo a Mina que aquello era para protegerla. El mismo Van Helsing se había pertrechado con su habitual surtido de hierbas y trastos religiosos.

Después de anoecer, los caballos empezaron a relinchar, y en medio de los copos de nieve, impulsados por el viento, aparecieron las tres mujeres del castillo, materializándose lentamente junto al borde donde ardía la hoguera. Por las descripciones de Harker, Van Helsing «reconoció las sinuosas formas redondeadas, el cutis rosado, los labios voluptuosos...». Por alguna razón, «voluptuoso» era el adjetivo favorito del profesor.

Fue una lástima para Anna, Wanda y Melisse. Las había advertido que no tocaran a ninguno de los «ingleses» que estaban a punto de llegar, y ahora, ya demasiado tarde, iban a obedecer sólo la letra de mis órdenes. Por supuesto, ellas tenían que salir para susurrarle a Van Helsing en medio de la noche, beberse la sangre de los caballos y llamar a Mina para que se uniese a ellas como hermana. Quizá su intención era enviar a Van Helsing montaña abajo, gritando de pánico como un campesino, y que, cegado por el horror, cayera en el precipicio. Lógicamente, ellas no conocían su nombre; yo no las había advertido que...

Las tres eran unas desobedientes; y no una vez, sino continuamente. En la antigüedad, una conducta así probablemente las habría llevado a morir en una estaca de madera cuando aún eran criaturas que respiraban... ¿Se les ha ocurrido pensar que el empalamiento es el único castigo que sirve por igual a los vampiros que a los hombres y mujeres que respiran? Hay quienes ahora dicen que en mis tiempos a mí se me conocía como Vlad el Empalador. Bah, a qué viene recordarme sólo por las matanzas sangrientas, sin pensar si eran justas y necesarias, y olvidar todos mis nobles fines y mis ideales...

Pero ya no importa. Había tolerado demasiado tiempo la desobediencia de aquellas tres mujeres, las cuales habían finalizado traicionándome y atacando a los inocentes. Lo cierto es que si, tal como iban las cosas, Mina se reunía conmigo en el castillo dentro de poco, yo no quería que rondaran por allí las tres mujeres escupiéndole sus celos y molestándola.

Al amanecer del cinco de noviembre, Seward «vio al grupo de *szgany* alejarse del río con su carreta cargada. La rodeaban como si fueran un enjambre, y se alejaban precipitadamente, como si los acosaran». En efecto, eran Tatra y algunos de sus hombres, que, siguiendo mis órdenes, habían descargado de la barca la caja sin abrir, y se apresuraban a ir al castillo. Por entonces, Jonathan y Arthur habían visto cómo su lancha sufría una avería irreparable y, después de conseguir unos caballos, se incorporaron también a la persecución.

Mientras tanto, yo había regresado de mi obligada misión con el desgraciado campesino, volviendo al castillo antes del amanecer. Así que, retenido por la luz diurna en mi forma humana, entorné los ojos contra los rayos del sol para distinguir la silueta que ascendía sola hacia los muros prohibidos. Cuando reconocí a Van Helsing, mis manos se tensaron en los bordes de la tronera tras la cual observaba, hasta el punto de que las viejas piedras se desmenuzaron bajo mis pies. Pero mi intención era dejarle continuar, para que se convenciera de que había esterilizado mi casa. Mina era mucho más importante para mí que cualquier otra cosa o persona que él pudiera destruir dentro de la lóbrega fortaleza.

Permanecí en mi elevado puesto de observación, relativamente soleado, donde no creí muy probable que él me viera. Poco después de que llegara frente a la puerta de entrada, empezaron a retumbar unos estampidos cavernosos allá abajo, a través de los patios y estancias que los separaban. Más tarde averigüé que el profesor había estado soltando astutamente los goznes de las puertas de la entrada, pues no deseaba verse atrapado allí dentro por cualquier contingencia o por algún plan vampírico. A ese fin utilizaba un martillo que llevaba en su bolsa, y para el cual pensaba encontrar también otra utilidad.

Tal como más tarde escribiría, se hallaba trabajando en las puertas cuando creyó oír «a lo lejos el aullido de los lobos. Entonces me acordé de mi querida madam Mina». Van Helsing la había dejado durmiendo sola bajo la nieve, envuelta en mantas de viaje, pero con la única protección de algo tan insustancial como un círculo de hostias desmenuzadas. Si ella nunca hubiera bebido la sangre de mis

venas, probablemente habría perecido y los lobos habrían encontrado su desayuno. Sin embargo, la verdad era que yo los había enviado para que la protegieran.

Lógicamente, Van Helsing no sabía nada de todo esto. Los peligros que Mina pudiera correr le colocaron, tal como escribió, «en un grave aprieto. El dilema me tenía entre la espada y la pared». Aunque confiaba en que aquel sagrado círculo la protegiera día y noche contra los vampiros, «todavía quedaba la presencia de los lobos por allí».

Sin embargo, Van Helsing no era un hombre que dejara que los colmillos de un lobo desgarrando la piel de madam Mina, ni la imagen retórica del dilema que le mantenía entre la espada y la pared, le apartasen de su objetivo cuando lo tenía tan cerca, en el interior del castillo.

Decidí que mi misión estaba allí, y que debíamos someternos a los lobos, si ésa era la voluntad de Dios. En cualquier caso, más allá sólo había muerte y liberación. Así que opté por ella.

En cuanto a él:

Yo sabía que como mínimo tenía que encontrar tres tumbas..., tumbas que estaban ocupadas. Así que busqué y busqué, y encontré una de ellas. La joven dormía su sueño de vampiro, tan llena de vida y voluptuosa belleza que me estremecí al pensar que iba a cometer un asesinato.

Y bien, profesor, ¿por qué diablos supone que le invadían tales sentimientos?

No dudo que en los viejos tiempos, cuando ocurrían tales cosas, muchos hombres decididos a llevar a cabo una tarea como la mía descubrían en el último instante que les faltaba decisión y luego valor. Así que lo retrasaban una y otra vez, hasta que, sencillamente, la belleza y fascinación de la lasciva No-Muerta los hipnotizaba, y seguían junto a ella cuando el sol se ponía y el sueño del vampiro llegaba a su fin. Entonces se abrían los hermosos ojos de la mujer...

En mis tiempos conocí a unas cuantas muchachas vampiro realmente malvadas; el suyo fue un triste destino.

... y miraban con amor, la boca voluptuosa dispuesta para besar... Pero el hombre es débil. Así que allí quedaba una nueva víctima de la congregación de los vampiros...

Lógicamente, tal debilidad no era aplicable a Van Helsing. Aunque admitió que

me invadieron tales deseos de retrasarlo, que sentí como si se me paralizaran las facultades... Me deslizaba hacia el sueño, ese sueño de ojos abiertos en el que uno se entrega a una dulce fascinación, cuando a través del

aire que destilaba nieve llegó hasta mí un gemido largo y profundo, impregnado de dolor y conmiseración, que me despertó como si se tratara del toque de un clarín. Porque lo que había oído era la voz de mi querida madam Mina.

A mí me parece mucho más probable que aquel alarido saliera de la garganta de uno de los lobos y no de la dama. Aun así, el profesor no se preocupó de comprobar cuál era la situación de Mina frente a los lobos, sino que regresó a la «horrible tarea» de la que le habían distraído. Y pronto,

después de arrancar la tapa de varias tumbas, encontré a otra de las hermanas: la otra morena. No me atreví a detenerme para mirarla, como había hecho con su hermana, por temor a caer de nuevo bajo su hechizo. En cambio, seguí buscando hasta que, al poco rato, hallé una tumba mayor y más elevada, como si en ella reposara la más querida de todas las hermanas... Era tan bella al mirarla, tan radiante, tan hermosa, tan exquisitamente...

¿Adivinan qué?

... voluptuosa, que el natural instinto varonil que hay en mí... hizo que la cabeza me diera vueltas con una nueva emoción.

Lógicamente, Van Helsing no permitió que los instintos humanos le distrajeran. Después de desacralizar otra hostia al desmenuzarla en el interior de mi sarcófago decepcionantemente vacío, hizo acopio de valor para enfrentarse a su «horrible tarea... De haber sido sólo una, habría sido relativamente fácil, ¡pero tres! Tener que empezar dos veces más, después de haber finalizado aquella horrible proeza...».

Van Helsing no anotó el orden en que se cobró sus víctimas, pero yo puedo dar fe de que la hermosa Anna fue la última. Me preocupó que al final gritara mi nombre. Y cuando en mi interior sentí algo que pretendía enternecerse, desintegrarse ante un simple sonido, supe que yo había cambiado ya, que mi estancia en Inglaterra y mi amor por Mina habían producido un profundo efecto... Aunque no podría decir si ese cambio —ese reblandecimiento—, era para bien.

De modo que el profesor soportó por tres veces, obedientemente, «el horrible chillido cuando la estaca penetraba en su sitio; el salto de la forma serpenteante, los labios cubiertos de sangrienta espuma». Luego, antes de abandonar el castillo, «selló las entradas para que nunca» el legítimo propietario pudiera «entrar allí como No-Muerto». Es difícil imaginar qué medios utilizó para tal fin. Sin duda las partículas de pan transustanciado habrían dejado de ser pan, y por tanto el cuerpo de Cristo, a lo sumo al cabo de pocos meses. En cualquier caso, yo no experimenté ningún impedimento para entrar ni para salir.

Queda ya muy poco por añadir. Fatigado por la luz del día, a causa de mi larga

—si bien indirecta— exposición al sol, bajé del castillo y aguardé, bajo la última luz de la tarde, junto a un afloramiento rocoso que había a lo largo del camino por el que pronto aparecerían los *szgany*. Desde la distancia, mis oídos captaron los sonidos de su marcha con la carreta, y más lejos aún las pisadas de las Furias que los habían perseguido durante todo el día. Mientras aguardaba, mis lobos venían de vez en cuando para darme mudos informes en forma de aullidos, movimientos de cabeza y transmisiones de pensamientos. Así también supe que Mina no se encontraba muy lejos, con el doctor ya junto a ella, y ambos vigilando la partida de cazadores que se acercaba.

Convoqué a mi alrededor grandes ráfagas de viento y nieve, y salté al centro del camino, frente a la carreta de los gitanos, deteniendo los caballos más por la percepción que tuvieron de mi presencia que por cualquier señal que pudiera hacerles con el brazo levantado.

—¡Amo! —gritó Tatra, feliz desde el asiento del conductor—. Yo pensaba...

Se volvió desconcertado hacia la pesada caja que llevaba detrás. Los *szgany* que le rodeaban frenaron bruscamente sus caballos.

—Ahora no es el momento de dar explicaciones, mis leales siervos —exclamé, saltando al interior de la carreta; luego metí los dedos bajo la tapa de la caja y la liberé de clavos y tornillos—. ¡Adelante! Y mientras tanto, que uno de vosotros vuelva a poner la tapa con los tornillos. Pero, sobre todo, procurad que ellos no la abran hasta después de que se haya puesto el sol.

Me tumbé dentro de la caja, sobre la tierra extranjera que no proporcionaba paz ni descanso, y aguardé, bendiciendo a mis leales servidores. ¿Cómo habría podido tender a mis enemigos una emboscada como aquélla en un país extraño y frío como Inglaterra? Unos brazos voluntariosos fueron clavando la tapa sobre mí, a medida que la carreta volvía a dar tumbos y ganaba velocidad.

Mientras tanto, yo convocaba a más lobos y los enviaba en pos de mis perseguidores. Allí los hacía quedarse, por si en el último instante precisaba que atacaran para distraer su atención.

Aunque el día esté tan nublado que parezca negra noche, yo percibo cuándo el sol se pone. Aquel día estaba parcialmente nublado, con la nieve cayendo a ráfagas sobre el paisaje rocoso y cubierto de pinos. Créanme si les digo que ese día yo sabía perfectamente en qué momento debía ponerse el sol. Era imposible que me equivocara, después de varios siglos de depender de él.

Nuestros caballos se esforzaban; sin embargo, los de los perseguidores estaban cada vez más cerca. Entonces, de repente, dos voces se oyeron casi al mismo tiempo: las de Harker y Morris.

—¡Alto! —gritaron.

A través de la tapa que había sobre mí pude oír voces que discutían, las de mis enemigos y las de mis amigos, y entonces la carreta se paró. Yo sólo precisaba de unos instantes, muy pocos... Decidí arriesgarme y no llamar a los lobos.

El astrónomo, el meteorólogo, el artista, cada uno tiene su propia definición

sobre el momento preciso en que el sol sale o se pone. Para mí, la puesta de sol tiene lugar cuando la masa intermedia de tierra crece lo bastante para atenuar el flujo de neutrinos —o como sea el nombre correcto de esa corriente— que, procedente del sol sin protección, mantiene parcialmente paralizados los profundos centros nerviosos del cerebro y el cuerpo de los vampiros.

Cuando el primero de mis enemigos saltó sobre la carreta, la masa de una montaña ya se había interpuesto entre mí y el sol. Mina, que en aquellos instantes se encontraba con Van Helsing sobre una elevación cercana, observando la batalla que se desarrollaba abajo, notó que «el castillo de Drácula se recortaba contra el cielo escarlata, y que cada piedra de sus muros almenados parecía articularse contra la luz del sol poniente».

Era Harker en persona quien había saltado sobre la carreta, e inmediatamente, «con una fuerza increíble, levantó la gran caja y la volteó por encima de la rueda hasta el suelo». Quincey Morris, a pesar de haber sufrido durante la lucha una herida de cuchillo, que no tardaría en resultar fatal, se abrió paso entre los *szgany* y se unió a Harker para forzar la tapa de mi caja. Seward y lord Godalming estaban ya cerca, montados en sus cansados corceles y apuntando sus Winchesters, contra los cuales poco podían hacer los cuchillos de mis gitanos. Al abrirse la tapa, miré el cielo del oeste, por el cual en aquel mismo momento acababa de desaparecer el sol, y sentí que recuperaba mis poderes. Mis cálculos habían sido correctos; presumo con bastante exactitud que habían sido perfectos.

Mina lanzó un alarido al ver que el cuchillo de su marido me atravesaba la garganta, al mismo tiempo que el cuchillo de monte del señor Morris penetraba en el corazón.

Fue como un milagro, pero ante nuestros propios ojos, y casi en un suspiro, su cuerpo se transformó en polvo y desapareció de nuestra vista. Me alegraré mientras viva de que, incluso en aquel instante de su disolución final, hubiera en su rostro tal expresión de paz como nunca imaginé que pudiera albergar en él.

Y yo tampoco, querida, ya que aquella expresión significaba que mi cuerpo, atravesado por un dolor metálico en el corazón y en la garganta, había hallado la anestesia en el bálsamo de la victoria al tiempo que me transformaba en niebla y me alejaba inadvertidamente entre los remolinos de nieve, hasta hacerme del todo invisible para quien pudiera estar viéndome. ..

Yo había pensado que Van Helsing, o Seward, o cualquiera de los otros, podría sentirse intrigado acerca de los instrumentos metálicos —sin que interviniera la madera ni los ajos— con los que, según todas las apariencias, tan fácilmente me habían liquidado. Había habido también ausencia de «chillidos», «arremetidas» y «labios llenos de espuma sanguinolenta», todos aquellos fenómenos que habían acompañado cada uno de sus anteriores linchamientos de los de mi raza. Pero era

inútil preocuparme. Mis cazadores estaban física y emocionalmente agotados, todos ellos, y más que dispuestos a encontrar plenamente satisfactoria aquella representación. Incluso la mente subconsciente de Mina había quedado satisfecha, ya que en el mismo instante en que chilló al ver mi muerte —en aquel momento ignoraba si era real o no—, la marca del vampiro se borró de su frente, y nunca volvió a reaparecer. Por fin pudo salir del círculo sagrado en que Van Helsing la había encerrado, consolar a Morris en el instante de su muerte, y tender los brazos a su marido. Los gitanos se habían desperdigado y huían, y yo, en forma de niebla entre la nieve, emprendí mi propia retirada...

Durante algunas horas...

La nieve dejó de caer poco después de ponerse el sol, y la noche que siguió fue intensamente fría. Mis enemigos levantaron un campamento al aire libre; sin duda sus propios temores, y quizá la conciencia de algunos de ellos, difícilmente les habrían permitido descansar entre los muros del castillo de Drácula aquella noche. Encendieron una hoguera para protegerse de los lobos —mis inquietantes criaturas seguían aullando a lo lejos—, y decidieron turnarse para vigilar. Sin embargo, uno tras otro, cayeron todos en un sueño vacilante en torno a las débiles llamas, hasta que sólo una persona permaneció despierta: aquella que había empezado a hacer de la noche su día.

Intensifiqué el sopor de los otros, y seguidamente me materialicé al borde de la luz de la hoguera, allí donde los inquietos y vigilantes ojos de Mina pudieran verme.

Al distinguir mi presencia, una vez más su mano saltó a la frente de forma automática, para comprobar su tersura, y la desaparición de la marca. Se volvió para mirar a los hombres, luego se levantó y vino hacia mí, posando cuidadosamente sus recias botas sobre el suelo helado. Incluso a distancia hubiera podido asegurar que algo había cambiado. No podía precisar qué era, pero de pronto me comporté con cautela.

—Vlad —dijo Mina, bruscamente y sin preámbulos, en cuanto estuvo a mi lado—, tú me aseguraste que no tenía nada que temer respecto a..., a consecuencias físicas de tipo permanente, como resultado de nuestras relaciones hasta ahora. ¿No es así?

—Lo es —asentí con una inclinación de cabeza, y sin apartar de ella mi atenta mirada.

—Es cuestión de suma importancia que sea así ahora —prosiguió ella, e hizo una pausa para soltar un débil eructo—. Disculpa.

—¿Te muestras reacia a comer? Esto pronto desaparecerá, lo mismo que ha desaparecido tu estigma. Ya te dije que estas manifestaciones sólo eran el resultado de las sesiones hipnóticas de Van Helsing...

—Esto no tiene nada que ver con Van Helsing, ni con el hipnotismo —me interrumpió bruscamente—. Lo que ocurre es que estoy embarazada.

Mi boca se abrió, pero no pude hallar palabras.

—Estoy embarazada, y no quiero correr riesgos con el bienestar de mi futuro hijo. Lo que te estoy proponiendo es una despedida, Vlad. ¿Lo entiendes?

No pude por menos que asentir.

Creo que fue en el verano de 1897 cuando Mina y el bueno de Jonathan viajaron una vez más a mi hermosa tierra. Los acompañaban lord Godalming y el doctor Seward —los dos con sus propias esposas y sus hijos—, y, por supuesto, con quienes-ustedes-ya-saben haciendo de mentor y guía. Imagino que, como la vez anterior, los campesinos meneaban el índice de un lado a otro y los bendecían con rezos y conjuros al enterarse de cuál era el destino de los peregrinos; ese tipo de cosas no cambian mucho en seis o siete años.

Aunque actualmente el castillo de Drácula haya desaparecido casi por completo tanto de los recuerdos fiables como del paisaje, en 1897 los turistas apenas lo hallaron cambiado. Estoy seguro de que Mina había hecho grandes esfuerzos para persuadirlos a todos —o a su marido, en cualquier caso— para que realizaran aquel viaje. En su lugar, yo no habría elegido Transilvania para mis vacaciones,

A muchos kilómetros de distancia ya supe que ella se acercaba. Lo supe. Y, por supuesto, también supe cuándo penetró en el patio en ruinas del castillo, un día en que los pájaros cantaban bajo la luminosidad del verano, y aquí y allá trepaba alguna flor.

Después de permanecer durante un rato con sus acompañantes, comentando algún detalle de la arquitectura, Mina bajó sola hasta donde se encontraba lo que podríamos llamar mi tumba pública, aquella que Van Helsing ya había encontrado. Sin embargo, no muy lejos, había otra mucho más privada.

Con la gran luminosidad solar del exterior, incluso la oscura cámara subterránea brillaba como si allí fuese de día. Con la cabeza inclinada, Mina permaneció un buen rato frente al impresionante monumento en el que estaba inscrito mi nombre. Entonces se volvió... y yo estaba allí, esperándola, sentado despreocupadamente sobre una lápida más pequeña que había allí cerca.

—Me has asustado —dijo, levantando una mano hacia el pecho con un gesto propio de una doncella victoriana, el cual interrumpió a medio camino, bajo mi atenta mirada—. ¿Qué tal estás, Vlad? —preguntó a continuación.

—Bastante bien. Sigo... en pos de mi destino. —Hice un gesto vago, sin saber yo mismo qué quería decir—. ¿Y tú?

En algún lugar de arriba se oían las voces del resto del grupo, y entre ellas una atiplada voz infantil. Una ligera sombra cruzó la cara de Mina y adiviné cuál era su significado.

—La criatura es inocente, no tiene nada de mí —aclaré—. La corriente sanguínea no se mezcla en el seno materno.

Eso era lo que yo creía entonces. Últimamente los científicos no parecen tan seguros.

—Son dos criaturas, Vlad. Tuve gemelos.

—Entonces ambas son inocentes. Pero ¿qué más da si no lo fueran? En este

mundo hay peores destinos que ser un vampiro.

Sobre Lucy, la hija de Mina, no voy a decir nada, puesto que aún vive, según tengo entendido. Pero no hay duda de que Quincey, su hijo, siguió respirando durante toda su corta existencia, precisó de bayonetas y granadas de mano para extraer la sangre de los demás, y fue el acero alemán el que le arrebató la suya en 1916, en la batalla del Somme.

El rostro de Mina se iluminó, ambos nos quedamos mirando mutuamente, y pareció como si ella se preguntara qué decir a continuación. Pero poco a poco empezó a sonreír, y balanceó la cabeza hacia mí.

—Vlad, Vlad... En Inglaterra ha habido veces, durante algún día soleado, en que... Perdóname, pero ha habido veces en que he llegado a dudar de que hubieses existido realmente.

—¿De veras? No te preocupes. Cada año que pasa hay menos gente que cree en mi existencia. Pero, aunque me olviden, yo seguiré aquí, como un objeto perteneciente a una civilización perdida.

—¡Oh, Vlad! Tu existencia es tan solitaria... Y durante seis años has permanecido aquí, esperando.

Yo no había esperado completamente solo, pero no veía razón alguna para corregir su apreciación.

Arriba, sobre la bóveda, resonaron los pasos apresurados de una pequeña multitud que se acercaba, y una fina voz destacando sobre las demás:

—¡Mami! ¡Mami! ¿Estás ahí abajo?

Con un silencioso salto me acerqué a Mina, le planté un beso en los labios, y puse algo en la mano. Yo estaba paralizado en mi forma humana debido a la luz diurna, pero, aun así, aquéllos eran mis dominios, y los conocía a la perfección. Cuando las dos criaturas entraron corriendo en la cripta, yo ya no estaba presente, aunque podía ver lo que ocurría allí dentro.

—¡Mami, mami! ¡Estás aquí! Oh, ¿qué es eso? ¡Tumbas!

Entonces entró el propio Harker —canoso, fornido y algo más corpulento—, deteniéndose bruscamente al comprender en qué cámara había entrado.

—Dios —murmuró—. Nunca creí que llegara el día en que pudiera estar aquí tranquilo y a salvo.

—He bajado para rezar una oración, Jonathan —le dijo su esposa—. Para él... — Su marido no la estaba mirando, y los ojos de Mina se volvieron hacia donde yo había desaparecido—. Para que algún día podamos encontrarnos en..., en un lugar más dichoso que éste.

—Qué buena eres, amor mío, rezando por él —musitó Harker, acariciándole el cabello con un leve gesto de posesión, que sin duda la despeinó, pues ella enseguida se lo arregló con un leve toque de sus dedos—. ¿Qué tienes ahí en la mano, Mina?

—Oh, es una sortija de oro. Estaba ahí, en una rendija entre las losas del suelo, y la he cogido. ¿Te parece que puedo quedármela?

—No veo por qué no, querida. Es poco probable que su propietario venga a

buscarla ahora. Eh, Quincey, Lucy. Tened un poco de respeto y no os sentéis en las tumbas, por favor.

¿Que si he vuelto a ver a Mina desde entonces? Oh, sí, debo admitir que en un par de ocasiones.

Jonathan murió de apoplejía, discutiendo con Neville Chamberlain en 1938. Mina vivió hasta los noventa y cinco, y exhaló su último suspiro en 1967, en una clínica de reposo de Exeter, y fue enterrada en el solar de la familia allí cerca. En realidad, en el cementerio de St. Peter, no muy lejos de ese ventisquero en el que nos encontramos...

Van Helsing —que Dios se apiade de su alma torturada— tenía razón al menos en una cosa...

Cuando a menudo he mezclado mi sangre con la de ellas, todas siguen andando después de que aparentemente hayan muerto. Las excepciones son extremadamente raras. Algunas, como Lucy Westenra, se reaniman en cuestión de tres días, o incluso menos. Hay otras que necesitan tres años, o más.

Hay que tener en cuenta los métodos modernos de embalsamamiento, ya que si el corazón del vampiro está a punto de ser destruido, necesita más tiempo para regenerarse. Pero, si la destrucción no ha sido total, al final lo logra. Aun así, después de renacer aún tiene que transcurrir algún tiempo para sanar. Durante ese tiempo, el cuerpo enterrado, todavía en reposo, se restablece inexorablemente hasta alcanzar la juventud. Y luego...

Los lazos entre Mina y yo se distendieron, pero no llegaron nunca a romperse. Y esta noche he venido aquí para darle la bienvenida a una nueva vida. Una vida en la que confío que encuentre —a pesar de las continuas aflicciones terrenas— un poco de alegría también, desconocida para todos aquellos que simplemente respiran... ¡Mina!

Aquí la cinta se interrumpe bruscamente, y en lo que queda de ella los únicos sonidos que permanecen son el silbido del viento y de la nieve en torno a las ventanillas del coche, y lo que algunos que la han escuchado describen como unas débiles y lejanas risas: una alegre y femenina, la otra profunda y masculina.